

Historia
M·Í·N·I·M·A

La vida cotidiana en México



PABLO ESCALANTE GONZALBO
PILAR GONZALBO AIZPURU
ANNE STAPLES
ENGRACIA LOYO BRAVO
CECILIA GREAVES LAINÉ
VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA
DE LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO

SEMINARIO DE HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

HISTORIA MÍNIMA DE LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO

Pablo Escalante Gonzalbo

Pilar Gonzalbo Aizpuru

Anne Staples

Engracia Loyo Bravo

Cecilia Greaves Lainé

Epílogo de

Verónica Zárate Toscano



EL COLEGIO DE MÉXICO

917.2
H67332

Historia mínima de la vida cotidiana en México / Pablo Escalante
Gonzalbo ... [et al.] ; epílogo de Verónica Zárate Toscano
-- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de
Estudios Históricos, Seminario de Historia de la Vida Co-
tidiana, 2010.
293 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-462-201-0

I. México -- Vida social y costumbres. I. Escalante, Pablo,
1963- II. Zárate Toscano, Verónica.

Primera edición, 2010

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-201-0

Impreso en México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, 9

LA VIDA COTIDIANA ENTRE LOS ANTIGUOS NAHUAS

Pablo Escalante Gonzalbo

Paisaje y trabajo, 13; Patio y familia, 19;
Familia, barrio y ciudad, 25; El cuerpo, 37;
Epílogo, 47

LA VIDA EN LA NUEVA ESPAÑA

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El espacio y su gente, 49; La vida en el hogar, 68;
La vida en el entorno de la comunidad, 86;
Representaciones, creencias y costumbres, 103;
Conclusiones, 115

EL SIGLO XIX

Anne Staples

¿En dónde estábamos y quiénes éramos?, 119;
Las necesidades domésticas, 131; Fuera del hogar, 142;
La vida citadina, 146; No sólo de pan vive el hombre, 153;
Conclusiones, 167

**EL MÉXICO REVOLUCIONARIO
(1910-1940)**

Engracia Loyo Bravo

El ocaso de un régimen, 173; La tempestad, 185;
La calma, 198; La oleada radical, 224;
Balance de pobreza, 239

**EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO
(1940-1980)**

Cecilia Greaves Lainé

El entorno, 241; El mundo cotidiano, 245;
La sociedad, 253; El ámbito cultural, 267;
Conclusiones, 275

EPÍLOGO:

LOS ÚLTIMOS AÑOS, 279

Verónica Zárate Toscano

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA, 287

INTRODUCCIÓN

La vida cotidiana es universal y heterogénea, la compartimos todos, pero la vivimos según nuestro entorno y nuestras decisiones. ¿Acaso en alguna época el hombre ha dejado de comer, de dormir o de protegerse del frío, del calor o de la lluvia? Y ¿acaso no ha buscado siempre alguna compañía, ha sentido algún afecto, ha sufrido miedos y ha detestado a alguien? Y, sin embargo, mirando hacia el pasado e imaginando el futuro, sabemos que ha habido cambios en la vida de todos y esperamos que seguirá habiéndolos. Esos cambios, pausados o violentos, universales o locales, nos atañen individualmente pero la historia se ocupa con preferencia de los aspectos trascendentales para la vida pública más que de las consecuencias en la privada. Por eso conocemos bastante bien los grandes acontecimientos políticos y las oscilaciones económicas que han influido sobre los individuos y las naciones, sabemos también que nuestra cultura no es la misma que la de nuestros antepasados y presentimos que somos protagonistas de esos cambios. Y precisamente ése es el tema que nos ocupa, porque el hombre sigue siendo el mismo, pero su cultura cambia. La cuestión es que no son dos sujetos paralelos, hombre y cultura, sino que no existe el uno sin el otro. Por eso las manifestaciones de la cultura son expresión de actitudes de los hombres que las crearon, y ellos, a su vez, están determinados por las rutinas, las creencias y los hábitos.

Ya que lo cotidiano es cultural, necesariamente tiene una historia, y esa historia, que penetra en aspectos propios de una época y de un lugar, puede explicar comportamientos y menta-

lidades que se insertan en el proceso de la historia. Cuanto hacemos y sentimos, cuanto pensamos y sufrimos, forma parte de esa cultura que es la que hemos buscado en nuestras investigaciones y la que nos proporciona la imagen, cada día más nítida y más cercana, de la vida cotidiana en la historia de México.

Referirse a lo cotidiano significa adentrarse en un mundo en el que todos somos protagonistas y en el que tanto los acontecimientos trascendentales como las aparentes nimiedades tienen algún significado. Quienes compartimos una misma cultura podemos entender esos significados, pero cuando miramos al pasado descubrimos que las mismas decisiones y actitudes se interpretaban de un modo diferente. Redactar una historia de la vida cotidiana en México implica afrontar ese problema y buscar en cada época los rasgos peculiares de la sociedad, una sociedad en perpetuo movimiento y siempre creadora de nuevos símbolos y significados.

Eso es lo que hemos pretendido hacer en este libro, en el que bien sabemos que es mucho más lo que falta que lo que se dice. En una historia mínima no existe la pretensión de decirlo todo, pero sí la de seleccionar lo más importante. Ojalá lo hayamos conseguido. En cada periodo existen cuestiones esenciales y temas insoslayables; en cada uno es diferente el carácter de los protagonistas, así como las situaciones personales y colectivas, y no hay duda de que las relaciones de afecto y de rechazo se expresan de modos diversos. Claro que las necesidades materiales y psicológicas son las mismas, pero en cada época han podido satisfacerse en formas variadas. Siempre hay que ser cautelosos al colocar un adjetivo a los comportamientos humanos: lo que ayer se veía con naturalidad hoy puede parecernos signo de barbarie, y los valores por los que un día se daba la vida ahora se han convertido en trivialidades insignificantes. En una historia que contempla el paso de cientos de años se encuentran multitud de huellas de esas diferencias. Pero también encontramos continuidades e incluso peculiaridades fijas. No

sólo las necesidades materiales, invariables como propias de nuestra condición, pero diversas en la forma de satisfacerlas, sino también las manifestaciones de afecto y de rencor, las expresiones artísticas, los prejuicios culturales y aun las creencias mágicas en fuerzas sobrenaturales que se trasladaron sin graves dificultades de los dioses prehispánicos a los santos cristianos; las lealtades a los señores naturales que se transfirieron a los caciques regionales del virreinato y del México independiente; los criterios de segregación social que pasaron de las normas a las costumbres y del rigor de las leyes a la flexibilidad de las apreciaciones subjetivas; los signos de distinción que se mantuvieron a lo largo de varios siglos, aunque cada vez en formas más sutiles; el halo de prestigio que alguna vez rodeó a los santos y los héroes y voló hacia nuevos ídolos del deporte o el espectáculo, en los que se volcó el fervor popular. Todo esto, lo popular, costumbres, creencias, devociones y sentido estético, tiene lugar preferente en el estudio de lo cotidiano.

Conocer el espacio vital, los ritmos de trabajo y ocio, las satisfacciones y dificultades de todos los días, es la mejor forma de acercarse a comprender a nuestros antepasados, y al comprenderlos se desvanecen los sentimientos de rechazo hacia una historia que quizá habríamos deseado que fuera diferente, una historia que deseamos libre de rencores, vergüenza y humillaciones. La historia de la vida cotidiana debe ser ejemplo de optimismo y tolerancia; ver el pasado con una mirada comprensiva nos permite asumir con mayor orgullo nuestra cultura.

Abarcar varios siglos de historia y referirse a espacios diversos nos ha exigido realizar minuciosas investigaciones y consultar numerosas obras publicadas. Por la reducida disponibilidad de espacio y por el carácter de difusión de los textos no hemos incluido a pie de página referencias bibliográficas específicas, pero no olvidamos lo que debemos a los compañeros del Seminario de Historia de la Vida Cotidiana, a la vez que celebramos haber contado con el apoyo de otros autores en aquellos temas

para los que no disponíamos de fuentes documentales. La breve bibliografía que adjuntamos al final servirá de orientación para quienes deseen ampliar su conocimiento sobre la vida material y afectiva de nuestros antepasados, y da testimonio de nuestro reconocimiento a los colegas que nos han precedido en el estudio de temas concretos relacionados con lo cotidiano.

LA VIDA COTIDIANA ENTRE LOS ANTIGUOS NAHUAS

PABLO ESCALANTE GONZALBO

Universidad Nacional Autónoma de México

La civilización mesoamericana, como otras de la historia, fue construida por muchos pueblos o naciones, gente que hablaba distintas lenguas y que tenía diferentes tradiciones culturales. A esas diferencias culturales hay que sumar otras, de clase social, de especialidad laboral, de jerarquía y edad. Es decir, que había muchas formas de vivir en Mesoamérica. En este texto, sin embargo, pondremos principalmente la atención sobre la vida cotidiana en las urbes nahuas del valle de México y su entorno. Es allí donde la información disponible permite la construcción de una imagen completa y más detallada.

PAISAJE Y TRABAJO

En las costas marinas y en las orillas de ríos y lagos había comunidades dedicadas a la pesca. Es interesante recordar que el centro protourbano olmeca de San Lorenzo (1200-900 a.C.) se levantó sobre la base de una economía de recolección de moluscos y pesca de diferentes especies. Para los habitantes de aquel gran centro regional puede haber sido más frecuente comer robalo que maíz.

Las economías de regiones lacustres como Pátzcuaro y México incluían la pesca y la recolección de una gran variedad de

productos. Pero además, en todos los ríos de Mesoamérica se pescaba; lo cual es difícil de imaginar hoy por la extinción de las especies que hemos provocado con la contaminación. Los pescadores navegaban en canoas hechas con troncos ahuecados y también sobre balsas; éstas se hacían con el procedimiento de amarrar juntos varios troncos bajo los cuales se colocaban calabazas vacías como flotadores. Para la pesca se utilizaban preferentemente las redes, aunque también está documentado el uso de nasas, y se empleaban anzuelos y arpones de diferentes tipos.

La caza era una actividad complementaria de la economía campesina y fue una de las principales tareas de pueblos que habitaban en la proximidad de bosques y zonas áridas, como los otomíes. Los cazadores utilizaban arcos y lanzadardos, colocaban trampas y empalizadas. Para la caza de aves se prefería el lanzadardos pero se usaban también redes y técnicas de camuflaje; por ejemplo, en la caza del pato los nadadores avanzaban con la cabeza metida en una calabaza para no ser vistos hasta que lograban sujetar bajo el agua las patas del animal. A los pájaros pequeños se los cazaba con cerbatana.

Muchas otras tareas distintas de la agricultura tenían sus técnicas y medios específicos, como la obtención de sal, el curtido de pieles, la apicultura, la tala de árboles y otros más. Y cada oficio tenía sus horarios, sus dificultades, sus instrumentos.

Junto a esta variedad de tareas se encontraba la que, sin duda, fue la más importante de todas, la que consumía los esfuerzos y el tiempo de la mayoría de los comuneros: el trabajo agrícola. Las labores del campo incluían la nivelación del suelo, la excavación de canales, la construcción de diques y chinampas; procedimientos que debían realizarse en cuadrillas. Todos los desplazamientos de tierra, como la preparación del terreno de cultivo y la siembra, se realizaban con un solo instrumento de madera que hacía las veces de pala y azadón, llamado *huictli* por los nahuas y *coa* —nombre taíno— por los españoles. La tierra y las piedras se acarreaman en grandes canastos o espuelas.

Los campesinos solían salir al alba a trabajar la tierra, después de haber tomado algún tipo de atole o *posol*, y quizá una ración de pulque en las regiones y temporadas más frías. Hacia el mediodía bebían agua o más *posol* de sus cantimploras de guaje, cuyo orificio se tapaba con un olote, y comían totopos o pino-le. A este refrigerio se le llamaba itacate (*itácatl*). A media tarde los campesinos regresaban a sus casas para la comida principal.

Lo más probable es que los campesinos realizaran su jornada descalzos y al regresar a casa sus mujeres les recibieran ofreciéndoles agua y les lavaran los pies.

Los agricultores que caminaban a los campos de cultivo, los leñadores que se internaban en el bosque, los que levantaban las costras de sal, los que pescaban, todos ellos recorrían un territorio que era, a la vez, un sistema para el aprovechamiento estratégico de los recursos naturales. Olvidemos de plano cualquier fantasía de comunidades autosuficientes: en Mesoamérica las aldeas y los barrios tenían especialidades y su complementación por medio del mercado siempre fue indispensable.

Los "países" que se formaban en la geografía de Mesoamérica solían incluir un centro urbanizado, pueblos más pequeños y algunas aldeas y rancherías periféricas. Los sistemas más grandes tenían varias ciudades, como en el Valle de México; los más pequeños sólo tenían un centro urbano. Algunas de las tareas económicas estaban ligadas a ciertas tradiciones étnicas; por ejemplo, los mazahuas y los otomíes, en los valles de México y Toluca, vivían en rancherías y se dedicaban a cortar leña, a cazar venados y a producir pulque, bienes que posteriormente vendían en las ciudades. Los nahuas y los matlatzincas, en cambio, tuvieron mayor propensión a congregarse en urbanizaciones y practicaban una agricultura muy intensiva. En la zona de Puebla y Tlaxcala, los aldeanos eran generalmente popolocas, aunque también había algunos otomíes.

No todos los valles y vegas eran tan afortunados como el de México, que contaba con casi todos los recursos necesarios,

pero en general, cada paisaje mesoamericano ofrecía fuentes de agua, tierra cultivable, alguna orilla de bosque y, en ella, caza y madera. Las poblaciones congregadas allí recorrían y beneficiaban ese espacio, y por medio del intercambio compensaban sus diferencias.

Urbanismo

Si un rasgo sobresale especialmente de la civilización mesoamericana es la intensidad de su práctica urbana. Con la urbanización de Monte Albán y Cuicuilco, hacia el año 500 a.C. comenzó un proceso que no cesaría hasta el tiempo de la conquista española. Se construyeron cientos de ciudades en la historia de Mesoamérica. Por otra parte, no podemos hablar de un progreso continuo del urbanismo desde el Preclásico (2 500 a.C. a 200 d.C.) hasta el siglo XVI, pues en realidad se alcanzó un pico entre el año 400 y el 500 de nuestra era, y después se repetirán las soluciones inventadas en el periodo Clásico (200-900).

Con mucho, Teotihuacán representa la experiencia urbana por excelencia en Mesoamérica. También fue la ciudad más grande, más poblada y mejor planeada del continente americano. Al llegar a Teotihuacán cesaba el campo, no había huertas o árboles y el propio río que cruzaba la ciudad estaba obligado a describir ángulos rectos por la canalización a la que se lo había sometido para no alterar la traza urbana.

La mayoría de los habitantes de Teotihuacán vivía en conjuntos habitacionales multifamiliares contruidos de mampostería. Sólo un 5% ocupaba casas de adobe. Los conjuntos habitacionales medían 60 metros de lado en promedio (entre 3 000 y 4 000 metros cuadrados) y podían albergar de 10 a 20 familias; en total, hasta unas 100 personas. En el interior de los conjuntos había varios patios que permitían el paso de la luz y daban acceso a las habitaciones. Los pisos eran firmes, hechos a base de

pedra, arena y cal y recubiertos de estuco igual que los muros. En los patios había pequeños orificios que permitían evacuar el agua pluvial hacia conductos ocultos que recorrían los conjuntos y salían a las acequias y colectores generales de la ciudad.

Los habitantes de cada conjunto habitacional eran parientes y además practicaban el mismo oficio. Varios conjuntos habitacionales podían construirse más cerca unos de otros para formar barrios. Los barrios más pequeños llegaban a tener dos o tres conjuntos habitacionales, y los barrios grandes hasta unos 15.

Los conjuntos estaban alineados y seguían el eje Norte-Sur que organizaba la ciudad. Los muros exteriores de un conjunto eran rigurosamente paralelos a los del conjunto vecino, pero no se trataba de una cuadrícula o damero; una calle podía interrumpirse, después de dos o tres conjuntos, y era preciso doblar en ángulo recto y andar unos metros para continuar en la misma dirección. Como los conjuntos se levantaban sobre grandes plataformas y carecían de ventanas, quienes andaban por las calles circulaban entre taludes y altas tapias, como si fueran por un laberinto.

La ciudad de Teotihuacán llegó a tener 2 200 conjuntos habitacionales en el año 600 de nuestra era, y una población total cercana a los 200 000 habitantes. Aproximadamente la mitad de esa población puede haber realizado tareas agrícolas en el valle de Teotihuacán o en sus alrededores. El resto practicaba oficios artesanales especializados, como el procesamiento de la obsidiana, la alfarería, artes textiles, plumaria, etc. Además había una población, seguramente numerosa, de sacerdotes, guerreros y dirigentes políticos y administrativos.

Las diferencias de clase existentes en la ciudad se expresaban en algunos aspectos de los edificios. Las habitaciones de los conjuntos más comunes podían medir entre 8 y 15 metros cuadrados, mientras que las habitaciones de los recintos identificados como palacios o monasterios podían rondar los 20 metros. Además, los edificios utilizados por sacerdotes y gobernantes

estaban decorados con ricas pinturas murales, en lugar de la sobria combinación de blanco y rojo que tenían las paredes de los recintos más humildes.

La población

Es difícil tener una certeza absoluta sobre los datos relativos a la demografía prehispánica. Es probable que en el México central, es decir, entre Jalisco y Tehuantepec, haya habido una población total de hasta 25 millones de habitantes antes de la conquista española. Tan solo en el Valle de México es posible que fuera de dos millones hacia el año 1500. A diferencia de lo ocurrido en la época teotihuacana, cuando sólo había una metrópoli y dos o tres ciudades medianas, para fines del Posclásico (900-1521) el Valle de México albergaba decenas de ciudades populosas: así, quizá más de la mitad de esos dos millones de habitantes haya sido población urbana. Tan solo la ciudad de México- Tenochtitlan puede haber concentrado 10% del total.

El conocimiento de la esperanza de vida, las tasas de mortalidad y otras variables requiere series de datos que sólo pueden obtenerse con el análisis de una población numerosa. Las cantidades de osamentas obtenidas en Teotihuacán han permitido aproximaciones importantes que podrían considerarse como modelo de un comportamiento más generalizado.

Un primer dato que hay que tener en cuenta, y que no es exclusivo de Mesoamérica sino más bien propio de las tendencias demográficas de las sociedades antiguas, es la altísima mortalidad infantil, provocada por gastroenteritis, septicemias, estafilococos, virus y parasitosis de todo tipo. La población del conjunto habitacional teotihuacano denominado "Tlajinga 33" nos proporciona un excelente ejemplo de esto: de una población total exhumada de 129 individuos, 24 son nonatos y 28 son neonatos (murieron durante las primeras horas o días de su

vida); es decir, un total de 52 individuos, 40%, no logró llegar a los dos meses de vida. Los niños muertos entre los dos meses y los cinco años de edad son 26, o sea, 20%. En resumen, 60% de la población total de este conjunto habitacional habría muerto antes de los cinco años de vida.

La esperanza media de vida de un recién nacido teotihuacano era de 16 años y medio, pero quien llegaba a cumplir los 20 tenía una esperanza de vida de 38 años. En las muestras trabajadas en Teotihuacán, sólo 5% alcanza los 50 años de edad. Ésos eran los viejos, y eran pocos. La información escrita referente a los nahuas de la época de la conquista española tiende a confirmar este hecho: el cumplimiento de 52 años, un ciclo calendárico completo, era una condición extraordinaria que ameritaba todo tipo de excepciones morales y rituales.

PATIO Y FAMILIA

Sería posible completar una imagen de la vida urbana en Mesoamérica con la pura evidencia teotihuacana, pero es preferible avanzar para aprovechar la información histórica de otra metrópoli, semejante en muchos aspectos a Teotihuacán, que es México-Tenochtitlan.

Ithualli era el nombre nahua para el patio doméstico. Alrededor de cada patio transcurría la vida de dos o tres familias: las de los hermanos varones, hijos del mismo matrimonio, que llevaban a sus mujeres a vivir con ellos y criaban a sus hijos en el predio paterno. Ésta era la costumbre entre los nahuas de Tenochtitlan y parece coincidir, por cierto, con lo que se aprecia en el análisis genético de las osamentas teotihuacanas.

Cada familia nuclear contaba con un gran cuarto, que en Tenochtitlan era de adobe. Las puertas, los únicos huecos de estos cuartos, daban al patio común. El predio solía incluir también una huerta, un embarcadero (recuérdese la condición

Así se saludaban los macehuales, la gente del pueblo

Cuando entran en su casa, unos a otros se dicen: "Mi hermanito, no te vaya yo a asustar". Le dice: "Ven aquí, mi hermanito, aquí".

Y cuando se encuentran en el camino, se dicen: "No te vayas a caer, mi hermanito. Ven aquí, mi hermanito. No te vaya a empujar".

Y las mujeres, cuando entran en sus casas, se dicen unas a otras: "Mi niñita, no te vaya a asustar. Ven aquí, mi niñita, aquí, sírvete venir".

Y cuando se encuentran en el camino, se dicen: "No te vayas a caer, mi niñita. Ven aquí, mi niñita, no te vayas a caer".

Códice Matritense de la Real Academia de la Historia, f. 70v. (trad. del náhuatl, P.E.G.).

lacustre de Tenochtitlan), algún corralito para los guajolotes y un depósito de maíz. Para guardar mazorcas completas se usaba un gran huacal de madera, alto como la casa misma, asentado sobre piedras para que la humedad del suelo no le afectara. El maíz ya desgranado se almacenaba en grandes trojes de adobe llamadas cuexcomates.

Esta característica de los asentamientos nahuas puede considerarse una constante en Mesoamérica: prácticamente no existe una familia nuclear aislada. Los hermanos y sus esposas, con un patrón que podía ser ambilocal en algunos casos, pero que entre los nahuas era preferentemente patrilocal, formaban una gran familia extensa.

Labores domésticas

Los varones salían a trabajar cada mañana en la tarea de su especialidad: iban a la milpa, al bosque a cortar leña, al lago a pescar o a cazar patos, a recolectar sal o miel. En general las mujeres, que serían las más de las veces concuñas y cuñadas jóvenes, trabajaban en el predio familiar. Ellas estaban encargadas de cultivar la huerta (de allí salían las hierbas medicinales y

de olor, así como algunos tomates y chiles). Cuidaban a guajolotes y perros, y supervisaban a los niños pequeños de la familia. Sacaban el grano de los depósitos, ollas o cuexcomates, preparaban el nixtamal, echaban las tortillas y guisaban. Además, una tarea femenina muy importante en la época prehispánica era hilar y tejer. Las telas producidas en los telares de cintura, que las mujeres nahuas y de las demás etnias sujetaban de los postes y columnas del patio, servían para confeccionar todas las prendas de vestir de la familia: el *máxtlatl* o calzón de los hombres, la falda de las mujeres y el huipil, que se formaba empalmado dos tiras de tela y dejando una abertura para la cabeza en la parte central.

Es probable que, en el caso de las familias de artesanos, los hombres realizaran sus labores en el patio familiar o en alguna porción del terreno que estuviera disponible, cerca de la huerta o los corrales. Algunas labores colectivas, como el torcido de cañas para fabricar nasas, deben de haberse realizado en las plazoletas que existían en el interior de todos los barrios. Además de los dormitorios, había en los predios un cuarto grande, que también daba al patio, que las fuentes nahuas denominan *cihuacalli*, que significa literalmente “casa (o habitación) de las mujeres”.

La *cihuacalli* era principalmente cocina y también el sitio donde se almacenaban algunos alimentos: pequeñas cantidades de maíz y frijol, algunas hierbas, sal, chiles. Allí estaban los metates, usados para amasar el nixtamal y para moler las semillas de calabaza y algunas otras. En ese cuarto estaban también los molcajetes, usados para hacer las salsas, y desde luego el comal, que se ponía sobre tres o cuatro piedras colocadas alrededor del fogón. Una vez elaborados, los alimentos eran llevados al patio para su consumo, aunque es posible que en días muy fríos o lluviosos se comiera en los pórticos o incluso en la penumbrosa cocina. Hay indicios de que en la *cihuacalli* había también algunas imágenes religiosas, figuritas de barro como la de Xochiquetzal y otras dedicadas a la fertilidad y la protección familiar.

Comer

Seguramente ciertos oficios no permitían la congregación familiar cotidiana pero en general sabemos que había una hora de comer, en la cual las familias —estas familias extensas— estaban juntas. Es difícil precisar la hora pero debe de haber sido en la tarde, tal vez algo así como las cuatro o las cinco, quizá un poco después en el caso de las familias que realizaban tareas en los mercados o en parajes alejados del barrio.

En la mañana temprano, los nahuas acostumbraban tomar, como decíamos antes, una especie de atole o posol y, en algunos casos, una ración de pulque. Hacia el mediodía tomaban un refrigerio que las fuentes nahuas llaman *ítacatl*, que consistía en alimento transportable y ligero, como los totopos y el pinole, hechos, por supuesto, a base de maíz, pero seguramente combinados con frijol o chile deshidratados. Para beber, durante la jornada y a la hora del tentempié de mediodía, usaban la cantimplora de guaje. De todo ello hay claras supervivencias en las costumbres campesinas del día de hoy.

En la tarde, de regreso en casa, tenía lugar la comida principal y última del día: era caliente, abundante y tomada con reposo. Esa comida puede haber variado de una estación a otra y es seguro que los ingredientes y complementos estarían sujetos a la fortuna y costumbres de las familias. La base eran las tortillas, que además servían como cuchara para llevarse los otros alimentos a la boca. Se cocinaba una olla de frijoles y se hacían además salsas a base de chiles, tomates y semillas, como las de la calabaza y el cacahuete. La carne no era un alimento cotidiano de la familia popular, pero es muy probable que esas salsas acompañaran con cierta frecuencia a productos como el pescado, el guajolote, el venado y otros manjares como los huevos de hormiga y los gusanos de maguey. Además, durante parte del año había guayabas, tejocotes, capulines y otras frutas.

Estas apacibles comidas familiares lo eran en los términos de las costumbres de su tiempo: los hombres se sentaban a comer mientras las mujeres permanecían de pie calentando las cosas y llevándolas al petate en el que los señores comían. Los hombres conversaban durante la comida y las mujeres los atendían en silencio. Los niños tampoco tenían permitido hablar. Cuando los hombres habían terminado, comían las mujeres.

Asearse y descansar

El aseo es una de las actividades en las cuales los europeos notaron una diferencia importante cuando observaron el modo de vida de los indígenas. El contraste no podía ser más fuerte: en Europa, el baño de cuerpo completo se practicaba muy pocas veces al año y entre los nahuas y otros grupos de Mesoamérica tenía lugar todos los días. Incluso se habla en las fuentes, con sorpresa, de que en algunas zonas, por quitarse el calor o por el gusto de chapuzarse, los indios se bañaban dos y hasta tres veces al día.

El baño se realizaba normalmente en cuclillas y se empleaba una jícara para rociar el agua sobre el cuerpo desnudo. En la limpieza usaban raíces jabonosas como el *amolli*. Quienes tenían un río cerca, se sumergían en él; en este caso el baño podía ser colectivo e incluir juegos y competencias.

El temazcal o baño de vapor se usaba mucho también, aunque no había uno por cada predio sino más bien unos cuantos, de uso común, en cada barrio. Sin embargo, es preciso recordar que no se trata de un puro baño de placer, aunque también lo era, sino ante todo de una práctica relacionada con la salud. En especial, el temazcal formaba parte de los cuidados referidos al cuerpo de la mujer y al embarazo.

Tal parece que el tiempo dedicado al descanso se vuelve menor cuanto más complejas son las sociedades. El ocio entre cazadores-recolectores puede haber ocupado el tramo más lar-

go del día. En sociedades preindustriales (agrícolas y artesanales) como la nahua y otras de Mesoamérica, la tarde marcaba el final del trabajo y el inicio del reposo. Descansar incluía, como veremos, el juego, la conversación y las reuniones de amigos y parientes. El reposo empezaba con la comida y culminaba al llegar la noche. Los espacios del ocio eran los patios familiares y las plazoletas de los barrios.

El lugar para dormir era el cuarto que cada familia nuclear tenía dentro del predio común. El piso de este cuarto estaba cubierto de petates, que quizá se sacudían y enrollaban en la mañana. La gente común dormía directamente sobre estos petates de tule y se cubría con mantas de fibra de ixtle similares a las que usaban para vestir. Antes de acostarse, hacían una súplica dirigiéndose hacia cada uno de los cuatro lados del petate, para que no vinieran daños durante la noche de ninguno de los cuatro rumbos del mundo.

Entre los nobles, los lechos eran más cómodos: en primer lugar, solían contar con plataformas de adobe o mampostería levantadas unos 20 centímetros del piso que les alejaban de la humedad y del frío. Además, sobre los petates colocaban plumas de ave, pieles de venado y cobijas de algodón. Había quienes usaban palios como mosquiteros y también cojines.

En las zonas tropicales se acostumbraban las hamacas, y en las regiones selváticas y más húmedas toda la familia subía a un tapanco o bien se construían palafitos para estar a salvo de los jaguares y otras fieras acechantes. Durante la noche no había más iluminación en la casa que las brasas mortecinas de los fogones y unas curiosas lámparas, usadas en algunas regiones, consistentes en cestillos dentro de los cuales había luciérnagas atrapadas.

En las ciudades del Valle de México, la hora de despertar estaba marcada por el sonido de los tambores que se tocaban en los principales templos. El gran tambor vertical o *huéhuetl* del templo de Quetzalcóatl, en Tenochtitlan, parece haber sido el primer sonido que sacudía al valle. Después de escucharlo, las

mujeres de todos los barrios y aldeas cercanas se levantaban para avivar los fogones y hacer una ofrenda de copal. Para entonces, los novicios y sacerdotes de todos los templos ya estaban colocando su propia ofrenda de copal en los braseros.

FAMILIA, BARRIO Y CIUDAD

Los nexos comunitarios eran fortísimos en las sociedades mesoamericanas. Las familias extensas estaban agrupadas en barrios, formados por gente de un mismo linaje, dicho en otros términos, todos eran parientes, todos reconocían antepasados comunes. La gente de un mismo barrio se dedicaba normalmente al mismo oficio. El barrio era el propietario de las tierras que su gente habitaba y trabajaba, aunque éstas se repartían, dándoles posesión a las diferentes familias.

Cada agrupación de familias recibía en náhuatl el nombre de *calpulli* y su cohesión era tal que ante circunstancias críticas, como hambrunas, guerras o crisis políticas, los calpullis podían emprender procesos migratorios siguiendo a sus sacerdotes y a sus jefes y desplazarse cientos de kilómetros en busca de un nuevo lugar de asentamiento. Cuando estaban ya ubicados en una ciudad, como México-Tenochtitlan u otras del Valle de México, los calpullis formaban barrios, bastante cerrados y autónomos, también denominados en las fuentes con la palabra *tlaxilacalli*.

Vida de barrio

Los barrios de Tenochtitlan eran islotes, separados de otros barrios por canales. Dentro de cada islote había decenas, incluso cientos de predios familiares como los que hemos descrito antes. Por medio de callejones y algunos canales se podía circular dentro del islote, donde había, además, algunas plazoletas, al-

gunos templos y por lo menos una casa mayor que las otras, donde vivía el jefe del barrio y en cuyo patio se realizaban las reuniones de los jefes de familia de la comunidad para discutir los asuntos importantes.

Cada barrio tenía su propia vida interna, distinta de la que transcurría en las calzadas y plazas de la ciudad. En cada barrio se rendía culto a un dios patrono, se hacían fiestas en su honor y se presentaban ofrendas. En las reuniones en la casa del jefe del barrio se trataban los asuntos de interés común, se descansaba y se comía después de jornadas de trabajo colectivo. Algunas noches los jefes ofrecían banquetes a los asistentes y de esa forma reforzaban su autoridad y distribuían entre las familias los alimentos que ellos tenían en mayor abundancia.

Algunos relatos nos permiten imaginar a la gente del barrio reunida en las plazuelas, conversando. Los hombres se sentaban en cuclillas, bromeaban y utilizaban motes para referirse a sus vecinos. Un juego importante parece haber sido el de la pelota; no sólo aquel de carácter ritual, que tenía lugar en las canchas de las ciudades, sino el que se jugaba en las calles de los barrios por mera diversión y en el que se corrían apuestas. Otro muy frecuente desde la época teotihuacana, era el del *pattolli*: era un juego de fichas, que se realizaba sobre un tablero, similar al del parchís. Se dibujaba una franja en forma de cruz, con casilleros, y se avanzaba con frijolitos, de casilla en casilla. También se hacían tableros portátiles, trazados con hule sobre pequeños petates. En las fuentes se habla de auténticos viciosos de este juego, que iban pidiendo a todos que jugaran con ellos y que llegaban a apostar hasta sus propias personas.

Los barrios, sus normas y la ley

Las familias pertenecientes a un barrio estaban comprometidas a aprovechar los recursos del barrio, debían trabajar las tierras

que tenían asignadas porque de lo contrario podían perderlas. También debían asumir la responsabilidad colectiva de mantener los templos del barrio y de alimentar a los huérfanos y a las viudas de la comunidad.

Es difícil reconstruir el orden ideológico de los calpullis del Valle de México. Las fuentes nos dan más información sobre las percepciones e ideas propias de los ámbitos de poder, del sacerdocio y de la nobleza. Sin embargo, el trabajo de tipo etnográfico realizado durante el siglo XVI incluyó testimonios de origen popular, de los barrios de artesanos y mercaderes, de los grupos de médicos y conocedores de las plantas. Entre estos testimonios hay fragmentos de la tradición oral, en especial dichos o refranes, que varios frailes reunieron. La colección mayor es la que produjeron los colaboradores de fray Bernardino de Sahagún. Su análisis permite detectar algunas preocupaciones, temas que aparecían en las conversaciones y modelaban la vida de las comunidades.

Advertimos, entre los rasgos más destacados de esta ideología de barrio apreciable en los refranes, una búsqueda de igualdad o de homogeneidad entre los miembros de la comunidad. Se atacaba al engreído con el insulto *ixquáhuil* (cara de palo); se reprendía al sabiondo con el dicho *tomachizoa* (sabelotodo); a quienes despreciaban a los demás se les decía *ayac tictoxictiznequi* (nadie debe ser despreciado); a los presumidos se les dedicaban las expresiones *mocicinao* (se jacta) e *ixtimal* (gloria en la cara); el que buscaba destacarse y llamar la atención era reprendido con la frase *tlacoqualli in monequi* (se requiere sobriedad).

Una preocupación similar se muestra, en los testimonios del habla coloquial, por evitar el conflicto en la vida comunitaria. Se le decía *tlani xiquipilhuilax* (por abajo arrastra el costal) a quien fingía ser tranquilo cuando en realidad era peleonero y agresivo. *Tlatolli itlaqual* (las palabras son su comida) se empleaba para designar a quien, después de recibir un pequeño

llamado de atención, montaba en cólera y empezaba a discutir, llenándose la boca de palabras. La frase *icniuhmoyactli* (dispersador de amigos) la decían los que se encontraban conversando plácidamente cuando veían aparecer a un peleonero; le llamaban “dispersador de amigos”, se ponían de pie y se alejaban para evitar confrontarse con él.

Estas frases hechas, que censuraban a quienes buscaban sobresalir y reprendían a los peleoneros, eran parte de una práctica jurídica tradicional, que por medio de llamados de atención y reacciones colectivas de rechazo buscaba encauzar la vida comunitaria y evitar los descalabros. Además de organizar la vida del barrio, había otro motivo para mantener la tranquilidad interna: existía un código de justicia oficial de la ciudad, que daba autoridad a los jueces reales sobre varios aspectos de la vida de los individuos. Lo que no se resolviera internamente y de manera espontánea, podía convertirse en un pleito judicial de resultado incierto para los miembros del barrio.

Hay indicios de que los *calpullis* trataban de protegerse de la acción judicial del Estado. Por lo menos seis de los adagios recogidos en el *Códice Florentino* evidencian la preocupación por la divulgación de secretos y el temor a la actuación de las autoridades en cuestiones internas de los barrios. Al entrometido se le llamaba la atención con la frase *nonouian*, “por todas partes”. Dos dichos constituyen advertencias a quienes buscaban acercarse a las autoridades del reino para buscar algún beneficio: *tetitech noneua*, “me voy contra una piedra”, se le decía a quien se acercaba al *tlatoani* para buscar un favor y resultaba perjudicado por la ira del gobernante. Y la expresión *notlepapalochiuhtih*, “me voy al fuego como una mariposa”, era empleada para referirse a quien se había querellado contra alguno y, al final, resultaba perjudicado e incluso era condenado a muerte.

Hay dichos que se refieren expresamente a la revelación de secretos y advierten del riesgo de que todos salgan perjudicados al darse a conocer las cosas privadas: *Ompa ce zotl ommopilo*, “allí

se colgó un trapo”, se le decía a quien quería dañar a alguien con una acusación y acababa recibiendo una acusación aún mayor. El dicho *ninotocuiuitla*, “yo arranco mi mata de maíz”, lo decía quien había recibido una ofensa de un ser querido que le debía respeto y lealtad; traicionada la lealtad, el agredido optaba por divulgar las cosas secretas que sabía de su agresor.

Hay un adagio que podría reflejar esa tensión entre las costumbres y el orden del barrio y la posible injerencia de una autoridad judicial. El dicho es *cuix nixilotl nechititzayanaz*, “¿acaso soy un jilote y me desgranaré mostrando las entrañas?”. La explicación que nos dan los informantes de Sahagún es la siguiente: si alguien había cometido una falta en secreto, como por ejemplo adulterio, y otro que pasaba por ahí lo descubría, el que había cometido la falta le pedía que no contara a nadie lo que había visto, a lo cual éste respondía *cuix nixilotl nechititzayanaz*. Es decir, el descubridor de la falta le aseguraba al otro que no iba a andar hablando por ahí; así, lo que estaba haciendo era refrendar un compromiso de discreción o secreto. Si tomamos en cuenta que el código del reino perseguía el adulterio con la pena de muerte, mantener el secreto equivalía a proteger la vida de aquellos de la comunidad que se encontraran involucrados en el ilícito.

También sabemos que existía la posibilidad, aun en el caso de que una falta y específicamente una falta de adulterio, llegase a oídos del juez, de evitar la aplicación de la severa pena prevista por la legislación real. Una opción era corromper al juez con regalos y la otra, pedir a éste que aceptara que las partes se pusieran de acuerdo. Se relata, por ejemplo, el caso de un hombre adúltero, una mujer adúltera y el marido de ésta, quienes llegaron ante el juez al arreglo de que el adúltero pagaría al marido ofendido ciertos bienes, como guajolotes, y éste se consideraría desagraviado.

En resumen, hay estos y algunos otros indicios de lo que parece haber sido una discordancia entre los intereses y las nor-

mas comunitarios, tradicionales, y el afán de regulación y control de un Estado que intentaba, por diversos medios, afirmar su autoridad sobre unas comunidades que por razones económicas y políticas siempre tuvieron cierta autonomía.

Fuera del barrio

Lo mayoría de la gente nacía y moría en su barrio, o en algún barrio vecino donde hubiese contraído matrimonio, lo cual era muy común entre las mujeres nahuas. Algunos podían salir del barrio para adquirir una posición de mayor prestigio: como los jóvenes guerreros que, por su valentía y méritos, se sumaban a los cuerpos especiales del ejército; o bien los artesanos más reconocidos, que podían ser invitados a vivir y trabajar en palacio, realizando obras exclusivamente para la corte y el culto del reino.

Pero también existía la posibilidad de perder el barrio, de quedarse sin barrio. Al llegar a esta condición el individuo perdía su acceso a los medios de producción, carecía de predio o casa, no tenía el alimento seguro y dejaba de participar en el ritual de su comunidad: se situaba al margen de la sociedad. Conocemos por lo menos tres vías para llegar a esta condición de marginado: había jóvenes que huían de la casa paterna, para evitar violencia y agravios, y deambulaban por las calles de su ciudad o de otra vecina. Una segunda posibilidad de la que las fuentes nos informan era que algún individuo, de cualquier edad, que hubiera cometido un delito, como robo u homicidio, se escapara de su ciudad para sustraerse a la acción de la justicia. Finalmente podía ocurrir que alguien fuera expulsado o desterrado.

Las plazas de mercado ofrecían un espacio de supervivencia adecuado para los marginados. Por una parte, era relativamente fácil pasar inadvertido en un lugar tan concurrido y bullicioso; allí podían merodear sin molestar a los celosos vecinos de otros barrios y sin despertar la curiosidad de la guardia de la

ciudad. Además, una de las formas de ganarse la vida que las fuentes más mencionan consistía en ofrecerse como cargadores o tamemes en el mercado. Las fuentes españolas les llamaban ganapanes y explican que estaban en la plaza, a la espera de algún tratante que realizara una compra voluminosa y necesitara ayuda.

Pero incluso si el menesteroso no tenía la suerte de ser contratado, la plaza de mercado le ofrecía una posibilidad de supervivencia con los muchos desperdicios que quedaban en el piso al levantarse los puestos al atardecer. Al amparo de la oscuridad, entre portales, cobertizos y bodeguitas, sabemos que los vagabundos levantaban restos de comida y que llegaban a disputárselos a los perros, que también acudían a las plazas en busca de residuos. Incluso se informa en las fuentes de alguna rencilla entre vagabundos, cuando uno de ellos trataba de despojar a otro de su raída manta mientras dormía.

También podían ganarse la vida, quienes no pertenecieran a una comunidad, trabajando como acróbatas y malabaristas, comediantes o titiriteros. Y es muy probable que las prostitutas que andaban en el mercado y por las calles fueran también mujeres que habían dejado ya de pertenecer a un barrio y que así se ganaban la vida. Las fuentes no lo dicen expresamente pero parece lo más probable.

Por último, los marginados tenían la opción de delinquir de manera abierta para ganarse la vida: robar, asaltar, secuestrar y aun matar. Sabemos de la existencia de bandas de malhechores que se dedicaban a asaltar casas durante la noche, y que además de robar, violaban y mataban. También tenemos noticia de la práctica del secuestro y la venta de niños. Es muy probable que los delincuentes que se involucraban en estos ilícitos estuvieran asociados con algún noble, capaz de “lavar” la ganancia; pues es prácticamente impensable que un astroso vagabundo se sentara en la plaza a vender las piezas de jade robadas la noche anterior en alguna residencia de la ciudad.

Se habla también en las fuentes de bandoleros o salteadores de caminos, que esperaban el paso de alguna pequeña caravana de mercaderes o viajeros para asaltarlos. Preferían actuar en la noche, agazapados tras los arbustos, y solían usar disfraces, como la piel de un puma, para tener un aspecto más temible frente a sus víctimas.

El orden en la ciudad

Al salir el sol se tocaba con fuerza el enorme parche del tambor del templo de Quetzalcóatl, así comenzaba el día para la gente de Tenochtitlan y las demás localidades del Valle de México. Los tambores volvían a oírse a media mañana, a mediodía, a media tarde y al ponerse el sol. Las señales sonoras, emitidas desde el templo Mayor y repetidas en otros templos, marcaban la presencia de la autoridad central en la vida de las ciudades. Con el primer toque, los sacerdotes de los monasterios y las madres de cada familia, en cada hogar, hacían la primera ofrenda de copal; con el tañido del crepúsculo se levantaban los puestos del mercado y la gente regresaba a casa. También durante la noche continuaban las señales sonoras, producidas por trompetas y flautas que los novicios y sacerdotes tocaban desde lo alto de montañas y templos.

El tlatoani mexica aspiraba a vigilar y controlar el funcionamiento de la ciudad; procuraba hacer que se cumplieran las leyes del reino y que hubiese orden en las calles. Lo mismo puede decirse de los señores de las otras ciudades. Para lograr este propósito disponían de numerosos jueces, con autoridad para tratar los asuntos surgidos en los barrios, y tenían un tribunal o audiencia central. Además, había una especie de policía, una guardia que recorría calles y plazas.

Es muy poco probable que esta policía anduviera dentro de los barrios, hubiera sido una intromisión excesiva en la vida de

Alboroto y castigo

Los que reñían en el mercado, como alborotadores del pueblo, eran más gravemente castigados, y aconteció una vez en el mercado de Tezcuco, que como riñesen dos mujeres, y de palabras viniesen a las manos, echáronse mano a los cabellos, y la una asió a la otra de la oreja y rompiéndosela hasta correr sangre por el rostro abajo, y a la pelea de las mujeres, toda la gente del mercado se ayuntó y escandalizó como cosa cuasi nunca vista. Sabido por el señor, mandó ahorcar a la mujer que rasgó la oreja a la otra, por el alboroto y escándalo que había dado, y porque fuese ejemplo para las otras mujeres.

Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales*, segunda parte, cap. xvii.

las comunidades. Los indicios apuntan a una vigilancia de las calzadas, de las plazas y de los alrededores de la ciudad. Un ejemplo interesante de la autoridad que esta guardia tenía, nos lo ofrece su facultad para vigilar el código de vestido y uso de prendas suntuarias. Si se encontraban por la calle con algún hombre a quien no reconocieran como noble pero que llevara el manto largo, abajo de las rodillas, podían detenerlo y examinarlo. Le levantaban el manto y observaban sus piernas; en caso de que tuviera cicatrices, lo dejaban ir sin molestarlo, pues se entendía que debía ser un guerrero que había recibido heridas en combate y tenía derecho, aun sin ser noble, a usar el manto largo. En caso de no encontrar cicatrices, lo arrestaban y lo llevaban a un juicio del cual podía esperar hasta la pena de muerte, por violar el código que impedía a los macehuales ataviarse como nobles.

La expresión más firme del poder del tlatoani para vigilar el orden en la ciudad era la práctica del toque de queda, que no era exclusiva de Tenochtitlan y puede haber sido común en Mesoamérica; se menciona también para pueblos del Golfo de México y, al referirse a ella, Motolinía la describe como “costumbre en estas tierras”. En el caso mexica, sabemos que hay un vínculo entre el toque de queda, la estrategia militar, la par-

ticipación de los jóvenes del *calmécac* en la vida ritual de la ciudad y el control de la propia población. Las razones explícitas para el toque de queda eran evitar la incursión nocturna de enemigos y prevenir la sedición. Cuando sonaba el tambor del templo de Quetzalcóatl, a la puesta de sol, todos los habitantes de la ciudad debían recogerse; se levantaban los puestos del mercado, los visitantes se refugiaban en las posadas aledañas al tianguis y quienes estaban entretenidos en alguna faena fuera de su casa tomaban el camino de regreso. Como este toque era la señal para replegarse, debe de haber habido una segunda señal sonora, digamos hacia las nueve, al parecer de trompeta (de caracol), entre el crepúsculo y la medianoche, que marcaba la queda. Cuando la ciudad estaba completamente oscura, nadie debía estar en las plazas y en las calles. Durante la noche, los jóvenes que recibían instrucción en el *calmécac* subían a los montes y elevaciones de los alrededores de la ciudad para hacer autosacrificio y tocaban flautas y trompetas.

Además del trayecto ritual de estos jóvenes, había guardias en lo alto de las plataformas de templos y palacios, y se dice que el propio *tlatoni* salía a hacer recorridos y a verificar la eficacia de la vigilancia. Si descubría algún centinela dormido, lo mandaba matar. Se trataba, sin duda, de una disciplina militar, propia de una ciudad en permanente estado de guerra, como lo estaban muchas otras de Mesoamérica. Los mismos muchachos del *calmécac* se encargaban, durante la noche, de hacer recorridos por los lugares donde se realizarían algunas obras públicas al día siguiente, para dejar todo organizado y dispuesto antes del arribo de los jóvenes de las *telpochcallis* (escuelas de los *macehuales*), quienes a primera hora iniciaban su trabajo en dichas obras.

Habría que entender cómo se conciliaba el toque de queda con la práctica de asistir a la *cuicacalli* (casa de canto y danza) durante la noche, que el Estado *tenochca* había impuesto a todos los jóvenes, hombres y mujeres. Lo más probable es que el

toque del crepúsculo fuera la señal para que los muchachos de las *telpochcallis* y las jovencitas de los barrios se dirigieran, guiados por sus preceptores y guardianas, a la casa del canto. Bailarían dos o tres horas, mientras el resto de la gente estaba ya en sus casas, y seguramente regresarían a dormir antes del toque de queda propiamente dicho.

En cualquier caso, hay indicios de algunas fisuras en ese control absoluto que se buscaba imponer con la queda: por una parte, se habla en las fuentes de que algunos de los jóvenes que habían acudido a la danza, acordaban citas con las muchachas para pasar la noche juntos, en la casa del varón, práctica tolerada. Pero además de estas aventuras nocturnas de los jóvenes, sabemos, como ya se dijo, que algunos vagabundos aprovechaban la noche para deambular por el mercado y que también los asaltantes actuaban de noche.

Salir de la ciudad

Si bien la vida en la mayoría de los señoríos mesoamericanos tenía un claro perfil urbano, y la urbanización del espacio y las costumbres era uno de los rasgos más sobresalientes de la civilización mesoamericana, no hay que olvidar que la experiencia del campo, el regreso al bosque, a los ríos y las barrancas era también importante para una parte de la sociedad. Tanto los guerreros en campaña como los mercaderes pasaban una parte de su vida en los caminos, a la intemperie y expuestos a las inconveniencias y riesgos de la travesía. Cuando se habla de una batalla en la Huasteca, por ejemplo, debemos imaginar a miles de hombres en un viaje que podía durar varias semanas, levantando cada noche un campamento, cruzando corrientes más o menos turbulentas, descendiendo al trote por laderas, esperando el alba para cada ataque. La vida de los jóvenes que integraban los batallones de los barrios y la de los guerreros de élite,

indispensables en cada combate, transcurría con largas estancias en el campo. Lo mismo puede decirse de los mercaderes: los varones jóvenes pasaban una buena parte de su vida en los caminos.

Las fuentes coloniales contienen algunos datos sobre la experiencia y los incidentes propios del viaje de comercio. Los mercaderes pasaban frío y eran atacados por fieras. Para protegerse, buscaban acampar en cuevas, en lo alto de algunas montañas, o bien utilizaban las posadas que ocasionalmente había en los caminos. Sufrían lastimaduras en los pies, calor, fatiga. Muchos se quejaban de una gran comezón en la cabeza y se iban quedando calvos por el efecto del mecapal, que les fricciónaba la frente durante horas, mientras cargaban a la espalda hasta 30 kilos de peso.

También tenía momentos alegres, la jornada de los mercaderes, cuando, anunciados por un tamborín o una flauta, entraban, se diría que triunfantes, al poblado en el que realizarían alguna transacción importante. Cuando regresaban al punto de origen, a la ciudad en la cual vivían sus familias, fuera Tlatelolco, Tochpan, Guatemala u otra, sus mujeres les esperaban para atenderlos, como era costumbre entonces: les lavaban los pies, hinchados y sucios después de semanas o meses de andar y les hacían un masaje de los tobillos a los costillas, para sacarles el cansancio de una vez.

No siempre las travesías tenían un final feliz: las avenidas de los ríos llegaban a arrastrar a cientos de personas y las fieras podían atacar a varios mercaderes del campamento en una misma noche. Además estaba el peligro real de ser atacados o exterminados por los guerreros de un reino enemigo que buscaba, por ese medio, demostrarle a Tenochtitlan su disgusto por las condiciones que imponía a los señoríos con los que comerciaba o a los que exigía tributo.

La fastuosidad de los banquetes con los cuales los jefes de los barrios de mercaderes celebraban el regreso de las caravanas

era directamente proporcional a la magnitud de los peligros y riesgos que los mercaderes habían sufrido en el camino: se les recibía con jícaras para lavarles las manos, con ramilletes de flores, con tabaco; la comida era abundante y la bebida también. Inmersos en la nube de los grandes cigarros pasaban la noche completa, olvidando la dura vida del descampado.

EL CUERPO

Seguro que nos faltan infinidad de claves para entender lo que el cuerpo era para los antiguos nahuas y otros pueblos mesoamericanos, cómo se le percibía, cuáles eran sus símbolos. Pero hay indicios de sus técnicas, de sus posturas, de sus ademanes expresivos, de su sufrimiento y de su gozo.

El cuerpo estaba en el centro de los procesos de trabajo, era la máquina que ejecutaba la mayoría de las tareas. La ausencia de la rueda y de cualquier máquina basada en el giro sobre eje fijo (poleas, pernos, engranes, molinos), la falta de bestias de tiro y carga, y el escaso uso de metales para tareas productivas fueron condiciones que marcaron la tecnología mesoamericana.

Los soportes, las palancas, las máquinas que realizaban los movimientos y los desplazamientos eran las piernas, los brazos, los pies y el cuerpo en su conjunto. El trabajador de la obsidiana, por ejemplo, necesitaba sujetar con firmeza el núcleo de vidrio y percudirlo con precisión: sus pies eran la pinza y sus manos y brazos el instrumento para colocar el percutor y producir los impactos. La molienda del nixtamal en el metate, tarea obligada de todas las mujeres mesoamericanas, requería una postura precisa para que el cuerpo hiciera las veces de molino: la mujer se sentaba sobre sus piernas plegadas y así debía producir una presión descendente sobre el metate; lo lograba levantando las asentaderas ligeramente de los talones y precipitando el peso hacia sus brazos para empu-

jar y presionar la mano del metate. Luego volvía a una posición más baja y repetía una y otra vez el procedimiento de elevarse para colocar su peso en la parte alta del metate y dejarlo caer. Los empeines eran el punto de apoyo de esa máquina de doble palanca. De tal práctica resultaba una huella corporal que una fuente del siglo XVI describe así: “*icxichacayoliui*: tener las mujeres callos en los pies, de mucho moler en el *métlatl* sobre ellos”.

Los jóvenes de las etnias de mercaderes, como los *pochtecah*, eran quienes cargaban en su espalda bultos de hasta 30 kilos, en travesías que solían durar desde el alba hasta el mediodía o incluso hasta la medianoche si había luz de luna. Dos partes de su cuerpo sufrían de manera especial los efectos de ese trabajo: los pies se les hinchaban y ulceraban, y debían utilizar una pomada anestésica para aliviarlos; además sufrían dolores, comezón y calvicie prematura por la fricción del mescal. Imagínese el roce de la banda de henequén en la cabeza, durante horas. Por supuesto, los golpes y la fatiga eran parte de la rutina cotidiana de esta gente.

Los guerreros estaban sometidos a esfuerzos y accidentes similares a los que padecían los mercaderes, pero además el cuerpo del guerrero quedaba frecuentemente marcado por las heridas recibidas; los severos tajos de las espadas de obsidiana, por ejemplo. Y aun los sacerdotes usaban el cuerpo y su actividad cotidiana los marcaba: tenían heridas ocasionadas por las perforaciones que se practicaban en la lengua, en las orejas, en las pantorrillas y en otras partes del cuerpo.

Estar y andar

Había dos posturas de reposo en Mesoamérica: los hombres se sentaban en cuclillas y las mujeres lo hacían sobre sus piernas. Que alguien de un sexo utilizara la postura de reposo propia del

otro sexo era visto como algo ridículo, francamente inapropiado. A los españoles les sorprendió la capacidad de los indios para mantener la postura de las cuclillas durante varias horas, pero es claro que sus cuerpos se adaptaban a ella desde pequeños, y de este modo la silla, para aquellas sociedades, no era más que un artificio relacionado con el poder de reyes y jueces, pero innecesario en la vida diaria.

En cuanto a las normas y costumbres sobre el modo de andar, de moverse y comportarse en sociedad, percibimos un afán de distinción que pretendía remarcar las diferencias entre las clases sociales. Los nobles debían andar con elegancia, sin correr, sin una lentitud excesiva tampoco. Cuando escuchaban una plática debían permanecer quietos, sin volver la cara, sin hacer meneos, sin escupir. En oposición, los macehuales podían darse el lujo de emprender una carrera o arrastrar los pies, y su conducta corporal era más suelta y espontánea. El control sobre el movimiento corporal era más estricto aún con las mujeres nobles, quienes, entre otras cosas, solían andar con la cabeza baja, por recato y discreción.

La población marginal también estaba en los límites de la conducta corporal considerada como civilizada. La prostituta hacía todo aquello que se consideraba impropio para cualquier otra mujer: se pintaba los dientes, masticaba chicle, llevaba el pelo suelto, enseñaba las piernas, se contoneaba, ¡levantaba la cabeza!, hacía señas con la mano a la gente, guiñaba el ojo. Su conducta era escandalosa. El vagabundo andaba despeinado, en harapos, iba sucio. El borracho se iba cayendo, iba espeluznado, sucio, daba gritos, ¡aullaba!, bailaba y cantaba. Una frase que los ayudantes nahuas de Sahagún utilizan para caracterizar al borracho podría aplicarse a los otros marginados: “y en amaneciendo cuando se levanta el borracho, tiene la cara hinchada y disforme y no parece persona”. En el límite, donde no hay linaje ni comunidad, donde no se pertenece a un grupo, se muestra también tenue la condición de “persona”.

El borracho

Anda cayéndose, lleno de polvo y bermejo, y todo espeluzado y descabe-llado y muy sucio; y no se lava la cara, aunque se caiga lastimándose e hiriéndose en la cara, o en las narices[...] tiémblanle las manos, y cuando habla no sabe lo que dice: habla como borracho y dice palabras afrentosas e injuriosas[...] dando aullidos y voces[...] y anda bailando y cantando[...] anda alborotando a todos[...] y en las calles impide y estorba a los que pasan[...] y en amaneciendo, cuando se levanta el borracho, tiene la cara hinchada y disforme y no parece persona.

Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, libro IV, cap. IV.

El llanto

Entre las secreciones corporales controladas por el proceso de civilización se encuentran sin duda las lágrimas y también los sollozos y los gemidos. Todo ello tiene lecturas morales y políticas que suelen ser integradas en los códigos de conducta de las sociedades, como sabemos. Es interesante ver las expresiones de asombro de los españoles ante el llanto de los indios; nos permiten entender que esta conducta estaba sujeta a regulaciones muy distintas en ambas culturas.

A pesar de que los españoles del siglo XVI solían llorar mucho más de lo que es costumbre en nuestra época, los lloros de los indios les parecían llamativos. El llanto era desde luego obligado ante la presencia de la muerte, pero además del llanto espontáneo de los deudos había, como en el Mediterráneo, plañideras que lloraban de oficio para la ceremonia. También había un lloro para el difunto veinte días después de su muerte y luego cada año hasta cumplirse los cuatro. Pero veamos más allá del contexto luctuoso.

Varias fuentes coinciden en señalar el uso del llanto como parte del procedimiento habitual de súplica entre los nahuas. Lloraban los indios para conmovir a los frailes y pedirles, así, que los bautizaran, que se quedaran en su pueblo, que funda-

ran una doctrina en su comunidad o cualquier otra cosa. También hay noticia del uso del llanto en el contexto de los discursos públicos, especialmente en la retórica cortesana. Cabe pensar que, así como se aprendía a hacer discursos, a declarar las noticias con solemnidad y a adoptar la postura correcta, se aprendía a usar el llanto en el momento oportuno. Los españoles se conmovieron al escuchar a Moctezuma llorar mientras notificaba a la nobleza tenochca que había decidido recibir a Cortés en la ciudad y que necesitaba que ellos le dieran la bienvenida y reconocieran su autoridad como enviado de otro rey.

También lloraron los servidores de Moctezuma en el momento de levantar la litera para conducir a su soberano al real de Cortés, donde permanecería prisionero. Meses después, durante los combates finales que obligaron a los mexicas a replegarse en Tlatelolco, los mensajeros indígenas con los cuales Cortés buscaba enviar un comunicado para pactar la paz, escuchaban los razonamientos de Cortés llorando copiosamente. Este llanto de derrota, de sufrimiento, es perceptible incluso en los códices, donde puede advertirse el pictograma de la lágrima colocado en el pómulo de vencidos y cautivos.

Hay también testimonios de un llanto emocionado de gratitud: lloraban los señores al recibir tierras o cargos de su rey y lloraban las personas comunes cuando recibían de sus familiares un obsequio importante, como un predio.

La risa

Es un lugar común de la cultura mexicana la afirmación de que los indios andan serios, están tristes o no se ríen. Tampoco les hemos dado motivo para mucho más, pero de cualquier forma es una apreciación equivocada, nacida del prejuicio y de la distancia. Basta asomarse unos minutos a una jornada de fiesta entre los tepehuanes de Durango o presenciar un cumpleaños

en una fría ranchería rarámuri para darse cuenta de que lo que más hay son risas. También hay mucho alcohol y pautas de sociabilidad que nos resultan algo extrañas, pero hay risa.

En las propias descripciones de los ciclos de las fiestas religiosas prehispánicas, advertimos la presencia del juego y del humor. Alternando con las jornadas más solemnes, en las cuales la práctica sacrificial debe haber puesto un ingrediente fuertemente dramático en la vida de la ciudad, había ritos con un carácter lúdico que se convertían en auténticas diversiones públicas. Se hacían juegos, había carreras, escaramuzas, risas y burlas. Un ejemplo de estos rituales lúdicos es el juego “de las lechuzas”: en la fiesta del mes de títitl, niños y jóvenes preparaban almohadillas aprisionando tiras de papel o pelusa de tule en una redecilla, y corrían por las calles zumbándose unos a otros y arreando también contra las mujeres que pasaban.

Además había representaciones jocosas, llamadas a veces “entremeses” en las fuentes. Sobresalen las que se realizaban como parte de los festejos en honor de Quetzalcóatl en Cholula. Vale la pena, en este caso, escuchar directamente al cronista dominico, Diego Durán:

El primero que salía era un entremés de un buboso, fingiéndose estar muy lastimado de ellas [de las bubas], quejándose de los dolores que sentía, mezclando muchas graciosas palabras y dichos, con que hacía mover la gente a risa. Acabado este entremés, salía otro de dos ciegos y de otros dos muy lagañosos. Entre estos cuatro pasaba una graciosa contienda y muy donosos dichos, motejándose los ciegos con los lagañosos.

Acabado este entremés, entraba otro, representando un aromadizo [resfriado e irritado] y lleno de tos, fingiéndose muy acatarrado, haciendo grandes ademanes y graciosos. Luego representaban un moscón y un escarabajo, saliendo vestidos al natural de estos animales; el uno, haciendo zumbido como mosca [...] el otro, hecho escarabajo, metiéndose a la basura. Todos los cuales entremeses entre ellos eran de mucha risa y contento.

Estas farsas se mencionan en diferentes fiestas y contextos. El elemento jocoso suele estar dado ya por la desproporción manifiesta entre la forma y el tamaño del cuerpo humano y el de moscas, abejas, mariposas y otros insectos, ya por el choque entre los actores, que se golpean o se les hace caer de lo alto del escenario. Se habla, por ejemplo, de una representación en la cual varios muchachos disfrazados de pájaros y mariposas son atacados con cerbatanas por un grupo de actores que representan a los dioses.

Había un “baile y canto de truhanes, en el cual introducían un bobo, que fingía entender al revés lo que su amo le mandaba”. Otro baile, “agudillo y deshonesto” era el *cuecuechcuicatl*, “baile desvergonzado”, en el cual había muchos “meneos”, “visajes” y “deshonestas monerías” y en el que participaban “indios vestidos como mujeres”. También se habla de un baile en el que desfilaban hombres y mujeres, “fingiéndose ellos y ellas borrachos, llevando en las manos cantaritos y tazas, como que iban bebiendo. Todo fingido, para dar placer y solaz a las ciudades, regocijándolas con mil géneros de juegos”.

Es interesante observar que todas estas representaciones estaban ligadas al ciclo de las fiestas religiosas. Incluso los títeres recibían el nombre de *teteutotontin* o “diosecillos”. De éstos sólo sabemos que existían aunque no conocemos ningún guión de lo que habría sido el guiñol indígena. Pero sí sabemos que se utilizaban para algunas representaciones burlescas: un fraile se quejaba de que se realizaban, con estos títeres, “actos deshonestos e infames”, en los cuales representaban “a un sacerdote confesando, en injuria del sacramento santísimo de la penitencia”.

El sarcasmo y la burla aparecen también con frecuencia en los refranes del *Código Florentino*, como aquel que se usaba para referirse a quien solicitaba que se le devolviese algo que había obsequiado: se le decía “dos veces come su propia mierda”.

El sexo

A veces solemnizamos la imagen de nuestros antepasados, y tendemos a reducir los ámbitos de experiencia que imaginamos para sociedades pasadas. En el tema del sexo solemos pensar que todas las épocas antes de la nuestra estaban constreñidas por tabúes que hacían su práctica limitada, carente de libertad o poco variada, sujeta a reglas tribales, religiosas o políticas que nosotros hemos aprendido a romper. También en ese aspecto estamos equivocados.

Es verdad que los discursos didácticos recogidos, y en parte modelados por los franciscanos en el siglo *xvi*, hablan de mujeres recatadas, que cuidan su manera de andar y mirar, para evitar el contacto con hombres hasta el día en que fueran comprometidas con su futuro esposo. Así vivían, quizá, las mujeres nobles de Tenochtitlan y otras ciudades. Conocemos ejemplos históricos que refuerzan esta versión, como el de la hija de Nezahualcóyotl que fue condenada a muerte por haber conversado con un joven que entró furtivamente a su jardín. La mayoría de las doncellas nobles eran vigiladas, pellizcadas y hostigadas por sus guardianas mientras recorrían los jardines de sus palacios. Pero una cosa son los rígidos códigos de la nobleza, y otra muy distinta las costumbres de las comunidades de campesinos y artesanos.

Incluso entre los nobles, las cosas cambian cuando exploremos las reglas que regían las costumbres de los varones. Si bien los relatos sobre el calmécac indican que se cuidaba mucho que los muchachos pernoctaran en el dormitorio adjunto al templo y no frecuentaran a jovencitas, varias fuentes coinciden en señalar que “permitíaseles o disimulábase con ellos tener mancebas”. Era costumbre establecida que los jóvenes nobles tomaran como concubinas a mujeres del pueblo, con el consentimiento de los padres de ellas. Esta relación perduraba mientras la muchacha no quedara embarazada; cuando

esto ocurría, el joven noble tenía dos opciones: repudiarla para que la mujer se casara con otro hombre de su misma condición o bien desposarla. Esta segunda opción sólo era posible cuando el joven noble se había casado ya con una mujer noble; después de ese matrimonio principal podía haber muchos otros, pues sabemos que la poliginia era la práctica más común.

Sin duda existe una contradicción entre las descripciones de la ascética vida del calmécac y la práctica de tener varias mancebas, muy extendida entre los nobles. Existen dos posibilidades, que los nobles empezaran a tener concubinas sólo después de salir del calmécac, o bien que, al amparo de la hipocresía y la costumbre, hubiera una exigencia formal de vida ascética en el calmécac y una tolerancia habitual a la práctica del amancebamiento. Ya en la vida adulta, el privilegio de tener muchas consortes era exclusivo de los hombres. Sin embargo, se habla en las fuentes del caso de una mujer noble, de nombre Chalchiuhnenetzin, que tuvo innumerables amantes. Después de copular con cada uno de ellos por un tiempo, mandaba que se hiciese una escultura con su efigie y lo mataba. No está claro el grado de verosimilitud de esta especie de Medusa tezcocana, pero en todo caso no era una práctica extendida.

Respecto a la población macehual resulta más claro que no había un control estricto sobre su sexualidad prematrimonial. Las narraciones sobre la vida en las *telpochcallis* subrayan el hecho de que estos jóvenes tenían costumbres menos estrictas que las de los nobles. Y en particular se dice que llegaban a tener amantes y que pasaban la noche con ellas: “los ya maduros, que ya saben de las cosas terrenales, allá duermen con sus amantes”.

El origen de estos amoríos de los macehuales parece haber estado, como ya vimos, en las reuniones vespertinas que tenían lugar en las *cuicacallis* de la ciudad. En estos recintos se re-

unían los jovencitos de las *telpochcallis* con las muchachas de sus mismos barrios. Ellos venían de su jornada de instrucción, y ellas, en su mayoría, eran trasladadas desde sus casas. Curiosamente, las mismas fuentes que indican que los maestros y guardianas de unos y otras cuidaban el orden y evitaban que hubiese conductas ilícitas, nos dicen que durante la danza, en la cual bailaban intercalados y tomados de los brazos, ellos y ellas, con muy poca ropa, se sonreían y se guiñaban el ojo. Al parecer eran los muchachos de más edad y los que tenían reputación de valientes y habían logrado algunos méritos en el combate, quienes más se animaban a concertar citas con las muchachas para dormir con ellas.

Esta información sobre las aventuras nocturnas de los jóvenes coincide con las explicaciones que varias fuentes ofrecen sobre el matrimonio entre la gente del pueblo. La ceremonia matrimonial, esa que ilustra el *Códice Mendocino* y en la cual aparecen los contrayentes sentados en un petate con sus mantos amarrados, tenía lugar cuando las familias (generalmente la del novio, entre los nahuas) tenían recursos suficientes para organizar el banquete. Mientras tanto, lo normal era que las parejas vivieran juntas, “en afecto conyugal”, con el consentimiento de sus familias. Mientras la unión no se hubiera formalizado tampoco podía haber adulterio, si la joven amancebada tenía relaciones con otro hombre, no había adulterio.

No todos los noviazgos se iniciaban en la casa del canto; las fuentes nos permiten atisbar escenas de cortejo, de muchachos que espían a las mujeres que pretenden: las miran barrer, las ven ir a la huerta, cruzan miradas, hasta que finalmente se internan en un maizal o empiezan a encontrarse en la noche. Es probable que el embarazo fuera uno de los motivos para acelerar la ceremonia matrimonial, con la cual la comunidad formalizaba y estabilizaba el vínculo.

EPILOGO

La conquista española significó un asalto brutal a las instituciones indígenas; se vulneraron las antiguas cadenas de autoridad; desaparecieron estamentos completos como el de los guerreros de élite o el de los sacerdotes. La vida religiosa, sobre todo en su manifestación pública, cambió radicalmente. Los antiguos sacerdotes, sacados de sus templos y monasterios, no tenían ya derecho de presentar ofrendas, de matar codornices o punzarse el cuerpo, ni podían presumir ante el pueblo su duro ascetismo y sus cabezas ensangrentadas. Los nobles, que antes lucían orejeras y bezotes lujosos de piedra brillante, andaban por la calle con las orejas colgantes y con una cicatriz bajo el labio.

Empezó a tañer la campana, dejó de sonar la trompeta de caracol; se oyeron los martillazos de las fraguas, los balidos de ovejas y chivos. El trote del caballo y el olor del estiércol de vaca se incorporaron también al paisaje. Se empezaron a escuchar frases en castellano y en latín; los hombres tuvieron que ceñirse un pantalón para ocultar las piernas. Se acabaron la *telpochcalli* y el *calmécac* y vinieron las escuelas conventuales y las clases en latín. Se fue olvidando el calendario de adivinación, el *tonalpohualli*, y se empezó a estudiar, entre los indios también, a Cicerón.

Pero a pesar de las hondas heridas y rupturas, en medio del reacomodo de tantas cosas, subsistió una infinidad de antiguas costumbres: los petates, el guiso de frijol, los tamales, las cuclillas, las danzas, la sensibilidad exquisita llena de delicadezas y diminutivos, todo eso sobrevivió. También el chocolate, la vida familiar en torno a un patio, el uso del mecapal, el peinado femenino... Y sobrevivieron las lenguas nativas, las costumbres narrativas y mil cosas más.

Una de las tareas más apasionantes y necesarias para la historia de la vida cotidiana en México será profundizar en forma

más sutil y con detalle en el proceso de combinación de dos tradiciones culturales distintas. Ya sabemos algo, pero todavía necesitamos análisis más profundos y conceptos más precisos para explicar la historia de cómo, en estas tierras, se empezó a vivir de otra manera.

LA VIDA EN LA NUEVA ESPAÑA

PILAR GONZALBO AIZPURU

El Colegio de México

EL ESPACIO Y SU GENTE

Disfrutaba el hacendado de su ocio placentero, acrecentado con la visión del trabajo de sus esclavos, a los que sin vacilar consideraba parte de sus propiedades porque con su dinero los había comprado; sufría el campesino los rigores del clima, la dureza del trabajo y la incertidumbre del futuro de sus cultivos; oraban los religiosos en sus conventos, atendían las madres a sus hijos, laboraba el artesano en su taller, jugaban los niños, estudiaban los jóvenes colegiales, cortejaban los galanes y luchaban los pobres por sobrevivir. El conquistador de los primeros años dejó paso al encomendero que disponía del trabajo y del tributo de la población a su cargo, y éste se convirtió en el empresario, el minero o el hacendado de los siglos XVII al XIX, mientras miles de inmigrantes fracasaban en su intento de hacer fortuna y se conformaban con integrarse a la creciente población urbana empobrecida o se convertían en aventureros y vagabundos. Clérigos fanáticos y religiosos generosos alternaban con funcionarios desaprensivos y con burócratas ambiciosos. Unos cuantos indios nobles se integraban a la sociedad española, y millones de indígenas empobrecidos y desconcertados sufrían el azote de las epidemias, la opresión del trabajo forzoso y la pérdida de sus señores naturales. Era muy diferente

la vida cotidiana de unos y otros y evolucionó a lo largo del tiempo. Las investigaciones recientes y la documentación conservada tan sólo nos permiten acercarnos a algunos de los que fueron protagonistas de la historia, y situarlos en su mundo y en su tiempo.

A partir de 1492 y a lo largo de las siguientes décadas y centurias, cambió el mapa del mundo, cambió la historia y cambiaron las costumbres de los pobladores del continente americano. En el territorio que reconocemos como el México de hoy, y desde el punto de vista de las rutinas cotidianas, fueron modificaciones trascendentales que afectaron al paisaje y a las creencias, al trabajo y a la vida familiar. Fueron, sobre todo, cambios que generaron diversos modelos de comportamiento y que evolucionaron a lo largo de los trescientos años de dominio español.

La vida cotidiana del México colonial transcurría en apariencia apacible, aunque plagada de dramas individuales y familiares; todos intentaban satisfacer sus necesidades básicas, materiales, afectivas e intelectuales, cada uno de acuerdo con sus posibilidades y su entorno. Era un mundo complejo en el que a las diferencias de residencia, de edad, de género, de situación económica y de profesión se unían las de “calidad”, que contribuía a determinar el destino de los individuos. Tal diversidad de circunstancias haría inútil cualquier intento de referirse globalmente al “hombre novohispano”, como a veces hemos intentado. Nunca existió tal ente abstracto y aun menos si consideramos el transcurso de los trescientos años de vida bajo el gobierno virreinal. Del siglo *xvi* al *xix* y de las selvas remotas a la bulliciosa capital, los hombres que poblaban el virreinato apenas compartían algunas creencias comunes y aspiraciones de bienestar y felicidad casi siempre frustradas. Y esa diversidad fue, en definitiva, el elemento esencial en la formación de la identidad mexicana.

El territorio novohispano

Cuando hablamos de México podemos referirnos al país, nuestro país actual, o a la que ha sido y sigue siendo su capital. Los términos se confunden cuando se acepta una fecha como la correspondiente a la conquista de México, de modo que esta fecha, como sucede con casi todas, es una convención arbitraria que sólo de manera simbólica representa lo que realmente fue la conquista: el 13 de agosto de 1521 cayó en poder de Hernán Cortés la capital del señorío mexica. Los meses anteriores, cuando ya algunos pueblos se habían sometido, y los años siguientes, durante los que prosiguió el avance de los conquistadores, parecen olvidados, así como el inmenso territorio de lo que sería el virreinato queda reducido a México-Tenochtitlan, la gran ciudad, la cabecera del poder azteca, pero que era apenas una mínima parte de las tierras que meses y años después ocuparían a golpe de espada y con la cruz en alto los soldados y los frailes castellanos.

La Nueva España tuvo unos límites difusos que se fueron ampliando y perfilando con el paso de los siglos; no podían dibujarse los límites hacia el norte y mucho menos podríamos hoy dar la medida del territorio en distintas fechas, porque tampoco se sabía hasta dónde se extendía. En el siglo XVI, Zacatecas y Durango estaban situados en los remotos confines septentrionales del virreinato. Paulatinamente se amplió el dominio, más nominal que efectivo, hacia lo que hoy son los estados norteamericanos de California, Arizona, Nuevo México y Texas. Y a la vez que se organizaban avanzadas terrestres, salían expediciones marítimas que reconocían el perfil de las costas de Veracruz a Tamaulipas, de Oaxaca a Sinaloa y aun más al norte, como en el siglo XVIII, hacia Alaska. Para definir las dimensiones del territorio interesaba la delimitación de jurisdicciones de gobierno más que la curiosidad geográfica; y como resultaba ser una extensión difícilmente abarcable, en el norte se crearon rei-

nos y provincias (Nueva Vizcaya, Nuevo León, Nuevo Santander, las Californias...), mientras que capitanías y gobernaciones formaron la transición entre los dos virreinos del siglo XVI: de Perú a Nueva España. De norte a sur y de este a oeste, unas mismas leyes y un mismo gobierno deberían haber propiciado la homogeneidad de las costumbres, pero las diferencias geográficas, demográficas, de recursos naturales y de tradiciones definieron las costumbres locales. El espacio del virreinato constituía parte del ámbito vital de los novohispanos, de modo que más que un territorio medible en superficie era el complejo de pueblos diversos, de recursos materiales, de paisajes variados y de tradiciones ancestrales. Un vecino de la ciudad no reconocería como paisano y casi vecino al indio belicoso de las planicies norteñas o al fugitivo refugiado en las impenetrables selvas del sureste. Eran muy diferentes las creencias y valores, la manera de hablar y las costumbres familiares de unos y otros. Entre los elementos que establecían las diferencias se encontraban el suelo, el clima, la dedicación a la caza o a tareas mineras, agrícolas, ganaderas o artesanales, la distancia de poblaciones urbanas y la pertenencia a ciertos grupos sociales o calidades étnicas. Todos tenían su propia cultura y por eso era diferente su vida cotidiana. Porque si las necesidades de todos los individuos son básicamente las mismas, son muy diversas las formas de satisfacerlas, así como también son diferentes las normas y las prácticas en distintos momentos.

La marea conquistadora se fue extendiendo hacia confines cada vez más remotos y con ella llegaron la nueva fe, las nuevas leyes y los contagios de enfermedades antes desconocidas. Con algunos años de retraso llegaron a Yucatán los frailes con sus amenazas de condenación y los hacendados con sus exigencias despóticas. La difícil comunicación terrestre de la península yucateca con la capital del virreinato propició diferencias considerables en las costumbres y permanencia en las provincias del sureste de instituciones como la encomienda que sobrevivió

hasta el siglo XVIII, mientras en el centro había sido sustituida por formas modernas de control de los trabajadores y recaudación de impuestos. Tras un cuarto de siglo, con el impulso de los descubrimientos de yacimientos de plata, se incorporó la región de Zacatecas a la expansión colonizadora; casi tardó una centuria en apaciguarse la zona del camino hacia las minas, una vez sometidos los indios chichimecas, con lo cual se trasladó la frontera de guerra hacia lo que por un tiempo fue el extremo norte, que se rendiría paso a paso mediante la acción combinada de la represión dirigida desde los presidios y la labor de misioneros que lograban con la predicación más que los soldados con la espada. El dominio de lo que sería Nueva Galicia se logró en los primeros años del gobierno español con tal brutalidad que dejó como consecuencia una población diezmada, humillada, desesperanzada y resentida. Años más tarde, quien había sido nombrado gobernador de Nueva Vizcaya, Rodrigo del Río y Loza, pidió que le enviasen misioneros (precisamente jesuitas) en vez de soldados, porque su acción era mucho más eficaz y duradera. Según su experiencia, los soldados generaban violencia y los misioneros promovían actitudes de mansedumbre.

La costa del golfo se integró tempranamente a la dinámica de la vida colonial, impulsada primero por la cercanía del puerto de Veracruz, puerta de entrada de mercancías y de inmigrantes procedentes de España y de las Antillas, y por el sistema de

Solamente por el tiempo loco, por los locos sacerdotes, fue que entró a nosotros la tristeza, que entró a nosotros el Cristianismo. Porque los muy cristianos llegaron aquí con el verdadero dios; pero ése fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la limosna, la causa de que saliera la discordia oculta, el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la continua reyerta, el principio del padecimiento.

Libro de los linajes. *Chilam Balam de Chumayel*, primera parte.

plantaciones que se desarrolló a partir del siglo xvii. En el Pacífico, Acapulco vivió las oscilaciones de dinamismo y quietud dependientes de la llegada y partida de la flota de Manila.

La ruta de la asimilación cultural se inició en las ciudades y pueblos de los valles centrales, y prosiguió en misiones, reales mineros, villas, haciendas y estancias. Los elementos de la cultura occidental europea llegaron en la persona de los inmigrantes y en la introducción de nuevos cultivos, animales domésticos, utensilios de hierro, métodos de trabajo y creencias y ritos de la nueva religión. En la mentalidad indígena se fueron integrando conceptos del deber ser que implicaban criterios de lo bueno y lo malo de las acciones, y de salvación o condenación de los individuos. Todas las actividades tendrían a partir de entonces un valor positivo o negativo. Aunque el cumplimiento de las normas era muy diferente en unos y otros, todos deberían compartir las mismas creencias y aceptar las mismas normas morales.

La vida en las misiones parecía haber quedado congelada en una serie de rutinas establecidas por los regulares. Agustinos, dominicos, y con mayor dedicación a las misiones, franciscanos y jesuitas en sus respectivos territorios, instruían a los neófitos en la fe cristiana y les enseñaban oficios artesanales, cultivos y cuidado de animales domésticos. Los misioneros no sólo debían conocer las obligaciones propias de su ministerio sacerdotal, sino también las labores propias de un agricultor o de un albañil, un carpintero o un sastre. Un jesuita en Baja California lamentaba el esfuerzo perdido en cuidar una sementera que el huracán arrasó en pocos minutos. Del siglo xvi al xviii, los misioneros de las tres órdenes mendicantes más los jesuitas, que se integraron tardíamente y se dedicaron en especial a las regiones del noroeste, ocupaban gran parte de su tiempo en enseñar labores artesanales y cultivar la tierra hasta que los indios se hacían cargo totalmente de esas tareas. Las actividades invariables consistían en enseñar la doctrina a niños y adultos,

y en algunos casos también la lengua castellana y la lectura y la escritura a los niños y jóvenes que les ayudaban en las labores de la misión.

Los pueblos de indios se regían por una forma de gobierno mixta en la que participaban sus propias autoridades, aparte de los representantes del gobierno virreinal, de modo que se consolidaron diferencias de categoría entre antiguos señores y nuevos funcionarios: caciques y principales, herederos de linajes nobles, junto a los miembros de los cabildos, con “oficios de república” (alguaciles y regidores) de carácter electivo, y los indios “del común” que participaban en las elecciones y tenían acceso a las tierras comunitarias. La aparente y ficticia autonomía padecía constantes injerencias de cuantos españoles con algún poder, religioso, económico o civil intervenían en los asuntos internos o imponían cargas arbitrarias. El tránsito hacia la plena incorporación al sistema español evolucionaba lentamente, dependiendo de su relativa cercanía a poblaciones hispanas. Las tierras de la comunidad se distribuían entre los vecinos, pero surgían conflictos cuando se realizaban matrimonios con personas de otras comunidades o incluso con un mestizo o español. Si el cónyuge “forastero” sobrevivía a aquel que pertenecía a la comunidad: ¿podía disfrutar las tierras que personalmente no le correspondían?, ¿podrían expulsarlo si tenía hijos que ya habían nacido en el pueblo? Y, ¿cómo sobrevivir cuando aumentaba la población pero no las tierras asignadas? Ante problemas inmediatos y por progresiva incorporación a nuevas técnicas y sistemas de producción e intercambio, entre los siglos XVI y XIX se produjeron cambios sustanciales, a medida que los indígenas se adaptaban al sistema político y judicial, aprendían a defenderse y lograban mediante sutiles expresiones de resistencia cultural conservar muchas de sus tradiciones y formas de relación dentro de las comunidades.

En las haciendas se establecían sistemas jerárquicos dependientes de la categoría laboral. Eran pocos los gañanes o peones

fijos y se consideraban privilegiados porque tenían asegurado techo y trabajo durante todo el año. Mientras no llegó a sentirse la falta de mano de obra, tampoco los propietarios de haciendas y sus mayordomos pretendieron retener a los trabajadores contra su voluntad. Un punto débil de la situación era la dependencia de la buena voluntad del dueño de la hacienda y del mayordomo, administrador o capataz. Tampoco todas las haciendas eran iguales ni la producción de cereales se equiparaba al trabajo en ingenios azucareros, donde se aceptaba con naturalidad el penoso trabajo forzado de los esclavos, o en estancias ganaderas, con mayores libertades. Mediando el siglo XVIII, en la hacienda de Charco de Araujo, en el Bajío, las frecuentes visitas del amo, sin duda hombre justo, pero también sabedor de que el buen trato le daría mejores frutos que la violencia, imponían respeto al administrador y atraían el afecto de los trabajadores. Las cuentas de la tienda muestran la forma en que el crédito permitía solventar gastos especiales como los de quien pidió un adelanto para su boda y el traje de la novia, el bautizo de un bebé y su entierro pocos meses después, la fianza para sacar de la cárcel al padre borracho o el regalo para un compadre. Las leyes pretendían evitar abusos y muchos propietarios ejercían con moderación sus derechos patriarcales, pero no faltaron casos de malos tratos y de endeudamiento que obligaba a los trabajadores a cumplir compromisos laborales que coartaban su libertad. Sin embargo, la legislación prohibía que se hicieran anticipos cuantiosos, de modo que si algún patrón lo hacía no tenía derecho a reclamar la devolución del préstamo; y era frecuente que el nuevo amo de un trabajador asumiera la deuda que cobraría aplazada. Los trabajadores temporales, de libre contratación, pocas veces tenían acceso al crédito y tuvieron gran movilidad. Paralelamente, crecían los pueblos de mestizos y mulatos a la vez que se diversificaban las actividades; para fines del siglo XVIII, de cara a la modernidad, Nueva España era la provincia más prometedora del Imperio español.

Los nuevos y los viejos pobladores

Durante los trescientos años de gobierno virreinal se produjeron modificaciones constantes en la cantidad y distribución de la población, porque no hay dos siglos iguales ni siquiera dos generaciones idénticas. Pero fueron muy diferentes los ritmos y muy diverso el carácter de los cambios. La fecha de 1521 señala la irrupción de agentes destructivos que provocaron un verdadero cataclismo en la población indígena del centro del territorio: las epidemias acompañaron a la guerra y a las alteraciones en el modo de vida y en los hábitos de trabajo. La destrucción del mundo mesoamericano y la pérdida de millones de sus habitantes fue abrupta y violenta, mientras que su reconstrucción sería lenta y difícil, porque no se trataba tan sólo de restaurar materialmente casas, poblados y campos arrasados, sino que los nuevos protagonistas eran diferentes, había algunos forasteros, no muy numerosos en un principio, pero presentes e influyentes; y los mismos indígenas se integraban lentamente al nuevo orden, recurriendo a formas de resistencia que rara vez fueron violentas y, con mayor frecuencia, a recursos de sincretismo que les permitían mantener a salvo sus valores tradicionales.

Algunas décadas después de la conquista pretendieron los reyes de España conocer cuántos eran sus súbditos de allende los mares, quiénes eran y cómo vivían. La burocracia establecida con el fin de controlar, vigilar, ordenar a la población y cobrar los tributos requería igualmente tener un conocimiento, tan preciso como fuera posible obtener, del número de vecinos de cada lugar, de su situación y obligaciones para con la Coro-

La cuarta vestir al desnudo y mucho más a vosotros mismos, porque habéis de haber muy gran vergüenza de hacer descubiertas carnes, y mucho más las partes vergonzosas, detrás y delante. Y mirad que es voluntad de Dios que andéis vestidos y cobijadas vuestras carnes.

Fray Pedro de Córdoba, *Doctrina cristiana*, De las obras de misericordia.

na. Se enviaron largos cuestionarios, que incluían preguntas referentes a la situación geográfica, el clima y el relieve, la abundancia o escasez de agua, la población, los recursos naturales e incluso pedían una breve reseña histórica. De modo que la minuciosa relación de lugares y habitantes no se limitó a enumerar localidades y contar pobladores, sino que añadía referencias sobre los cultivos nativos y adaptados, las habilidades artesanales propias de cada región, las lenguas que se hablaban y la asistencia religiosa que los indios recibían de los frailes y clérigos que los tenían a su cargo. Estas informaciones permiten conocer las condiciones de penuria en que vivía gran parte de la población y la incipiente incorporación de cultivos y sistemas de trabajo propios de los españoles. Frente a pueblos prósperos, con población capaz de trabajar los campos y tierras adecuadas al cultivo del maíz, el frijol, el chile o la calabaza, había lugares semidespoblados, en cuyas tierras apenas se conseguía producir tunas de los nopales y pulque de los magueyales. Casas de adobe y techos de palma completaban el paisaje de los pueblos.

En las postrimerías del gobierno virreinal hubo nuevos recuentos y los primeros intentos de realizar censos de población, incompletos e imperfectos, pero suficientes para dar una idea de la complejidad de la población y de las grandes diferencias regionales. Aunque no se conocen cifras precisas, se sabe que la

Los viejos y los nuevos pobladores

Población indígena estimada en 1519	9 085 000
Población total en 1570:	
Españoles	6 644
Indios	3 336 860
Mestizos (y castizos)	13 504
Negros	20 569
Afromestizos	2 435

Fuente: cálculos aproximados de Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, pp. 220-241.

población indígena fue mayoritaria durante todo el periodo colonial, pese a la mortandad de los primeros años, y también que apenas a mediados del siglo xvii se inició la recuperación. Para los comienzos del xix se calcula que los indios representaban algo más de 60% de la población total, seguidos de los mestizos con cerca de 21% y con menos de 20% de quienes se consideraban españoles.

El gran colapso de la población indígena en el siglo xvi se debió sobre todo al asalto de las grandes epidemias, provocadas por organismos patógenos contra los que los indios carecían de defensas. El sarampión, la viruela, el tifo y quizá también la fiebre hemorrágica (cocoliztli y matlalzáhuatl en las crónicas de la época) fueron devastadores en las primeras décadas y se repitieron con más o menos intensidad en los siglos xvii y xviii. Aunque el contagio terminaba por alcanzar también a la población rural, y las enfermedades llegaban a todos los ambientes, se propagaban con mayor rapidez en el medio urbano, favorecidas por el hacinamiento en las viviendas, la falta de higiene y la permanente situación de pobreza y desnutrición de los vecinos más pobres de la urbe. Incluso cuando la viruela había mitigado su virulencia, siguió cobrando víctimas mortales o al menos dejando su huella en las horadaciones que marcaban el rostro de hombres y mujeres de todos los grupos sociales.

Hacia fines del siglo xviii, la población del virreinato sumaba algo más de seis millones, de los cuales la mayor parte eran indios que residían en las pequeñas comunidades rurales de los valles centrales y el Bajío. Las condiciones geográficas y el ambiente cultural determinaban la forma de vida, tanto en las dilatadas extensiones muy escasamente pobladas en el norte, como en los recónditos refugios de la selva del sureste, a los que huían familias y grupos de indios tributarios de Yucatán. Dondequiera que se establecían empresas de españoles, quedaban los indios obligados a trabajar en ellas, de modo que alternaban el trabajo obligatorio establecido por el régimen de repartimien-

to con el cuidado de sus propias tierras, de las que disponían en régimen de propiedad comunal pero trabajaban de manera independiente en las parcelas que tenían adjudicadas.

Sin datos seguros y completos, y tan sólo mediante estimaciones a partir del consumo, se ha calculado que al finalizar el siglo XVIII vivían en la capital del virreinato más de 100 000 personas, y en esta como en otras ciudades la proporción étnica se invertía en relación con la totalidad del territorio, con alrededor de 60% de españoles, casi 30% de mestizos y el restante 10% de indios. Aunque las familias podían llegar a tener hasta cinco o seis hijos, muy pocos sobrevivían. Se calcula que un tercio moría el primer año y que antes de cumplir los cinco ya se había reducido a la mitad el número de los nacidos. Esta elevada mortalidad infantil contribuía a que el promedio de esperanza vida fuera muy bajo (alrededor de 30 años), pero incluso después de superadas la infancia y la juventud, la expectativa apenas alcanzaba los 59 años, y quienes habían superado los 50 ya se consideraban ancianos.

La medicina carecía de remedios eficaces para la mayor parte de las enfermedades y ni siquiera todas podían ser diagnosticadas. También eran pocos los médicos titulados y aprobados por el tribunal del Protomedicato, mientras que abundaban los curanderos, hueseros, parteras, hierberos y hechiceros. Siempre al filo de la heterodoxia y vigilados por el tribunal de la Inquisición, quienes curaban mediante el uso de hierbas y brebajes elaborados según viejas recetas mesoamericanas o africanas, también recurrían a los conjuros o a oraciones dirigidas a intermediarios del santoral católico. En ocasiones se recetaban baños de aguas termales, y el simple baño en los numerosos temascales que habían sobrevivido a la conquista se recomendaba como medida preventiva. Aunque los más celosos censores de la moral vieran con desconfianza la “perniciosa” costumbre del baño, nunca se pudo desarraigar de la población indígena y, por el contrario, no tardaron los españoles en aficionarse a ella.

Siempre existió por parte de las autoridades y de los miembros más conspicuos de la sociedad un afán clasificador que subrayase su distinción al permitirles diferenciarse tajantemente de la población menos afortunada. En un principio se habló de la república de españoles y la de indios, lo que equivalía a vencedores y vencidos. La huella más duradera de esta primera división fue la separación de parroquias de españoles e indios; pero el mestizaje que se inició de inmediato y la llegada masiva de africanos esclavos que se vendían para los trabajos más pesados del campo o para el servicio doméstico, complicaron la situación y para designar a los descendientes de esclavos se utilizó el término de castas. Aunque nunca funcionó un régimen de segregación social, no hay duda de que el término casta tenía una connotación peyorativa, y aun dentro de las castas existía cierta gradación que reconocía mayor o menor prestigio. Los libros parroquiales incluyeron en ese rubro a todos los mestizos. Pero el término usual con el que se identificaban los novohispanos era la calidad, y las calidades constituían un repertorio en el que los niveles superiores correspondían a los llamados españoles, aunque la mayoría de ellos eran criollos y no todos podrían acreditar la tan prestigiada limpieza de sangre.

Ser español significaba ser persona “decente”, con oficio o profesión respetable, familia legítima, comportamiento honorable y reconocimiento por parte de la comunidad. A la inversa, podría decirse que quien disfrutaba de tal consideración podía considerarse español independientemente de la proporción de genes de origen ario, africano o americano que tuviese. El componente étnico tenía indudable peso, pero no era el único determinante de la calidad. Castizos y mestizos seguían en orden descendente y ya entraban en el grupo confuso en el que una misma persona podía calificarse indistintamente en una u otra categoría. Cuando las autoridades judiciales trataban de seguir la pista a un presunto delincuente, la búsqueda se complicaba con las declaraciones de los testigos que aseguraban conocerlo como español, mulato,

mestizo o indio. Los expedientes judiciales e inquisitoriales proporcionan abundantes muestras de la confusión en el momento de definir la calidad de un individuo. Lo más frecuente era que al referirse a la calidad lo hicieran con suma precaución, con la advertencia de “al parecer”, “dice ser” o “es tenido por”. Una partera acusada de emplear hechizos y conjuros en sus curaciones fue considerada mulata, mestiza o morisca, según lo que con toda seguridad atestiguaban quienes la conocían. Un hombre perseguido por el delito de bigamia había contraído un primer matrimonio presentándose como español, su segunda esposa creía que era mestizo y los arrieros con los que había trabajado lo describieron como mulato; finalmente resultó ser castizo, como hijo de una española y un mestizo. Moriscos, mulatos y negros ocupaban la parte inferior de la escala social, ya que los indios nunca se consideraron entre las castas; explícitamente la legislación establecía que los indígenas nunca podrían ser considerados de “mala raza”. Sin embargo, dijera lo que dijera la ley, lo que pesaba en la vida cotidiana era el acceso a cierto bienestar y en ese terreno los indios ocupaban los escalones más bajos, sólo seguidos de los esclavos.

Como consecuencia de la creciente complejidad de grupos étnica y culturalmente diferenciados, y la promiscuidad propia de las calles y viviendas de las ciudades, se inició el proceso de amalgamación de las costumbres, que fue paralelo y aun más intenso que el mestizaje biológico en las principales ciudades del virreinato. Una vez fracasado el proyecto de separación en el espacio urbano, los indios residieron indistintamente en los barrios asignados a ellos o en el centro de la traza, que en un principio se pensó reservar a los españoles. Aunque pretendieron conservar sus costumbres, con el transcurso del tiempo, inevitablemente influidos por la convivencia con españoles y castas, asumieron actitudes ajenas a la tradición comunitaria de sus pueblos de origen, se relajó la obediencia a las autoridades locales y se generalizaron formas de comportamiento que habrían sido condenadas en su sociedad tradicional.

La población novohispana en 1810

	<u>Población</u>	<u>Porcentaje</u>
<i>Intendencias del centro y sureste, donde se concentraba el mayor número de habitantes</i>		
México	1 591 844	26.0
Puebla	811 285	13.2
Oaxaca	596 326	9.7
Guanajuato	576 600	9.4
Guadalajara	517 674	8.5
Yucatán	528 700	8.6
<i>Intendencias con menos de 500 000 habitantes</i>		
Valladolid (Michoacán)	394 689	6.4
Veracruz	185 953	3.0
Tlaxcala	85 845	1.4
San Luis Potosí	173 651	2.8
Zacatecas	140 723	2.3
Durango	170 400	2.8
Sonora	135 385	2.2
<i>Reinos y provincias del extremo norte del virreinato</i>		
Nuevo México	34 205	0.6
California	4 496	0.1
Nueva California	20 871	0.3
Coahuila	42 937	0.7
Reino de León	43 739	0.7
Nuevo Santander	56 715	0.9
Texas	3 334	0.1
Población total	6 122 354*	99.7

Fuente: cálculo de Francisco Navarro y Noriega, "Memoria sobre la población del Reino de Nueva España, escrita por Don Fernando Navarro Noriega, contador general de los ramos de arbitrios de este reino", 1810, pp. 281-291.

* [Así en el original. La suma correcta es 6 115 372].

Siempre fueron muy inferiores en número, pero la fuerza que daba a los españoles su posición de superioridad fue suficiente para que impusieran a la población aborigen algunas de sus costumbres, demasiadas según los frailes, que conocían las debilidades de los muy católicos españoles. Ninguna doctrina, creencia o comportamiento se transmite sin sufrir un proceso de adaptación, y aun más, la transmisión de costumbres tiene

un doble sentido. Así como sabemos que el educador es educado por sus discípulos en el proceso de enseñanza, también el colonizador es en muchos aspectos colonizado, y esto fue lo que sucedió con la fe cristiana, el modo de vida europeo y la forma de relacionarse los individuos en sociedad; mientras los criollos presumían de su limpio origen étnico y de la pureza de sus costumbres hispanas, los funcionarios reales y los representantes de la jerarquía eclesiástica que llegaban a Nueva España apreciaban de inmediato que la población considerada española no era en absoluto igual a la de Castilla, como también era diferente su trato y su modo de comportarse. Por otra parte, en los pueblos de indios comenzaron a usarse tempranamente los instrumentos de hierro y a criarse aves de corral que aportaron nutrientes básicos para la alimentación; se aceptó el sistema de elección de los cargos “de república” y se establecieron las cofradías y la práctica del relevo periódico de las mayordomías; los vecinos de pueblos, ranchos y haciendas, sin abandonar por completo sus creencias ancestrales, adoptaron aspectos de la liturgia católica de una manera que no pocas veces confundía a los párrocos y doctrineros.

En sus representaciones colectivas y en la práctica cotidiana, los criollos se parecían más a los indios y mestizos que a sus contemporáneos europeos. Ciertamente existía un grupo privilegiado que se preocupaba por actualizar sus noticias de la metrópoli, que consumía productos de ultramar y cuyo vestido difería poco del de los peninsulares; incluso sus viviendas imitaban las castellanas. Pero la gran mayoría de los llamados españoles residentes en la Nueva España ni eran ricos ni aspiraban a perpetuar un hispanismo que no sentían. Y algo independiente de las apariencias eran los sentimientos, los gustos y el aprecio por un género de vida que ya era americano. Lo que los viajeros observaban era lo que hoy sabemos que constituía la base de una cultura autóctona en proceso de consolidación y plena de posibilidades creadoras.

Las edades de la vida

Ya que el Regio Patronato daba autoridad a la Corona sobre la Iglesia americana, era previsible la colaboración de ambas instancias, y a ella acudieron las autoridades civiles cuando pretendieron conocer quiénes eran los vasallos de Castilla, cómo organizaban sus familias y dónde y cómo vivían. En tierras de misión y en comunidades de neófitos dependientes de la asistencia espiritual de clérigos regulares, los evangelizadores o doctrineros vigilaban el comportamiento de los habitantes de su jurisdicción. En las parroquias de pueblos y ciudades estaba prescrito que se mantuviesen actualizados los libros de bautizos, matrimonios y defunciones, además de los padrones de comulgantes, en los que debía constar el cumplimiento de las obligaciones pascuales (el sacramento de la penitencia y la eucaristía). Los sacramentos de la Iglesia acompañaban al cristiano a lo largo de su vida y pretendían proporcionarle el consuelo derivado de la fe en una providencia bondadosa y omnipotente que cuidaba cada momento de su existencia y velaba por el buen orden de la sociedad. Las inevitables calamidades que casi todos padecían y las indudables injusticias que a muchos afligían eran en definitiva manifestaciones de la sabiduría divina que así encaminaba a los hombres hacia la salvación eterna.

El bautismo era la puerta de acceso a la comunidad de los fieles y la universal medicina que curaba los pecados anteriores. Los recién nacidos, que traían consigo la culpa del pecado de Adán, debían ser bautizados cuanto antes, ya que era muy frecuente que muriesen en los primeros días o meses. Precisamente el conocimiento de esa probable urgencia influyó para que en los libros de bautizos hubiera el desorden previsible, ya que ningún párroco podría despachar sin atender las súplicas de unos padres angustiados por la posibilidad de que su hijo no llegase a gozar de la eterna bienaventuranza. En esas circunstancias se administraba el bautismo sin exigir que traslada-

sen al niño a la parroquia que le correspondía, por lo que era frecuente que un indio se bautizase en una parroquia de españoles. La separación de parroquias no podía aplicarse en tales casos. La “fe de bautismo” constituía el documento imprescindible para acreditar la personalidad y condición cuando se trataba de contraer matrimonio o de ingresar en una institución religiosa o en la Real Universidad. Gracias a la exigencia de demostrar legitimidad y limpieza de sangre, y a la frecuencia con que faltaba la fe de bautismo, disponemos de expedientes en que se registran las más pintorescas excusas: perdió su documentación en un naufragio, se la robaron los bandidos de la sierra, ha olvidado en qué pueblo nació y, por tanto, en qué parroquia lo bautizaron...

Los afortunados que llegaban a los 10 o 12 años ingresaban en el rango de quienes debían confesar durante la cuaresma para cumplir el precepto de la comunión pascual; así lo registraban los párrocos en sus libros, aunque no faltaban los comulgantes de menor edad, por devoción personal o de sus padres. Los 10 años era la edad en que se consideraba que los párvulos tenían “uso de razón” y también la que marcaba el comienzo del aprendizaje de algún oficio. Los pequeños nacidos en zonas rurales se iniciaban en el trabajo tan pronto como podían realizar las tareas adecuadas a sus fuerzas, y no faltaban labores de todo tipo en las casas más modestas. En cuanto a los esclavos, parece que a nadie le importaba si tenían “uso de razón”. El criterio de edad que se aplicaba se refería a su capacidad para independizarse de su madre. Prácticamente no hay casos de venta de niños menores de siete años sin su madre y son excepcionales los de siete a 10 años. Habría sido un pésimo negocio para el comprador, que arriesgaba su dinero por una “mercancía” que seguramente no iba a sobrevivir. Aunque no deja de ser excepcional, existe al menos un caso inverso, en el que fue vendida la madre, y fue la dueña, sin hijos propios, quien en ausencia de su marido decidió quedarse con el mulatito nacido de su

esclava a la que vendió. Podemos suponer que era hijo del marido ausente y quizá es lo mismo que supuso la vendedora; nosotros no tenemos pruebas, acaso la señora sí las tuvo.

Si bien en todos los estratos sociales era común la tolerancia hacia cierta libertad sexual, los negros y mulatos, libres o esclavos, tuvieron mayor tendencia a convivir en pareja sin recurrir a la bendición de la Iglesia; de ahí que a fines del siglo xvii, en la parroquia del Sagrario de la Ciudad de México, a la que pertenecía lo más encumbrado de la sociedad, junto con multitud de esclavos y sirvientes, 52% de los niños “morenos” bautizados eran ilegítimos, frente a 36% de los españoles. También ésta es una cifra bastante elevada y suficiente para pensar que no podía existir un verdadero rechazo de los hijos naturales cuando constituían casi la mitad de la población. En parroquias de rumbos más populares la diferencia en la ilegitimidad no era tan notable ni tan elevada. Entre 30 y 32% fueron los bautizos de ilegítimos en la Santa Veracruz, con mínima diferencia entre españoles y castas.

El matrimonio era un acontecimiento de trascendencia social para el que se debían realizar ciertos trámites de los que también tenemos testimonios. La pareja que iba a contraer matrimonio debía anunciarlo con anticipación a las autoridades eclesiásticas, que se ocupaban de dar al acto la publicidad requerida por la legislación canónica. Así, los registros parroquiales y las solicitudes de licencia son, junto a los padrones de comulgantes, los documentos que nos dan la información más completa de la organización familiar. Al menos en teoría, ante la Iglesia eran iguales los poderosos y los pobres, pero el mayor o menor detalle en las anotaciones, la administración de los sacramentos en un lugar u otro y, ya en el caso de los difuntos, el entierro en lugares de privilegio o en fosas comunes, marcaban claramente las distancias. Y los entierros proporcionan la información para conocer las crisis demográficas, la influencia de epidemias y las situaciones de catástrofe o de carestía.

Enfermedad y pobreza constituían la combinación que propiciaba una mayor incidencia de defunciones, y aunque algunas afectaron en especial a los indios, a los niños o a los jóvenes, no todas las grandes epidemias fueron selectivas sino que afectaron a toda la población. Superadas las crisis de las primeras décadas, se repitieron cíclicamente las etapas de contagio masivo de sarampión, viruela, tifo, tabardillo y peste (ya fueran las mismas u otras diferentes de las ya mencionadas como matlazáhuatl y cocoliztli). Aunque surge la tentación de relacionar el aumento en los precios del maíz con una mayor incidencia de defunciones, la conexión entre ambas calamidades no va más allá de la que siempre existió entre pobreza, promiscuidad, falta de higiene, agotamiento, desnutrición y contagio, que era lo decisivo. En las viviendas campesinas la convivencia con los animales contribuía a crear un ambiente insalubre, así como dormir sobre petates en el piso propiciaba las picaduras de animales dañinos. Y siempre quedaba la sospecha de si las frecuentes muertes de infantes asfixiados por descuido al dormir junto a sus padres eran efectivamente desdichados accidentes o infanticidios. En todos los medios faltaba la higiene que hubiera ayudado a prevenir y evitar los contagios masivos.

LA VIDA EN EL HOGAR

La vida cotidiana se realiza en la casa y en la calle, en el trabajo y en los locales de devoción o esparcimiento, en el hogar o en las instituciones de asistencia comunitaria. De todos ellos, la vivienda es el lugar más representativo de la intimidad, y la intimidad proporciona los ejemplos más evidentes de lo cotidiano. Siempre ha influido el espacio del hogar en la forma de convivencia de los grupos domésticos y esto puede destacarse en el México colonial, cuando cada región tenía su forma de habitación característica y eran muy diferentes las viviendas de

que podían disponer los distintos grupos domésticos que habitaban las ciudades.

Las viviendas y su entorno

Frágil o duradera, miserable o lujosa, los hombres siempre han contado con alguna habitación que les sirva de refugio nocturno y de centro de convivencia familiar o de grupo. La vivienda, su construcción, su adorno y su ubicación dan testimonio de formas de vida que caracterizan una región o una ciudad. El mundo rural novohispano, con predominio absoluto de presencia indígena, era muy diferente del más común en la España del Viejo Mundo; e incluso las ciudades, en las que el diseño urbano se trazó según normas establecidas por el gobierno virreinal, las diferencias eran notorias. Unas y otras eran ciudades “abiertas”, ya que la actividad económica y social se hacía evidente en las calles y plazas; los mismos nombres asignados a los espacios comunes indicaban su uso: puente de curtidores, calle de plateros, Correo Mayor, Aduana vieja, rincón del herrador...

En la Nueva España, incluso los grupos nómadas del norte, que los misioneros llamaban gentiles, poco evangelizados y tardíamente asimilados a las costumbres españolas, contaban con una vivienda de pieles que trasladaban en sus desplazamientos y otra más duradera que abandonaban temporalmente para regresar a ocuparla algunos meses después, cuando en ocasiones se establecían durante un tiempo en las comunidades dependientes de las misiones, donde vivían los “hijos del pueblo” o vecinos de la misión. También disponían de una precaria vivienda los indios mayas de la península de Yucatán que huían hacia las zonas de refugio, donde aspiraban a recuperar íntegramente su modo de vida tradicional. Pero tras haber tenido contacto con los españoles no era posible una restauración total

como pretendían. Los individuos y familias de pueblos mayas que lograron escapar del yugo de los encomenderos intentaron organizar en la selva su vida anterior a la conquista, pero varias décadas de sumisión y adoctrinamiento habían modificado sus costumbres hasta el punto de restablecer sus rituales, pero con imágenes cristianas, y de producir la miel y la cera que vendían a los españoles. Podían construir sus casas igual que lo habían hecho sus abuelos, pero no dejarían de incluir objetos de hierro, llevar consigo algunas gallinas o puercos, e incluso adornarían sus paredes con algunas estampas propias de la imaginería cristiana. Escondidos en la selva o sometidos al trabajo en las haciendas henequeneras, poco cambiaba el recinto en el que se recogían con sus familias para descansar.

Los pueblos de la sierra y de los valles centrales del altiplano introdujeron cambios a medida que sus relaciones con los españoles se hicieron más cercanas y pacíficas. Los repetidos programas de congregación de pueblos lograron parcialmente su objetivo al atraer hacia núcleos de población pequeños o medianos a quienes acostumbraban vivir dispersos. Fueron los “pueblos formados” o congregaciones los primeros en amoldarse a las normas impuestas por los conquistadores. Si el pueblo contaba con suficiente población, alcanzaba la categoría de cabecera, de modo que en él residían el párroco y el gobernador. Las casas de adobe construidas para ellos servían de modelo, copiado por algunos agricultores o comerciantes de la comunidad, los más prósperos, que despreciaban las precarias estructuras de cañas y paja que ocupaban muchos de sus vecinos. La fisonomía de los pueblos fue cambiando y ya en el siglo XVIII algunos pueblos (los llamados sujetos), que habían estado sometidos a la jurisdicción de otros más populosos, las “cabeceras”, aspiraban a convertirse en cabecera porque había aumentado su población, podían sostener a un párroco o doctrinero, pensaban que podían elegir a sus propias autoridades y pretendían desligarse de la situación de dependencia.

Según el modelo más frecuente de construcción, las casas estaban rodeadas de un pequeño terreno utilizado como corral para animales domésticos o como huerto familiar, mientras que las milpas quedaban en las afueras de los pueblos. En muchas comunidades campesinas desde el siglo XVI se generalizó la costumbre de asignar un espacio de la casa a la exhibición de estampas o imágenes religiosas. Era el lugar llamado santocali, que algunos frailes elogiaron como muestra de devoción, mientras otros criticaron por considerar que propiciaban los actos de irreverencia; además de que rechazaron muchas imágenes por considerarlas monstruosas.

El panorama era muy diferente en las ciudades, en las que además las construcciones dependían del barrio y de la categoría social de sus vecinos. Como criterio diferenciador, la altura de las construcciones marcaba la distancia social entre sus habitantes: las casas “de altos”, es decir, con una segunda planta, correspondían a los propietarios de tierras, minas o negocios, que también con frecuencia eran dueños de su propia vivienda. Los modestos artesanos y trabajadores alquilaban las casas de una sola planta, generalmente con piso de tierra y tejado de palma. En las grandes ciudades, México en primer lugar, seguida de Puebla y más tardíamente Guanajuato, Guadalajara, Querétaro, Antequera y otras, abundaban las grandes mansiones que rentaban accesorias abiertas en su fachada y cuartos en los patios interiores. Las accesorias solían destinarse a talleres, tiendas o escuelas, al mismo tiempo que servían de alojamiento en un cuarto interior, cuando existía, o al menos en un tapanco en el que se instalaba la familia. Los cuartos en los patios tenían menos categoría y el nivel económico de sus arrendatarios era progresivamente más bajo según se pasaba a los patios interiores.

El ajuar doméstico de los jacales y modestas viviendas rurales era apenas el imprescindible para sobrevivir. No sólo para las familias indígenas que, según decía uno de sus evangeliza-

México, hermosura peregrina,
y altísimos ingenios de gran vuelo,
por fuerza de astros o virtud divina;

al fin, si es la beldad parte del cielo,
México puede ser cielo del mundo,
pues cría la mayor que goza el suelo.

¡Oh ciudad rica, pueblo sin segundo,
más lleno de tesoros y bellezas
que de peces y arena el mar profundo!

¿Quién podrá dar guarismo a tus riquezas,
número a tus famosos mercaderes,
de más verdad y fe que sutilezas?

Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, cap. IV.

dores, se limitaba al petate y la tilma que les servía de cama y abrigo, sino también para los modestos propietarios cuyos inventarios post mórtem permiten conocer la austeridad con la que vivían: un catre con o sin colchón, para dormir, unas tablas como mesa y un banco para sentarse, además de un arcón en el que guardaban los bienes muebles como algo de ropa, relicarios o monedas. Los impresionantes edificios de las grandes haciendas, numerosas, pero aun así excepcionales en la totalidad del territorio, se decoraron tardíamente, ya que no eran el alojamiento habitual de la familia del señor, que sólo en raras ocasiones se instalaba por algún tiempo, como visitante más que como residente.

La evolución de las costumbres dejó su huella en los edificios urbanos. Desde el siglo XVI, y lo mismo en el XVII, las más vistosas construcciones, e incluso el palacio virreinal, habían mantenido en alquiler accesorias en las fachadas y cuartos en los patios y zaguanes; pero ya a mediados del siglo XVIII llegaron los efectos de la moda ilustrada y su consecuencia entre los grupos privilegiados, que se sintieron descontentos con sus vie-

jas residencias, tanto por considerarlas modestas como por aislarse de la “plebe” a la que ya no toleraban. La renovación de las casas principales cambió el panorama de las calles céntricas de la capital, que pronto sería “la ciudad de los palacios”. No sólo se abrieron amplios ventanales y se prefirieron las casas “entresoladas”, en las que el entresuelo funcionaba como aislante del bullicio callejero y de la humedad tan frecuente en temporada de lluvias, sino que también se diseñaron pasillos o galerías que rodeaban los patios y a los que se abrían las puertas de las recámaras, de modo que se lograra una intimidad antes inexistente, cuando el único paso era de una pieza a otra. La ciudad de los palacios exhibía espléndidas mansiones, pero junto a ellas siempre hubo pequeñas huertas o milpas, jacales, corrales y talleres artesanales.

También hubo cambios en el mobiliario. La recámara perdió relativamente importancia porque dejó de ser una pieza a la que entraban las visitas y quedó reservada a la intimidad familiar. En las viviendas que contaban con más de una pieza se consideraba que una de ellas debería funcionar como sala de recibir y comedor o asistencia. En los palacios y mansiones señoriales se dispusieron varias salas, en particular la “sala de sillas” para los visitantes formales, varones que trataban con el dueño de la casa, y la “sala de estrado”, donde se reunían las señoras y las jóvenes, junto con los hombres más cercanos a la familia. Una gran cantidad de cuadros, imágenes y estampas religiosas decoraban las paredes de las casas humildes y de los salones suntuosos. Y algo representativo del espíritu de la época fue el cambio en la actitud hacia los objetos valiosos, que en los siglos XVI y XVII se guardaban celosamente en arcones bajo llave y en el XVIII pasaron a exhibirse en vitrinas. El afán de atesorar y aun de ocultar se vio sustituido por el deseo de exhibición, ya que la ostentación era necesaria para consolidar la imagen de familias o personas afortunadas y poderosas.

El hambre y la comida

La alimentación constituyó en todo momento un elemento influyente en la aculturación de indios y españoles. Primero por necesidad y más tarde por gusto, muchos peninsulares y criollos se habituaron al consumo de maíz, ya fuera en tortillas, atoles u otros guisos. En momentos de penuria, cuando los cereales escaseaban y aumentaba su precio, los indios se quejaban de que los gachupines se comían su maíz. Así lo expresaron durante el motín de 1692 y sin duda estaban en lo cierto, puesto que hoy sabemos que en las cuentas de instituciones como colegios y conventos se incluía este cereal junto al pan de trigo en el gasto cotidiano. Y ya que la población de las ciudades propiciaba la mezcla cultural de todos los grupos sociales, tanto como el mestizaje biológico, también hay fuertes indicios de que algunos indios de los barrios, asimilados a los mestizos y mulatos con quienes convivían, consumían pan, al menos en alguna ocasión. No era así en los pueblos de indios, donde la economía de autoconsumo determinaba que se limitasen a comer lo que producían sus milpas como base de la alimentación. Un obstáculo adicional para que se generalizase el consumo de pan se deriva de su modo de producción en establecimientos especializados o, excepcionalmente, en casas que dispusieran de un horno, a diferencia de las tortillas, elaboradas inmediatamente antes de su consumo y a cargo de una sola persona en el hogar. Hasta cierto punto podría decirse que los indios conservaron su patrón alimentario de la época prehispánica (maíz, frijol, chile y calabaza) con la eventual adición de proteínas de origen animal. Al igual que en tiempos más recientes, ni la preferencia por maíz o trigo era excluyente, ni todas las tortillas se hacían de maíz, ni todo el maíz se empleaba en tortillas. Claramente en una posición intermedia, los trabajadores de las minas, de cualquier origen étnico, podían consumir pan de trigo y muy variados manjares, en cuanto lograban conseguir una buena ganancia. Quizá

disfrutaban los nuevos sabores, pero lo seguro es que el consumo de productos procedentes de Castilla era un signo de prestigio. En el extremo inferior, tampoco faltaron pueblos remotos donde los animales domésticos seguían siendo desconocidos, las tierras de cultivo paupérrimas y las miserables cosechas tenían que completarse con raíces, frutos e insectos. En algunas regiones del virreinato se dieron épocas de sequía o hubo plagas que azotaron los cultivos y se vivieron periodos de hambruna, más graves para los habitantes del campo que carecían de otros recursos. En esos momentos se intensificaban las migraciones hacia las ciudades donde se procuraba mantener el abasto de productos básicos como el trigo y el maíz.

Si bien los cereales marcaban la distinción fundamental en la alimentación, no eran ni mucho menos lo único que estaba al alcance de los novohispanos. La introducción de animales domésticos significó un cambio favorable en la dieta de los indios, quienes incluso en regiones alejadas de los centros del dominio colonial pudieron tener acceso a las especies de aves y mamíferos (con preferencia gallinas y cerdos) que fácilmente se adaptaron y reprodujeron, de modo que las proteínas animales contribuyeron a la nutrición de gran parte de los pobladores del virreinato. Cuando en el último tercio del siglo XVIII el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón se dirigía a los párrocos con recomendaciones para que cuidasen del bienestar de sus fieles, se refería a la costumbre de que los animales se recogiesen en el interior de las viviendas, provocando suciedad y malos olores permanentes. Claro que los animales eran una posesión muy valiosa y ésa era razón suficiente para que los campesinos quisieran conservarlos cerca de sí.

Lo que sorprende es la enorme cantidad de carne de res, borrego, cerdo y cabra que llegaba a los mercados de la Ciudad de México y que se consumía en guisos mestizos, tan diferentes de la tradicional cocina española como de los variados sabores e ingredientes propios de la mucho más austera y elemental

Los indios no son todos de la misma índole, ni tienen las mismas costumbres. Alrededor de la ciudad de México son flojos por naturaleza y se les paga la tercera parte de lo que se paga a un español por su trabajo o servicio. Tienen la gran cualidad de poder hacer o imitar todo lo que han visto sin ninguna dificultad y así llegan a ser grandes maestros con sólo mirar y observar. Bástale a un indio ver cómo tocan, por ejemplo un arpa, para que él al cabo de un rato haga lo mismo con segura confianza, y de este modo llegan a superar a sus maestros. Son morenos y andan casi desnudos; se cubren las nalgas con algunos jirones de tela fabricada por ellos mismos. Hacen un brebaje que llaman pulque, muy repugnante para nosotros, pero según ellos delicioso. Con este pulque se emborrachan total e infaliblemente todos los lunes.

"Carta del padre Juan Ratkay, 25 de febrero de 1681", en Mauro Matthei (comp.), *Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros en Hispanoamérica*.

cocina prehispánica. La misma variedad se apreciaba en las diversas regiones del virreinato. Y, ya que los condimentos son básicos en la creación de los gustos regionales, en ellos, desde las hierbas aromáticas locales hasta las alcaparras, el aceite, el vinagre y la pimienta que se importaban del Viejo Mundo, se basó el arte culinario de los hogares novohispanos. Junto con las almendras y el vino de Jerez, éstos fueron productos alimenticios valorados más que por su aportación nutritiva por su valor simbólico como signo de estatus.

Un componente básico de la alimentación era el pulque, que suplía la carencia de otros alimentos y se tomaba en grandes cantidades. Además de proporcionar un suplemento calórico, también se bebía para remediar la sed en lugares con extrema escasez de agua. Hombres y mujeres de todas las edades consumían pulque desde la hora del desayuno hasta el último refrigerio nocturno. Claro que tratándose de una bebida fermentada podía ser causa de embriaguez y ciertamente lo era con harta frecuencia; como también lo era el vino que se despachaba en las tabernas, pero cuyos consumidores eran sobre todo españoles y mestizos y acaso por eso no preocupaba a nadie. Las autoridades, siempre deseosas de encontrar culpa-

bles para los desórdenes y quizá pensando que así reducirían la violencia, intentaron en distintos momentos ordenar restricciones o la prohibición total del consumo de pulque. Las voces en su defensa no se hicieron esperar y argumentaron con las razones que más podían influir a favor de la bebida: sostenían en primer lugar que el pulque era el alimento que daba fuerzas a los indios y a los trabajadores encargados de las tareas más pesadas, que no podrían realizar sin ese estímulo; además, no eran pocos los propietarios de haciendas pulqueras que se enriquecían con ese comercio, y, por último, pero quizá el argumento decisivo: el impuesto a la venta de pulque engrosaba las cajas reales, siempre exhaustas. Así que se establecieron normas para su comercialización, se clasificó el pulque según la calidad y se mantuvo la costumbre de venderlo tanto en establecimientos como en puestos callejeros. Un obrero rumbo a su trabajo, un ama de casa en busca de la comida del día o un joven estudiante en ruta hacia su escuela difícilmente podrían recorrer su camino sin encontrar algún vendedor de pulque. Mientras esto sucedía en las ciudades no era muy diferente la relación de los campesinos o mineros con el pulque. Por lo general las mujeres lo vendían a la orilla de los caminos.

Afectos, familia e intereses

No es fácil conocer los sentimientos de nuestros antepasados de hace trescientos años cuando tan complicado es con frecuencia identificar los propios. Frases aisladas en algún documento pueden informarnos de resentimientos o de lealtades, de tenacidad y de claudicaciones en actitudes de aprecio o rechazo. Las fórmulas de cortesía y las menciones piadosas eliminan o reducen los márgenes de la espontaneidad. De poco sirve la revisión de correspondencia privada, sometida a moldes estereotipados de buena educación y quizá en muchos casos filtrada por un ama-

nuense que transcribía las frases del remitente. A las expresiones iniciales relativas a la salud, “espero que os encontréis bien”, “gozamos de buena salud”, “con la ayuda de Dios me he repuesto”... sucedían descripciones más o menos detalladas de dolencias pasadas, para entrar finalmente en el objeto de la misiva, relacionado en las cartas que conocemos con la petición de compañía, de dinero o de colaboración en los negocios. Más expresivos son los “billetes” incautados en algún proceso judicial, en los que alguna vez pueden encontrarse palabras apasionadas y con mayor frecuencia pequeños gestos de picardía: “te mando un cigarrito que ya comencé a fumar para que pongas tu boca donde yo puse la mía”, “guardo junto a mi corazón esa prenda que me diste y la huelo para acordarme de tu olor”... En ocasiones son los testamentos los que nos dan indicios de un pasado de goces o sufrimientos: “durante los últimos años he disfrutado mi viudez”, “por mi debilidad recaí en nuevos amores prohibidos”, “la niña que tengo como adoptada es realmente mi hija que tuve por mi debilidad en un desliz de juventud”.

Junto a los imprecisos y escasos testimonios de formas de relación amorosa o familiar, podemos contar con los datos procedentes de los registros parroquiales y, ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, con algunos padrones de pueblos y ciudades, en los que se encuentran datos básicos sobre composición familiar y complejidad de los grupos domésticos. Tan sólo algunas familias opulentas que conservaron su fortuna y su posición como miembros destacados de la sociedad, guardaron archivos familiares que nos permiten vislumbrar cuál fue la influencia de estrategias matrimoniales, de previsiones económicas y de parentescos por afinidad o espirituales que les permitieron consolidar su poder mediante redes de influencia.

Teólogos y canonistas pretendieron encontrar solución al problema de los matrimonios indígenas previos a la conquista. Tras largas discusiones, llegaron a la solución, teológicamente incorrecta pero prácticamente útil, de aceptar que se trataba de

verdaderos matrimonios de derecho natural, pero que a pesar de todo sería mejor que volvieran a casarse, ahora ya ante la presencia del sacerdote católico y según el ritual establecido. El problema de la poligamia de los nobles se solucionó en cuanto los naturales se dieron cuenta de que sin ceremonias religiosas ni reconocimiento público, también los españoles se relacionaban con varias mujeres. Renunciar a la poligamia formal y solemne, reconocida como un privilegio y una obligación de los nobles, significó perder uno más de los signos de poder, pero no necesariamente dejar de gozar de la variedad en el lecho. Para los plebeyos no hubo diferencia, puesto que mantuvieron su costumbre de arreglar los matrimonios de los jóvenes entre los parientes y principales del lugar, cuando apenas pasaban de la adolescencia.

En los pueblos se conservaron costumbres como la actuación de la casamentera, el rapto de la novia y la residencia de uno de los dos (según la tradición de la comunidad) en la casa paterna de ella o de él. La norma prehispánica de que la familia y las autoridades del pueblo autorizasen o recomendasen los matrimonios se conservó incluso cuando podía contravenir lo dispuesto por el derecho canónico. Para la validez del sacramento del matrimonio se exigía que los contrayentes expresasen ante el sacerdote su aceptación del compromiso conyugal; sin embargo, ante la renuencia de algunos grupos a aceptar la fórmula litúrgica, se autorizó que las palabras rituales no las pronunciasen los novios sino sus padres o las autoridades de la comunidad. También era frecuente que las viudas se volvieran a casar con un pariente del esposo difunto, aunque para ello les exigía la Iglesia conseguir la dispensa de parentesco. Y aún a finales del siglo XVIII, cuando se habían infiltrado muchas de las desordenadas costumbres de españoles y mestizos, los nacimientos producidos fuera del matrimonio eran excepcionales y más bien se trataba de uniones prenupciales, conocidas y aprobadas por las respectivas familias. Pocas mujeres vivían solas o encabezaban su propia familia en el medio rural, lo que tampon-

Bautizos de parroquias de la Ciudad de México, 1650-1660

<i>Calidad</i>	<i>Legítimos</i>				<i>llegítimos</i>			
	<i>Sagrario</i>	<i>%</i>	<i>Veracruz</i>	<i>%</i>	<i>Sagrario</i>	<i>%</i>	<i>Veracruz</i>	<i>%</i>
Españoles	5 103	62	1 387	66	3 110	38	718	34
Castas	4 676	48	1 747	62	5 029	52	1 066	38

El porcentaje corresponde al total de bautizos de la calidad respectiva en cada parroquia. Datos tomados de los registros parroquiales del Archivo General de la Nación.

co significa que no trabajasen fuera del hogar sino que realizaban tareas de apoyo en las labores agrícolas.

Como en otros terrenos, también la vida urbana difería de la rural en cuanto a la estructura familiar. Muchas mujeres quedaban solteras y mientras las doncellas podían presumir de su virginidad, no eran pocas las que mantenían relaciones irregulares con hombres solteros o casados. Fueran doncellas o no, éstas, junto con las viudas, fueron las responsables de mantener a padres ancianos, hermanos menores, hijos o parientes, y, en consecuencia, muchos hogares urbanos estuvieran encabezados por mujeres que tuvieron que conseguir de algún modo los ingresos necesarios para sostener a su familia. No era tarea fácil para una mujer ganarse la vida cuando la sociedad las condicionaba para ser hijas, esposas y madres. El trabajo femenino era común, pero poco reconocido y muy mal pagado: nanas, cocineras y sirvientas solían residir en la casa de sus patrones, pero había también lavanderas y planchadoras, costureras y sombrereras que realizaban el trabajo en su propia casa. Durante muchos años, familias completas se ocuparon en la elaboración de cigarros, hasta que el establecimiento de las reales fábricas de tabacos, que aseguraban el funcionamiento del monopolio de la Corona, las obligó a trabajar las jornadas laborales en los edificios que se erigieron con ese fin en varias ciudades (México, Puebla, Querétaro, Antequera, Orizaba y Guadalajara) los cuales requerían mano de obra de varios miles de hombres y mujeres. Aunque en los obrajes era común que trabajasen hom-

bres, a ellas también les tocó esa dura situación, en particular cuando se veían obligadas a pagar por deudas contraídas o por faltas de sus maridos o compañeros.

Las señoras “de condición”, es decir, de condición reconocida como superior, podían ser maestras de niñas, con escuela (“amiga”) propia o impartir a domicilio clases de música y labores manuales femeninas como el bordado, el tejido y otras. Para ser maestra sólo se les exigía que conocieran la doctrina cristiana y que acreditaran ser de buenas costumbres. Algunas de ellas sabían leer y escribir y lo enseñaban a sus alumnas; otras apenas leían, pero no escribían, y había maestras que orgullosamente presumían de su capacidad como educadoras, aunque fueran incapaces de leer.

No fueron muchas, pero tuvieron influencia en la sociedad, las propietarias de panaderías o de obrajes textiles, las que heredaron de sus padres o maridos profesiones y talleres de platería, imprenta, sastrería, sombrerería, tejeduría de lanas o de sedas y otros oficios. Pero sin duda fueron más, aunque por ahora no podemos cuantificarlo, las que se dedicaron al comercio, desde las aristocráticas damas que invertían en minas, haciendas y negocios hasta las modestas indias que llegaban a los tianguis con los productos de sus tierras. Entre unas y otras estaban las dueñas de neverías, pajerías, chocolaterías, boticas, pastelerías y prenderías, actividad esta última que fue muy lucrativa porque era frecuente que, por necesidad de dinero, personas de cualquier condición empeñasen los objetos más o menos valiosos de su casa o de su ropa. La habilidad con la que algunas viudas manejaron el negocio familiar tras la muerte del marido hace pensar que aun antes no habían sido ajenas a la administración del taller, tienda u obraje. No se aprende de un día para otro a dirigir una imprenta o a organizar las rutas que los arrieros recorrían con su cargamento, a dirigir un taller de cordobanes o a administrar una posada; pero eso fue precisamente lo que hicieron muchas mujeres.

El panorama femenino urbano consistía en jóvenes casadas (más de un tercio de las que llegaban al matrimonio contraía enlace antes de los 20 años), solteras y viudas trabajadoras y una minoría de ricas propietarias. A lo largo del periodo colonial, en la Ciudad de México el número de mujeres solas, ya fueran solteras o viudas, siempre superó al de las casadas. Todas reconocían el principio de la autoridad masculina, pero muchas ejercían el poder en el ámbito doméstico, por decisión propia o por necesidad. Todas reconocían los méritos del recogimiento y la clausura, pero sólo los practicaban quienes vivían en colegios y conventos. Y la opción no fue, como con frecuencia se cree, el matrimonio o el claustro, sino el matrimonio o el celibato, con o sin compañía masculina. Había muy pocas monjas, casi todas de familias acomodadas que podían pagar la elevada dote solicitada para la profesión religiosa.

A falta de otras distracciones, las mujeres que no tenían compromisos laborales ocupaban su tiempo en la iglesia, la calle, la vecindad, las visitas y, como recurso al alcance de casi todas, la cuidadosa observación, desde puertas y ventanas, de lo que sucedía en las casas vecinas. Nadie mejor que las celosas vigilantes voluntarias sabía a qué se dedicaban, a quiénes recibían y cómo empleaban su tiempo las personas que ocupaban los inmuebles cercanos. Así pudieron denunciar a dos mujeres en cuya casa entraban algunos hombres, a los que poco después veían en paños menores a través de las ventanas. Como siempre había explicaciones para comportamientos en apariencia desordenados, no fue difícil que las jóvenes acusadas justificasen su actividad porque ellas ganaban su sustento dedicándose a lavar y planchar la ropa de sus visitas, y era perfectamente posible que un caballero no dispusiera de más ropa que la que llevaba puesta. Existía una ordenanza que prohibía a hombres y mujeres quedar en paños menores en los lavaderos públicos mientras se lavaba y secaba la ropa que portaban, pero ni las prohibiciones se cumplían rigurosamente ni podían referirse a cuanto se hacía en el interior de las casas.

También por delación de los vecinos se presentaron los alguaciles en una casa cuya puerta permanecía abierta después de las 10 de la noche, hora en que todas las casas deberían haber cerrado para el descanso nocturno, y en la que entraban hombres y mujeres. Cuando llegaron las autoridades no alcanzaron a encontrar más que a un joven que, según su explicación, había llegado unos instantes antes para pagar una deuda que tenía con la patrona; y las jovencitas justificaron su visita a deshoras afirmando que llegaron a pedir prestados unos hilos o que estaban rezando sobre unos escapularios bendecidos. Quizá alguien había avisado oportunamente a otros visitantes, que no aparecieron o cuya presencia no se consignó en el expediente. Y aunque no convencieron las explicaciones de las muchachas, tampoco se tomaron medidas contra ellas, aunque sí se detuvo a la dueña de la casa, mujer casada cuyo marido estaba en la cárcel denunciado por ella de darle malos tratos.

Se suponía que el matrimonio era la situación ideal de las mujeres y es cierto que muchas lo buscaban con éxito. A falta de marido otras se conformaban con la compañía, continua o temporal de un hombre que les proporcionaba “sombra”, o sea la protección que se suponía que todas necesitaban. Tal protección tenía sus inconvenientes, ya que casadas y amancebadas corrían el riesgo de ser golpeadas por sus compañeros. Puesto que se consideraba prerrogativa de los maridos corregir, incluso

Sobre el sexto mandamiento

¿Burlaste o engañaste alguna muger, diciéndole serás mi muger, y yo me casaré contigo: y después no te casaste con ella, mas la engañaste?

¿Besaste por ventura alguna muger, abrazástela o le asiste de las tetas, o la retocaste, desseando y cobdiciando tener parte con ella; y quando tú querías tener acceso a ella quizá te lo estorvó y tú no la obedeciste ni te fuiste a la mano?

Alonso de Molina, *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana*, 1569.

mediante golpes, a sus esposas, tal derecho se extendía a los hombres que convivían con una soltera o viuda. Las demandas de divorcio y las denuncias por malos tratos tenían que probar que los castigos eran excesivos, y demostrarlo con la evidencia de los golpes, fracturas, abortos y lesiones de todo tipo que acreditaran la sevicia. Eran pocos los hombres que denunciaban los malos tratos que sufrían por parte de sus mujeres (menos de 20% de los casos de demandas conyugales), pero también se registraron en los procesos de divorcio, y no sólo se referían a golpes (con una plancha, con una piedra o con el mazo del almirez o el molcajete) sino a burlas en privado y en público, insultos y falsos testimonios que los desprestigiaban.

Casi siempre la cercanía de otros miembros de la familia servía de freno a los abusos de los maridos y ofrecía a las esposas un posible refugio en caso necesario. También la familia era la única instancia que amparaba a quienes perdían su fortuna o carecían de trabajo, a las mujeres que enviudaban sin disponer de bienes y a los niños huérfanos o abandonados. Ya fueran parientes o desconocidos, no era raro que aparecieran bebés en los tornos de los conventos o en las puertas de las casas. Muchas mujeres solas, con rentas suficientes para sobrevivir decorosamente recibían con júbilo la llegada de un recién nacido o acogían a un huérfano algo mayor, que enseguida adquiría el estatus de “mi huérfano”, según expresaron ellas en sus escrituras notariales. Y, para escándalo de los clérigos, no pocas veces la llegada del infante coincidía con el repentino alivio de una honesta hija de familia que había padecido durante nueve meses una extraña enfermedad.

Dejar en casas ajenas niños recién nacidos era práctica usual en las zonas rurales, en donde la mayor incidencia de abandonos se producía en tiempos de carestía, de epidemias, de sequía pertinaz o de inundaciones que arrasaban los cultivos. También en las ciudades se producían abandonos de infantes por diversas causas; la ciudad de Puebla tuvo un hospicio desde el siglo

xvii, pero en la de México no se sintió la necesidad de erigir hospicio y casa de expósitos hasta el último cuarto del siglo xviii, puesto que siempre había familias que los acogían. Ya con la influencia ilustrada y la preocupación diferenciadora que aumentó entre las élites, se fundaron ambos establecimientos. Como consecuencia de estas costumbres, y aunque siempre el modelo más frecuente de convivencia familiar fuera el de un matrimonio con uno o varios hijos, era común que en la misma vivienda se encontrasen hijos naturales de alguno de los cónyuges, hijos de matrimonios anteriores de alguno de ellos, ilegítimos fruto de relaciones adúlteras, más entenados y adoptados e hijos de las esclavas cuya paternidad no se pretendía averiguar. Por cierto que los esclavos, hombres y mujeres, eran a menudo el sostén de una mujer sola y sin bienes de fortuna. Los 400 pesos aproximadamente que podía costar un esclavo eran una excelente inversión cuando tenía alguna habilidad especial y podía mantener a su ama realizando trabajos remunerados fuera de la casa, contratándose como arriero o en cualquier otra actividad. Una vez cubierto su compromiso con el amo podía ahorrar la cantidad necesaria para su manumisión. Mediaba el siglo xviii cuando un mulato esclavo, que pretendía recuperar la libertad mediante el correspondiente pago de 400 pesos, reclamó ante la Audiencia porque su amo le exigía 450, justificando el plusvalor porque el mulato en cuestión sabía leer y escribir. La airada respuesta del esclavo, de la que ha quedado constancia en su expediente, fue que lo expuesto por su amo era impropio, “como si no hubiera tantos otros esclavos con las mismas circunstancias”. El argumento debió de convencer a los jueces que mantuvieron el precio de 400 pesos. Para un joven inteligente no sería difícil conseguir que alguien le enseñase a leer y escribir, e incluso hay testimonio de que en algunos casos, como en el colegio de Veracruz, los jesuitas aceptaban niños esclavos en sus escuelas, aunque, para tranquilidad de familias con afanes de distinción, advertían que se distri-

buían según “las categorías de sus padres en mesas diversas: si es que son pobres o ricos, morenos o esclavos”. Y repetidamente se quejaron los maestros españoles de que la ciudad estaba “infestada de maestros de todas clases y colores”.

Cuando los conquistadores, cronistas y primeros vecinos españoles se referían a las familias de los indios hablaban de su parentela, expresión ambigua que definía lo que ellos mismos no entendían y que en suma se concretaba a lazos de afinidad por parentesco más o menos directo o cercano. Los ritos cristianos colaboraron a consagrar esas diversas formas de extensión familiar cuando establecieron el parentesco espiritual, contraído por compadrazgo en ceremonias de bautizo, comunión y matrimonio. Un pobre lo era doblemente si carecía de familia que lo protegiera, y un rico multiplicaba su poder cuando era capaz de establecer redes de mutuo apoyo en los negocios y en la vida social. Los parientes consanguíneos no podían elegirse, pero sí los que se lograban por afinidad (por uniones conyugales) y por la actuación como padrino de los sacramentos (bautismo, confirmación y matrimonio). Las familias más prósperas e influyentes lograron su poder mediante exitosas estrategias de enlaces matrimoniales de sus vástagos y elección atinada de inversiones diversificadas así como de profesiones civiles y eclesiásticas de los varones.

LA VIDA EN EL ENTORNO DE LA COMUNIDAD

Las relaciones amistosas se ampliaban fuera del ambiente familiar por necesidad, por conveniencia o por gusto. En el trabajo o en la iglesia, en celebraciones festivas, encuentros ocasionales o visitas de cortesía, hombres y mujeres entablaban relaciones que podían dar lugar a afectos duraderos o a rencores y antagonismos. En los pueblos, casi todos los moradores se conocían y no pocos eran parientes. También compartían su peculiar sen-

tido de la justicia y valores e intereses que afectaban a todos. De ahí que cuando un marido golpeaba excesivamente a su mujer acudieran los vecinos a defenderla, pero ellos mismos, si el hombre llegaba a matarla y era condenado por la justicia, recurrirían meses después a pedir su liberación por la doble razón de que ella le había dado motivo y de que el resto de la familia padecía necesidad por ausencia del hombre que los mantenía. También las esposas agraviadas solicitaban el juicio de los vecinos cuando ponían en evidencia, incluso en la plaza pública, las faltas cometidas por ellos. Las esposas que debían trasladarse al lugar de residencia de la familia de su marido carecían de la protección familiar y con mayor frecuencia eran víctimas de malos tratos y de uxoricidios. Los delitos violentos eran comunes entre residentes en distintas comunidades y mucho más raros entre los de la misma comunidad.

En las ciudades, con abundante y abigarrada población, podrían haberse dado condiciones para el disfrute de libertades o la ocultación de un pasado desordenado, pero difícilmente se podría hablar de anonimato, cuando la movilidad apenas trascendía los límites de la parroquia. Ya que las viviendas modestas eran alquiladas, sus inquilinos se trasladaban a menudo de residencia, pero pocas veces se alejaban mucho de sus centros de trabajo o de la zona donde vivían sus parientes. A juzgar por los padrones parroquiales de años sucesivos, parece que las razones del cambio eran el aumento o disminución de la familia, la penuria o prosperidad económica o la insalubridad de algunos inmuebles. Y, si bien las casas señoriales se alquilaban previo contrato protocolizado por un escribano público, no se recurría a tales formalidades cuando se trataba de cuartos y accesorias que pagaban pocos pesos al año. El intento de seguir las vicisitudes de un grupo doméstico de artesanos o comerciantes nos puede llevar de una accesorio decorosa pero modesta, en la que residía una pareja con un hijo, a una vivienda en segunda planta, si el pequeño taller o tienda proporcionaba mayores ingresos

y la familia había aumentado con varios hijos, más acaso con el padre o la madre de alguno de los cónyuges; de ahí, en los años siguientes, podía consolidarse la posición o iniciarse un declive, si la mujer quedaba viuda y los hijos abandonaban el hogar. En esas circunstancias se encontraban las muchas viudas solas que ocupaban cuartos, covachas o jacales.

El mundo laboral

Una relación de diferente tipo podía darse en los centros de trabajo, donde existía una convivencia forzosa durante muchas horas del día. El trabajo agotador de las minas afectaba la salud y obligaba a la renovación frecuente de trabajadores; aun así sólo en algunas ocasiones fue necesario forzar a los indios mediante el sistema de repartimiento, que los obligaba por cierto tiempo, ya que las expectativas de posibles ganancias animaban a mestizos, mulatos y españoles carentes de caudal que querían probar fortuna. En las ciudades, el trabajo más odiado era el de los obrajes textiles, en los que muchos operarios permanecían encadenados, ya porque estuvieran cumpliendo una sentencia o porque tuvieran el compromiso de pagar una deuda pendiente. No faltaban disputas y violencia en un ambiente que provocaba la constante irritación de los desdichados trabajadores. Similar en dureza, pero con menor número de operarios y horarios menos extenuantes, eran los trabajos en tocinerías y panaderías. El ayuntamiento de la ciudad ordenaba inspecciones periódicas en los obrajes, a sabiendas de que se cometían permanentes abusos contra los trabajadores. La especialización requerida para un trabajo provechoso en la panadería alentaba un trato más humano y permitía el aprendizaje de los trabajadores. En el siglo *xvi* Hernán Cortés, el marqués del Valle, envió a una panadería a una de sus esclavas, Bárbola, que trabajaría ahí dos años, durante los cuales debía aprender el oficio para obtener la

libertad al cabo de ese plazo, y saldría ya provista de los utensilios necesarios para establecerse por su cuenta. El pago de su manumisión serían los panes y bizcochos para abastecer la casa del marqués. Algunos años más tarde, otras dos mujeres, al parecer criollas, solicitaron la instalación de una panadería en Taxco, que ellas vigilarían y atenderían personalmente. No fue un caso único; las panaderías fueron siempre negocios de españoles y hubo mujeres entre las más acomodadas que fueron propietarias, otras dirigieron por sí mismas la producción y la venta del pan en sus tahonas. También en las tocinerías fue habitual que se contratasen mujeres.

El horario laboral variaba según las profesiones u ocupaciones y las estaciones del año. Los burócratas terminaban su jornada a mediodía y los maestros dividían la suya en dos partes: matutina y vespertina, con descanso de dos o tres horas para la comida y la siesta. Los agricultores estaban obligados a destinar ciertas horas a la venta al menudeo de sus productos y sólo después, a partir de las 12:00, vendían a los tenderos que mantenían sus establecimientos abiertos, mientras los vendedores de los tianguis, de los que una gran parte la formaban mujeres, tenían reglamentado el horario y los lugares donde podían instalar sus puestos, y la hora, a partir de las 3 de la tarde, en que debían retirarse. Las tiendas solían cerrar a media jornada, en las horas de descanso general, pero ya en la tarde prolongaban su actividad aun después del toque de oración, que era variable, dependiendo de la estación del año, alumbrándose con velas o lámparas de aceite, mientras se hacían tertulias en la puerta o en el interior. Los talleres y obrajes dependían de la luz del sol, que aprovechaban para el trabajo desde el amanecer hasta el toque de oración.

Los talleres artesanales tenían condiciones más benignas, y la dureza del trabajo dependía sobre todo de la profesión a la que se dedicaban. Las ordenanzas de gremios determinaban las reglas para el establecimiento y funciones de los diferentes ofi-

cios. El más distinguido y productivo fue la platería que, al menos en teoría, sólo podían ejercer los españoles. Parece indudable que así fue en cuanto a los propietarios, pero no es seguro que la totalidad de oficiales y aprendices fueran igualmente españoles. Lo mismo podría decirse, con mayor razón, de otros oficios en los que la vigilancia no era tan rigurosa porque su práctica no exigía requisitos especiales de linaje familiar y porque también las ganancias eran menos atractivas. Tiradores de oro, bordadores y herreros intentaron mantener los oficios en manos de criollos, mientras que sastres, sombrereros, zapateros, carpinteros y otros muchos permitían el acceso de gente de las castas. Hubo quienes nunca obtuvieron el grado de maestro por “defecto de nacimiento” (tener algún antepasado africano) y aun así dispusieron de un taller propio aprovechando la licencia de un maestro retirado o camuflando de algún modo su actividad. Otros muchos, que habían aprendido el oficio sin obtener ningún grado gremial, trabajaban en la calle como “esquineros”, lo que irritaba a los maestros establecidos porque lo consideraban una competencia desleal.

El procedimiento habitual para alcanzar la destreza en un oficio era ingresar en la casa-taller de un maestro a una edad que oscilaba entre los 10 y los 12 años. El contrato firmado ante escribano público exigía que el muchacho trabajase diariamente y obedeciese en todo lo que le mandasen y que el maestro lo tratase bien, lo alimentase y le enseñase el oficio. Para muchos padres era un alivio liberarse de la carga de su hijo, pero otros protestaron cuando tuvieron noticia de que en el taller, en vez de enseñarle el oficio, los patrones ocupaban al aprendiz en la limpieza de la casa, el acarreo de agua o el cuidado de los niños. Estaba previsto que el aprendizaje durase tres o cuatro años, después de los cuales el joven debía presentar examen para ser aceptado como oficial, momento en el que por fin comenzaría a ganar un sueldo y se prepararía para obtener el grado máximo, el de maestro. En una sociedad en la que era común la as-

pereza en las relaciones familiares, se antoja pensar que el aprendizaje de un oficio y el internado en el taller era una solución improvisada a los problemas de incomunicación entre jóvenes y adultos, que permitía a los padres desentenderse hasta cierto punto de su compromiso para encauzar a sus hijos en actividades honestas, sin costo para ellos. Pero fue frecuente que los contratos se cancelasen, ya por malos tratos de parte del maestro o por huida y mal comportamiento del joven, a quien su padre o tutor intentaría ingresar con un nuevo amo o, en el colmo de la dureza, pediría que lo encerrasen en un obraje, con el cómodo pretexto de que aprendiera el oficio y el objetivo bastante explícito de castigarlo por su proceder incorregible. La desconfianza hacia los jóvenes era generalizada, de modo que en la segunda mitad del siglo XVIII, los regidores del ayuntamiento se ocupaban de patrullar las calles en horas laborales (o sea todas aquellas en que había alguna luz solar) para detener a cuantos jóvenes encontrasen desocupados en plazas, pulquerías, casas de juego o tabernas. Si no podían acreditar que eran trabajadores, aprendices o estudiantes, los destinaban a obrajes con castigos que oscilaban de uno a tres años. Esta medida correctiva se aplicó con mayor rigor en las últimas décadas del gobierno español, cuando en muchos ambientes se sentía mayor inquietud e inconformidad.

Puesto que eran muchas las mujeres que trabajaban fuera de su hogar, un recurso habitual era que conviviesen varias en el mismo domicilio, de modo que mientras una o dos salían a trabajar, otra cuidaba a los niños y atendía los quehaceres de la casa o ponía su anafre en la calle delante de la vecindad y preparaba comidas que vendía a los transeúntes. Este tipo de arreglo fue necesario al menos desde que las reales fábricas de tabacos contrataron a varios miles de mujeres para hacer cigarros. Pero no todas contaban con algún apoyo doméstico, así que en la Ciudad de México comenzaron a llevar a sus hijos a la fábrica, lo cual dio como resultado que se tuviera que instalar una

pieza especial para acoger a los hijos de las trabajadoras, a manera de una improvisada guardería.

Las jóvenes procedentes de zonas rurales que llegaban a la ciudad así como muchas solteras y viudas sin familia, podían ocuparse como mozas o cocineras en hogares con cierto bienestar económico. Y no se requería una fortuna para sostener a varios sirvientes, que se conformaban con tener alojamiento y comida y una exigua paga de cuatro a 15 pesos al año. Las nodrizas o chichiguas recibían un trato preferente, ya que de su buena salud y humor apacible dependía el bienestar de los bebés encomendados. Era frecuente que quienes se contrataban para alimentar a un lactante hubieran perdido a su propio hijo, lo cual era muy común; pero también se contrataron algunas que se instalaban con su bebé, quien compartía la leche materna, pero siempre en segundo lugar.

De viaje y de paseo. Por las calles y caminos

Durante más de dos siglos, la comunicación entre poblaciones distantes fue accidentada, difícil y no pocas veces peligrosa. Las rutas del comercio se habilitaron en respuesta a las necesidades de abastecimiento, pero nadie podía garantizar la seguridad de los recorridos. Los arrieros solían ser hombres fuertes y rudos, capaces de defender la carga que les habían confiado, y, como elogiarían los viajeros que los conocieron, eran también honrados y cumplidores. Ellos transportaban las mercancías desde Veracruz hacia el interior en cuanto recalaban en el puerto los barcos procedentes de las Antillas o de España; desde Acapulco cuando arribaba el galeón de Manila, y de las zonas mineras o de las regiones agrícolas a los establecimientos urbanos que demandaban productos de todo tipo.

A las autoridades no les preocupaba la falta de caminos entre pueblos de indios, haciendas y rancherías, de modo que los

indios cargaban sobre su espalda los productos que venderían en los mercados o jalaban personalmente los carros en que transportaban lo más pesado y voluminoso. Los más afortunados disponían de un burro o una mula que aliviaba la fatiga de los viajes. Y algunas haciendas cerealeras o estancias ganaderas (como las que pertenecieron a los jesuitas) organizaron su propia ruta de transporte para aprovechar las mejores condiciones de venta en los mercados regionales. Paso a paso, según aumentaba la población y prosperaba la economía, se amplió la red de caminos, siempre a partir de la capital, completando hacia el norte y el sur el diseño radial que se había iniciado con las rutas de los dos océanos. A mayor actividad económica más accesibles las comunicaciones, o bien, en sentido contrario, una vez abiertas las rutas del comercio, prosperaban las localidades aleñañas.

No tiene nada de extraño que los viajes fueran motivo de preocupación y aun que atemorizasen a los viajeros potenciales. Se redactaban testamentos en vísperas de la partida hacia las minas de Zacatecas, hacia el viejo continente o a las provincias del sureste asiático. Una vez que un marido se ausentaba, la esposa podía comenzar a actuar con independencia, si él había dejado un poder que la autorizaba o bien si el escribano público lo extendía a su favor en ausencia del cónyuge. La frecuencia de largos viajes y la normalidad con que se veía la falta de noticias se aprecia en las referencias de los padrones, en los cuales se consignan muchas viviendas en las que se menciona a un jefe de familia o pariente próximo “ausente” sin mayores detalles.

La renuencia de muchas esposas a embarcarse para la travesía del océano dio motivo a una correspondencia en la que el marido residente en Nueva España urgía a su esposa a que viniera a acompañarlo, puesto que la legislación obligaba a los casados en España a traer consigo a sus mujeres o a regresar ellos mismos. Los comerciantes tenían permiso para ausentarse por dos años, pasados los cuales deberían reunirse con su familia; pero en casi todos los casos se producía un conflicto entre la visión de los

emigrantes y la de sus parientes castellanos. La familia y el mismo viajero antes de partir veían la estancia en América como una actividad pasajera, una forma de hacer fortuna fácil y de regresar a casa cargados de doblones. Porque el hogar seguía estando allende el mar, en la vieja España. La situación cambiaba según el éxito económico, pero no en cuanto a la decisión final, que era semejante ya fuera que el inmigrante triunfase o fracasase en su esfuerzo; porque si no lograba enriquecerse, como les sucedía a casi todos, se avergonzaba de regresar con las manos vacías y consideraba más fácil sobrevivir en la Nueva España, aunque fuera modestamente. Si prosperaba la ocupación o el negocio en que se hubiera comprometido, el apego hacia la empresa aumentaba, así como la resistencia a abandonar una posición de prestigio. A ello se unía que tras una estancia de varios meses o años en América, la tierra y sus gentes los cautivaban, se creaban afectos, se adquirían costumbres locales y los viajeros ocasionales de un día terminaban por sentir que éste era su verdadero hogar y no el lejano y casi siempre miserable lugar de su origen.

Algo que no cambió en el transcurso del tiempo fue el apego de los españoles a la vida urbana, considerada como modelo de urbanidad, cultura y bienestar. En la fundación de nuevas ciudades se tenía presente la reglamentación prevista por las ordenanzas, a la vez que las condiciones del lugar y de sus pobladores. La mayoría indígena de los primeros tiempos fue cediendo ante el aumento constante de los grupos mestizos y el reconocimiento de la calidad de españoles a los vecinos acreditados como respetables. Los barrios marginales ya no fueron sólo indígenas, sino que acogieron a personas de cualquier calidad, incluso españoles y castas, que carecían de una buena posición económica; las calles céntricas tampoco fueron exclusivas de los opulentos dueños de palacios y mansiones señoriales, sino que en patios, vecindades y jacales se aglomeró una población heterogénea formada por trabajadores o por vagabundos y desocupados.

Es gravísimo el abandono que se reconoce incesantemente en un objeto de tanta importancia, que no consiste sólo en que corran de continuo, sino en su aseo, imposible de lograr si la policía no lo proporciona con eficaces disposiciones. No me detendré, siendo tan notorio, en exagerar la porquería que contrae el agua por los caños descubiertos de Santa Fe y Chapultepeque, ni la que agregan los peones que descalzos suelen estar en ellos con pretexto de limpiarlos o componerlos, y únicamente llamaré la atención asegurando que en las propias fuentes se lavan las cabezas, caras y piernas, como he visto en innumerables ocasiones, y porque quedando también frecuentemente secas y llenas de polvo, basuras y otras suciedades, vuelven a llenarse con toda la impureza, mal olor y sabor que es inevitable.

Discurso sobre la policía de México, 1788, párrafo 13. *Fuentes públicas.*

La calle era el lugar de encuentros y reuniones. Los atrios de conventos e iglesias eran centros de sociabilidad en los cuales se propiciaban citas y amistades, y también lo eran las pulquerías, que frecuentaban sobre todo los vecinos de escasos recursos. En los tianguis se propalaban rumores, se gestaban enemistades o se solapaban encuentros, porque la calle era prolongación de la casa dentro de la comunidad, mientras que la vivienda sólo era, para la inmensa mayoría de la población, el refugio para el descanso. Quienes vivían en cuartos interiores salían a disfrutar del sol y a entretenerse curioseando lo que hacían los vecinos; también quienes no tenían cocina acostumbraban guisar en el patio o fuera de la casa. Al anochecer, cuando los trabajadores salían de sus obrajes o talleres, se encontraban en las pulquerías o simplemente se quedaban platicando, haciendo bromas y con frecuencia peleando en las calles y plazas. En torno a las fuentes se agrupaban los recaderos y las mozas “de cántaro” que abastecían las viviendas. Los estudiantes retardaban el paso cuando algo o alguien les atraía en su camino entre el internado o el domicilio particular y la escuela o la Universidad. Claro que esto preocupaba a los maestros hasta el punto de que en una ocasión los jesuitas gestionaron el traslado de una agraciada joven solte-

ra que distraía a los estudiantes con actividades irresistibles. Los caballeros buscaban ocupaciones que los entretuviesen algunas horas fuera del hogar y las señoras acudían a la iglesia, o más bien a las iglesias, porque la devoción las impulsaba a asistir a varias misas, rosarios, novenas o sermones, que les proporcionaba una piadosa justificación para sus salidas. Y las horas y lugares de mercado eran propicios para pláticas y chismorreos. Ya podían los predicadores recomendar a las doncellas recogimiento y clausura, que ellas encontrarían la fórmula para salir a pasear con un motivo siempre honesto y piadoso.

El tránsito en las ciudades solía complicarse por el cruce desordenado de carrozas, literas y forlones, cuya posesión era signo de riqueza, ya que al precio de los vehículos, más o menos lujosos, había que añadir el de los caballos que los arrastraban. Y un caballo podía valer más que un esclavo. Quienes pretendían alardear de su fortuna no dejaban de pasear en coche, con lo que quedaba acreditada su posición; y cuando a fines del siglo XVIII, las fortunas crecieron y con ellas el número de coches, no sirvieron de mucho los elogios publicados en la prensa de los beneficios derivados de pasear a pie.

La vida social y las apariencias

Salir a la calle, recibir invitados, visitar a las amigas o dejarse ver desde las ventanas y balcones requería presentarse con el atuendo adecuado, que dependía de la posición, del lugar de residencia y del estado. Desde los primeros contactos entre los españoles y los indios se había manifestado la preocupación de las autoridades por el vestuario: a los naturales había que obligarlos a cubrir “sus vergüenzas”, a las negras y mulatas había que prohibirles el uso de telas lujosas y adornos corporales, a los artesanos y trabajadores de los obrajes se les exigía cubrirse con decencia, a los españoles se imponía limitarles los lujos

excesivos. Los calzones de manta de los indios perpetuaron lo que había sido una solución improvisada, cuando los conquistadores les obligaron a llevar los amplios calzones de algodón que usaban en Castilla y Aragón los campesinos de origen musulmán y que se conocían como zaragüelles. Las indias habitantes de regiones de clima templado siguieron usando el enredo como falda y el huipil corto como blusa, prenda que en zonas cálidas podía ser más larga, cubrir hasta las rodillas y constituir la única vestimenta de las mujeres. Los indios fugitivos del sureste adoptaron una vestimenta diferente, el largo blusón blanco de algodón, como túnica o huipil sin adornos, que usaban indistintamente hombres y mujeres.

Pasados algunos años, apenas se había alterado el vestuario de la población rural, mayoritariamente indígena, mientras que en las ciudades se imponía el imperio de las modas. Con el retraso inevitable por los intervalos sin noticias de la metrópoli, las novedades llegaban primero a la corte virreinal, enseguida a las familias acomodadas y por último a la población de modestos recursos. Al menos hasta mediados del siglo XVIII los cambios en el ajuar de hombres y mujeres no fueron considerables, gracias a lo cual las prendas se heredaban por generaciones, a veces con arreglos que las actualizaban. Los hombres que vivían en pueblos, aun los propietarios de tierras y los clérigos que atendían las parroquias, gastaban en ropa una pequeña cantidad, muy inferior a sus rentas. Sorprende en los inventarios apreciar el contraste entre la fortuna en tierras, en mercancías o en dinero con las mezquinas cantidades en que se evaluaron las prendas de vestir. Algo parecido sucedía con las mujeres. Vivir en el campo significaba liberarse del compromiso de lucir un vestuario costoso. A fines del siglo XVI, una señora española abandonó la ciudad y se fue a vivir con los indios porque, según su confesión, no disponía de ropa apropiada a su rango.

Las cartas de dote dan testimonio de la importancia concedida al atuendo personal. Era relativamente frecuente que las

novias aportasen al matrimonio alguna cantidad de dinero o de bienes inmuebles y también solían llevar la cama y alguna otra pieza del mobiliario, pero lo que nunca faltaba era el ajuar personal de la novia con vestidos y alhajas. Incluso las señoras que concedían la manumisión a sus esclavas, les obsequiaban algunas prendas de ropa que serían su dote. Las familias de le élite incluían en el equipo nupcial trajes suntuosos y joyas valiosas que, aun así, sólo representaban una pequeña parte de la fortuna aportada, en promedio 15 a 20%. Las jóvenes que carecían de grandes bienes dedicaban a su vestuario la mayor parte de la dote, hasta 70 u 80%. Cuando se describían varios vestidos, al menos uno era el destinado a las solemnidades, el “vestido de iglesia”. Los tapapiés (que lo único que no llegaban a tapar eran los pies) eran la prenda más versátil, que podía transformar una saya remendada en un vestido de corte, casi siempre con telas ricas, como terciopelos o brocados, con bordados en hilos de oro o aljófara (perlas diminutas). Se dejaban en herencia o se revendían a buen precio ya que por tratarse de una prenda aislada, a manera de delantal, podían utilizarlo igualmente las mujeres altas y las más bajas (a éstas sí les taparían los pies), las gordas y las flacas y, por supuesto, las viejas y las jóvenes porque no existía la intención de resaltar la edad mediante las apariencias.

Composición proporcional de dotes, 1600 a 1762
(porcentajes)

	Hasta 2 000*	2 000 a 5 000*	5 000 a 10 000*	Más de 10 000*
Dinero	48	50	43	30
Inmuebles	0	2	12	15
Alhajas	10	10	20	20
Ajuar	34	24	10	20
Esclavos	5	8	10	10
Otros	3	6	5	5

Síntesis de los datos de protocolos notariales del Archivo Histórico de Notarías del Distrito Federal, en Pilar Gonzalbo Aizpuru, “Las cargas del matrimonio”, pp. 207-226.

* Pesos.

Pero, en definitiva, eran justo las apariencias lo que se protegía con determinados trajes. Y, desde luego, los trajes acompañados de accesorios como el chal o la mantilla, el rebozo o el quexquémel, los peinecillos y los lazos que adornarían el cabello. También los alfileres, como eufemísticamente se calificaban todos los pequeños adornos del vestuario, entre los que eran muy importantes los alfileres que sujetaban la toca o componían la mantilla y el chal. Ya en la segunda mitad del siglo XVIII se incluyeron los relojes para las damas, con frecuencia dos, no uno, que se llevaban colgados de la cintura a derecha e izquierda sobre la falda.

Las monjas recluidas en los conventos no fueron ajenas a los dictados de la moda. Estaban obligadas a vestir el hábito que aceptaron en su profesión, pero nada decía la regla monástica de la forma en que se plancharían los bordes de las tocas y los cuellos y puños de las camisas que asomaban bajo el austero sayal. En un afán de distinción o de mínima coquetería, se generalizó en varios conventos el planchado en forma de pequeños bucles, los “encarrujos” o encarrujados, que se sostenían mediante almidón, y el uso de tenacillas tubulares en vez de planchas. La cuestión pudo haber pasado inadvertida pero las monjas más observantes clamaron en contra de tales frivolidades, mientras las otras, las “modernas”, alegaban su derecho a algo que no estaba expresamente prohibido. La discusión llegó

Hablando con respecto al daño que resulta de este lujo a los ciudadanos, se da una mirada por todos los diversos órdenes de jerarquías que componen el Estado, empezando por el infeliz artesano y subiendo hasta el más acomodado del reino, se notará una desproporción notable entre lo que sus mujeres visten y lo que deberían vestir; y un cierto estudio en usar trajes semejantes a las de los otros que tienen más dinero y más graduación, con el fin de confundirse con ellas y representar en el mundo mejor papel que el que se les ha dado.

Discurso sobre el lujo de las señoras..., cap. I. *Del gravamen que se sigue al estado y a las familias del demasiado lujo de los vestidos.*

a tal punto que el arzobispo de la diócesis de México amenazó con excomunión no a quien planchase o no su hábito, sino a quien volviera a mencionarlo.

Algunas décadas después, alboreando el siglo XIX, se iniciaron cambios profundos en la moda, que lo eran porque representaban una gran modificación en los criterios estéticos y también porque habían tenido su origen en la Revolución francesa. Las damas elegantes comenzaron por cortar unos mechones de cabello que debían caer graciosamente sobre la frente; por si esto no hubiera escandalizado bastante a los miembros más conservadores de la sociedad, abandonaron las ampulosas faldas formadas por varias sayas superpuestas sobre un armazón metálico y adoptaron las livianas túnicas de corte neoclásico que exhibieron profusamente las muy descocadas damas distinguidas en la corte durante la revolución y el imperio napoleónico. Los “túnicos” causaron una nueva controversia que terminaron por ganar las mujeres deseosas de estar a la moda. Las virreinas y sus damas daban el ejemplo y los provincianos cortesanos tuvieron que acallar las protestas. Al mismo tiempo, los caballeros iban simplificando su atuendo: los brillantes colores, bordados, rasos y encajes que adornaban casacas, chalecos, mangas y capas de funcionarios y potentados cedieron su lugar a conjuntos más discretos, en tonos sobrios. Los novohispanos se preparaban para ingresar en la modernidad.

El tiempo del ocio

El intenso trabajo de los agricultores y de los artesanos y operarios de talleres y obrajes dejaba poco tiempo libre para el esparcimiento. Pero la Iglesia vigilaba que se cumpliera el día de descanso destinado a alabar al Señor; se podía denunciar a los propietarios de haciendas, talleres y obrajes que no dejaran descansar los domingos a sus trabajadores. Además, en los días la-

borables quedaba un estrecho margen de libertad para el descanso, margen que buena parte de los hombres y mujeres del campo y de las ciudades empleaba en acudir a las pulquerías. Y con cierta frecuencia se organizaban festejos religiosos o profanos a los que se convocaba a toda la población. Tales fiestas estaban destinadas a exaltar los misterios de la Iglesia o la grandeza de la monarquía y no había fiesta si no se atraía a los concurrentes. Los festejos programados eran por necesidad multitudinarios, mientras que las diversiones privadas se reservaban a los grupos con capacidad para pagar el costo o para organizar bailes, “jamaicas” y fandangos. El grupo minoritario de los ilustrados interesados en los adelantos científicos compartía con sus colegas sus conocimientos en tertulias literarias y gabinetes científicos.

Las fiestas religiosas se distribuían a lo largo del año y en ellas se conmemoraban acontecimientos gozosos, como las celebraciones de las Pascuas, la Florida y la de Navidad, o la canonización de algún miembro de las órdenes regulares, y periodos dedicados a la meditación y la penitencia, como la Cuaresma y el Adviento. Para fines del siglo xvii, las representaciones de la virgen de Guadalupe adornaban las paredes de muchas casas y los fieles acudían en peregrinación a su templo de la Villa, mientras se determinaba su celebración litúrgica, más por tradición que por decreto, el 12 de diciembre. Eventualmente se realizaban festejos especiales con motivo de la consagración de un nuevo templo o la llegada de reliquias procedentes de Roma. Los cabildos de las catedrales los organizaban y siempre incluían misas solemnes y procesiones con la participación de las órdenes religiosas masculinas existentes en la diócesis. En las ciudades que no eran sede episcopal y en los pueblos y villas las festividades revestían menor solemnidad, pero lo que no variaba era la participación de toda la comunidad. En particular se dedicaba gran entusiasmo a la fiesta del santo patrón de la ciudad o del pueblo, que solía ser preparada con meses de anticipación por los miembros de las cofradías.

Entre los festejos profanos destacaban los organizados por el ayuntamiento de cada ciudad, ya para conmemorar su fundación o para celebrar los fastos de la familia reinante. En las villas y ciudades del camino, desde Veracruz hasta la capital del virreinato, se celebraban fiestas especiales para recibir a los nuevos virreyes. En los primeros tiempos era obligatorio que participasen los miembros de los cabildos y vecinos principales, que deberían acompañarse de sus sirvientes vestidos con las libreas de su casa; los caballeros alanceaban toros y participaban en torneos, juegos de anillas y alcancías. Pero ese protagonismo cada vez entusiasmaba menos a los acomodados regidores y prósperos negociantes, de modo que de actores pasaron a espectadores en cuanto los indios mostraron su destreza en el lienzo para torear. Y las corridas de toros fueron la atracción más apreciada.

Los jesuitas acostumbraban solemnizar la instalación de un nuevo colegio o la inauguración del templo en cada una de las ciudades en que se establecían. Sus celebraciones incluían actos religiosos y representaciones teatrales, actuadas por sus mismos estudiantes. En la Ciudad de México, la Real Universidad celebraba las fiestas de sus patronas, Santa Catalina y la Inmaculada, más las adjudicaciones de cátedras y las graduaciones de maestros y doctores, en las que una mascarada, seria o faceta (jocosa), recorría las calles céntricas de la ciudad proclamando vítores al ganador.

Sumadas las fiestas religiosas, profanas y académicas con el rutinario alboroto de los días de feria o mercado, se lograba romper la penosa monotonía del trabajo cotidiano. Ya que el discurso ilustrado advertía la relación existente entre el progreso material y las recreaciones, no hay duda de que las autoridades tenían presente la vieja recomendación de pan y circo, de modo que procuraban regular el precio del pan y del maíz y también proporcionar distracciones al pueblo para liberar las tensiones de unas actividades que podían ser agotadoras para las masas populares. Las fiestas campestres cumplían amplia-

mente ese objetivo. Y, al margen de celebraciones masivas, estaban los juegos y diversiones en recintos privados y de vez en cuando al margen de la ley. Con frecuencia se descubría que en los trucos (similares al billar), billares, tabernas y pulquerías se jugaban “albures”, “rayuela” y el “monte”, que estaban prohibidos, como cualquier juego en que se cruzasen apuestas. Los mismos participantes, perjudicados por sus pérdidas, o los padres y esposas, acudían a las autoridades para demandar castigo contra quienes autorizaban esas diversiones. Un caso entre muchos afectó a un platero, Mariano Saldaña, quien, ya en la primera década del siglo XIX, cuando los jóvenes reclamaban más libertades y los padres lamentaban la pérdida de su autoridad, pidió que prendiesen a su hijo por haberle hurtado ocho pesos y dos reales que perdió en el truco, y demandó al propietario por permitir que entrase en su establecimiento un menor “hijo de familia”. Y dos señoras españolas “decentes” disfrutaban de un razonable bienestar gracias al juego de naipes organizado diariamente en su casa, al que asistían caballeros respetables.

REPRESENTACIONES, CREENCIAS Y COSTUMBRES

Conocer la disposición de las viviendas, los horarios de trabajo, el vestuario adecuado a cada momento y situación, los alimentos, las fiestas y reuniones, las estructuras familiares... no es poco, pero no es todo. Aun cuando podamos dar un paso adelante y averiguar las expresiones externas de gozo o de sufrimiento, los miedos colectivos y los alardes de rebeldía, las manifestaciones de afecto y las consecuencias de los rencores, todavía queda, en apariencia infranqueable, la barrera de los sentimientos reales, las aspiraciones inexpresadas y las razones de las amarguras y las alegrías. Apenas en un intento de aproximación podemos sugerir los significados de algunos símbolos y los contenidos implícitos de algunas actitudes. Se trata de aquellas re-

presentaciones que en su día compartieron grupos de individuos y que hoy interpretamos en forma diferente desde nuestro mundo del siglo XXI. Podemos siquiera atisbar las posibles motivaciones de actitudes pasivas o de reacciones violentas que pueden ser inexplicables por motivos racionales, pero nuestra racionalidad no es quizá la misma de nuestros antepasados y en ninguna época los seres humanos se han movido sólo por motivos racionales. Precisamente los actos rutinarios son los que pueden dar la pauta de lo que pudieron ser los sentimientos más íntimos y las vivencias decisivas en el pasado de la sociedad mexicana.

La religiosidad de los novohispanos, cualquiera que fuera su calidad, tenía un fundamento de miedo al castigo, que fue cambiando hacia una actitud conformista en la que se imponía la confianza en la misericordia divina, y que cifraba sus esperanzas en un milagro, siempre esperado, por el que el pobre se haría rico, el negro blanquearía su color, el trabajador descansaría, la madre no vería morir a sus hijos, el minero encontraría una rica veta de plata, los barcos no naufragarían y los piratas respetarían las costas.

Valores y prejuicios

Confrontados violentamente el castellano conquistador, todavía apegado a la tradición medieval, y el indígena mesoamericano, abrumado, desconcertado y carente de esperanza, el resultado fue el establecimiento de un orden en el que rara vez coincidían los ideales religiosos con la práctica cotidiana, los intereses de la Corona con los de los conquistadores y pobladores españoles, y la necesidad de conservar la población indígena con la realidad de su dramática disminución. Las contradicciones se impusieron incluso dentro de la misma Iglesia católica, que proclamaba la igualdad de todos los hombres pero autorizaba la esclavitud, que dictaba mandamientos universales, pero exigía

de manera discriminada su cumplimiento a algunos de los fieles, siendo tolerante a veces y rígida en otras ocasiones.

Rara vez coinciden los valores proclamados por una sociedad y aquellos que efectivamente comparte la mayoría de sus miembros y son los que proporcionan el modelo al que ajustar las costumbres. Si no fuera así existiría una rara semejanza entre distintos pueblos, sujetos y grupos sociales en muy diversas circunstancias. La Nueva España no fue excepcional en este terreno, de modo que los excelsos valores indiscutidos y considerados prácticamente universales estuvieron acompañados de otros más mezquinos pero capaces de promover conductas bien aceptadas y justificadas por la opinión general.

La piedad de los santos, el valor de los héroes y la generosidad de los mendicantes tenían su lugar en los altares, en las leyendas bélicas y en las crónicas religiosas; al mismo tiempo ganaban terreno la ambición de poder, el afán de riqueza y la búsqueda de la felicidad. Nadie se habría atrevido a negar los sacrosantos valores de la religión y del patriotismo, pero según transcurría el tiempo, se apreciaba la habilidad en los negocios más que la nobleza y la hidalguía, la laboriosidad era más meritoria que la pobreza y el ahorro podía armonizarse con la limosna. Al mismo tiempo aumentaba el rigor contra las debilidades consideradas pecados de la carne, se acrecentaba la marginación de los más pobres y se reconocía la distinción como categoría propia de los representantes de las élites. La distinción, sólo accesible a los pocos afortunados que disfrutaban de bienestar y prestigio, fue un elemento diferenciador de la gente de "calidad" que se empeñaba en distinguirse de los individuos comunes.

La Iglesia no sólo disponía de su autoridad moral, sino que también disfrutaba de bienes cuantiosos y exenciones en el pago de contribuciones por sus ganancias. Además, su poder sobre los fieles derivaba de la capacidad de control sobre el comportamiento público y privado. La amenaza de los castigos del infierno podía considerarse remota, pero no así la posibili-

dad de ser denunciado ante la Inquisición, demasiado cercana, aunque ni el número de los procesos ni el rigor de los castigos la hicieron tan sanguinaria como en la metrópoli. Y si bien los indios estuvieron exentos de la jurisdicción inquisitorial, sufrieron castigos y penitencias según el criterio de sus propios párrocos o doctrineros. En todo caso las instituciones eclesiásticas disponían de poder para regular el horario de trabajo mediante las campanas, para fijar los días laborables o de descanso, para consagrar los matrimonios y para solemnizar los distintos momentos de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

La pobreza había sido virtud evangélica en cuya defensa habían alegado los humanistas católicos contra los protestantes. Todavía en el siglo xvii algunos predicadores advirtieron que la pobreza de muchos era consecuencia de la injusta riqueza de unos pocos, quienes a costa de aquéllos vivían en la holganza. Pero ya hacia las últimas décadas del siglo xviii cambió la perspectiva y el discurso se enfocó hacia los méritos del trabajo, que representaba la virtud, mientras la pobreza era compañera de la vagancia. El discurso religioso y el pragmatismo económico justificaron doblemente la coacción al trabajo, que se ejercía en especial sobre los jóvenes de las ciudades, cuyo encierro en obrajes textiles se veía como una obra meritoria para la sociedad y beneficiosa para los mismos muchachos a quienes se obligaba a trabajar como castigo por el delito de andar libremente durante horas en las que deberían haber estado estudiando o trabajando. Los más afortunados podían esperar que sus padres o parientes intercedieran por ellos para transferirlos a un taller en donde pudieran realizar el aprendizaje de un oficio. Hablar de aprendizaje en los obrajes textiles era sólo un eufemismo con el que se encubría la explotación de que eran objeto los desdichados que caían bajo las garras de los propietarios de tales talleres, quienes conseguían obreros para las penosas tareas entre los incautos que solicitaban un préstamo o los delincuentes que purgaban una pena.

El afán de distinción llevó consigo prejuicios relacionados con la desnudez, la ropa andrajosa y la suciedad, que nunca habían molestado tanto como en los últimos años del siglo XVIII. Para evitar en lo posible lo que ya se consideraba la molesta presencia de los desharrapados, se sugirió que se obligase a los trabajadores a presentarse en los talleres con una indumentaria decorosa. Lo mismo debía vigilarse con mayor cuidado cuando los modestos operarios asistían a actos públicos, como las procesiones a las que concurrían los miembros de los gremios y cofradías. En tales situaciones se ordenó que no se permitiera la presencia de quienes pretendían marchar cerca de las autoridades con el mínimo y miserable vestuario que usaban habitualmente.

La repugnancia manifestada hacia la suciedad no era un simple prejuicio sino que podría considerarse bastante justificada ya que las ciudades carecían de servicio de limpieza, las acequias apenas alcanzaban a desalojar parcialmente los desechos acumulados y en las calles se amontonaban basuras de todo tipo. El ambiente urbano podía resultar fétido, como sucedía con frecuencia en la Ciudad de México, cuando la sequía y el viento colaboraban para remover y aventar desechos orgánicos o cuando las lluvias hacían desbordarse las acequias y los canales saturados de inmundicias.

En cartas pastorales de los prelados del último cuarto del siglo XVIII se aprecia la preocupación por el bienestar material, que coincide con la higiene y las condiciones saludables de las viviendas. El arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, al enumerar las recomendaciones para que “los naturales de estos reinos sean más felices en lo espiritual y en lo temporal”, ya no ofrecía a los fieles la limitada promesa de una posible felicidad después de la muerte, sino que auguraba la felicidad terrena basada en el aseo, la limpieza del hogar y la laboriosidad de hombres y mujeres.

Los prejuicios contra determinados oficios y actividades laborales, aunque produjesen jugosas ganancias, tuvieron su

punto más alto hacia fines del siglo xvii, para ir desvaneciéndose cien años más tarde, a medida que resultaban inoperantes como criterio de estratificación social. Las labores más despreciables y peor remuneradas las realizaban quienes de por sí se encontraban en los niveles más bajos de consideración social; y las tareas más productivas, como el comercio, aunque no fuesen honrosas permitían eludir cualquier intento de marginación. De todos modos siempre hubo quienes satisfechos con sus ganancias renunciaron al oficio que los había enriquecido para lograr una posición de mayor dignidad. Alguien que aspirase a desempeñar un cargo público no debería ser propietario de un obraje, que, sin embargo, podía producir pingües beneficios. De modo que no faltaron como regidores de algunos ayuntamientos antiguos obrajeros que habían optado por limpiar su nombre dejando el negocio en manos de algún pariente. A esto se unía la ambigüedad en la clasificación de calidades, que inútilmente buscó apoyo en el origen étnico, mediante los certificados de limpieza de sangre, que propiciaron intentos de ordenamiento aún más confusos y arbitrarios que los anteriores.

La gran diferencia, insalvable para muchos, era la condición de esclavitud, ya fuera de ellos mismos o de sus antepasados. La primera mitad del siglo xvii fue la época en que llegaron los mayores cargamentos de esclavos. Ya a mediados del xviii la esclavitud estaba en declive en las ciudades, además de ser económicamente ruinosa en las minas, pero se mantenía en vigor en zonas rurales, en especial haciendas e ingenios azucareros.

Conflictos y violencia

Pasados los años de la conquista, cuando la violencia fue unilateral y generalizada, se instauró un régimen de aparente tranquilidad que, sin embargo, encubría rencores latentes prestos a estallar con cualquier motivo. Tanto en las pequeñas villas y

pueblos como en las ciudades, las tensiones fueron en aumento a lo largo de los años. En una elevada proporción se trató de violencia doméstica, pero también se dio entre vecinos y conocidos, o bien, en poblaciones rurales, entre habitantes de comunidades próximas por frecuentes pleitos derivados de la propiedad de terrenos o de ganado. Las demandas por malos tratos de los maridos e incluso el uxoricidio, del que hubo mayor número de denuncias en comarcas rurales a fines del siglo XVIII, se relacionan con la generalización del prestigio del machismo, ya no tan dependiente del concepto de honor como de la defensa de la autoridad masculina. Más comunes que las disputas por celos eran las reclamaciones de los maridos por desatención de los deberes domésticos y las quejas de las esposas por falta de asistencia económica. El hogar podía ser un lugar peligroso para muchas mujeres. Por cierto que la violencia de los hombres contra sus esposas no era exclusiva de los miembros de las castas, a juzgar por las demandas de las esposas españolas contra sus maridos de la misma calidad; y en muchos casos se mencionaba la embriaguez como causa de los conflictos. Pero no sólo los hombres se embriagaban, ni tenían la exclusiva de los golpes, ni eran los únicos en frecuentar pulquerías y vinaterías, si bien la proporción de detenidos por embriaguez siempre registra casi el doble de hombres que de mujeres. Entre casos similares, no excepcionales, pero sí poco frecuentes, encontramos el de un mestizo acusado de golpear a su mujer, quien alegó que sólo se defendió de la paliza que ella le daba, además de que lo dejaba por las noches y se iba a dormir sin que él supiera dónde ni con quién.

La inseguridad en los caminos y la presencia de grupos de bandidos amparados en refugios de zonas agrestes dio motivo al establecimiento del tribunal de la Acordada, cuya dureza contribuyó a menguar los asaltos y robos, a la vez que aumentaba el número de los presos y condenados a muerte. Aunque se destacó que entre los reos había una alta proporción de in-

dios, lo notable es que se advirtiese la presencia de algunos españoles y muchos mestizos y mulatos, cuando se trataba de delitos cometidos en zonas rurales. La violencia nunca fue monopolio de un solo grupo social y, por el contrario, puso de manifiesto el fracaso de los intentos de segregación y la tendencia de los grupos populares a unirse en contra de quienes disfrutaban de todos los privilegios.

Creencias y devociones

Los sentimientos religiosos tenían un significado diferente del que hoy les damos y los prejuicios sociales pesaban sobre el comportamiento de las personas en una forma que difícilmente entendemos desde nuestro mundo con pretensiones de posmoderno. Para la mentalidad del siglo XXI resulta incomprensible que el miedo al infierno obligase a una mujer a denunciar a la hora de la muerte que su adorada hija, con quien vivió hasta ese día, no era en realidad su hija sino hija de una esclava y, por tanto, esclava ella misma, que debería devolverse a su dueño, porque tampoco tuvo la mínima decencia de pagar por su manumisión. Tampoco parece razonable que alguien en su sano juicio considerase como algo legítimo y querido por Dios la oferta de dar una limosna de 12 reales a cambio de tranquilizar su conciencia por un hurto de 42 pesos; aun menos que alguien aceptase como justo repetir la limosna hasta 30 veces en dos años si así le convenía para sentirse perdonado por un hurto superior a los 900 pesos. ¿A qué niveles había descendido la imagen del dios bondadoso o iracundo, que se conformaba con semejante mezquina transacción económica? Nos avergüenza saber que un padre denunció ante la Inquisición a su propio hijo y nos sorprende que el santo tribunal tomase en serio las acusaciones de esposas resentidas contra maridos a los que, además de haberles propinado a ellas una golpiza (de la que no

se quejaban porque sabían que no las escucharían), habían proferido horribles blasfemias, escupido o pateado un crucifijo y realizado actos obscenos. Todo ello, claro está, sin más testigos que su amante esposa. Y algo que me pregunto, porque ciertos testimonios escritos lo sugieren, es hasta qué punto buscaban, conseguían y disfrutaban la felicidad los hombres y mujeres de siglos pasados.

Un conmovedor romance de sor Juana Inés de la Cruz comienza con las palabras “finjamos que soy feliz”, e inevitablemente nos preguntamos si algunos novohispanos serían felices y si habría otros muchos que lo fingían. Porque aunque no lo encontremos en los documentos, y los textos de la época hablen de la felicidad como algo alcanzable en el otro mundo, no en éste, el hecho es que todos los seres humanos aspiran al pedazo de felicidad que les toque disfrutar. El mundo colonial, radicalmente injusto, y el orden jerárquico legitimador de la división entre poderosos y desposeídos, no propiciaban la felicidad de todos, pero ¿qué se requería para atrapar al menos unas migajas de felicidad?

Al igual que otros sentimientos y aspiraciones, el concepto de felicidad no es sólo subjetivo, sino que también depende de circunstancias, modas y ambientes. Para no caer en la tentación de reducir la felicidad al goce de bienes materiales, ni tampoco a la obtención de reconocimientos y honores, se puede buscar un nuevo camino en cuanto conocemos acerca de los valores apreciados y las creencias respetadas en el mundo virreinal. Una vez más, para ello se impone distinguir entre la primera época, la de improvisaciones y libertades, en las décadas centrales del siglo xvi, y la de los siglos siguientes, ya con el prurito del orden y la reglamentación en todos los terrenos.

El mundo occidental había vivido una larga etapa de imaginaria armonía y universalidad, cuando todos los pueblos y naciones se consideraban integrados en “la cristiandad”. Aquella proclamada cristiandad no había impedido que reyes y señores

feudales tuvieran como ocupación constante la de pelear entre sí, arrasando las tierras de los enemigos y esquilmando a los campesinos bajo su autoridad. Los responsables de hacer oír la voz de la Iglesia, el papa, los obispos, los clérigos y muchos monjes y frailes vivían sumergidos en la corrupción. Teólogos y moralistas estaban profundamente decepcionados ante el comportamiento de los fieles cristianos, cuando el encuentro de un nuevo continente y unas gentes que nunca habían recibido el mensaje evangélico estimuló la aparición de un nuevo optimismo. América planteaba preguntas difíciles de responder, al mismo tiempo que prometía un nuevo camino de redención. Los indios americanos eran inocentes y podrían llegar a formar una comunidad realmente evangélica, como la que los relatos mencionaban entre los primitivos cristianos, y los evangelizadores se veían a sí mismos como salvadores de unas almas que el demonio quería arrastrar al infierno.

Las preocupaciones religiosas de los monarcas españoles se reflejaron en leyes y ordenanzas que exigían a clérigos y laicos que se comprometiesen en las tareas misionales. El resultado de tanto fervor fue sorprendentemente exitoso en algunos aspectos, pero fracasó en lo esencial: los habitantes de las provincias españolas de América recibieron en masa el bautismo, aceptaron el cristianismo con pocas excepciones y manifestaron su incorporación a los nuevos ritos, sin que ello modificase sustancialmente su actitud hacia las fuerzas sobrenaturales. Y los castellanos, que debieron ser sus maestros en cuanto al comportamiento cristiano, disfrutaron de una libertad superior a la que gozaban en la metrópoli y dieron rienda suelta a sus ambiciones, a sus deseos carnales, a su avaricia y a su soberbia. Por una parte, el sincretismo de quienes pretendían salvar algunos fragmentos de su mundo anterior, al encontrar semejanzas entre su religión y la de los conquistadores; por la otra, las pasiones desenfrenadas de quienes habiendo sido miserables se veían convertidos en señores poderosos.

¿Qué cosa más piadosa y más santa que traer en el cuello reliquias de santos, sus imágenes, en una cédula escrito el Evangelio u otras palabras santas? Pero si es creyendo que el que las trae no puede ser herido, que no puede morir sin confesión o en pecado mortal, todo es engaño y superstición.

Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas*, vol. I. *Plática*.

La unidad religiosa era tan importante para los frailes, que creían en la existencia de un solo camino de salvación, como para las autoridades civiles, que apreciaron la utilidad de las misiones para someter rebeldías y apaciguar ánimos inquietos. Las prácticas religiosas en el virreinato de la Nueva España manifestaron la permanencia de tradiciones locales y medievales europeas junto con la llegada de inquietudes renovadoras propias del espíritu humanista. A lo largo de los siglos se mantuvieron dramáticas manifestaciones de penitencia, que mucho debían a las religiones prehispánicas, y ambiguas actitudes de fidelidad a las decisiones de la jerarquía eclesiástica. El arzobispo fray Juan de Zumárraga tuvo que recordar a los fieles su obligación de asistir a las ceremonias religiosas y no limitarse a recitar oraciones individualmente en su propio hogar y en silencio. Los confesores de españoles en vano recordaron a los conquistadores la obligación de restituir los bienes mal habidos y usurpados mediante la violencia. En sermones y cartas pastorales los párrocos y prelados criticaron el escándalo de la vida licenciosa de españoles e indios y recomendaron a las mujeres el mayor recato y honestidad. El fruto de tantos esfuerzos fue más exitoso en las apariencias que en la realidad. Año tras año y década tras década, las poblaciones más remotas se fueron incorporando a la Iglesia católica; y paralelamente se fue consolidando una manera de vivir la religión basada en las prácticas más que en los sentimientos y en fórmulas exteriores que ocultaban dudas, supersticiones, fanatismos y rencores incompatibles con la pureza evangélica. La diversidad de devociones de

los santos (en mayoría varones) evolucionó a lo largo del tiempo para centrarse en advocaciones de la Virgen, y en particular, desde mediados del siglo xvii, en su imagen de Guadalupe. El viejo modelo de maternidad perdió prestigio ante la doncella inmaculada que se convertiría en símbolo de la mexicanidad.

Una mirada a los libros en que los párrocos anotaban los nombres de los fieles que habían cumplido la obligación pas-cual de confesar y comulgar podría convencernos de que todos o casi todos los novohispanos compartían un profundo senti-miento religioso y cumplían las normas de la Iglesia. En efecto, la proporción de quienes entregaban como comprobante la cé-dula que habían recibido como constancia de confesión oscilaba entre 92 y 98%. Pero, ¿por qué se requería tal documento? ¿Para qué servía que un nombre apareciera en los libros parroquiales con la favorable indicación de “sí cumplió” o “sí entregó” (la cé-dula)? ¿Por qué hubo quien acumuló varias cédulas que había solicitado en confesiones sucesivas? La respuesta es fácil si sabe-mos que para contraer matrimonio, para ingresar en la Univer-sidad o en un convento o colegio, para abrir una escuela y para integrarse a muchas profesiones, se requería una constancia del párroco que acreditase buena conducta. Se exigía prácticamente para cualquier actividad. Y el párroco miraba su libro de registro de confesiones y extendía la constancia solicitada. No es extraño que vender cédulas fuera también un buen negocio.

Las cofradías, además de convertirse temporalmente en comi-sión de festejos cuando se celebraba la fiesta de su santo patrono, tenían durante todo el año actividades piadosas, desempeñaban labores de asistencia con los necesitados, apoyaban a los cofrades, manejaban los fondos procedentes de aportaciones de los miem-bros y aseguraban honras fúnebres, entierros y misas de repara-ción. Claro que hubo cofradías de varios rangos y a tenor de ello estuvieron las cuotas pagadas por los cofrades y la categoría de los inscritos. Al mismo tiempo, pertenecer a una cofradía facilitaba contactos ventajosos y propiciaba la realización de negocios.

CONCLUSIONES

De aquí y de allá: las transferencias culturales

Es bien sabido que ambos continentes enriquecieron su flora y su fauna con la incorporación de nuevas especies. El Nuevo Mundo recibió técnicas, instrumentos y conocimientos prácticos que permitían superar el rendimiento de los recursos naturales, mientras el Viejo se enfrentó al reto de incorporar la realidad americana a su universo físico y mental. Mucho más difícil que aceptar la diversidad de especies, paisajes, aromas y colores fue asimilar la existencia de todo un continente con el que ni los filósofos ni los teólogos habían contado. A medida que los viajeros aportaban mayores conocimientos, se delineaban los mapas con mayor precisión y adquiría la Tierra nuevas dimensiones. ¿Dónde quedaría ahora el paraíso? ¿En qué infierno se encontrarían las almas de tantos infieles muertos en el pasado? ¿Cómo había olvidado Dios enviar el Evangelio a tantos pueblos?

La abundancia de metales preciosos repercutió en la economía europea y las riquezas americanas llegaron a España de donde fluyeron hacia otras naciones en el permanente desgaste de guerras y despilfarro de la monarquía. Pero más que el intercambio material, lo que cambió la historia de la humanidad fue la ineludible necesidad de reconocer la existencia de otros hombres, otros pueblos, otras costumbres. Y no se trataba simplemente de añadir un espacio en el mapa o unas páginas en los libros sino de cambiar toda una concepción del Universo.

El desarrollo de las técnicas de navegación hizo posible una comunicación humana, cultural y mercantil entre lugares remotos, y una conciencia de que el mundo “se había ampliado”. La actitud de los conquistadores osciló entre la admiración y el desprecio de la gente y las culturas recién descubiertas: la mayor dignidad de los vencidos enaltecía los méritos de los vencedores, y la abundancia de riquezas presentes o futuras garanti-

zaba el éxito de las empresas. Pero, por otra parte, frente a gentes inermes y dóciles, o ante rebeldes que intentaban defenderse con frágiles armas y sin conocimiento de estrategias militares, se despertaba el instinto de dominación y el afán de poder, que con frecuencia iban acompañados de crueldad y desprecio. La disputa sobre la capacidad intelectual de los aborígenes americanos no trascendió las aulas universitarias o los tratados académicos, pero, en la práctica, los viajeros tardaron mucho tiempo en aprender que se enfrentaban a hombres como ellos. Los abusos, las matanzas y saqueos parecían menos malos porque se ejercían sobre víctimas extrañas cuya humanidad no se aceptaba plenamente. Los reyes desde su corte y los maestros desde sus cátedras podían debatir esgrimiendo palabras de la Biblia o textos de Aristóteles. Mientras tanto el propietario de tierras, minas, talleres u obrajes, obsesionado con su afán de riqueza, veía a sus trabajadores como objetos a su servicio. Es presumible que tal actitud no cambiaría mucho con el logro de la independencia. Los cambios políticos y las novedades en la legislación apenas permearían la sensibilidad de quienes mantenían la convicción de que había seres superiores e inferiores y que ellos pertenecían a la primera categoría. Durante las últimas décadas del gobierno español, cuando las ideas revolucionarias sugerían que sirvientes y trabajadores, mendigos y esclavos, podían aspirar a los mismos derechos que sus amos y patrones, aumentó el temor de la pérdida de privilegios y la búsqueda de recursos que les permitieran diferenciarse para mantener su posición.

En situación de desigualdad era indiscutible que tendría que imponerse la influencia de los dominadores, y esa influencia incluyó algunas aportaciones de especies animales y vegetales y logros técnicos y artesanales que aliviaron las necesidades de gran parte de la población, a cambio de la pérdida de una forma de vida. Hubo aspectos de la cultura material que mejoraron las duras condiciones de trabajo de quienes habían

desconocido la rueda, el hierro y los animales domésticos, así que medido el bienestar por el tiempo invertido en cubrir las necesidades elementales, es seguro que hubo muchos beneficiados entre los indígenas con los cuchillos de hierro, las tijeras, los arados, las carretas y las herramientas para la construcción o para realizar trabajos artesanales. Durante siglos, para muchas poblaciones, el precio pagado por los adelantos fue demasiado elevado en la aceptación de otras costumbres, en la carencia de libertad, en la compulsión al trabajo y en la violencia sobre creencias religiosas que afectaban la cosmovisión y la confianza en la propia identidad. Por su parte los españoles también cambiaron sus costumbres y se integraron a una sociedad en formación que nunca fue, como ellos pretendían creer, igual a la española.

Tradicición y modernidad en las rutinas cotidianas

Resumidos los trescientos años de vida colonial en unas cuantas páginas destacan momentos de cambio y periodos de estabilidad, situaciones de crisis y épocas de prosperidad, cambios de costumbres y persistencia de rutinas. En toda la historia de México no se ha dado un momento de ruptura tan completa y destructiva como el de la conquista española; pero ese momento repercutió de distinto modo y en distintas fechas en unas regiones y en otras. El ritmo de introducción de la nueva religión, las nuevas leyes, los conceptos de propiedad y de responsabilidad individual y las formas de trabajo compulsivo fue diferente en México-Tenochtitlan, en Nueva Galicia, en los pueblos de la costa o en los desiertos del norte. Aunque en muchos aspectos se reprodujo la experiencia del siglo XVI, la ocupación de territorios ya en los siglos XVII y XVIII se realizó en forma lenta y progresiva, quizá igualmente destructiva, al menos a causa de las epidemias, pero no tan repentina.

Por otra parte, la evolución de las costumbres en el mundo rural fue lenta durante décadas, y siempre a la zaga de los cambios en las ciudades. Sólo desde mediados del siglo XVIII se inició un proceso de aceleración que afectó las costumbres familiares y las relaciones sociales. La mirada a lo cotidiano nos muestra el creciente interés por los bienes materiales, la progresiva desintegración de formas familiares tradicionales y la sutil influencia de la secularización en los centros urbanos. Al mismo tiempo, las relaciones familiares en el ámbito urbano que durante los primeros dos siglos se caracterizaron por la tolerancia de uniones irregulares, tanto entre los grupos de las castas como entre la población española, ya en las últimas décadas del gobierno virreinal comenzaron una nueva tendencia hacia mayor formalidad en las uniones, como preludio del rigor que se impondría años más tarde. Lo que no había logrado la moral cristiana prosperaba gracias a los incentivos del reconocimiento social y la búsqueda de prestigio. El virreinato de los últimos años era escenario del proceso de cambio, lento, inseguro, pero constante, hacia la modernidad.

EL SIGLO XIX

ANNE STAPLES
El Colegio de México

¿EN DÓNDE ESTÁBAMOS Y QUIÉNES ÉRAMOS?

Un país reducido a menos de la mitad

Durante un breve tiempo, los mexicanos conscientes de su pasado y contentos con su presente veían el futuro con gran optimismo. De la Corona española se había heredado un territorio inmenso, cuyas fronteras no tenían límites claros. Guatemala pudo haberse quedado como parte de México pero por la oposición de sus élites sólo se incorporó a Chiapas la región del Soconusco. En el norte, la Alta California, Arizona, Nuevo México y Texas todavía veían ondular la bandera mexicana. México era un país de grandes riquezas y el sentir generalizado era de alivio por ser, al fin, dueño de sus propios recursos y libre del yugo de los burócratas peninsulares. El entusiasmo que generó la idea de desarrollar las capacidades mentales de los mexicanos y los materiales del suelo se convirtió en una poderosa motivación para proponer planes y proyectos que resolvieran los problemas nacionales. Un obstáculo insalvable fue la pobreza. No había dinero con qué instrumentar las reformas largamente esperadas y con qué defender un territorio codiciado por potencias extranjeras. El optimismo y gusto por el futuro se truncó en amarga desilusión apenas unos 28 años después

de los Tratados de Córdoba, cuando se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, cediendo, debido a la derrota militar, el norte del país a Estados Unidos. Se pasó de ver en el mapa de México la forma de una cornucopia, bendición señalada del Cielo, a un país mutilado, a punto de perder más territorio, La Mesilla. Esta nueva desmembración provocó la angustiosa pregunta de si México, como país y como cultura, sobreviviría o sería asimilado por los vecinos.

Pobladores jóvenes y viejos, citadinos y rurales

La población de México, en el momento en que dejó de ser Nueva España, oscilaba alrededor de los seis millones, de los cuales cuatro millones eran indígenas. La ciudad capital daba abrigo a unas 150 000 personas, que aumentaron durante la guerra de Independencia, cuando se buscaba refugio del conflicto bélico, y descendieron cuando la gente regresó a sus lugares de origen. Alrededor de 125 000 almas lo habitaban para mediados de la década de los 1820 y medio millón en el Porfiriato. Puebla era la segunda ciudad en importancia y Guanajuato, Zacatecas y Guadalajara le hacían la competencia, con 20 a 40 000 habitantes. Salvo las capitales de los estados, que rara vez sobrepasaban los 10 000 habitantes, la mayoría de la población se encontraba en localidades formadas por pueblos, haciendas y rancherías en los cuales vivían entre 100 y 500 personas.

Sobrevivir en el siglo XIX significaba haberse librado de las enfermedades de la niñez, las epidemias que rondaban siempre y las peores consecuencias de la pobreza. Tanto hombres como mujeres resintieron las guerras de Independencia, de Texas, de los pasteles, de la invasión norteamericana, de la intervención francesa, más innumerables pronunciamientos. Como informó un cura durante la guerra de Reforma, “esta villa está reducida a escombros, multitud de familias han quedado en la miseria y

lo más temible de todo es que la indiada de esta feligresía fue contribuidora a su destrucción prestándose al saqueo y llevándose hasta lo más insignificante sin perdonar ni aun a sus mismos bienhechores”. Las guerras significaban la pérdida del patrimonio, el rompimiento de los lazos sociales, el encono de unos contra otros.

Las mujeres se enfrentaban a desafíos propios. La muerte materna era altísima. Había pocas opciones para ganarse la vida. Algunas mujeres eran prestamistas o tenían empresas, minas o haciendas que manejaban con la ayuda de asistentes, gerentes, mayordomos, compadres o parientes. Pero para las que no podían apoyarse en nadie, las abandonadas y las huérfanas, casi la única salida honorable era dedicarse a coser ajeno. Se podía hacer en casa de una patrona, en sus habitaciones o laborar en un “obraje de modas” de una tienda francesa o de alguna modista. Cualquier oficio en el cual una mujer tuviera que salir sola de su casa acarreaba una condena social, el estigma de una desamparada y, en consecuencia, de una virtud permanentemente cuestionada. Sólo las monjas, enclaustradas y protegidas de la maldad del mundo, se salvaban de la duda. Las costureras apenas ganaban lo suficiente para mal comer y pagar la renta de un cuarto miserable. Se les acababa la vista por la mala iluminación, al coser de noche. Contraían tuberculosis por las condiciones poco higiénicas en que trabajaban, sentadas largas horas expuestas a corrientes de aire, respirando el polvo de las telas, en mala postura. Se las suponía cayendo fácilmente en relaciones que nunca llevaban al matrimonio, en un esfuerzo por mejorar su suerte. No era un destino envidiable. Desde el momento en que las mujeres alcanzaban otras opciones vocacionales, procuraban no dedicar su vida a la aguja y al hilo, símbolos de miseria y muerte temprana.

La preocupación cotidiana por los alimentos angustiaba a muchas mujeres, cuyos maridos o parejas estaban ausentes o eran borrachos, desempleados, desobligados o enfermos. Ha-

bía los remedios de siempre: lavar ajeno, poner un puesto callejero de comida, vender montoncitos de fruta o hierbas baratas en alguna esquina, coser, conseguir trabajo como nodrizas, nanas, cocineras, recamareras, caseras o parteras. Las privilegiadas, aunque ninguna mujer que trabajara se consideraba privilegiada, sólo en casos excepcionales abrían un estanquillo donde vendían cigarrillos (un trabajo de cuestionable decencia). Las que se quedaban en casa, como lo exigía la sociedad, pero sin medios de sobrevivencia, encaraban situaciones desesperantes cuando el bolsillo estaba vacío. Era el momento de tragarse el orgullo y visitar al prestamista de la esquina o enviar a la criada (una solución mucho más cómoda) al Monte de Piedad a empeñar los cubiertos de plata, la vajilla, chapas y llaves, cualquier prenda de ropa, bordados y encajes, alhajas, planchas y, después del medio siglo, la máquina de coser. Aunque la familia pasara frío, a veces terminaban en el empeño las cobijas, la ropa de cama y el rebozo con el que se tapaban las mujeres de todas las condiciones socioeconómicas. El robo de pequeños artículos domésticos fue tan común que se prohibió empeñar las cucharas de plata, a menos que lo hiciera la misma dueña. Ser contrabandista proporcionaba medios para sostenerse no acordes con la ley. Viudas o abandonadas recurrían a la venta ilegal de tabaco; en un periodo de 10 años en Jalisco, por ejemplo, 232 mujeres y 342 hombres fueron arrestados por ese delito.

Los ratos de descanso permitían a la citadina y a la ranchera ricas mecerse en lo fresco de los pasillos, regar las begonias y los helechos colocados en macetas en el patio, limpiar las jaulas de los canarios y cenizotes, probar la comida, observar que las habitaciones estuvieran bien barridas, remendar, bordar, tejer o leer un libro. Así era el ocio de un ama de casa cuando lograba reponerse de los sustos de la guerra, la enfermedad o la muerte de un ser querido, la pena de tener que empeñar una joya heredada de la abuela, los chismes de alguna vecina malintencio-

nada y entremetida o las andanzas fuera de casa del marido, que solamente comentaba con la almohada.

Una costumbre practicada desde el virreinato y que escandalizó a los extranjeros era la de fumar. Varios viajeros lo comentaron. George Francis Lyon, al visitar Guadalajara, encontró que todo el mundo fumaba, incluyendo las jovencitas, que ya tenían la dentadura manchada. Basil Hall, otro viajero inglés, vio a las mujeres fumando puros. Fanny Calderón de la Barca no salía de su asombro cuando un criado acercó la cigarrera a la esposa de Antonio López de Santa Anna, para que ella pudiera ofrecer a los invitados un cigarro después del desayuno. Se fumaba en casa y en la calle.

Durante décadas se temió la rebelión de los indios (como la guerra de castas en Yucatán y la de la Sierra Gorda, sobre todo), pero causaba más pavor la idea de que las mujeres fueran a dejar sus deberes y valores tradicionales. Desde finales del virreinato, ellas trabajaban en la Fábrica de Tabaco y se habían expedido decretos que les facilitaban la entrada a ciertos oficios, como la de relojera, y más tarde telegrafista. Miles, por supuesto, se mantenían a sí mismas y a sus familias con la venta de frutas y verduras en el mercado, con la elaboración de tortillas, tamales, atoles y otros platillos tradicionales. Era una realidad que no se quería admitir. Se supone que la mujer estaba confinada en su casa. Cuantas más oportunidades había, avanzado el siglo, para participar en actividades comerciales o académicas, más agudas fueron las críticas en cuanto al daño que sufriría la sociedad si las mujeres no se dedicaban al cuidado del marido y de los hijos. Poco importaba que 1] nunca hubiera sido así y 2] que hubiera mujeres que no tenían marido ni hijos. Se clasificaba a todas por igual, como dotadas por el Creador para la especial misión de tener contento al marido y gordos (que no bien alimentados) a los niños. Algunas mujeres valientes rompieron este esquema. Por gusto o más bien por necesidad fueron marchantas, costureras, porteras, parteras,

maestras. Para fines del siglo XIX, desplazaron a los hombres como educadoras, sobre todo de los niños antes de llegar a la adolescencia. Para convencerlas de no deambular lejos de la casa, se les asignó un nuevo papel, el de “ángel del hogar”. Donde antiguamente el hombre llevaba la batuta dentro y fuera de la casa, instruyendo a la mujer, corrigiéndola si se extraviaba del buen camino (los golpes eran perfectamente admitidos), ahora, a finales del siglo, fue la mujer de conducta intachable quien daba un ejemplo angelical a su esposo, quien no podía dejar de recordar sus obligaciones morales ante semejante perfección. Incluso los hijos varones tenían que portarse bien, al tener siempre presente el ejemplo de la madre.

La unidad familiar, fuera nuclear o extensa, se mantenía por razones económicas pero también por las experiencias compartidas, y entre ellas, contaban las diversiones. Todavía se hacían en familia y muchas, a pesar de las Leyes de Reforma, tenían un significado religioso: la visita a las siete casas en Semana Santa, la asistencia a misa, escuchar a un predicador famoso, presenciar los sacramentos administrados a miembros de la familia en bautizos, matrimonios, entierros u otras ceremonias como la toma de velo de una monja (en las familias pudientes durante la primera mitad del siglo). Más laicos eran los días de campo en San Ángel, los paseos en trajinera por el canal de Santa Anita o los de junio en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), donde el gobierno entero parecía trasladarse para jugar a los gallos y a los naipes, con apuestas con las cuales se podían perder fortunas e incluso la esposa, según cuenta la leyenda. Como no existía más que el divorcio eclesiástico (la separación de cama y comida) que no permitía volverse a casar, tal vez apostar y perder a la esposa no era mala opción.

En medio de estos festejos multitudinarios en San Agustín de las Cuevas, en las todavía más concurridas de la Villa de Guadalupe o en el mercado, de vez en cuando se perdía un niño, aunque también hubo casos de abandono. Fue un elemen-

to desencadenante de la trama de la novela histórica de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*. El robo de niños llegó a alarmar a las autoridades, a tal grado que promulgaron un reglamento para tratar de disminuir el problema. Bandas de robachicos estaban al acecho para secuestrar niños cuyos padres pudieran pagar rescate. Se ordenó que los niños que anduvieran solos fueran remitidos al alcalde, al jefe de manzana o a cualquier otra autoridad, parroquia o sitio de coches, desde donde serían enviados al gobierno municipal. Los padres que perdían a un niño debían reportarlo de inmediato. Era común ofrecer una recompensa, lo que tal vez animó el negocio del secuestro. De entrada, hombre o mujer que robara a un niño estaría condenado a seis meses de obras públicas o servicio en la cárcel, más el castigo que especificaba la ley. Una pena semejante esperaba a quien encontrara a un niño y no lo entregara.

Los indígenas

Los usos y costumbres de los pueblos autóctonos entraron en conflicto con el modelo del Código Napoleónico (1804) adoptado en México, que no dejaba lugar a la valoración del juez de los méritos de cada caso ni de las circunstancias particulares de los pueblos indígenas. Éstos fueron vistos con desprecio por la población blanca a lo largo de todo el siglo. Al mismo tiempo que se exaltaban los orígenes prehispánicos, se fustigaba el atraso del indio contemporáneo. Molestaban a la población urbana el traje, el lenguaje y el trato de los indios, el estar afeerrados a sus tradiciones, el no entusiasmarse con el progreso material y con la acumulación de bienes. Contravenía al individualismo el concepto de propiedad comunal. Decían los liberales que el indio debía ser pequeño propietario, responsable por sí mismo ante la ley y ante Dios. A medida que avanzaba el siglo XIX la idiosincrasia del indio, a quien no bajaban de salvaje,

se volvía cada vez más intolerable para los sectores de la población que apoyaban “la modernidad”. Una descripción del escritor y político guerrerense Ignacio Ramírez (él mismo indígena pero culturalmente lejos de sus orígenes) de los yaquis en Sonora da pistas para conocer este desprecio que era la actitud más común hacia los indígenas en el siglo XIX, sólo superada por el odio entre las razas en los lugares azotados por la guerra de castas.

Ramírez vio en Ures, en la Tarahumara, un pueblo de indios cuya iglesia estaba en ruinas (entiéndase, por la desidia para reconstruirla), donde se adoraba con muchas velas a un santo, desconocido para el autor, al que describe como “vil vulgo o proletario[...] un pretexto para la fiesta que tiene lugar al aire libre”. No era un santo de gente de razón, ni la celebración era decente, es decir, dentro de un templo como Dios manda. Los pobladores, robustos, fuertes (curiosamente estos adjetivos son despectivos, ya que la gente de la ciudad era fina y delicada), se sentaban en piedras, troncos y “sillas bailadoras”, iluminados por ocotes encendidos, para presenciar o participar en un baile. La escena es poco menos que neolítica: “Unos cuarenta salvajes, diez de ellos pertenecientes al sexo femenino”, vestidos de plumas de pies a cabeza, participarían durante varios días en la Danza de la Conquista. Conviene hacer notar que Ramírez no se refería a las indias como mujeres; no alcanzaban esta categoría y mucho menos la de damas. Otro ejemplo se encuentra en un decreto relacionado con los indígenas de Veracruz en el cual se refiere a los varones niños y a las hembras. El desprecio no podía ser más obvio.

En lugares como Oaxaca, dice un estudioso de la Mixteca, “nada indica que la calidad de la vida del campesino hubiese mejorado sustancialmente de 1825 en adelante”. La pauperización y la privatización de la tierra acentuaron en los pueblos de indios la importancia de la herencia por línea masculina. El matrimonio se volvió más patrilocal y la mujer, frecuentemen-

te desheredada, debía ir a vivir a la parcela o a la propiedad del marido. La bigamia se seguía practicando, puesto que había más mujeres que hombres, igual que la endogamia. El mismo estudioso piensa que celebrar los sacramentos se hizo más accesible a los pobres, tal vez por una baja en los aranceles, tal vez por el establecimiento de más curatos. A medida que se iba generalizando el uso de la moneda en la economía, en pueblos como los de Oaxaca las parejas se casaban más frecuentemente por la Iglesia que en tiempos virreinales. En la Mixteca se elevó casi tres años la edad promedio del matrimonio: para finales del siglo XIX era de 26 años para los hombres y de 20 para las mujeres, lo que posiblemente significó que las condiciones económicas se deterioraron, obligando a posponer el momento de formalizar la unión. En la misma región de Oaxaca, entre 1803 y 1849, aumentó la proporción de casados frente a la de viudos.

En 1822 una ley abolió la clasificación de las personas por sus orígenes, es decir, que ya no habría españoles, indios y castas, sino que todos estarían en igualdad de circunstancias ante la ley (pero no en los libros parroquiales, donde los españoles pagarían más por los servicios religiosos). El hecho de que no existiera la categoría legal de indio no significaba, obviamente, que no había indios. Pero José María Luis Mora, en su deseo de vivir en una sociedad mejor que la virreinal, en una “superior”, empezó a hablar de los “ex indios” o los “llamados indios”, como si cambiarles la etiqueta modificara su naturaleza y su historia. Con el afán de lograr la igualdad jurídica, se retiró a los indios la protección de algunas leyes virreinales, dejándolos indefensos ante el materialismo e individualismo agresivos que no estaban preparados para enfrentar. La venta de las tierras comunales fue el resultado más inmediato, con la consecuente pérdida de su vida comunitaria. Desde luego, el liberalismo resultó ser un decidido enemigo del modo tradicional de los pueblos de indios. Desembocó, a fines de siglo, en una especie de darwinismo social, la

idea de que no valía la pena dedicarles recursos y la protección del gobierno porque no estaban destinados a sobrevivir. Su única salida, contemplada desde tiempos de Mora, era mezclarse con la población blanca para fortalecer su genética, volverse más fuertes, aprender de los extranjeros cómo hacer productiva la agricultura, hablar, vestirse y vivir como blancos. Es decir, dejar de ser indios. Adiós a las fiestas patronales, las borracheras rituales, los bailes en el atrio de la iglesia, las mandas prometidas entre un pueblo y otro (que cimentaban la cooperación entre ellos), las bandas de música, las cofradías, las mayordomías, el sentido de identidad comunitaria. Los indios tenían que abandonar su idioma, su religión sincrética y sus tierras para convertirse en gente de la ciudad y, por añadidura, en ciudadanos.

En contraste con la mirada de los políticos y de los intelectuales, deseosos de que desapareciera la cultura indígena, allí donde se mantuvieron grupos numerosos de indios, éstos reaccionaron reforzando o reinventando sus tradiciones. Humillados y maltratados por patrones y gobernantes, encontraron refugio en sus comunidades. Muchas tradiciones que se atribuyen a la época colonial fueron inventadas en el siglo XIX.

Las amenazas a la vida

Gobernar era poblar y para lograrlo había que reducir la cantidad de enfermedades, partos mal logrados y accidentes. En el siglo XIX apareció una nueva enfermedad que se volvió endémica y que todavía cobra víctimas en México. Sin saber en aquel entonces que se transmitía por el agua, el cólera hizo su presentación en sociedad en 1833, llegando primero a Tampico. Se desató una fuerte epidemia el año siguiente y otra en 1849-1850. El tifo también hizo estragos, de tal modo que la población no se incrementó de manera importante hasta el Porfiriato. Peste bubónica, tuberculosis, afecciones pulmonares y diarreas

mataban sin piedad a los infantes, y algunos casos de lepra mantenían en zozobra a la población. Se hacían fogatas en las calles, al estilo medieval, y se prohibía comer frutas frescas en un vano afán por detener el contagio.

Otra amenaza eran los insectos. De día, colmaban la paciencia. De noche, infectaban pelo, ropa, colchones, petates, sarapes y animales domésticos. Tampoco se podía evitar su reproducción ni las enfermedades que transmitían. Hay muchos testimonios acerca del sufrimiento que causaban. Hasta los clérigos suplicaban a las autoridades eclesiásticas un traslado lejos de “las parroquias en climas insalubres, plagados de insectos y privados de toda sociedad”. Las condiciones inmundas de la cárcel de Morelia hacía inútil el esfuerzo por blanquear las paredes de las celdas, ya que se manchaban de sangre cada vez que los internos mataban allí una chinche.

Tanto en el campo como en la ciudad, los habitantes tenían que lidiar con insectos y reptiles que picaban, mordían, arrasaban las cosechas (como las plagas de langosta) o depositaban sus huevecillos en el maíz y el frijol. Atormentaban a los vivos o, al echar a perder sus reservas alimentarias, los mataban de hambre. Alacranes, tarántulas, lagartijas, camaleones, ciempiés, la venenosa capulina, avispas, moscas, zancudos, gorgojos, cucarachas y grillos cohabitaban con la gente. Los remedios caseros para contrarrestar los efectos nocivos de ronchas, comezón, hinchazón, y enfermedades como tifo y peste bubónica transmitidas por pulgas o piojos, se pasaban de generación a generación. Para combatir la peste se purificaba el ambiente con ramilletes de flores aromáticas o con vapor de especias; en las erupciones de la piel se ponían emplastos de malvas cocidas o de cebolla picada mezclada con aceite rosado y manteca caliente de puerco. Se lavaban puertas, ventanas y letrinas con cal y vinagre de maguey. Durante la epidemia de 1902 en Mazatlán se dio la orden de quemar la cuarta parte de las casas, como medida sanitaria. Contra el tifo se fumigaba con azufre y se ordenó a la po-

blación dejar el remedio tradicional de comer arañas capulinas muertas. Las fogatas de leña impregnada de alquitrán supuestamente alejaban a las moscas que transmitían la enfermedad al previamente haberse posado sobre el cadáver de un infectado.

Si de noche no se veían los insectos que compartían la frazada con que se tapaba la familia, tampoco se veía la víbora que se enroscaba bajo el costal de maíz, recargado en una esquina de la pieza para tratar de salvarlo de las ratas. De día, aunque hubiera luz, tampoco se la veía escondida en la sombra o debajo de una piedra. Una víbora, de extraordinaria peligrosidad para el hombre, era la maguaquite (nauyaca), que en el Estado de México podía alcanzar los tres metros de largo. Mordía a sus víctimas, a quienes, a las pocas horas, les brotaba sangre por los poros. Los indígenas, que habían vivido muy cerca y por mucho tiempo con este ofidio, curaban la mordedura haciendo que el atacado comiera grandes cantidades del extremadamente picoso chile piquín. Los efectos de otras mordidas se contrarrestaban con emplastos de corteza de bejuco (*Mikania glomerata*) o tomando aguardiente en el cual se habían remojado trozos de lo mismo. Se usaban emplastos de tabaco y, en casos graves, con un machetazo se amputaba la pierna o el brazo afectado.

Podían atacar al hombre manadas de lobos hambrientos que recorrían el campo y los bosques. Y por toda la República andaba el peor enemigo del hombre: el hombre mismo, borracho, armado con un machete y sumido en resentimientos, odios, envidias o cuentas que saldar. El número de muertes por accidentes o encuentros violentos era muy elevado. El vicio del alcoholismo afectaba a tal porcentaje de la población que el gobierno siguió prohibiendo la venta de pulque a ciertas horas y emprendió campañas para divulgar información sobre el daño que causaban las bebidas fermentadas. Estas medidas no dieron resultado, en parte por la disponibilidad de bebidas alcohólicas extranjeras y en parte por la abundancia de cerveza de fabricación nacional.

LAS NECESIDADES DOMÉSTICAS

La alimentación: siempre la misma u opípara

La gente pobre almorzaba tortillas y bebía atole, una dieta 100% de carbohidratos. En la comida, lo mismo, con sal y chile. Una estadística de 1854 muestra que los pobres agregaban a sus tacos hierbas que recolectaban en el campo o que compraban a muy bajo precio, tal como se había hecho desde siempre. Algunos insectos, como hormigas y chapulines, así como gusanos y sapos terminaban en tacos; las abejas proveían la miel, dulce indispensable en ausencia de la caña de azúcar. Era una inversión importante de tiempo y mano de obra atrapar suficientes insectos para saciar el hambre. Los niños de escasos recursos, si querían comer, debían pasar buen rato buscando ranas, cazando pájaros, recogiendo huevecillos de mosco y de hormiga o atrapando jumiles o chinches de agua. Estas fuentes de proteína eran importantes para la población rural y la de bajos recursos en la ciudad.

Entre las 6 y las 7 de la mañana se desayunaba. Si la familia tenía una vaca, había leche recién ordeñada y queso hecho con la sobrante de días anteriores, más tortillas recién salidas del comal. La nata, derivada de la leche, se untaba en el pan que acompañaba el café en las mesas citadinas. Si el frío arreciaba, nada sustituía al atole o champurrado (si el atole se preparaba con chocolate). Hacia las 11, el rancharo tomaba su almuerzo, acompañado de chocolate o aguardiente. Los estómagos vacíos de la ciudad se llenaban con pan dulce, garnachas, gorditas o empanadas. Un par de horas después venía la comida; a las 3:30 el chocolate; después del rosario, los toros o el paseo, pero antes del teatro, se servía la merienda, y entre las 10 y las 11 de la noche la cena, para los privilegiados que no podían conformarse con un solo alimento al día, como lo hacían los pobres. Sin embargo, había días de ayuno y no siempre se iba al teatro

o a los toros. La dieta era más sencilla y más espaciadas las horas para tomar alimentos entre quienes menos tenían a la hora de poner la mesa. De hecho, ni a mesa llegaban.

Las costumbres alimentarias no experimentaron grandes cambios durante las primeras décadas del siglo XIX. Fue a mediados del siglo cuando se animó el comercio interregional de productos como el queso de Cotija, Michoacán, vendido en todo el Bajío. A una viajera escocesa por esas tierras le ofrecieron de comer un burrito, que rechazó indignada, hasta saber que no era un burro recién nacido sino un pedazo de queso fresco envuelto en una tortilla recién salida del comal. Los puercos de La Piedad, en esa misma región del occidente de México, garantizaban una buena porción de carne a los comensales de las ciudades michoacanas. Las frutas prensadas y los chongos compartían los honores de la mesa, junto con el pulque y el mezcal. Había plátanos de distintas variedades que se comían frescos, fritos, guisados o secos. Su exportación formaba una parte del comercio de arriería de muchas zonas, incluyendo las tierras tabasqueñas.

Una cosa era la comida cotidiana de pobres y ricos, otra la de las grandes ocasiones, en que se rompía la rutina. Los banquetes ofrecidos a militares y políticos muestran otro lado del quehacer diario, cuando todos los esfuerzos se dirigían a preparar una boda, la fiesta patronal o la visita de algún personaje.

La cuenta de un banquete que se ofreció a Antonio López de Santa Anna en 1835, en San Juan del Río, Querétaro, es un testimonio acerca de la disponibilidad de alimentos, en lo que se consideraba un menú a la altura del prestigio del famoso general y del modo de organizar los recursos locales. Querétaro está en el camino entre el norte del país y el Valle de México; ejércitos y visitantes distinguidos constantemente habían extraído de la zona comida y dinero. Desde tiempos inmemoriales, el arribo de un personaje significaba días, semanas o meses de pobreza, de hambre, de trabajo extenuante, más allá de las exi-

gencias ya de por sí demandantes de la sobrevivencia. También daba lugar a mayor movimiento de personas y productos, derramas económicas que podían favorecer a unas personas o significar préstamos forzosos para otros. En este caso, el daño fue indirecto, al distraer recursos que podían haber beneficiado a la población al invertirlos en obras públicas, pero que terminaron en el bolsillo de los proveedores de alimentos y servicios.

Para organizar la visita de Santa Anna se tomaron fondos de la aduana local (que cobraba la alcabala) para darle decente alojamiento, generoso almuerzo y abundante comida y enviarle una posta de mulas que le esperara en el camino entre San Juan del Río y Arroyo Zarco. Veintiocho “invitados” (a la fuerza), más los oficiales de la escolta, un camarero y el servicio doméstico almorzaron y comieron a costillas del Ayuntamiento de San Juan del Río. Prepararon para la mesa el recaudo y las verduras, un carnero en canal, pan, 12 melones, seis sandías, 12 piñas, ciruelas, plátano macho y pequeños plátanos “cien en uno” o dominicos. Formaron parte del menú, guajolotes, pollos y gallinas, bacalao, pichones, jamón, lengua, sesos, carne de ternera y de puerco, lechugas, jitomates, cebollas, acelgas, ejotes y garbanzos, ajos y hierbas de olor, bizcochos, peras, alcaparras, arroz, tortillas y manteca. Los ingredientes complementarios consistían en aceite de oliva, canela, clavo, pimienta, comino, cilantro, azafrán, jengibre, sal de Colima, almendras, pasa moscatel, vino de Jerez y de Burdeos, mezcal, aguardiente, vinagre, azúcar blanca, frijol, chile y café en grano. Los siete postres y cuatro conservas llevaron en su hechura 8 pesos de leche, huevo, almidón, harina, nueces, piñas, pasas, ciruelas y piñones. Hubo que comprar jabón, carbón, escobas y mecates, y pagar varios sueldos o servicios: al cocinero y a las cuatro galopinas, a las dueñas de la casa que prestaron muebles y enseres, al empleado que cuidaba la plata (cada quien llevaba sus propios cubiertos, si los tenía, pero había que poner vajilla, charolas, fuentes y candeleros de plata en la mesa), a los mozos que tras-

ladaron e instalaron los muebles prestados, a los aguadores y al cabo y a los seis hombres que vigilaban la seguridad de Santa Anna. Además, se cubrió el valor de dos vasos que se rompieron y de una copa que se perdió.

Gastos adicionales incluían papel fino recortado, tal vez para adornar un salón, los mozos que acompañaron al tiro de mulas, la pastura para las mulas y tres pesos para un correo a la ciudad de Querétaro para saber exactamente qué día llegaba el general a San Juan del Río y otro a la hacienda de Tequisquiapan para avisar también de su llegada. La posiblemente no deseada visita del excelentísimo señor Santa Anna, que ni siquiera ejercía la presidencia en ese momento (lo hacía Miguel Barragán desde principios del año de 1835), costó casi 110 pesos. Un peón que ganaba, si bien le iba, 2 reales al día (8 reales hacían un peso) hubiera tenido que ahorrar su sueldo completo durante 440 días para pagar la cuenta del banquete.

La comida común y corriente distaba mucho de la preparada para los poderosos. Un almuerzo de dos reales en una fonda podía consistir en huevos al gusto o algún guisado de chile, bistec, costillas o asado, frijoles refritos o de la olla, un vaso de pulque o café con leche. La comida, de tres reales, consistía en caldo, sopa de pan, arroz o masa, puchero de ternera o carnero, un guisado de chile, un asado de carne con ensalada y pastas de dulce. Una fonda se volvía cosmopolita los domingos, con un menú que incluía mondongo a la andaluza, bacalao a la vizcaína y ravioles. Se podían encargar comidas especiales de olla podrida a la española.

Por carecer de sistemas de refrigeración, se tenía que acudir diariamente al mercado a conseguir los alimentos. No costaba mucho, si uno vivía en el campo, recoger alguna fruta, hierba silvestre, arrancar una verdura o corretear a una gallina para torcerle el pescuezo y sumergirla en una cazuela de agua hirviendo, para facilitar el desplumarla. Matar un puerco era trabajo de hombres y se hacía solamente para festejos importantes,

Precios de la comida

Azúcar blanca hasta 2 pesos la arroba (11.5 kilos)
 Aguardiente de caña hasta 18 pesos el barril (159 litros)
 Arroz 6 pesos 4 reales el quintal (46 kilos)
 Aceite de oliva mexicano 8 pesos la arroba (11.5 kilos)
 Café hasta 18 pesos el quintal (46 kilos)
 Chile pasilla hasta 4 pesos 4 reales la arroba (11.5 kilos)
 Frijol bayo hasta 10 pesos la carga (182 litros)
 Garbanzo hasta 12 pesos la carga (182 litros)
 Jabón blanco bueno, en arqueta, hasta 3 pesos 4 reales la arroba (11.5 kilos)
 Mantas mexicanas hasta 5 pesos 2 reales la pieza
 Manteca 5 pesos la arroba (11.5 kilos)
 Maíz de Chalco 4 pesos 4 reales la carga (182 litros); de Toluca, 2 reales menos
 Queso de La Barca 3 pesos 6 reales la arroba (11.5 kilos)
 Trigo de Tierradentro 13 pesos la carga (182 litros)

Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, pp. 478-480.

como un bautizo o una boda. Además de la milpa, en las huertas familiares había árboles frutales y hortalizas, más las plantas medicinales más comunes. Se cocinaba con leña o carbón, que en la Ciudad de México costaba 11 reales la carga de más de 86 kilogramos, un peso el de menor calidad, y la fofa, que solamente servía para calentar el agua de baño, seis reales. Había entregas a domicilio.

El mercado diario en las ciudades (o semanal en los pueblos) era el lugar donde se encontraba el maíz, frijol, chile, cacao, jitomate, arroz, plátanos, papas y cítricos que hicieran falta o que el bolsillo pudiera adquirir. Se consideraban rarezas los espárragos, salsifíes, berros, lechuga romanita y rábanos. En la carnicería, según los días de matanza, había carneros y reses, puercos y la resultante manteca. Dependiendo de la temporada, había pescado (cuyo consumo por conseja popular sólo era recomendable en los meses que tuvieran una “r” en su nombre) y

Receta de cocina: gallinas en guisado de piña

Las combinaciones de sabores agrios y dulces, de gallina y de jamón, el remojar la carne cruda de gallina en vinagre durante horas no producirían un platillo de nuestro gusto actual, prueba de los cambios que ha habido no solamente en las técnicas de cocimiento sino en el de los sabores que nos agradan. "Desde la noche antes de servir, se cortan rebanadas de cebolla, jitomates, chile verde, ajo y piña, y en una cazuela untada con manteca se ponen capas de las cosas dichas, mezcladas con alcaparras y tajadas de jamón, otras de cuartos de gallina crudos, y así hasta llenar la cazuela, de modo que quepa el caldillo, que se hará con partes iguales de agua y de vinagre, y echando de una vez la sal correspondiente, alcaparras y alcaparrones, se pone al día siguiente a cocer a dos fuegos".

El cocinero mexicano, tomo II, p. 395.

huevos, gallina o pollo vendidos en la esquina o disponibles en el traspatio. La naturaleza precedera de los productos imponía un ritmo diario a la compraventa, mismo que siguió un patrón de actividades establecidas (en términos de lugar y presentación), semejante al de épocas prehispánicas. Si el o la cliente tenía gustos finos y recursos abundantes, la tienda de ultramarinos ofrecía almendras, aceitunas, ciruelas pasas y aceite de oliva, entre otros ingredientes necesarios para recetas complicadas que se tardaban horas en preparar. Falta mencionar, sin embargo, que había regiones del país donde escaseaba esta variedad de alimentos. Los pobres de las zonas áridas casi no comían verduras. En el norte se consumía carne, la actual machaca de res que antes era de burro.

Beber: mejor que comer

Las fuentes públicas suministraban agua (no necesariamente potable) y la única manera de hacerla llegar desde la fuente hasta la casa era sobre el lomo de una mula o la espalda del aguador. En Guanajuato, con sus calles empinadas, las bestias

eran imprescindibles; en Querétaro el aguador acostumbraba llevar cuatro cántaros en una pequeña carreta; en la Ciudad de México cargaba el agua en una pesada olla de barro recostada sobre la espalda y otra más chica de contrapeso sobre el pecho, cuyo contenido vaciaba en ollas de barro ubicadas en las cocinas, azotehuelas o patios de las casas. En cada entrega, el aguador dejaba una semilla de colorín. El fin de semana le preguntaba al cliente cuántas semillas habían sido, para saber cuánto cobrarle. Se comprende que se consideraba indudable la honradez del consumidor. Era una cuestión mutua. El aguador era una persona conocida de todos; gozaba de la confianza de porteros, cocineras, amas de casa y vecinos que encontraba en su recorrido semanal. Desde luego, era más eficaz que un periódico en difundir las noticias. La vida social se daba alrededor de la fuente, en la calle, en las casas de la clientela. Se acabaron el oficio y el contacto entre los vecinos que el aguador propiciaba, cuando las colonias nuevas de las ciudades tuvieron, a finales de siglo, luz eléctrica y, en consecuencia, bombas que llevaban el agua a domicilio y a las fuentes que refrescaban los parques e invitaban a los niños a transgredir los reglamentos y jugar en ellas en días de calor.

El agua era para lavar los trastes y la ropa, pero no para bañarse. La limpieza se reducía a pasar un lienzo limpio por la cara y lavarse las manos en la mañana, más que antes de consumir los alimentos. Bañarse era un acontecimiento que ponía en peligro la salud física y moral, según el criterio de la época. Se visitaba a las señoras después del baño, para preguntar cómo les había sentado. Los periódicos anunciaban baños públicos, a finales de los años 1850, donde los hombres podían bañarse, leer, fumar y recibir masajes; así empezó a ser más popular el baño semanal, aunque una maestra comentó, en pleno Porfiriato, que conoció a una persona que nunca se había bañado. Era más común lavarse una parte que todo el cuerpo. Tomar agua tampoco era tan usual, aunque la de chía era muy popular. Her-

vir el agua todavía no era una práctica frecuente; la prueba son las epidemias de tifo que asolaron el país durante el Porfiriato. Para beber agua limpia, en algunas casas se filtraba en grandes conos de piedra volcánica. Mejor un chinguirito o un buen pulque, que tampoco era muy higiénico, pero tenía como ventajas la tradición, el gusto y los efectos embriagantes; incluso los niños lo bebían. Hubo un incremento en el consumo de pulque en la capital a partir del momento en que pudo llegar en ferrocarril, desde los llanos de Apan, Hidalgo, gracias a su velocidad. Las antiguas carretas tardaban demasiado y el aguamiel (lo que sacaban del maguey) sólo dura tres días antes de convertirse en pulque y éste, a su vez, se fermenta muy rápidamente, de modo que era de corta vida. Gracias a su mayor disponibilidad, quizá aumentó el alcoholismo. El pulque daba trabajo a los tlachiqueros que lo extraían de los magueyes, a los maestros que manejaban los tinacales, a los transportistas, a los vendedores y al gobierno que recaudaba el impuesto correspondiente.

Desde harapos hasta la última moda

Los pensadores ilustrados de finales del siglo XVIII estaban convencidos de que una vez vestido el pueblo, se lograría su felicidad. La desnudez iba de la mano de la mugre y ambas estaban peleadas con la decencia. Los léperos (que se calculaban en 20 000 en la Ciudad de México) ofendían con sus cuerpos al

El traje

Quien no puede presentarse con una decencia mediana, quien no puede cubrir su cuerpo sino con harapos, en el orden común y regular, jamás será visto de los demás con aprecio y consideración, y nadie que no sea apreciado puede estimarse en algo.

José María Luis Mora, *Obras completas*, tomo IV, pp. 105-106.

natural, su lenguaje grosero y sus modales callejeros. Como dormían a la intemperie, bajo un portal o donde les cogiera la noche, el sarape que les cobijaba de noche era lo que les tapaba mínimamente abajo de la cintura y arriba de las rodillas durante el día.

Para las familias con algo más de recursos: un pantalón de manta para los varones, unas enaguas y quexquémetl para las mujeres, primorosamente bordados, eso sí. Andar descalzo diferenciaba de modo tajante a las clases sociales, razón por la cual el calzado, hasta la fecha, es objeto de presunción y de cuidado. Nadie que no esté obligado a hacerlo por su extrema pobreza anda descalzo. Las clases altas importaban su ropa de París o la hacían coser por modistas francesas recién llegadas.

La moda francesa entró a México con furor y durante el Porfiriato las clases medias y altas vestirían, comerían, bailarían y hablarían como en París. Iban de compras a tiendas llenas de artículos importados como El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool o El Puerto de Veracruz. Los abanicos, tan indispensables para el vestuario de una dama durante el virreinato, volvieron a aparecer (taparse media cara con el abanico y bajar los ojos era darle “entrada” a un caballero). No se usaban en los templos durante las celebraciones, pero sí durante el resto del día. Los de encaje y pluma de avestruz sólo eran para ocasiones especiales como el teatro o una tertulia en la noche.

En 1812 aparecieron anuncios en los periódicos con las últimas novedades. El Parián, mercado de puestos construidos de madera, alineados y agrupados según su especialidad, era la gloria de quien buscaba productos importados: encajes, pantalones, medias, zapatos, lazos, chalecos, sombreros y bastones, tirantes y corbatas; estas últimas torturaban a los hombres, y los corpiños o corsés deformaban el cuerpo femenino hasta cortarle la respiración y la circulación. Los moralistas se quejaban de los dictados de la moda que dañaran la salud por satisfacer la vanidad.

Las sedas y encajes, los algodones estampados, listones y espiguillas engalanaban a las damas, según su condición social. Las lentejuelas no pasaron de moda. El negro seguía siendo el color de luto, que en algunos casos se llevaba el resto de la vida después de la muerte de los padres o del cónyuge.

Se vestía a los vivos y a los muertos. Enterrarse con el hábito viejo de un franciscano todavía se consideraba una ayuda a la salvación, a pesar del refrán de que el traje no hace al monje. Convencía la idea de que el hábito confería cierta protección o santidad a un individuo. Una litografía de Claudio Linati de los años 1820 muestra a una elegante dama, con sus zapatillas de raso, mantilla blanca y vestido francés entallado y escotado, tomando de la mano a su pequeño hijo sobrealimentado que portaba un hábito franciscano recortado a su tamaño.

Mudarse de ropa se hacía por cuestiones de moda, no de higiene. Se comentaba que durante las festividades de Pentecostés en San Agustín de las Cuevas, las mujeres llevaban cinco mudas por día: una para la mañana; otra para asistir a las peleas de gallos; una más para la comida; otra para el baile en la llanura frente al cerro del Calvario, y una más para el baile en la noche. Con el paso del tiempo se hizo costumbre conformarse con dos o tres cambios al día.

Las mujeres decimonónicas ciudadinas se maquillaban la cara con talco mezclado con vinagre o polvo de arroz, se ponían carmín en los carrillos y delineaban las cejas con lápiz negro de extracto de hueso de aguacate. Blanqueaban los dientes con los nuevos productos anunciados en el periódico, que encubrían el daño provocado por una dieta demasiado rica en azúcares y por no cepillarse los dientes. Tener bozo o una sombra de bigote no se veía mal. Las arrugas se combatían con cera blanca mezclada con esperma de ballena y vino. Las aguas de lavanda, colonia o de rosas enmascaraban la falta del baño diario. Se recogía el pelo en un chongo sobre la cabeza o la nuca. Los hombres frecuentaban la peluquería en vez de ponerse pe-

lucas empolvadas, que cayeron en desuso en el siglo XVIII. Algunos mantenían bien corto el pelo y se rasuraban bigotes y barba. Había remedios para evitar la calvicie y pintura para tapar las canas. La gente del campo seguía la tradición del pelo largo; se acostumbraba cortarlo cada día de San Juan. Algunas mujeres cortaban la cabellera o la trenza para ofrendarla a la Virgen o a un santo. A partir de 1876 se gravaba con impuestos los perfumes, jabones, cosméticos, pomadas y agua de azahar, señal segura de su amplia venta.

Los viajeros se fijaron en los relojes, aretes de diamantes, hilos de perlas, bastones con cabeza de oro y cigarreras enjovadas que lucían hombres y mujeres adinerados. En las familias venidas a menos, portar adornos costosos no significaba, necesariamente, que hubiera con qué cubrir el gasto diario de la casa.

Los uniformes llamaban la atención, por conferir a quien los portaba rango y prestigio. Los militares eran los más vistosos y cuentan que más de una mujer se dejó seducir por un brillante uniforme, cargado de botones plateados o dorados, de un galante oficial. A pesar del esfuerzo de los políticos por crear una sociedad en la que todos los miembros fueran iguales ante la ley y contara más el mérito individual que el nombre de la familia o la importancia de la agrupación a que pertenecía el individuo, como las antiguas cofradías y gremios o las nuevas asociaciones literarias o logias masónicas, en el fondo seguía siendo de gran importancia la calidad del individuo y de la gente que le rodeaba.

Los hombres bien vestidos llevaban pantalón, chaleco, camisa blanca, corbata negra, capa, guantes, reloj a la cintura. Los arrieros vestían camisas de manta de manga larga, para resguardarse del sol, pantalón de la misma tela, bien ajustado para que no se enredara en los matorrales o arbustos que invadían los caminos. Las rodilleras hacían la misma función para cualquier jinete. El sombrero de ala ancha lo usaba casi toda la población masculina del centro del país, aunque había más de 30 estilos

La vestimenta

En 1841 la marquesa Calderón de la Barca envió a sus parientes una carta en la que describía a los "rancheros altos, fuertes, con sus camisas bordadas, bastos sarapes y pantalones de color azul oscuro, bordados de oro". El modo de vestir indígena también le llamó la atención: "El vestido de las indias de Uruapan es bonito[...] usan naguas, que son refajos de algodón negro con unas rayas estrechas blancas y azules; la hechura muy amplia y bastante largos; cae sobre esto una especie de camisa corta hecha de algodón blanco y áspero, bordada en sedas de varios colores; la llaman sutanaca. Encubriéndolo todo, lucen un rebozo negro, rayado de blanco y azul[...] con hermosos flecos de seda".

Frances Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, tomo II, p. 525.

que identificaban, cada uno, una región, clase social o gustos. La distinción entre calzado y huaraches era definitiva para reconocer la clase social. Muchas mujeres se tapaban con la prenda mexicana más representativa, el rebozo, mestizo en origen y universal en su uso. Hasta las monjas se tapaban con un rebozo negro. Los sarapes fabricados en Zamora, "finos como tapices, de una policromía y calidad únicas", merecían elogios.

FUERA DEL HOGAR

Calles y caminos: el transporte de personas y objetos

El tiempo gastado en el incómodo tránsito de las costas al interior o del centro al sur o al norte, tanto de mercancías como de personas, era una actividad que requería enormes cantidades de tiempo, paciencia y fortaleza física. Los caminos antiguos existían desde antes de la conquista, los nuevos apenas fueron reacondicionados a finales del virreinato por los distintos consulados de comercio, por compañías particulares y por el gobierno a lo largo del siglo XIX.

Rutas de diligencias

Para 1851 se calcula que 46 452 pasajeros habían hecho 17 316 viajes en diligencia; en 1852, 43 813 pasajeros habían hecho 16 667 viajes, y en 1853, 42 430 pasajeros habían hecho 17 331 viajes.

Las diligencias caminaban de dos a cuatro leguas por hora, de modo que podía ir de costa a costa, de Veracruz a San Blas, 350 leguas, "en solo 11 días". Descontando el tiempo de descanso, se invertiría 144 horas, un tiempo récord. La línea de carros de transporte pesado podía recorrer las 150 leguas Veracruz-México-Querétaro en 14 días.

Las diligencias daban servicio en estas rutas: México-Veracruz; México-Guadalajara-San Blas, México-Morelia, Cuernavaca, Cautla, Tulancingo; México-Guanajuato-León; México-Puebla-Perote-Xalapa-Veracruz; México-Ameca-Ixmiquilpan; Guadalajara-Zapotlán; Lagos-Aguascalientes-Zacatecas; Zacatecas-Fresnillo; San Luis Potosí-Aguascalientes; Puebla-Izúcar de Matamoros; Sisal-Mérida; Campeche-Mérida. Costo: de 20 a 40 centavos por legua.

Miguel Lerdo de Tejada, *México en 1856. El comercio exterior desde la conquista hasta el día de hoy*, pp. 60-61.

Los caminos sufrieron durante la guerra de Independencia, no solamente en cuanto a su recubrimiento y conservación, sino en términos de seguridad. Transitar por los caminos de herradura o los senderos para bestias era incómodo y peligroso. Mucho se habló en la prensa, en informes del gobierno y en los relatos de viajeros del mal estado de los caminos, de la suciedad e incomodidad de las posadas, de puentes en mal estado, deslaves, senderos empinados, ríos caudalosos, animales salvajes y hombres desesperados. Una gran cantidad de forajidos infestaban los caminos: antiguos insurgentes y realistas poco dispuestos a cambiar sus armas por el arado, o el dinero fácil por una sobrevivencia miserable. Para guardarse de las gavillas los arrieros viajaban juntos, cada uno con hasta 10 bestias, en largas caravanas de 50 o 60 animales. La jornada empezaba en la madrugada y terminaba a las dos o tres de la tarde, cuando descargaban a los animales, curaban sus heridas, les daban agua, los llevaban a pastar o les compraban rastrojo. No se les cobraba la

noche en los mesones; el negocio del dueño de la posada era más bien la pastura para los animales. A los viajeros, en cambio, sí les cobraba el hospedaje.

A mediados del siglo XIX, los asaltos más comunes en Michoacán tenían lugar en las regiones cercanas a Pátzcuaro, Uruapan y Tierra Caliente. Los viajeros entre Veracruz y la Ciudad de México también eran presa fácil. Ningún camino escapaba de estos inconvenientes. Lo que finalmente acabó con ellos fueron los Rurales de Porfirio Díaz y el ferrocarril.

Los arrieros eran uno de los pilares de la economía. Llevaban y traían las mercancías producto de la agricultura, la minería, la incipiente industria y el comercio exterior, y como los aguadores en la ciudad, ellos llevaban noticias de una región a otra. Llegaron a amasar fortunas gracias al intercambio comercial. Era un negocio que podían manejar las mujeres, algunas de las cuales fueron muy exitosas. La arriería animaba la tala-bartería, fustería, jarciería, herrería y cría de caballos, burros y mulas. También daba sostén a mesones y fondas. Incluso, los impresores pueblerinos prosperaban gracias a este comercio, pues vendían estampitas y oraciones a San Pedro, protector de caminantes y arrieros.

Hubo zonas del país donde la arriería sobrevivió hasta el siglo XX. En la costa y la Tierra Caliente de Michoacán, las costas de Guerrero y la Mixteca Baja de Oaxaca, por nombrar unos pocos lugares, no hubo caminos ni ferrocarriles, en ocasiones hasta el presente. Se tendieron los primeros rieles en Michoacán en la década de los 1880, acabando poco a poco con la arriería, aunque todavía en 1900 había más de 5 000 michoacanos que llevaban mercancías por los caminos a lomo de bestia.

Los años de relativa paz a finales del siglo XIX permitieron dedicar recursos a componer caminos y trazar otros nuevos. El de Tehuacán a Oaxaca y de allí a la costa del Pacífico dejó de ser un sendero. Se abrió un camino entre Tula y Ciudad Victoria; se reparó el que ya existía de Guadalajara a Tepic, mismo que se

prolongó hasta San Blas. A principios del siglo xx ya era transitable el de Parras a San Marcos, Aguascalientes, y se planearon el de Chiapa de Corzo a la frontera con Guatemala y el de Mazatlán a Culiacán. Los de México a Toluca y de México a Puebla fueron remozados en 1905. Con el Centenario se inauguró el camino entre Iguala y Chilpancingo. A finales del Porfiriato, la carga se seguía realizando con mulas, carros y carretas de bueyes; la gente se transportaba en diligencia, litera o guayín, a caballo, en mula o a pie. Entre unas 23 localidades, algunas importantes y otras no tanto, se podía viajar por caminos mejorados, anchos, a veces pavimentados. Una recua de 100 mulas podía transitar sobre un buen camino sin dañar la superficie.

Los ferrocarriles cambiaron la fisonomía del país, lo articulaban, lo modernizaron y los habitantes conocieron más de su propio territorio. En los 31 años que duró el Porfiriato, se construyeron más de 19 000 kilómetros de vías que, junto con la red telegráfica, facilitaron la comunicación entre regiones antes aisladas. Fue posible entonces exportar algo más que plata, casi el único artículo con plusvalor suficiente para justificar los gastos de traslado. Ahora se podían enviar otros minerales a Estados Unidos, que demandaba plomo, cobre y zinc, entre otros, para su planta industrial. También se exportaban chile, granos y otros productos, lo que cambió el patrón agrícola tradicional. Debido al mercado en constante expansión, había trabajo en las haciendas, que explotaban la mano de obra con el signo de pesos en mente. En Yucatán, la vía angosta conectaba Mérida con Valladolid y con Campeche, agilizando el transporte del henequén. A pesar de todas las mejorías, a finales de siglo, igual que a principios, el modo de transporte más común era caminar con los propios pies.

El cabotaje en las costas aumentó a lo largo del siglo xix. Se abrieron todos los puertos al comercio, así que la necesidad de contrabandear productos disminuyó, y al mismo tiempo la obligación, por motivos “de trabajo”, de vivir fuera de la ley. Para satisfacer la demanda, se construyeron astilleros y muelles; au-

mentó el comercio naval, y también el mercado para maderas preciosas y chicle. El impacto en la vida cotidiana de los pueblos de Tabasco, Campeche y Yucatán fue tan fuerte que se escribieron novelas acerca del sufrimiento de los trabajadores, prácticamente esclavizados en los húmedos bosques del sureste. En puertos como Manzanillo, Veracruz y Tampico se hizo un esfuerzo por sanear el ambiente, se instalaron faros y se levantaron mapas de las costas. Cada una de estas mejoras creaba fuentes de empleo e incorporaba la fuerza de trabajo de familias procedentes del interior del país o que se habían dedicado, en tiempos anteriores, a la agricultura. La gente de campo se volvió ciudadina, sometida a la disciplina de horarios exactos y tareas industriales.

LA VIDA CIDADINA

El afán por imponer orden en las calles, mercados, cárceles, iglesias y otros espacios públicos ciudadanos empezó mucho antes de la Independencia. Sin embargo, el aumento de la población y el incremento en el número de vehículos, animales y mercancías que circulaban por estrechos callejones y atestadas calles (alineados después de la guerra de Reforma, que quitó obstáculos como conventos y huertas de la traza) hicieron necesario tomar providencias para organizar el transporte público. Los coches “que se hayan de poner en el sitio para el servicio público”, de donde proviene el término “de sitio”, debían ser decentes, cerrados, sin persianas, cortinas y otros adornos que impidieran saber quiénes lo ocupaban, decía la cartilla de policía de 1834. “Decente” significaba que la pintura no estuviera descascarada, que las manijas de las portezuelas funcionaran, que no tuvieran ruedas de distintos colores, ni amarradas con mecates o reatas, que las mulas de cada coche fueran de color parejo, mansas, hechas al tiro, sin ser flacas ni viejas o inútiles. Los coches debían llevar linternas para iluminar el camino en la

noche, aunque no estaban obligados a dar servicio después de las oraciones de la noche donde no había alumbrado, en el límite de la ciudad. Estaba prohibido el exceso de velocidad, galopar o trotar o, por el contrario, estorbar el tránsito con un paso perezoso. A cada coche se le asignaba un número y una vez al mes tenía que pasar inspección.

El cochero debía vestirse de paño azul y sombrero redondo y presentarse aseado; conocer su oficio, ser buen conductor y tratar a los clientes como si fueran sus amos durante el trayecto. Quien se emborrachara estando de servicio sería condenado a realizar obras públicas durante ocho días con grilletes. No se permitía pedir propinas por servicios rápidos o porque estuviera lloviendo. El cochero debía pedirle al cliente que revisara el coche para ver si no había dejado nada y si aun así quedara algún objeto olvidado era preciso devolverlo a su dueño. El sitio daría servicio de las 7 de la mañana a las 10 de la noche, con una hora para comer de 2 a 3. Un máximo de cinco personas adultas podían ocupar un coche a la vez o seis si iban niños, y un criado en la tablilla. Se prohibía transportar en estos coches muebles, dinero, enfermos de epidemia, apestados o cadáveres. Se supone que un caballero debía ceder el coche a una dama si ella lo solicitaba al mismo tiempo que él; sin duda, hubo pleitos por ganar un coche.

Los coches se alquilaban sin lacayo por horas o medias horas, a razón de 4 o 2 reales; con lacayo por 6 o 3 reales, también por días o medios días. Para las personas dueñas de su propio medio de transporte, había pensiones de caballos y mulas que costaban de 7 a 10 pesos mensuales, con un servicio adicional de compraventa, o de alquiler de las bestias por día.

Ver y ser visto era tan importante que si las señoras no eran dueñas de un coche propio para ir a la Alameda o a otros paseos de moda en la Ciudad de México mejor se quedaban en casa. El historiador José María Luis Mora comentó que no había mucha vida social porque no se podía recibir en casa sin dispendios, ni asistir a tertulias si uno no era dueño de un surtido guardarro-

pa. El qué dirán y el cómo portarse en la calle diferenciaban a las clases sociales. Había un código de cómo saludar y por dónde caminar (los cargadores debían dejar paso en la banqueta a los peatones, sobre todo siendo damas). La calle era el lugar de desfiles, de comercio (los puestos ambulantes), de violencia (asaltos y accidentes), de cortejo (aunque fuera disimulado).

Las leyes de desamortización y nacionalización que después formaron parte de las Leyes de Reforma cambiaron radicalmente el aspecto de las ciudades. Todo predio urbano o rural que perteneciera a corporaciones eclesiásticas o civiles (como pueblos de indios o ayuntamientos) sería comprado por los respectivos inquilinos o vendido al mejor postor, lo que llevó a la demolición de una enorme cantidad de estructuras eclesiásticas virreinales y a la destrucción de un importante acervo artístico y bibliográfico. Los edificios y las huertas conventuales fueron atravesados por calles, convertidos en vecindades o alquilados para el circo; surgieron nuevas edificaciones y muchas zonas urbanas fueron adquiriendo un carácter secular. Se prohibió a frailes y al clero secular andar con sus hábitos o trajes talarés en público; se callaron las campanas; se prohibió cerrar escuelas, oficinas y comercios para festejar el santo patrono del barrio o de la parroquia. Llegó para quedarse una nueva algarabía urbana provocada por los transeúntes que cruzaban las nuevas avenidas y plazas para llegar presurosos a sus casas u oficinas. La introducción de la energía eléctrica y el teléfono, a principios del siglo xx, así como el drenaje y el agua entubada, harían más cómoda la vida de los habitantes.

Ordenanzas municipales y el anhelo de orden

Despejar de obstáculos las calles, banquetas y plazas era una de las preocupaciones de las ordenanzas municipales. No se permitía desaguar el techo de un edificio sobre la banqueta, ni tirar allí la basura. Los peatones tenían que esquivar lo que les caía

desde arriba: las “aguas” de las bacinicas, el agua sucia del piso que se acababa de trapear, el agua que escurría de las macetas puestas en el balcón. El arroyo de la calle no era el lugar para tirar el sebo que sobraba de la cocina. Tampoco era legal (aunque se hacía) transportar en un contenedor abierto sustancias malolientes. Estaba prohibido instalar puestos ambulantes en la banqueta e inundar el vecindario del tizne de los hornos de las panaderías; se supone que las chimeneas tenían que sobresalir dos metros arriba del techo para que no molestara el humo. Los andamios no debían invadir la banqueta. Se multaba a las fondas si usaban la banqueta para almacenar alimentos o tirar allí las plumas de las gallinas que terminaban en sus caldos. Desde luego que las calles no se habían hecho para carreras de caballos o de carretas, ni como pastizales para puercos y vacas. Las ordenanzas son un catálogo de las actividades que molestaban a la ciudadanía y que el gobierno trataba de evitar.

El mal estado de las calles influyó directamente en la vida cotidiana. Nadie quería andar por ellas si estaban llenas de baches y de basura. El historiador Lucas Alamán describió las inmundas e intransitables calles que eran una afrenta para las refinadas residencias y la cultura de sus habitantes, un contraste inaceptable entre el espacio público, la calle, y el espacio privado, el interior de las casas.

Las calles

La Ciudad de Méjico se ha engrandecido y hermoseedo con magnificas casas, en cuyos almacenes se ostentan las alhajas más costosas y todos los artículos del lujo más refinado: ¡pues las calles en que están construidos estos suntuosos palacios, en que brillan tantos diamantes y sederías, tienen un empedrado en que apenas pueden rodar los soberbios carruajes con hermosos caballos que por ellas transitan, y muchas son depósitos de inmundicias que forman el más chocante y triste contraste con la hermosura de las casas que en ellas hay!!!

Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, cap. XII, libro II, tomo V, p. 851.

El comerciante y diplomático Tadeo Ortiz de Ayala, en los años 1820, quería ver una ciudad con las casas y edificios blanqueados, las puertas y balcones pintados de verde, con banquetas anchas, calles barridas, y excusados, tanto en las casas como en los edificios públicos, para evitar el muy común fecalismo al aire libre. Este hombre soñaba con cafés, posadas y mesones limpios y confortables. En ellos debía haber periódicos y pequeños gabinetes de lectura. Los criados debían ir vestidos y calzados decentemente, todo pagado por sus patrones. Quería que todas las calzadas tuvieran “líneas dobles de árboles”, con fuentes y banquetas.

El hacinamiento era el defecto principal de las ciudades, junto con el descuido, según el mencionado Ortiz de Ayala. La Alameda, el parque central de la Ciudad de México, padecía “polvareda, aguas muertas, lodazales y desaseo”. Hacía falta aplanar los senderos con arena, replantar los árboles, podarlos correctamente, tapar los boquetes en el acueducto, sembrar jardineras, poner estatuas, fuentes y sillería de piedra.

Este afán por el orden y la higiene incluía evitar el enterramiento de los muertos dentro de las iglesias, donde el olor a cadáver no sólo repugnaba sino que daba miedo. La teoría de los miasmas sostenía que las enfermedades se transmitían por los malos olores. Un proyecto de los ilustrados, tanto clericales como laicos, fue promover la construcción de camposantos extramuros de la ciudad, donde los aires dominantes no llevaran su pestilencia hacia las zonas habitadas. Desde finales del virreinato la Iglesia apoyó estos proyectos para la creación de cementerios en los atrios o fuera de los recintos sagrados. Vendrían después los cementerios civiles, bajo la jurisdicción del Estado, y la obligación de enterrar allí a los muertos. La dificultad en dejar la costumbre de colocar la tumba de un personaje o un ser querido lo más cerca posible del altar es evidente en las solicitudes de excepción que recibían las autoridades seculares y eclesiásticas, mismas que contestaban negativamente.

La fórmula para la ciudad perfecta incluía la sugerencia de que cada calle tuviera un solo nombre, de extremo a extremo, para evitar confusiones. Se agrupaban los gremios o negocios en una sola calle, por eso había una calle de plateros, por ejemplo, pero Ortíz de Ayala no quería mezclar viviendas con negocios. Nada de vendedores ambulantes. Tampoco debía venderse ropa usada para evitar enfermedades y poner fin a la escandalosa costumbre de abrir las tumbas para desnudar a los muertos y vender su ropa en el mercado de segunda mano de El Baratillo.

Convertir a la gente del campo en ciudadina o educar a los ciudadanos para portarse con civilidad fue un esfuerzo constante a lo largo del siglo. Se redactaron ordenanzas municipales para la Ciudad de México desde el siglo XVIII y durante el siglo XIX para muchos otros ayuntamientos. En 1831, en Tequisquiapan, Querétaro, se ordenó que cuando hubiera baile o música en casa, se avisara al juez de paz, quien a su vez notificaría al alcalde del barrio, con el fin de que éste vigilara el jolgorio. Se acostumbraba vender aguardiente dentro de las casas cuando había estos festejos, práctica que el ayuntamiento prohibió. Le tocaba al alcalde dispersar las reuniones escandalosas en las tabernas, los juegos de naipes, suspender las fiestas y arrestar a los borrachos si se les pasaban las copas. Se prohibió portar armas en las fiestas; se convirtió en deber del anfitrión correr a sus invitados si llegaban así equipados. Estas reglas estaban hechas también para las haciendas de la jurisdicción, donde le tocaba al mayor-domo desempeñar el papel de guardián del orden y de la moral; estaban en el mismo caso los arrendatarios de ranchos que tuvieran vecinos radicados dentro de las propiedades. “Y para que nadie alegue ignorancia, mando se publique y fije por bando en los parajes acostumbrados”, decían los síndicos del ayuntamiento. Desde luego que la mayor parte de la población no podía leer el bando y, si sabía leer, no le hacía caso.

Los vecinos de la ciudad criticaban el menor desliz de sus vecinos, pero la presión social no parece haber ejercido mucha

influencia a la hora de ensalzar hábitos de limpieza y de orden. Los cabildos o el presidente municipal, según el caso, redactaban circulares y bandos para tratar de ajustar el comportamiento a normas aceptables. Entre más poblada la localidad, más importante era definir la conducta esperada. La enorme brecha entre lo dictado y lo cumplido habla de lo que la sociedad percibía como un problema. Repetir las prohibiciones sugiere que no desaparecía su causa.

La táctica de dividir y conquistar también servía para obligar a la población a portarse bien. Se había hecho en la Ciudad de México desde 1782, al seccionarla en ocho cuarteles. En 1833 el Congreso de Querétaro ordenó a los ayuntamientos dividir sus municipalidades en cuarteles y éstos en manzanas, con el fin de que los regidores pudieran vigilarlos de cerca, con la ayuda de guardacuarteles, apoyados a su vez por ayudantes nombrados para cada manzana. Todo un sistema de espionaje. Estos últimos tendrían que levantar un censo con el nombre, estado, sexo y oficio, o modo de vivir de cada individuo de su manzana, en parte para poder asegurar que los niños asistieran a la escuela. Los dueños de mesones y casas de hospedaje, los que arrendaban casas o cuartos y todo vecino que albergara a un extraño o un vago en su casa debía informar a la autoridad acerca de quién era, de dónde venía y cuánto tiempo estaría. Le tocaba al guardacuartel informar a la autoridad de robos, pleitos e incendios, y de alguien o algún lugar que protegiera a los ladrones o personas sospechosas. Con razón, la gente rechazaba desempeñar esa responsabilidad, ya que el cargo duraba un año sin más recompensa que el resentimiento de los vecinos y las amenazas de los malhechores. Así se ahorraba en esos tiempos el sueldo de la policía municipal.

Otro elemento discordante dentro de la sociedad, con el cual había que luchar a diario, eran los criados. Casi nunca había manera de conocer sus antecedentes, qué hacían en su tiempo libre, ni si eran los culpables de los robos de pequeños

artículos que desaparecían de la casa. El gobierno tomó cartas en el asunto al establecer un registro de criados. Cada uno debía tener una libreta con nombre, apellido, edad, lugar de nacimiento, señas de su casa y filiación apuntados. No podría ser recibido en ninguna casa sin la libreta, ni salirse del servicio sin que el amo apuntara en ella la causa. Lo que es más, el amo guardaba la libreta mientras le servía. Se tenía que mostrar a la policía, que llevaría el correspondiente registro, antes y después de conseguir un trabajo, de modo que casi era un contrato y una cédula de identificación. Al criado no se le permitía guardar su baúl de ropa fuera de la casa del amo sin su permiso (pues allí podría esconder sus robos hormiga). Tenía que avisar ocho días antes de dejar su empleo, y a su vez el patrón tenía que darle ocho días de aviso antes de despedirlo. Había la esperanza de que dicha información facilitara a la policía el control de esta población flotante.

NO SÓLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Descansos y diversiones

Según el político Lorenzo de Zavala, después de la Independencia disminuyó la afición a los toros y se redujeron las procesiones y las fiestas. Ningún otro autor confirma su observación. A pesar de haberse prohibido las corridas de toros (como lo hizo en 1827 el Congreso de Querétaro, por ejemplo) en ocasiones se permitían y a veces hubo temporada completa. Las procesiones, al contrario, aumentaron desde los años 1820 en concurrencia y en boato, según otros testigos, hasta que en 1859 una de las Leyes de Reforma las prohibió. Ya no era tan común asistir a una ejecución pública porque se había hecho más espectáculo que escarmiento y porque las autoridades cuestionaban su eficacia. Sin embargo, cuando en cumplimiento de la sentencia

de muerte colgaron al asesino del senador jalisciense Juan de Dios Canedo de la ventana del cuarto de hotel donde se cometió el crimen, un inmenso gentío se juntó para presenciar la vindicta pública.

Diversiones más sanas que ver morir, eran observar la ascensión de un globo aerostático, sobre todo cuando iba a bordo una joven mexicana, salir a pasear por la Alameda o por el canal de Santa Anita o visitar la imprenta (*sic*), donde uno podía observar una máquina nueva, la lavadora para todo tipo de ropa, anunciada en 1842 en un periódico capitalino. Los espectáculos incluían funciones de teatro guiñol, machincuepas, maromas y gimnasia, sainetes, pastorelas, sombras chinescas o fantasmagóricas y vistas de diorama y de cosmorama (antecedentes del cine).

Las visitas a las amistades eran de rigor entre ciertos círculos sociales. También había que avisarles cuando se iba uno de viaje y cuando regresaba, cuando había un cumpleaños, bautizo, matrimonio o entierro en la familia o cuando una joven profesaba votos de monja.

Gustaban los bailes de máscaras en los teatros, en la Lonja, donde se juntaban los comerciantes, en las casas particulares o en las embajadas. Tales bailes daban lugar a encuentros y coqueteos normalmente prohibidos. Se daban casos de hombres que se vestían de mujer para asistir a esos bailes que empezaban a las 10 de la noche y terminaban en la madrugada, con una cena servida a la una de la mañana. El vals hizo furor a partir de los años 1820, a pesar de que se escandalizaran clérigos y timoratos al ver a un hombre y una mujer bailar uno en brazos del otro, a una velocidad vertiginosa.

La naciente cultura del café promovió la apertura de establecimientos públicos en los cuales se facilitaba la lectura de periódicos y la convivencia entre conocidos que no fueran familiares. Frecuentar amigos que no pertenecían al círculo inmediato de la familia es tal vez una de las características de la

nueva vida social del siglo XIX. Ir a tomar un helado se puso de moda. En el café de la Bella Unión de la ciudad capital se llevaban a cabo tertulias literarias y pequeños conciertos. Una señorita tocaba el piano o cantaba (no llamaba la atención la actividad en sí sino el hecho de que la señorita lo hiciera en público y no dentro de su hogar). Los cafés diversificaban sus actividades: a la vez eran neverías, restaurantes y fuentes de sodas. Otras diversiones no eran más que herencias de la colonia. Seguían las tertulias en casa, los paseos en coche (y algunas damas aceptaban, a medida que avanzaba el siglo, ir a pie, lo que aumentaba el interés del paseo, a decir de algún escritor masculino) y los paseos en canoa por los canales, como se hacen todavía hoy en Xochimilco.

Las peleas de gallos apasionaban, al igual que las apuestas en las carreras de caballos, evento dominiguero en muchos pueblos. En los palenques se apostaba a los gallos y se escuchaba a cantantes o a actores en presentaciones populares y dicharacheras, durante las cuales los asistentes se emborrachaban y se envalentonaban. Los juegos de azar fueron un pasatiempo nacional. Hombres, mujeres y niños apostaban. Los clérigos también, con la consecuente amonestación de sus superiores, que no lograban evitar el espectáculo que daban los ministros de la fe sentados ante una baraja de cartas y un montón de monedas. Tampoco debían asistir al teatro. El obispo de Oaxaca, en 1848, castigó a un presbítero de cuya conducta escandalosa en el teatro se había quejado el Ayuntamiento.

Desde luego que se habían sustituido las celebraciones de cumpleaños, nacimientos, matrimonios y fallecimientos reales con las fechas significativas de la historia patria. Congregarse en la plaza del pueblo o en el Zócalo de la ciudad para escuchar los discursos o presenciar el desfile del 16 de septiembre se convirtió en rito nacional. Los discursos en torno a los héroes de la patria fueron obligatorios. Las festividades cívico-patrióticas reemplazaron a muchas de las religiosas después de la guerra de Refor-

ma. Cada pronunciamiento militar y golpe de Estado llevaba concomitante un discurso ante la multitud reunida, fuegos artificiales, más un *tedeum* en la iglesia si el cura lo apoyaba. La costumbre de obsequiar a las autoridades con banquetes y bailes se iba extendiendo a todo el país, en la medida en que había recursos para pagarlos. En cambio, ya no se hacía el Paseo del Pendón para celebrar la conquista de la Ciudad de México, ni se traía de su santuario en el Estado de México a la virgen de los Remedios para invocar, en junio, el comienzo de la temporada de lluvias.

Las exhibiciones no dejaron de atraer público desde los primeros años del México independiente. Por unos reales se podía ver una oveja de dos cabezas, enanos o deformes, animales exóticos, osos amaestrados, prestidigitadores, charlatanes y “experimentos científicos”. En la década de los 1830 llegaron los primeros circos de Europa, con un elefante probablemente jamás visto, que luego visitaron hasta los últimos rincones del país. Para los habitantes con gustos culturales europeos, había desde mediados de siglo exposiciones de pintura, grabado y escultura en la Academia de San Carlos, con obras realizadas tanto por hombres como por mujeres. Concursos nacionales e internacionales animaban a mostrar los mejores productos agrícolas y artesanales; Concepción Lombardo de Miramón recordó, en su diario, el gusto que le dio haber ganado en uno de esos certámenes un premio por el pañuelo mejor bordado.

Si estaba uno relacionado con el mundo político o académico, tenía la opción de visitar el Colegio de Minería o presenciar la entrega de diplomas o premios al fin del año escolar, escuchar las conferencias en el Jardín Botánico o alguna academia literaria, asistir a los exámenes en los colegios y en la Universidad Nacional de México, observar el Calendario Azteca, ubicado a un costado de la catedral antes de ser llevado al Museo Nacional, o asistir a la inauguración de monumentos como la estatua del Caballito, instalado en 1822 en el patio de la Universidad y trasladado en 1852 al Paseo de la Reforma.

Falta mencionar las antiguas festividades religiosas que todavía se celebraban en el México independiente, incluso después de las Leyes de Reforma, y las que tuvieron auge en el siglo XIX. La fiesta principal eran las posadas, mezcla de lo secular y lo religioso, o como decían entonces, ópera con sermón, tan característica del XIX. Era una oportunidad para los novios de verse, para los niños de recibir regalos y para las amas de casa o sus criadas de comprar ramas de pino (que se usaban antes de los árboles de Navidad), flores, lama y heno para crear el escenario adecuado para el nacimiento. Se compraban las figuritas de barro de los personajes del nacimiento que se hubieran roto el año anterior o durante su almacenamiento anual o tal vez por el solo gusto de aumentar la colección. El punto central del nacimiento era el establo, hecho de madera pintada y revestida de algodón, adornado con estrellas de estaño, rodeado de rebaños, cabañas de pastores y capillas hechas de popotes, cartón y papel, fuentes y lagos. No importaba el tamaño de las figuras; una gallina podía ser más grande que un camello.

Para llevar a cabo las posadas, cada familia elegía una noche del novenario para que sus amistades y parientes se reunieran con ella. Había una competencia para ver quién había adornado su casa con mayor lujo o quién daba mejores regalos a la hora de romper la piñata. Las devociones empezaban a las 8 de la noche, los invitados arribaban después de las 9, pues era mal visto llegar con puntualidad. Se cantaba la letanía de la Virgen, en procesión, los niños por delante, luego los jóvenes y atrás los señores con las imágenes de María y José en andas, después los músicos y, detrás de ellos, la servidumbre. Al mismo tiempo se tronaban cohetes. Los jóvenes se dividían en dos grupos, uno dentro de la pieza o de la casa, otro fuera, para pedir posada para los santos peregrinos, a quienes se les negaba la entrada hasta oír los ruegos y saber quiénes eran y por qué pedían un techo para pasar la noche. Seguían rezos, reparto de regalos, comida y baile. Los muchachos de las clases populares llevaban

los santos peregrinos de comercio en comercio, cantando y exigiendo un moneda. La noche del 24 de diciembre se acostaba al niño Jesús en su cuna dentro del establo, las mujeres de la familia lo arrullaban por turnos para que se durmiera, se iban a misa de Gallo y con eso se terminaba el ayuno y se podía cenar a gusto platillos de carne y pescado, ya en la madrugada. Los que no podían darse el lujo de sentarse a una mesa llena de platillos, pasaban toda esa noche en la calle “corriendo el gallo”, bebiendo, cantando a voz en cuello y jugando a la baraja, sin ningún recato.

Después de la Navidad venía el 28 de diciembre, los Santos Inocentes, día en que nada era verdad, sobre todo la promesa de devolver un dinero que en ese momento se pidiera prestado. Todo el mundo iba a rezar el último día del año, el de San Silvestre. Se celebraba a los Santos Reyes, con grandes preparativos, y con muestras de devoción la Semana Santa, Corpus Christi y los días de Muertos.

Nuevos entretenimiento: los deportes

El renglón de los deportes es uno en el que hay diferencias con el virreinato. Se introdujeron muchos deportes durante el siglo XIX, los cuales ocupaban no sólo a quienes participaban en ellos, sino a los espectadores, los empresarios, los que fabricaban uniformes, los que vendían boletos o daban mantenimiento a los locales. Desde los primeros años de la Independencia, los ingleses introdujeron el futbol soccer en Real del Monte. Existe una curiosa fotografía del emperador Maximiliano, acostado en el pasto, rodeado por jugadores de cricket, otra pasión inglesa que llegó a México. Años después, en reales mineros como El Oro, los norteamericanos jugaban beisbol, deporte que pronto se ubicó entre las preferencias de la población mexicana en muchas regiones. Desde el virreinato, la pelota vasca, después co-

nocida como frontón, alimentaba la pasión por las apuestas. A finales del siglo se popularizó la bicicleta e incluso hubo modelos para mujeres. Se practicaba esgrima, algunos jóvenes aprendían a nadar, hombres y mujeres montaban a caballo para recorrer, en la frescura de la mañana, parques, paseos o huertas. Sólo los miembros de la élite no usaban el caballo estrictamente como medio de transporte. El tenis se introdujo durante el Porfiriato y los torneos efectuados durante la primera década del siglo xx le darían una popularidad permanente entre las clases altas.

El teatro, escuela de buena moral

Los entretenimientos socialmente aceptados varían de época en época. Durante todo el siglo XIX se vio con buenos ojos el teatro, que se suponía era una “buena escuela de costumbres”, en la cual el bien siempre triunfaba y el mal se castigaba. Pero en realidad, este juicio favorable se empleaba para no poner en peligro una de las pocas diversiones que ofrecían las ciudades. Muchos elementos hacían dudoso el buen concepto del teatro. De hecho, era otro lugar para ver y ser visto, luciendo los mejores atuendos posibles; para charlar con relativa libertad; para salirse de casa y andar por la ciudad a altas horas de la noche, emocionándose con los peligros que representaba transitar por las calles oscuras sin caer en un bache o llegar a casa sin haber sido asaltado.

Tampoco era tan recomendable el teatro como “escuela de costumbres”. Un periódico de la época rechazaba esta opinión, diciendo que en la Ciudad de México el teatro era una “cátedra de la corrupción y de la grosería[...] cuanto se presenta en las tablas respira sangre, sensualidad y escándalo”. Con sólo examinar los títulos de las obras, se nota que intentaban ser sugestivos, sin “dañar la moral”. En los años 1840, por ejemplo, se presentaban obras como *La favorita de Napoleón*, *El marido de mi*

mujer, *El marido de dos mujeres* y *A pícaro, pícaro y medio*. Al lado de estas comedias frívolas se presentaban algunas óperas, como *La sonámbula* de Bellini o *Norma* o *Tancredo* de Rossini. Desde mediados de los años 1820 se presentaban *El barbero de Sevilla* y *La italiana en Argel* de Rossini, cantadas en italiano, lo que provocó el disgusto de los aficionados que no entendían el argumento. Las funciones empezaban a las 8 de la noche; había otra a precios populares el domingo en la tarde y entre un acto y otro se intercalaban piezas bailables. Hubo también temporadas de ballet, con las influencias románticas que empezaban a notarse a partir de los años veinte. En 1826 se abrió un conservatorio de baile, dirigido por un francés, que enseñaba ballet y baile de salón. Este arte se convirtió en el más exitoso de los presentados en México en esa época.

El comportamiento del público no mejoró con la llegada de gobiernos republicanos en el siglo XIX. Existían varios teatros en la Ciudad de México, entre ellos el antiguo Coliseo, llamado después Teatro Principal, y el antiguo palenque, el Teatro de Gallos. Justo antes de la guerra de Reforma la ciudad capital se enorgullecía de tener siete salas de teatro y muchas capitales estatales ya tenían las suyas. El Principal tenía forma de herradura y cuatro pisos: los primeros tres eran de palcos y el de hasta arriba era la cazuela o galería, desde donde los espectadores solían aventar todo tipo de proyectiles hacia el escenario cuando no les agradaba o les aburría una obra. Hasta abajo, en el patio (hoy orquesta), se encontraba el lugar más popular, la luneta. Una empresa alquilaba cojines que acolchonaban los duros asientos de madera, dando alivio a los cuerpos de quienes aguantaban funciones de tres o cuatro horas. Las velas (que no se apagaban durante la obra) consumían el poco oxígeno que había; el humo de los fumadores y la combustión de “un aceite maloliente que despedía un humo desagradable y que escurría, manchando la ropa de los espectadores”; el sudor de los que no se bañaban (que eran todos) y la escasa ventilación

hacían sofocante el ambiente. Cuando el jefe del Ejecutivo asistía al palco presidencial se sustituía el aceite de mala calidad por esperma de ballena, que humeaba menos, mejorando algo la calidad del aire. El teatro no era un lugar limpio, bien iluminado, cómodo ni bonito, así que tampoco contribuía a mejorar la decencia ni a refinar el gusto de los concurrentes.

El ex palenque fue reconstruido y techado en 1825, así que quedó en mejores condiciones que el Teatro Principal. Ambos terminarían incendiados. Pero más que la mala iluminación (que iba a mejorar con el gas, décadas después), eran los modales de los concurrentes los que retratan una sociedad que supuestamente era comedida, respetuosa y callada. No cuando iba al teatro. A pesar del reglamento expedido por el virrey Bernardo de Gálvez en 1786 y modificado en 1840, el auditorio no dejaba oír la obra. Había conversaciones familiares, amorosas, de negocios o de política, y el público no prestaba mucha atención a lo que sucedía en el escenario. Incluso, en ocasiones se confundían esas pláticas con los parlamentos de los actores o se obligaba al apuntador a subir el volumen de la voz, rompiendo el encanto de la ilusión. Durante las funciones populares se llenaba la cazuela con individuos armados de palos, que golpeaban el piso con estruendo cuando algo no les parecía. Los silbidos de rechazo o las ovaciones delirantes tampoco favorecían un ambiente tranquilo. A pesar de la prohibición de consumir alimentos dentro del teatro, durante las mismas representaciones las marchantas ofrecían, a voz en cuello, sus fritangas grasosas.

Los ayuntamientos tenían a su cargo hacer respetar la moralidad pública y asegurar la paz social. No siempre lo lograban, indicio de que la gente encontraba válvulas de escape a sus frustraciones o ira. En 1836 el Ayuntamiento de la Ciudad de México, queriendo evitar que se repitieran escándalos como el sucedido en el Teatro Principal, cuando el auditorio se convirtió en “una grita turbulenta y vocería tumultuaria”, prohibió la cir-

culación dentro del teatro de hojas impresas que insultaban a determinadas personas, seguramente con intenciones políticas. Había que cortar de raíz los momentos en que las pasiones pudieran apoderarse de un número grande de personas (cabían unas 1 500 en el teatro) con resultados que podían ser funestos para el gobierno.

La modernidad misma y la secularización de las costumbres hicieron más común que las mujeres salieran de sus casas para asistir al teatro. La madre de Concepción Lombardo de Miramón pasaba la tarde arreglándose para ir al teatro en la noche, regresaba a su casa de madrugada, apenas con fuerzas para guardar sus alhajas, y dormía hasta mediodía, cuando repetía su ciclo de actividades.

Otras familias resistían la tentación de asistir al teatro por razones morales. Sobre todo en provincia, había necesidad de contrarrestar las críticas que dudaban de si ese pasatiempo era, de veras, tan inofensivo. Un periódico de Toluca, en 1868, anunciaba la llegada de unos actores y una “simpática actriz” y expresaba la esperanza de que “serían vistos por las bellas habitantes de esta población con el aprecio que merecen”. Los comediantes y actores no superaban por completo su dudosa categoría social de parias, de gente que antiguamente ni siquiera se podía enterrar en sagrado. La aceptación del público crecía en parte por los espectáculos importados. La inauguración del ferrocarril México-Veracruz facilitó la llegada de compañías extranjeras. Se detenían en Orizaba y en Puebla camino de la ciudad capital, así que la vida cultural de estas ciudades intermedias se amplió.

Para finales del siglo XIX ya era tajante la división entre el teatro culto y el popular. Las clases medias y altas, europeizadas en sus gustos, veían las obras de Racine y Shakespeare, óperas de Verdi y Gounod, Offenbach y Strauss, y sobre todo disfrutaban de la zarzuela. El pueblo iba a los toros y a las peleas de gallos, a los títeres y al circo, a la carpa y a los jacalones, de los

cuales había por lo menos ocho en 1874 en el Zócalo y sus alrededores. Se oían los gritos de entusiasmo, las vociferaciones y las obscenidades de los espectadores de los bailes de can-can, un verdadero escándalo, a tal grado que se impuso una multa de 25 pesos por bailarlo. El teatro de obreros se desarrolló junto con las asociaciones mutualistas en los años 1870. El Gran Círculo de Obreros de México usó el teatro para educar a sus cuadros. Ahora sí, el teatro era “una escuela de buenas costumbres”. Podía enseñar, en un ambiente laico sin connotaciones religiosas, a desterrar la envidia, la maldad, la avaricia, la competencia, y sustituirlos por la ayuda mutua y la fraternidad. A pesar del esfuerzo por moralizar el ambiente teatral, el gobierno toleraba más fácilmente la inmoralidad que la crítica política. No se permitían revistas en las que se mofaran de las autoridades, ni aquellas en que se hablara de la corrupción del gobierno, de la desigualdad social ni de la injusticia. Nada de sátiras y parodias mal intencionadas. Durante el Porfiriato llegó a haber más de 10 teatros en la Ciudad de México, y el construido en 1901, el Riva Palacio, contaba con luz eléctrica.

El gusto por la música popular

La jarana y la guitarra eran instrumentos populares que se encontraban en casi todos los pueblos de la costa del Golfo y rumbo a la Ciudad de México. Se tocaba el teponaztle, las chirimías y las flautas en las comunidades indígenas; casi todas las iglesias tenían su campanario y, algunas, órgano. Las señoritas de familia acomodada aprendían a tocar el piano, como parte de su “educación esmerada”. Un autor decía, hacia 1830, que cada casa bien puesta tenía un piano, una evidente exageración, ya que los inventarios del Archivo de Notarías indican que había pocos en México. A mediados de siglo se registraron varias fábricas de pianos en la ciudad capital. Las catedrales tenían sus

coros; en las tardes se escuchaba la triste voz de los cantores indígenas en alguna parroquia del campo oaxaqueño; los andariegos cantaban en los caminos y muchos más lo hacían al calor de las copas en las fiestas y en las cantinas.

Lecturas para todo público

No es una coincidencia el hecho de que en los retratos de mujeres, éstas frecuentemente tienen en manos un libro devocional, de poesía o alguna novela. Los hombres, casi nunca, aunque una litografía representa a un mayordomo de hacienda tomando un breve descanso sentado sobre un banco de madera, que lee con fruición el periódico. Desde luego que había más suscriptores masculinos que femeninos, pero no cabe duda de que muchas damas leían, disfrutaban de la lectura en voz alta y se desempeñaban como escritoras, poetisas y autoras de piezas teatrales. Sobre todo para las mujeres que no tenían que dedicar todo su tiempo a las labores domésticas, la lectura se convirtió en actividad diaria. Aumentó notablemente el número de periódicos y revistas que llegaban a los lectores de los extremos del país. Se abrieron librerías en las cuales se podían conseguir novedades europeas y mexicanas.

El siglo XIX fue de auge de los periódicos. También fue el siglo de los panfletos: unos 30 000 se han catalogado para esa época. Los libros eran caros, no así los periódicos, folletos, devocionarios, cartillas y catecismos, que no eran únicamente de la doctrina cristiana. Los había de todos los temas, en formato de preguntas y respuestas. El pueblo seguía de cerca los almanques y calendarios de Galván, llenos de efemérides, datos astronómicos y fechas litúrgicas. Los gobiernos estatales trataban de instalar gabinetes de lectura o bibliotecas públicas, en los cuales estuvieran disponibles libros científicos, periódicos y revistas nacionales e internacionales. Muchos autodidactas pa-

saban una parte del día en el sagrado silencio de una sala de lectura. Se creía, según un secretario de Estado, que la creación de un gabinete de lectura atraería a los operarios de los talleres, venciendo la tentación de dirigir sus pasos a una cantina después de 15 horas de extenuante, repetitivo y aburrido trabajo, la norma en las fábricas textiles. La sed y el cansancio no contaban para aquel funcionario que seguramente no había pisado un taller en su vida.

Los periódicos de principios del siglo XIX todavía tenían un fuerte tinte ilustrado: contenían noticias europeas atrasadas, pero, más que nada, conocimiento útil: cómo quitar las manchas de la ropa, cómo evitar que el gorgojo invadiera el frijol. Con la guerra de Independencia, la prensa se convirtió en arma política, exagerando los logros de un lado de la contienda y menospreciando los esfuerzos del otro. Las décadas siguientes vieron un cambio radical en el objetivo de los periódicos. Además de formar parte de la rutina diaria de la casa, su lectura informaba a la familia de noticias locales y nacionales, de avisos comerciales y de servicios, de la programación de ejercicios espirituales o de la venta de novedades. Había avisos de alquileres, de subastas por deudas o fallecimiento, de venta de comida preparada, así como anuncios de sastres y peluqueros, de dentistas, de constructores de carretas y coches, solicitudes de devolución de algún objeto o animal o localización de una persona extraviada. Un mundo de comunicación se abrió a los habitantes de las ciudades que tenían a la mano el periódico, que incluía una sección titulada “remitidos”, es decir, noticias enviadas desde otras partes de la República.

Había publicaciones gubernamentales, como el *Diario del Gobierno*, con decretos, discusiones en el Congreso y también anuncios. Para la década de los 1840 vio la luz un periódico para obreros, con fórmulas para hacer productos que estaban totalmente fuera de la realidad mexicana porque no se podían conseguir los ingredientes, pues las recetas eran traducciones

de europeas; tampoco sabían leer muchos obreros, así que todo el proyecto tenía ribetes de fantasía. Hacia 1842 se publicaban en México unos 44 periódicos y revistas.

La tradición epistolar crecía en importancia. Para facilitarlo, a mediados del siglo había un correo que salía todos los días desde la Ciudad de México. El lunes, por ejemplo, iba a Puebla, Veracruz y Toluca; el martes, a los mismos lugares, más Oaxaca y Morelia; el miércoles, a Taxco, Acapulco y las costas del sur; por la otra costa, a Tampico, Zimapán y Zacatlán, y directamente a Veracruz. Los demás días de la semana se repetían estos destinos. El correo llegaba a las capitales de esos lugares en días alternos. Había tres buzones en la Ciudad de México donde se podían echar cartas, aunque previamente se tenían que llevar a la administración de correos para comprar el porte. Nada más eran para correspondencia fuera de la ciudad. Para la local, se entregaba en la administración y se ponía la carta en una lista para que la pudiera reclamar el destinatario.

Días de descanso, deportes, teatro, música, baile y el placer de la lectura estaban, sin embargo, fuera del alcance de la mayor parte de la población. Los campesinos trabajaban de sol a sol: la vaca mugía desesperadamente si no la ordeñaban temprano en la mañana y al atardecer; la cosecha se tenía que levantar antes de que cayeran las lluvias si no querían que se pudriera; las mujeres no descansaban de preparar los alimentos a la familia y de echar sus granos de maíz a las gallinas. En las fábricas, en las cuales las condiciones se deterioraron a lo largo del siglo, las jornadas eran de entre 15 y 16 horas de trabajo efectivo, de lunes a sábado, y a veces incluso el domingo: desde las 4 de la mañana hasta las 11 de la noche. A partir de 1884, después de una huelga de un par de meses, los patrones accedieron a dar a los obreros media hora para desayunar y otro tanto para comer, pero por otro lado, los obligaban a trabajar dobles turnos dos o tres veces por semana. En Puebla y en Tlaxcala se trabajaba los martes y los jueves hasta la medianoche. La luz eléctrica se ha-

bía convertido en el peor enemigo de los operarios textiles; junto con el agotamiento provocado por el aumento de las horas de estar parados al lado de la ruidosa y peligrosa maquinaria, se enfermaban por el ambiente cargado de humedad, polvo, pelusa y el desagradable olor de la tinta. Los adultos padecían tuberculosis, los niños raquitismo infantil, y muchos, las mutilaciones producidas por los accidentes industriales. Una historia semejante se vivía en los reales mineros y en las haciendas de beneficio, en los cuales la silicosis era muy común.

CONCLUSIONES

El fin del Siglo de las Luces y el comienzo de la Independencia constituyen un todo, un lapso de tiempo seccionado por la guerra de Independencia pero no marcado por cambios abruptos. Las actividades de la esfera pública modificaron el régimen político, pero los ritmos de la vida privada, el diario ir y venir siguieron su curso. Los postulados de la Ilustración en cuanto a la vida pública empezaron a ponerse en práctica desde su anuncio a mediados del siglo XVIII. No fueron necesarias las reformas borbónicas para empezar a interesarse en los fenómenos de la naturaleza, en buscar remedios a los males de la sociedad, en curar a los enfermos, limpiar las ciudades, educar a las masas. El hincapié en la higiene, expresado una y otra vez, es característico de esos tiempos. La miseria producida por la guerra de Independencia, los pronunciamientos y las invasiones extranjeras fueron un obstáculo a la plena realización de los proyectos de salud pública: destruir las murallas y las bardas que impedían la circulación de aire; así como reconstruir los acueductos para que llevaran agua limpia a las fuentes públicas; barrer las calles, etc. Estas medidas, al igual que los horarios fijos para recoger la basura o el contenido de las bacinicas, de haberse llevado a cabo hubieran tenido un impacto positivo en la salud.

Al principiar la vida independiente y hasta bien entrado el siglo, los agricultores sembraban los mismos cultivos y de la misma manera, salvo en las haciendas cercanas al ferrocarril que mandaban sus cosechas a las ciudades o a Estados Unidos. Los obreros (llamados operarios) tenían los mismos largos turnos en los talleres u obrajes. Las marchantas hacían las mismas largas caminatas, a pie o en lancha, desde el lejano Xochimilco hasta el centro de la ciudad capital, con rábanos, acelgas, lechugas, jitomates y frutas. Los vendían casi al mismo precio durante todos estos años, en los mercados, en las aceras de las calles y de puerta en puerta. Otras se levantaban igual de temprano para avivar el fuego en el hogar y moler el chocolate que tomarían sus amos. Otras muchas mujeres molían, arrodilladas en el suelo, el maíz que, convertido en nixtamal, serviría para echar las tortillas, cuya calidad aromática y suave casi desconocemos hoy día. Los horarios seguían siendo los mismos, marcados en muchas regiones del país por la liturgia de la Iglesia. Todavía había pocos relojes en las torres de las iglesias o en las fachadas de las presidencias municipales.

Durante la primera mitad del siglo, y en gran medida a lo largo de todo el periodo, la vida interior del común del pueblo siguió regida por los mismos presupuestos ideológicos, consignas, supersticiones y religión popular. Lo que sabían la costure-

El credo conservador

Todos esos elementos de los grandes males de la sociedad moderna, no han echado raíces entre nosotros; los malos periódicos son detestados [sic] y no son otra cosa que motivo de escándalo y horror para la población en general: ésta conserva fuerte adhesión a las doctrinas religiosas que recibió de sus antepasados, y este profundo sentimiento religioso que no sólo no se ha debilitado, sino que por el contrario se ha corroborado ilustrándose, es el lazo de unión que queda a los mexicanos cuando todos los demás han sido rotos.

Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, cap. XII, libro II, tomo v, p. 856.

ra, la partera, la cocinera, la atolera, la molendera, la lavandera o el aguador, el caballerango, el portero o el campesino no varió gran cosa. Los ritmos de la vida cotidiana se mantuvieron. No hubo cambios en la construcción de las casas, la elaboración de la ropa o la preparación de la comida salvo en las ciudades y entre las élites; únicamente cambiaban las cantidades. Se vivieron épocas de escasez y de relativa abundancia, aunque para los pobres nunca hubo realmente un exceso de nada. De alcohol, tal vez sí. Los cambios, donde los hubo, se dieron sobre todo durante el Porfiriato y en ámbitos citadinos. Se empezó a usar la arquitectura de hierro, como lo atestiguan un mercado en Guanajuato, una iglesia en Loreto (hecha por el francés Eiffel), el quiosco en la alameda de Santa María la Ribera, la estación del tren, hoy Museo del Chopo de la UNAM. Las residencias porfiristas, con plomería interior y fachadas con columnas y portones de estilo europeo, contrastaban con los viejos edificios del centro que pocos remodelaban, por lo que se deterioraban día tras día. Una novedad, sin embargo, fue la introducción del cemento en la construcción, lo que permitía levantar edificios más altos y seguros.

Con todo, se disfrutaba de la vida. Lo sabemos por lo que censuraban la ley y los sacerdotes en sus sermones: los bailes de ritmo sensual, las estampas pornográficas, la letra tendenciosa de una canción, las novelas eróticas, las comilonas durante las fiestas patronales, las borracheras con cualquier pretexto. Las prohibiciones que encontramos en leyes y decretos, bandos, circulares y ordenanzas muestran que los antepasados disfrutaron, por lo menos de tiempo en tiempo, de jolgorios. La vida cotidiana, sobre todo para el pueblo, pudo haber sido dura pero tuvo sus momentos de alegría, de colorido, de música. Si casi siempre faltaban ropa y techo adecuados, hubo comida a veces, trago con mucha frecuencia, chistes, ingenio, canto y baile, cuentos de fantasmas o de santos y vírgenes y chismes de familia. Los arrieros en sus largos viajes, los soldados en sus cuarte-

les, los obreros de los gremios a la hora del desfile... pretextos tuvieron para romper la monotonía de la rutina diaria.

Los políticos siempre creyeron que las leyes podrían modificar el modo de vida de los ciudadanos. Prohibir las corridas de toros, el consumo del alcohol o las peleas de gallos harían, según los ilusos, que los hombres no perdieran su tiempo ni su dinero en distracciones malsanas. Incluso se cuestionó permitir que el domingo fuera de descanso porque los trabajadores de las fábricas lo empleaban más bien en fiestas y borracheras.

En el terreno moral, los legisladores recetaron dosis de secularización para acabar con la influencia de la Iglesia. Nada de donativos en artículo de muerte o de renunciar a la libertad individual mediante votos monásticos. Nada de pasear a los santos por la calle, ni de tocar las campanas, ni de enterrar a los muertos dentro de las iglesias, nada de permitir al señor cura andar en la calle vestido de traje talar. Había que considerar el matrimonio como un mero contrato civil que debía registrarse ante la autoridad gubernamental. La posterior ceremonia religiosa sería por gusto, un asunto privado que ya no tenía importancia para el Estado. Y sin embargo, da la impresión de que tuvo lugar una cerrazón en cuanto a la moral durante el siglo que transcurre desde finales del XVIII hasta los últimos días del Porfiriato. La moral se volvió tan estrecha como los corsés que llevaban las damas, que no las dejaban respirar. La centralización del Estado y la imposición de cierta uniformidad parecen haber disminuido algunas diferencias regionales. Sobre todo entre las mujeres de la élite, vivir de acuerdo con la moda era imperativo. Festejar a la virgen de Guadalupe se volvió fenómeno nacional. Para el pueblo, ir de peregrinación a su santuario, a Chalma, a San Juan de los Lagos, conformaba parte de la vida religiosa y social.

Para una feligresa acostumbrada a realizar sus actividades en torno a la parroquia y de acuerdo con el calendario litúrgico, retirar la religión de la vida pública, aunque no de la privada,

representó un cambio radical. Falta decir, desde luego, que era más fácil imponer estas leyes en las ciudades. En el campo, donde las autoridades compartían los gustos tradicionales por las procesiones, fiestas patronales, matrimonios religiosos y registros parroquiales, apenas hubo modificaciones. El aislamiento, tanto geográfico como lingüístico, los protegió en alguna medida. Pero no cabe duda que la presencia de un Estado central cada vez más fuerte terminó por inmiscuirse en la vida íntima de la gente y, en muchos casos, en las creencias mismas.

El siglo XIX y el Porfiriato cierran con un país sin mayores cambios en los pueblos y rancherías aislados, en algunos de los cuales se desconocía el español y había incluso algún habitante que preguntaba qué rey gobernaba la Nueva España. Había un retraso de 100 años de noticias. En las ciudades, los cambios eran notorios, sobre todo en las clases altas. A pesar del temor y odio despertados por Napoleón I durante la guerra de Independencia (el miedo de que conquistara México y exterminara el catolicismo) y por Napoleón III (quien patrocinó a Maximiliano durante la intervención francesa), lo francés estaba de moda. Venía de un país sofisticado, productor de novedosos inventos y apasionados novelistas (de dudosa calidad moral decían los críticos, pero devorados por el público lector). Se provocó, en la alta sociedad mexicana, el deseo de poseer muebles franceses, vestidos franceses, comida francesa. Y al mismo tiempo, invadió a esa misma sociedad el miedo al “qué dirán”, una pasión por “el buen tono”, por las exterioridades del orden y del progreso. El mismo positivismo vino de Francia. Una señora quería saber cómo hacer una visita a sus amigas e ir al teatro como en París. La clase gobernante, Porfirio Díaz en particular, no deseaba más que colocar a México, por fin, “a la altura de las naciones civilizadas del orbe”. El país buscaba ser admirado y aceptado, y para lograrlo renunciaba feliz a su pasado complicado, oscuro, conflictivo. Se reescribió su historia como la de una sociedad en constante marcha hacia el progreso. Para cele-

brar el Centenario de la Independencia en 1910 se limpiaron las calles de gente descalza o medio arropada de manta. Los pobres y los que vestían a la manera tradicional ya no tenían cabida en un país que valoraba lo ajeno más que lo propio. Era una propuesta insostenible, como pronto lo comprobaría la Revolución mexicana. Mientras, los ricos desterraban las enchiladas y las tortas de sus comidas formales (aunque las saboreaban en la cena, tomada en privado), o servían comida mexicana en sus haciendas pero comida francesa en sus casas de la ciudad, mientras que los pobres luchaban, como siempre, para llevar el pan cotidiano a la boca. La extrema división entre los que tenían de todo y los que carecían de todo provocaría, en poco tiempo, respuestas de gran violencia.

EL MÉXICO REVOLUCIONARIO (1910-1940)

ENGRACIA LOYO BRAVO
El Colegio de México

EL OCASO DE UN RÉGIMEN

Los festejos del Centenario fueron el canto de cisne de una época. Pocos sabían, aunque tal vez muchos intuían, que estas celebraciones eran también la despedida de don Porfirio y de “*la belle époque*”. Pocos meses después de celebrar con bombo y platillo la fiesta nacional, estalló el movimiento revolucionario y el longevo presidente fue forzado a abandonar el país para no volver, llevándose con él todo un estilo de vida que, aunque imitado, no sería igualado. Treinta años de paz relativa y orden impuesto se derrumbaron en un santiamén y paulatinamente el miedo y la inseguridad hicieron presa de los ciudadanos y acabaron con su tranquilidad. Por varios años no sólo los pobres y desposeídos supieron lo que eran el temor, el hambre y el sufrimiento.

La lucha armada trastornó por un tiempo la vida cotidiana en casi todo el país: dividió a las familias, redistribuyó poder y bienes materiales, trastocó papeles y funciones, cambió usos y costumbres, alteró la manera de producir, trabajar, divertirse. Con la pacificación del país, una década después, algunos modos de vida retomaron su viejo cauce, otros los arrastró la Revolución.

El México de fines del Porfiriato era un país escindido en dos mundos diferentes y contrastantes, uno rural, otro urbano,

fragmentados a su vez en un mosaico de regiones, costumbres, creencias y pobladores. La diversidad que lo caracterizaba hizo que más de un autor se refiriera a “ muchos Méxicos”. Según el censo de 1910 tenía 15 160 400 habitantes, más de la mitad de los cuales tenía menos de 30 años. Esta joven población se distribuía desigualmente en un extenso territorio: la vasta región del norte estaba poco habitada, mientras que el centro y el sureste concentraban un alto porcentaje y crecían de manera diferente: en Yucatán, Chiapas, Oaxaca y Tabasco, por ejemplo, numerosos inmigrantes fueron llevados ahí contra su voluntad, deportados o enganchados a las plantaciones de café o de henequén. El norte, por el contrario, atraía a los trabajadores por las empresas modernas, las minas o las obras de ferrocarril. Mientras existían lugares donde la densidad era de 50 habitantes o más por kilómetro cuadrado, había extensas zonas en las que no vivía un alma. La población era mayoritariamente analfabeta: 60% de los mayores de 6 años no sabían leer y escribir, pero en algunas entidades como Chiapas y Oaxaca el porcentaje rebasaba 70%; 13% de los habitantes del país desconocía “la lengua nacional”, y en algunos estados como Oaxaca y Yucatán más de la mitad se comunicaba sólo en su lengua local. En 1910 había en el país 49 grupos étnicos y 72 idiomas distintos.

La pluralidad del mundo rural

En los albores de la Revolución el país era eminentemente rural: 79.9% de la población, 12 125 000, vivía en el campo, en una multitud de pequeños pueblos y aldeas, haciendas, ranchos, rancherías y campamentos; 71% (70 738) de esas localidades tenían menos de 2 500 habitantes. Según el censo de 1900, 36 194 tenían menos de 150 habitantes. Quienes se dedicaban a labores agrícolas representaban 68.1% del total.

Durante el Porfiriato, la explotación de minas, la construcción de vías férreas (más de 19 000 kilómetros) y de fábricas pobló nuevas zonas y multiplicó los asentamientos o cambió su naturaleza. Para fines de la primera década del siglo xx, 2 276 pequeñas localidades agrícolas se habían convertido en haciendas, pueblos, campamentos mineros, colonias y ranchos, y el aumento de habitantes en otras las había elevado al rango de ciudades (las que tenían más de 15 000). La movilidad de la población se aceleró de manera espectacular en el último decenio del régimen. Por ejemplo, en 1910 en Zacatecas casi 13% de los habitantes llevaba menos de un año en el lugar de residencia. Como es sabido, uno de los logros fue llevar el ferrocarril hacia Veracruz y las zonas mineras: Zacatecas, Durango, San Luis Potosí, Chihuahua y Coahuila, comunicando diferentes zonas productivas, como la textil. Sin embargo, el costo fue alto: la tala de árboles y la expropiación de tierras arrojaron un buen número de campesinos a las ciudades.

El campo era diverso. Sus pobladores se dedicaban al cultivo de tierras comunales, a trabajar temporalmente las minas o industrias, o bien eran pequeños o medianos agricultores, rancheros, comerciantes, artesanos, arrieros. La hacienda era la institución más representativa del mundo rural por sus condiciones de vida. A pesar de que no agrupaba más de 10% de los campesinos, comprendía la mayor parte de las buenas tierras de cultivo. Los estudiosos del tema señalan la dificultad para determinar el número de haciendas o de propiedades grandes o medianas. Francisco Bulnes daba cuenta de 8 000 en 1910, otros aseguran que había menos de 6 000. Si bien la hacienda estaba lejos de controlar los pueblos o los caseríos en los que vivía la mayor parte de los habitantes del campo, en algunas regiones, como La Laguna, en Coahuila, las haciendas y grandes ranchos se asentaban en las tierras de riego y empujaban a los pequeños agricultores hacia parajes áridos. La hacienda era un pequeño universo cerrado, integrado por amos, mayordo-

mos, sirvientes, capataces, administradores, empleados, arrendatarios, aparceros y pequeños propietarios. Generalmente era autosuficiente: tenía su propio molino, capilla, ferretería, tienda de raya, comisaría rural y en ocasiones enfermería y escuela; producía lo necesario para su sobrevivencia y en ella se criaban reses, cerdos, aves de corral. El mundo laboral lo conformaban los peones acasillados que habitaban al lado del casco y recibían además del salario, o como parte de él, habitación, leña, maíz y semillas para sembrar sus propias pequeñas parcelas, proporcionadas por la hacienda. Los trabajadores temporales, jornaleros, carecían de tierras, vivían en ranchos (50 000 en 1910) y rancherías alledaños y además de trabajar ciertos días para el hacendado se dedicaban también a ejercer pequeños oficios. Aparceros y arrendatarios independientes tenían algunas tierras en propiedad y alquilaban otras a la hacienda. Es difícil tipificar las condiciones de trabajo pues eran diversas y dependían de si las haciendas eran agrícolas o ganaderas o de su situación geográfica. Los censos tampoco permiten distinguir a los hacendados de los rancheros, o a los peones acasillados de otros tipos de trabajadores de la hacienda.

Los peones del norte casi siempre tuvieron un nivel de vida superior a los del sur. La servidumbre por deudas apenas persistía en algunas haciendas nortenas y los trabajadores sostenían una relación patriarcal con los dueños que se fue disolviendo conforme desaparecía la necesidad de recibir su protección. En los últimos años del Porfiriato surgió un nuevo trabajador, vaquero, dueño de ganado o caballos, y se fue conformando un proletariado moderno, “semiindustrial y semiagrícola”. Muchos campesinos despojados de sus tierras emigraban al norte en busca de mejoría, atraídos por tiendas baratas, servicios médicos y escuelas que los hacendados usaban como señuelos. En cambio, en las plantaciones del sur prevalecía a finales del Porfiriato una virtual esclavitud. La guerra contra los hacendados pocas veces la llevaron a cabo los habitantes de las

haciendas; si bien algunos de los peones ligados a la tierra por deudas se convirtieron en revolucionarios, un buen número, por el contrario, permaneció fiel a sus amos y defendió la propiedad.

Las condiciones de vida de una hacienda en el valle de Oaxaca en la que se sembraba trigo, descrita a continuación, no parecen haber sido excepcionales en el país: los peones vestían camisas y calzones de manta y sombrero de lana corriente. Los hombres, 300 en este caso, se distribuían en grupos de 50, cada uno con “un puntero”, encargado junto con el capataz de que el peón trabajara más. De sus informes dependía su contrato del día siguiente. Las largas horas de trabajo sólo se interrumpían para comer tortillas, un guisado y una jícara de atole de maíz. Una vez cosechado el terreno, las mujeres, con sus niños en la espalda o si éstos ya caminaban, iban acompañadas de sus hijas para que los cuidaran, entraban para pepenar las espigas de trigo. Los niños mayores de 10 años no iban a la escuela pues los ocupaba el patrón. Al caer el sol los peones acudían a la “casa grande” a recibir tortillas y carne seca con salsa, que muchos de ellos guardaban para su familia.

Pocos trabajadores sabían leer y las comunicaciones orales eran el único vínculo con el exterior. La Iglesia reforzaba el orden existente con su discurso de que “sólo los que sufren van al cielo”. Los trabajadores rezaban o cantaban “el alabado” antes de empezar a trabajar o antes de comer, hacían penitencia, eran asiduos al templo, contribuían al mantenimiento de éste con parte de sus exiguos salarios y, por lo general, obedecían el mandato del cura de suprimir fiestas “profano-religiosas” como las mayordomías y fiestas patronales, a pesar de que con ellas se cubrían los gastos de la iglesia. Para las autoridades eclesiásticas estas fiestas eran ruidosas con su “estridente chirimía, el tambor, la música de viento”.

Los “amos” no siempre estaban presentes. Muchos de ellos solían pasar frecuentes y prolongadas temporadas en la capital

o ciudad cercana, o hacer largos viajes al extranjero. Los que permanecían en sus haciendas solían cultivar estrecha amistad con jefes políticos, curas y gobernadores y juntos resolvían los problemas del pueblo, no siempre a favor de éste. Un buen número de peones recordaba con aprecio a sus patrones: eran caritativos, les repartían alimentos y medicinas, prestaban dinero cuando alguien fallecía. Por su parte, muchos hacendados sacaban toda la ventaja que podían de sus empleados. Un ejemplo eran las mayordomías. Para aceptar un cargo de mayordomía, los trabajadores con frecuencia tenían que endeudarse con el patrón, empeñar sus escasas posesiones o vender su pequeño terreno, su único patrimonio, o peor aún su fuerza de trabajo a los enganchadores que los llevaban con engaños a lugares como Valle Nacional donde las condiciones de trabajo eran infrahumanas.

En algunas haciendas de San Luis Potosí, por citar otros casos, los peones prestaban todo tipo de servicios. Según la memoria de uno de ellos, los jornaleros levantaban alambrados, colocaban postes, cuidaban animales, sembraban zacate y hacían “todo lo relacionado con la ganadería”. En numerosas plantaciones azucareras se trabajaba desde el amanecer hasta muy entrada la noche y nadie podía ir a casa mientras la miel de caña no llegara al punto de hervor. A menudo sólo los hombres tenían derecho a pago. Las mujeres y los niños se conformaban con recibir comida por acarrear leña para las calderas y los trapiches y meter las cañas para elaborar el piloncillo. Los niños juntaban y sacaban a secar al sol el bagazo de los trapiches, y llevaban agua y almuerzo a los trabajadores. A los 8 años ya podían ser “quemeros” y abastecer de bagazo seco el caldero que hacía hervir el jugo de la caña. A cambio de frijoles y maíz trabajaban de 4 de la mañana a las 7 de la noche, sólo veían a la familia el domingo por la tarde, comían y dormían en la hacienda. Los más grandecitos, los “cafeteros”, colocaban los moldes de barro para la panela y los mayores podían ser arrieros.

No todos estaban mal alimentados. En el norte, por ejemplo, los peones comían en abundancia gracias a sus propios cultivos y a que criaban aves de corral, cerdos, cabras. Enriquecían sus alimentos con guisados de cabrito, pollo en salsa de chile, gorditas de masa, tortillas de harina y pinole, que era también el alimento de los soldados en campaña. Las diversiones de los campesinos eran sencillas y se limitaban a fiestas religiosas y a celebraciones familiares como bautizos, matrimonios. La música, el canto y el baile les brindaban algunos momentos de esparcimiento.

El carácter de la vida campesina variaba considerablemente de una hacienda a otra[...] En algunas haciendas las deudas de los trabajadores eran tan grandes y sus posibilidades de cubrirlas tan escasas que, en caso de venderse la propiedad, el nuevo dueño tenía que pagar esa suma, lo que en la práctica equivalía a adquirir a los campesinos en condiciones de servidumbre. En cambio, en otras haciendas, como la de los Ipiño en San Luis Potosí, las relaciones con los campesinos se manejaban con gran cuidado reglamentándose por escrito todos los derechos y obligaciones de los diversos tipos de trabajadores. Cuando había malas cosechas los Ipiño importaban maíz para sus trabajadores, procuraban encontrar trabajo a los desempleados y mantenían las escuelas para los niños.

Romana Falcón, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí*, p. 32.

Durante los 30 años de “paz porfiriana” diversas rebeliones agrarias o de grupos indígenas, mayas y yaquis entre otros, por el despojo y los atentados de que eran víctimas fueron sofocadas con violencia. Mientras se idealizaba el pasado indígena y se exaltaba a sus héroes, el indio de carne y hueso era vejado y menospreciado y calificado de indolente, perezoso, débil mental. Sus congéneres pasaban por alto la diversidad de los indígenas, desconocían sus culturas y los consideraban un lastre para el progreso y un elemento destinado a desaparecer por la debilidad de su raza. Como se verá más adelante, estos grupos tenían su propio universo, regido y orientado por sus propios códigos y cosmovisión.

El dinamismo del México urbano

El mundo urbano era reducido pero concentraba los puntos neurálgicos de la administración pública y el poder político y económico. En los albores de la Revolución alrededor de 12% de la población vivía en ciudades de 15 000 o más habitantes. Las que sobrepasaban los 20 000 habitantes aumentaron de 22 a 29. Las únicas dos grandes metrópolis que tenían más de 100 000 habitantes, la Ciudad de México y Guadalajara, concentraban sólo 4%. De esta sociedad urbana 19% se dedicaba a la industria, 9% a servicios, 5% al comercio y 2% a la construcción.

Las grandes ciudades estaban habitadas por una reducida élite: prósperos hacendados, que con frecuencia no eran más que huéspedes en sus propias haciendas, industriales, banqueros y algunos profesionistas con intereses económicos y negocios diversos. A esta élite la sobrepasaban en número las clases medias, formadas por comerciantes, artesanos, maestros, empleados. Pero el sector mayoritario, el popular, lo constituían quienes trabajaban en el servicio doméstico o se colocaban como choferes, tranviarios, barrenderos, practicantes de pequeños oficios, obreros, vendedores ambulantes o todos aquellos que se dedicaban a lo que hoy conocemos como trabajo informal. El número de obreros aumentaba año con año, mientras que el de artesanos disminuía, pero el de empleados de servicios superaba a ambos. Los salarios de los obreros eran raquíuticos, insuficientes para sus necesidades y para recompensarlos por extenuantes jornadas de 12 horas diarias, en un ambiente insalubre e inseguro. Su único recurso eran las sociedades mutualistas y las cajas de ahorro para apoyarse unos a otros. Las mujeres de clases populares conservaban sus antiguos reductos en la industria textil y tabacalera, en el servicio doméstico o en un oficio muy común, el de costureras. Las de clase media luchaban por armonizar su misión en el hogar con nuevos espacios en el ámbito profesional, en la burocracia, en la educación superior y, sobre todo, en el magisterio.

La urbanización fue uno de los signos de la modernidad y uno de los avances del Porfiriato: las ciudades florecieron con el trazo de nuevas arterias, calzadas, grandes avenidas y se engalanaron con plazas, parques y jardines, edificios señoriales, monumentos. Obras de drenaje, desagüe, alcantarillado y entubado de agua, además de pavimentación de las calles y servicio de limpia y carros de basura, ofrecieron una vida más sana a algunos sectores privilegiados. El incipiente alumbrado eléctrico, que en zonas centrales y residenciales comenzó a desplazar a los faroles y al “sereno”, embellecía las calles, brindaba seguridad y ornato y según algunos era un resguardo contra “la inmoralidad”. Los ciudadanos lo demandaron como un derecho pues les brindaba tranquilidad en sus hogares y les permitía transitar por la calle libremente. Su aparición se festejó como un gran acontecimiento. En 1903 la Ciudad de México se enorgullecía de tener 625 lámparas eléctricas en el Paseo de la Reforma, y Mérida ostentaba 320 focos de arco, más 459 faroles con luz de petróleo.

Los tranvías eléctricos aventajaron a los de mulitas, pero no lograron desplazarlos de inmediato, a pesar del mal olor y falta de higiene de éstos. Carretas, carretones, berlinas (calandrias en Guadalajara), burros o mulas de carga, coches particulares y de sitio o alquiler tirados por caballos, junto con automóviles y bicicletas francesas, formaban parte del escenario de ciudades como Guadalajara, Monterrey o la capital. Por las calles de Mérida circulaban 2 400 vehículos, y era la única capital que había establecido un servicio público de automóviles, en competencia con los coches de sitio. Los primeros automóviles entorpecían el tránsito en las calles, asustaban y arrollaban a peatones y animales. Los transeúntes no se acostumbraban a esos veloces medios de transporte. En Guadalajara se les prohibió circular a más de 8 kilómetros por hora y se les ordenó llevar placa numérica, detenerse si alebrestaban a algún animal y hacer notar su presencia en los cruces con una trompetilla o un timbre. Estos

ecos de la modernidad se mezclaron con los viejos ruidos callejeros: las melodías de los cilindrerros, los pregones de vendedores ambulantes de naranjas, nieves o tamales, de ropavejeros y mercilleros (que vendían productos de mercería), de quienes ofrecían sus servicios como zapateros y afiladores, de voceadores con sus noticias sonoras, de billeteros de la lotería y sus promesas de una vida mejor, los gritos de choferes de vehículos de tracción animal, los relinchos y rebuznos de caballos y mulas, el trinar de pájaros enjaulados para su venta, el rechinar de los tranvías .

A finales de la primera década del siglo xx, el desarrollo de diarios modernos como el *Imparcial*, del teléfono y del telégrafo habían contribuido a acortar las distancias. Pero estos medios, restringidos a las élites ciudadinas, todavía eran insuficientes para establecer comunicación entre el mundo urbano y el rural.

Casa, vestido, sustento... y esparcimiento

A pesar de la modernidad, las viviendas, aun las de los sectores adinerados, carecían de muchos servicios. Si bien los wc ingleses aparecieron en la última década del siglo xix su uso era muy restringido. Todavía se utilizaban los excusados “de tertulia” con tarima de madera, instalados al fondo de las casas, en el corral o segundo patio, y de noche las bacinicas en las recámaras así como las palanganas y jofainas para el aseo. En los años de la Revolución unas cuantas residencias contaban con regaderas, pero la carencia de cuartos de baño, generalizada incluso en las grandes ciudades, obligaba a ir a un establecimiento público o “colomito”. A los pudientes los acompañaba un sirviente que llevaba jabón, toalla, ropa. En algunos, como en los baños de La Lagunilla en la capital, se lavaba ropa.

La modernidad tampoco había llegado a la cocina, y aun en las mansiones más lujosas, los alimentos se preparaban en gran-

des parrillas y fogones de carbón, que en los hogares humildes se sustituía por un modesto brasero. Metates, molcajetes, cazuelas y cucharas de madera eran enseres indispensables. Las familias acomodadas disfrutaban de cajas enfriadoras que se abastecían de hielo cada tercer o cuarto día.

La comida cotidiana variaba de región en región. Cada una tenía sus propios platillos, pero en todas abundaban los antojitos como peneques y chilaquiles, y para festejar no podían faltar los merengues, cocadas, yemitas, capirotadas y otras delicias. Beber pulque era un hábito para todos, aunque en casa de los ricos con frecuencia se sustituía por agua gaseosa de Tehuacán o en grandes ocasiones por vinos franceses. La merienda con espumoso chocolate (café para los pobres, té inglés para las damas adineradas) y una amplia variedad de pan dulce, como cuernos, volcanes, roscas de manteca, huesitos, era imperdonable.

La vida en las ciudades, plácida y agradable para un buen número de sus habitantes, reflejaba las desigualdades con la misma intensidad o fuerza que en el campo: al lado de colonias urbanizadas, los sectores populares carecían de infraestructura y servicios. Los hombres salían a trabajar y a convivir en la calle, las mujeres pasaban mucho tiempo en el ámbito doméstico.

Para un sector reducido de la población, la vida en vísperas de la Revolución parecía idílica y transcurría sin prisa, regida por las campanas de la iglesia o el reloj del ayuntamiento. En algunos lugares de provincia, la plaza principal o la parroquia, el zócalo, la alameda central o los arbolados jardines públicos, eran sitios favoritos de reunión algunas tardes y domingos y días festivos. Los jóvenes rondaban alrededor de lámparas de gasolina o de los nuevos faroles de luz eléctrica o paseaban, los hombres en sentido contrario a las damas, con los ecos musicales de una banda de guerra en el quiosco. La Plaza de Armas de Guadalajara era la sala de recibir de la ciudad. Lo mismo podía decirse de las de otras poblaciones. El domingo era obligada la misa de 12, la visita a los portales a comer pasteles, tomar ape-

ritivos o bien el paseo, a pie o en coche, por las grandes calzadas. A ciudades más grandes, como San Luis Potosí o Mérida, la Lonja y el Casino les daban aires metropolitanos.

En las calles centrales de las ciudades, evitando la proximidad de los de sombrero de palma y huaraches, se dejaban ver los catrines ataviados con casimir inglés, bastones con empuñadura de plata, leontina o cadena de oro para el reloj, sombreros de bombín y zapatos de charol. Las damas lucían la nueva moda francesa, las faldas “de medio paso”, que las enfundaba desde la cintura hasta el talón, apenas les permitía caminar a saltitos y según un testigo “las convertía en escándalo y mofa”. En Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí, como en otras ciudades, periodistas, maestros, cronistas, licenciados, boticarios, se reunían en las tardes en los portales y los cafés para debatir sobre política. En la ciudad de Oaxaca, mientras había rumores de que Porfirio Díaz estaba por dejar el poder, acaudalados comerciantes y elegantes damas, la flor y nata de la sociedad, se reunían en los portales alrededor del zócalo y se agasajaban con vinos importados, nieves, pasteles y platillos regionales. Comentaban los sucesos cotidianos mientras disfrutaban de la banda municipal y de copitas de nieve de tuna y de limón vendidas por jovencitas indígenas. De acuerdo con los recuerdos de un protagonista, en los barrios populares “las tertulias las hacía el pueblo en los changarros, alrededor de copas de mezcal, amargos de naranja o cedrón, de a tres centavos. Ahí se hablaba *fuerte*, se analizaba la situación dura para los pobres, peluqueros, albañiles, artesanos, empleadillos de tercera y cuarta categoría, dependientes de tiendas de comercio”; se condenaba el caciquismo político, la ley fuga, la explotación de campesinos y artesanos, la esclavitud de peones acasillados, la servidumbre semifeudal y el trato inhumano que los patrones daban a los trabajadores.

Ajenas a la tormenta que se avecinaba, las clases altas y medias alternaban veladas y tertulias en los salones familiares

con paseos campestres, tamaladas, carreras de caballos, peleas de gallos, ferias, partidos de tenis, y disfrutaban las mismas compañías de comedia, opereta, zarzuela, títeres y circo que la capital.

LA TEMPESTAD

No todas las regiones del país se vieron afectadas de la noche a la mañana por la Revolución. En algunas, sobre todo en el norte, el choque fue violento y el cambio inmediato, pero en otras fue paulatino o posterior. La lucha armada flageló más rápidamente el campo que las ciudades, muchas de las cuales no sintieron su impacto sino hasta que Victoriano Huerta asumió el poder, el constitucionalismo se extendió por el país y los ejércitos de una u otra facción las ocuparon. Pocas comunidades, pueblos o ciudades estuvieron al margen de este torbellino en algún momento. Las diferentes clases o sectores sociales resintieron sus efectos de diversas maneras y a distintos ritmos, pero todas sufrieron sus consecuencias. El mosaico de costumbres y escenarios en el país hacen difícil una generalización, pero hay hechos y circunstancias que se repiten una y otra vez en los recuerdos de los protagonistas.

A salto de mata

Con el estallido de la Revolución muchos hacendados vendieron sus propiedades y se alejaron de ellas para siempre, dejando a los peones libres para buscar trabajo y de los malos tratos, pero también privándolos de la sombra protectora de sus amos. Algunos trabajadores se agruparon, compraron tierras abandonadas y formaron comunidades ejidales; las haciendas apenas producían porque la tropa revolucionaria se llevaba todo, esca-

seaba la siembra. La cosecha, que alcanzaba para comer unos meses, se escondía o enterraba para que rindiera. Los peones se arremolinaban cerca de las haciendas en busca de trabajo. Algunos patrones continuaron desempeñando su papel paternalista, a cambio de ser, a su vez, protegidos por sus mismos trabajadores y los rebeldes. Muchas propiedades fueron saqueadas y destruidas, sobre todo cuando los dueños se levantaron en armas, pero varias se salvaron a cambio de contribuir a la guerra. Tras la derrota de Huerta numerosos propietarios abandonaron sus posesiones.

Muchos sobrevivientes de la lucha recuerdan la angustia por la inseguridad que los rodeaba y porque salir de su casa significaba poner en peligro la vida o perder la libertad y ser llevados a filas. Poblaciones enteras se concentraron en campamentos. La destrucción de pueblos, quema de casas, corrales, bosques e iglesias por parte de los alzados obligaron a los habitantes a huir abandonando sus hogares y sus pertenencias y, según cuentan, “a vivir entre la espesura de las espinas de los otates para no ser descubiertos por los revolucionarios”. Otros se internaron en sierras y montes, se escondieron “como animales” en bosques y cuevas, desesperados por el hambre y la sed o para evitar las atrocidades del ejército. Recolectaban lo que podían, comían tierra y zacate, hierbas, quelites o quintoniles. El sobresalto, el miedo, la improvisación, las penurias se volvieron cotidianos. Actos rutinarios como traer agua del pozo o hacer viajes para comprar productos de primera necesidad, maíz, jabón, manteca, se volvieron una aventura. Vivir a salto de mata fue lo más común. El hambre y el horror por la violencia y los crímenes eran habituales.

En el medio rural, la familia fue un apoyo fundamental de los ejércitos. Numerosas familias se desmembraron con la partida del padre a la lucha pero otras permanecieron unidas: mujeres y niños lo siguieron. Compartían las angustias de la guerra y también juntos celebraban algunas fiestas familiares, como

bautizos. Las mujeres cargaban con sus hijos, enseres domésticos, ropa de cama, fotografías, imágenes religiosas, todo lo que constituía su hogar; cuidaban a los animales, preparaban la comida, vendían tortillas entre la tropa, lavaban ropa, mantenían a los suyos unidos reproduciendo sus papeles tradicionales. Las soldaderas lo mismo atendían a los enfermos y enterraban a los muertos que se convertían en francotiradoras, espías, contrabandistas, mediadoras, telegrafistas, cambiaban alimentos o medicamentos por cartuchos, llevaban mensajes. Muchos niños nacieron en el campo de batalla. Sus madres los “enrebozaban y listo, hacia delante, a seguir a sus hombres”. Los raptos de jovencitas fueron frecuentes, pero a menudo ellas decidían seguir a los hombres a la lucha o conseguían compañero en los campamentos. Cuando se podía, los sacerdotes bendecían las uniones libres, pero también aumentaron la bigamia y las dobles familias. Los niños dejaron sus juegos, la escuela o sus tareas domésticas para incorporarse a la Revolución a edad temprana, algunos con sus padres, otros por su propia voluntad. A estos pequeños héroes ningún trabajo los arredraba: raspaban magueyes, alimentaban a los caballos, recogían leña. Los más grandecitos empuñaban fusiles y reemplazaban a los caídos o se convertían en cabeza de familia a la muerte del padre. El número de mujeres y niños que acompañaron a las tropas en los primeros momentos del movimiento llegó a representar un tercio del total de combatientes. Conforme avanzó la Revolución el alcoholismo entre las tropas fue más frecuente y con él se incrementaron asesinatos, robos, vejaciones y violencia contra las mujeres.

Varios pueblos alimentaron a los ejércitos a cambio de protección o para librarse de sus ataques, a veces por iniciativa propia, otras por la fuerza, sin embargo la destrucción de las cosechas disminuyó la producción y la escasez de alimentos y el hambre se generalizaron. Por lo regular la llegada de las tropas traía consigo zozobra y miedo.

La Revolución en la ciudad

En varias ciudades, inicialmente ajenas al movimiento revolucionario como Guadalajara, Oaxaca, la Ciudad de México, los primeros años de lucha transcurrieron tranquilos, aunque había aires de protesta. En Guadalajara, por ejemplo, los reyistas se paseaban con claveles o listones rojos en el ojal. Pero poco a poco incluso las más apacibles como Puebla, Guanajuato, Torreón o Villahermosa se vieron sacudidas por motines. En 1911 muchas se engalanaron para darle la bienvenida a Francisco I. Madero en su paso hacia la capital. En la Ciudad de México su llegada coincidió con un temblor de tierra, un negro presagio que ensombreció el júbilo de más de 100 000 personas que lo vitoreaban.

Después del magnicidio de Madero, Huerta logró mantenerse en el gobierno por más de 15 meses, enfrentando a los ejércitos constitucionalistas del norte, a los sureños zapatistas y la amenaza de Estados Unidos, mientras los capitalinos vivían en continua angustia y zozobra. Los impuestos aumentaron desmedidamente, la militarización se volvió forzosa, aun para los estudiantes, y la leva se convirtió en práctica común. Jóvenes y adultos de las clases populares temían ser “levantados” a la salida de la iglesia, de los toros, de las cantinas. Sin embargo, la élite y los allegados al dictador parecían querer volver al pasado y disfrutaban de una vida placentera entre *picnics*, almuerzos servidos por *chefs* franceses en vajillas de plata y porcelana, en hermosos jardines y residencias, tardes de té, sesiones de *bridge*, kermeses y recepciones en Chapultepec. Concurrían al Jockey Club en la Casa de los Azulejos, al Tívoli del Eliseo, asistían a carreras de caballos en el Hipódromo de la Condesa, hacían peregrinaciones a la Basílica, celebraban el Viernes Santo en el canal de la Viga, acudían a misa, sin temor alguno, a La Profesa o La Sagrada Familia en Santa María, a restaurantes de moda como el Café Colón o el de Tacuba, el San Ángel Inn, el

Chapultepec o El Globo, frecuentado por el dictador mismo, o la cervecería de moda, la Wagner. Los visitantes distinguidos se alojaban en grandes hoteles como el Regis o el Iturbide en el palacio del mismo nombre. Alentadas por la incipiente publicidad de diarios y revistas, las damas adquirían ropa y artículos de lujo importados de Francia e Inglaterra, en Las Fábricas Universales, El Nuevo Mundo, El Puerto de Veracruz, El Puerto Mercantil, El Palacio de Hierro y El Puerto de Liverpool.

El año de la dictadura fue un periodo de paz propicio para eventos académicos y para disfrutar la vida estudiantil.

A la esposa de un diplomático, la sociedad mexicana le recordaba la de cualquier capital europea: las mujeres bellas, agradables y amistosas llevaban ropas de París y Londres y joyas engarzadas por Cartier, y disfrutaban de una vida holgada y placentera. Los hombres se vestían con sastres ingleses, al tiempo que ejercían “un dominio más o menos benévolo” sobre los peones de sus grandes haciendas. Todos parecían ignorar que el vecino país del norte había invadido la ciudad de Veracruz, saturada de soldados de casacas azules y *marines*, “que la andan y desandan a sus anchas”, y que los habitantes sometidos a la ley marcial resistían estoicamente. Mientras, muchas familias habían prescindido del tradicional paseo en el parque de la Parroquia debido a que “pululaban los yanquis” y a que en el quiosco se interpretaba música norteamericana. En las noches, el toque de queda, los francotiradores y las cuadrillas de leva enclaustraban a la población en sus hogares.

En estado de sitio

La derrota de Huerta no significó el fin de las diferencias entre los combatientes carrancistas, villistas y zapatistas. Entre 1914 y 1915 la metrópoli se convirtió en escenario de escaramuzas de los distintos grupos revolucionarios. El 15 de agosto de 1914

entró triunfante el ejército carrancista a la capital habitada por menos de 500 000 habitantes,

Por largos meses la Ciudad de México se desquició: “amanecía villista, almorzaba constitucionalista, merendaba zapatista”. Salían y entraban tropas, la gente se refugiaba donde podía, en los almacenes, en las iglesias. El fusilamiento de prisioneros se volvió un espectáculo común. Cada bando traía su moneda de papel, “sábanas”, “dos caritas”, “revalidados”, que perdía su valor de un día para otro. Los invasores cortaron el agua, talaron árboles para tener combustible. El abandono del campo y los atentados a los trenes por los revolucionarios impidieron el suministro de víveres. Al temor constante se añadió el hambre pues abarroteros y comerciantes ocultaban artículos de primera necesidad y subían los precios; el del maíz por ejemplo aumentó 15 veces en todo el país. La carencia de agua y, por tanto, la falta de higiene propiciaron enfermedades epidémicas. La huelga de tranviarios acabó de paralizar el tránsito de la ciudad, inmovilizada ya por la ausencia de electricidad y alumbrado público lo que a su vez dio lugar a robos y secuestros. Los habitantes de la ciudad, igual que los de muchas poblaciones del interior, vivieron una larga pesadilla. Por meses no probaron un bocado de pan ni bebieron leche y se alimentaban sólo de atole o tortas de haba y de quelites y hierbas que crecían entre el empedrado de las calles. Para conseguir víveres había que obtener tarjetas de racionamiento, hacer filas durante la noche, acechar la llegada de trenes o bien, como recurso desesperado, saquear tiendas, a pesar de la amenaza de pena de muerte para los ladrones. Un observador señalaba: “Quien visitara la capital hacia fines de 1915 creería que había recibido la visita de algunas de las siete plagas de Egipto: tifo, sarampión, viruela, escarlatina, enfermedades venéreas, desaseo, falta de agua, ausencia de medidas sanitarias efectivas”. También había que esperar pacientemente para enterrar a los muertos. Resultaba un espectáculo macabro ver a los deudos sentados en las banquetas de

algunas esquinas esperando por horas “la gaveta del tranvía” que recogía los cadáveres para llevarlos a la fosa común en el Panteón de Dolores. Poco a poco se instalaron “cuarteles” para evitar ese cuadro patético.

Una situación parecida se vivió en otras poblaciones o ciudades en estos fatídicos años. En Puebla los comerciantes escondieron el maíz, el frijol y la sal, y sólo con monedas de plata se conseguían harina y pan. Mucha gente murió de hambre en Oaxaca donde la situación se agravó por una plaga de langosta y por las caravanas de mendigos que llegaban de fuera y que deambulaban por las calles de la capital y pueblos cercanos. Las señoritas de la ciudad iban a los poblados cercanos con cajitas de artículos de mercería que “feriaban por gallinas, huevos, frijol y lenteja”. A falta de dinero se recurría al trueque.

En Guadalajara, las fuerzas constitucionalistas de Obregón ocuparon cientos de casas y algunos edificios, como el Seminario, el Colegio de los Jesuitas, el Liceo. La entrada de las tropas yaquis, con sus atuendos de calzón corto y huaraches, sombrero tejano y cananas, así como el repiqueteo de sus tambores, atemorizó a la población. La ciudad perdió su calma: los soldados molestaban a los transeúntes, causaban desórdenes, sus caballos estorbaban o ensuciaban las calles. En 1916 la crisis llegó

En el verano de 1915 se desató la primera hambruna en San Luis Potosí. No se conseguía ningún tipo de alimento y pueblos y rancherías enteras se iban quedando deshabitados pues la gente partía en busca de comida. Grupos de mujeres se apostaban en los caminos para pedir o robar comida a cualquiera que pasara[...] la situación se acentuó el siguiente verano. Los mendigos llegaron a amotinarse en demanda de pan y se vio a personas disputar comida con los perros. Los menesterosos se congregaban donde vendían alimento con la esperanza de recoger lo que caía al suelo[...] En San Diego las mujeres procuraban no hacer ruido cuando hacían tortillas y trataban de esconder humo en la cocina para evitar que los vecinos pidieran comida.

Romana Falcón, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí*, p. 136.

a su punto más alto por la carestía de artículos de primera necesidad, el caos monetario, el cierre de algunos negocios. En Monterrey las tropas entraron tempranamente. En 1913 se acantonaron en edificios públicos, casas, teatros, y acapararon víveres y carbón. Un año después, los villistas saquearon comercios y los carrancistas destruyeron templos. Por casi 10 años la ciudad estuvo asolada por rebeldes y la población padeció hambre por la destrucción de fincas, el robo de ganado, las sequías y la dificultad de importar alimentos de Estados Unidos. La región fue además devastada por epidemias.

Lazos familiares

Muchas familias provincianas integradas por abuelos, padres, hijos, nanas, “crianzas” o “entregados” y a menudo tías solteras, abandonaron su plácida vida, su casa y su entorno. Las de clase alta con frecuencia fueron arrojadas de sus residencias por individuos o grupos armados que exigían su desocupación, dejando en ellas sus muebles, cuadros, ropa. Excepcionalmente se permitía a los dueños llevarse sus efectos personales o se les daba tiempo para empacar. Los carrancistas en particular se apoderaban de pertenencias ajenas, propiedades y automóviles. A veces, los despojados se refugiaban en casa de parientes pero con más frecuencia huían del país. En muchos casos los vínculos se fortalecieron con las ausencias. Familiares se hacían cargo de los hijos de quienes se habían ido a la lucha o ayudaban a las viudas con algunos de ellos. No fueron raros los casos de jovencitas enviadas a vivir con sus tías o sus abuelas para ponerlas a salvo.

El papel de la mujer cambió con las convulsiones de la época. Una mayoría permaneció en su hogar, pero varias sustituyeron a los varones en el negocio familiar o se convirtieron en el sustento de los suyos recurriendo a cualquier medio: vender artículos de mercería o comida, coser, rentar cuartos. Las mujeres y los niños,

salvo algunas excepciones, realizaban trabajos que no requerían especialización. La Revolución atrajo a muchas mujeres letradas que se dedicaron a labores de propaganda, redacción de artículos incendiarios, organización de clubes políticos, manifestaciones de apoyo a huelgas o bien se convirtieron en enfermeras.

La lucha armada trastornó las vidas infantiles, incluso las de niños de los sectores privilegiados. Atrás quedó para muchos su infancia con los paseos a los jardines, los globos, los rehiletos, los neveros con sus barquillos. Los niños, que presenciaban cotidianamente saqueos, incendios, fusilamientos, casas allanadas, iglesias profanadas, cambiaron canicas, aros, matatenas, trompos, cometas y baleros por cartuchos de balas vacíos y fusiles de juguete con los que tiroteaban tinacos. Los zumbidos de las balas, el tronar de los cañones y los corridos sustituyeron las rondas infantiles. Crecieron con una amargura precoz reproduciendo en sus juegos lo que veían. Muchas escuelas se cerraron, fueron ocupadas por las tropas o los maestros marcharon a filas. No era raro que los alumnos hicieran amistad con los soldados y a veces les llevaban tacos de arroz, de frijoles o algún otro alimento.

A pesar de los disturbios, se buscaban los espacios de solaz y esparcimiento. En las ciudades capitales, las familias procuraban no privarse de los paseos a la Alameda, a los parques, a los cines. Diversiones como asistir a las carreras de caballos, al circo Treviño o al Atayde, al frontón, a corridas de toros, a la zarzuela, a los títeres de Rosete Aranda, comunes en años anteriores, disminuyeron con el aumento de la leva y las manifestaciones ca-

En los recreos jugábamos los niños a la Revolución, yo era encargado de pronunciar discursos desde las bancas del patio. No hacía yo sino repetir lo que oía en los mítines callejeros[...] En Tabasco nos metían en la casa, me quedé sin merienda, chocolate, pan dulce, hojaldres, chilindrinas. Comíamos plátanos en exceso, era lo único que había. Las puertas de la casa estaban cerradas con gruesas vigas y travesaños de piedra.

Andrés Iduarte, *Un niño en la Revolución mexicana*, p. 75.

llejeras. Se abandonaron también las excursiones o días de campo, y el encierro en la casa fue cada vez más común. Sin embargo, un nutrido público olvidaba sus infortunios en las tandas de teatros y carpas (como el popular María Tepache en Peralvillo, en la Ciudad de México), con sus mordaces críticas al gobierno o a los revolucionarios. Militares y civiles entonaban las canciones de moda: *La Valentina*, *La Adelita*, *Marieta*. Las ansias de evadirse de la realidad hizo, asimismo, proliferar las salas de cine en las que, además, se efectuaban todo tipo de reuniones de carácter político y cultural, así como conferencias para moralizar al pueblo. En contraste, las funciones de teatro del género chico, variedades y carpas se distinguían por el ambiente ruidoso, los gritos, las palabras soeces, silbidos, sombrerazos.

La moral revolucionaria

Con la vuelta de Carranza al poder y a la Ciudad de México tras la derrota de los villistas, la metrópoli recuperó paulatinamente su vida anterior y se mantuvo como “vibrante centro de la nación”. El nuevo mandatario enfrentó problemas como el alcoholismo de la población, falta de viviendas, hacinamiento, carencia de servicios urbanos básicos que intentó remediar congelando rentas, embelleciendo la ciudad con parques y jardines. Carranza pretendió “sanear” y “moralizar” la sociedad combatiendo el vicio: cerró cantinas, pulquerías, cabarets, modificó los reglamentos sobre la prostitución, prohibió la venta de licores, los juegos de azar, la Lotería Nacional y los toros, las peleas de gallos y aun placeres sencillos como bailes; en cambio, patrocinó funciones de ópera y el público pudo escuchar al gran tenor Enrico Caruso. Asimismo, proliferaron los cafés, los teatros como el Colón, el Principal y el Lírico, y cientos pudieron aplaudir de nuevo a María Conesa y a sus tiples favoritas. A principios de 1917 los capitalinos volvieron a sus paseos por la

avenida Madero, a frecuentar la librería Biblos, a asistir al Cine Palacio a ver la última producción nacional. Los intelectuales organizaron conferencias y conciertos de cámara y orquesta, continuaron sus cátedras en la Escuela de Altos Estudios, en la Universidad y en la Universidad Popular. Dos grandes y modernos diarios, *Excelsior* y *El Universal*, formaron parte de la vida cotidiana de un amplio sector y jóvenes poetas encontraron espacio en revistas literarias de corta existencia.

El afán regenerador del Primer Jefe se extendió más allá de la capital. Los emisarios del carrancismo se convirtieron en árbitros de la vida económica y social de la población y emprendieron innumerables reformas: limitaron la jornada de trabajo, establecieron el salario mínimo, liberaron a los peones de la esclavitud de las deudas mediante la abolición de tiendas de raya, impulsaron la urbanización, dieron prioridad a la educación popular y combatieron el alcoholismo, los juegos de azar y la prostitución. En Yucatán, el gobernador Salvador Alvarado auspició en 1916 el Primer Congreso Feminista, muchos de cuyos planteamientos se expresaron después en la Ley de Relaciones Familiares de 1917. Alvarado promovió la incorporación de la mujer al aparato administrativo estatal y el reconocimiento de la igualdad de derechos de las mujeres para desempeñar cualquier puesto público; reglamentó el servicio doméstico, y dio permiso legal a la mujer para abandonar el hogar paterno a los 21 años como los varones. En 1922 se le otorgó el voto en los comicios locales del estado y por primera vez una mujer desempeñó un cargo de elección popular.

Otros enemigos: el anticlericalismo y las enfermedades

Además de las campañas “moralizadoras”, los carrancistas emprendieron agresivas campañas “desfanatizadoras”: cerraron templos, prohibieron los nombres de santos para lugares y ser-

vicios públicos y cambiaron los de calles y escuelas: en Guadalajara la calle San Francisco se convirtió en 16 de Septiembre, la de Parroquia en calle del 15 de Mayo, San Cristóbal en 8 de Julio. La ola anticlerical se extendió por la República: a su paso por la ciudad, Obregón deportó a varios religiosos extranjeros y mandó a prisión al obispo Andrés Segura (por haber atacado a los periódicos constitucionalistas), mientras el arzobispo de Guadalajara Francisco Orozco Jiménez solicitaba asilo político en Brasil y el gobernador decretaba la laicización de la enseñanza. En Monterrey los carrancistas destruyeron templos y establecieron un “comité de salud pública” para combatir el fanatismo. Una de las medidas más importantes para la religiosidad y sobre todo para la familia fue la modificación del régimen de matrimonio civil, introducida en la Ley de Relaciones Familiares del 9 de abril de 1917, que estableció el divorcio con la posibilidad de contraer nuevas nupcias. Al instituir el matrimonio como contrato y como la única forma legal y moral de fundar una familia, se negaba a la Iglesia toda injerencia en su regulación. La edad mínima requerida para casarse se aumentó en las mujeres de 12 a 14 años y en los hombres de 14 a 16.

Las acciones anticlericales y el temor a la Revolución alentaron la religiosidad del pueblo. Las grandes conmemoraciones como la Semana Santa siguieron celebrándose casi sin interrupción. Algunos ejércitos, como los zapatistas, con frecuencia llevaban un sacerdote entre sus filas y los soldados imágenes religiosas entre sus pertenencias y rezaban e imploraban la ayuda de Dios o de la Virgen antes de las batallas.

Otros enemigos tan feroces como los ejércitos fueron las enfermedades y epidemias, propagadas por las tropas y propiciadas por las difíciles condiciones de vida, la escasa alimentación y la falta de higiene en las poblaciones. La pavorosa insalubridad de los campos de batalla agravó el miserable estado de los combatientes

Fue época de la viruela. En las casas había banderines amarillos, señalando las casas infestadas. Poco a poco nos iban rodeando. Primero había una en la esquina de la casa: no pasaba yo por ahí. Luego, en la otra esquina y ya no pude escaparme de pasar cerca de las banderitas[...] México peleaba y no había linfa para atacarla. Nosotros fuimos vacunados, sin embargo, muchas veces, pero la vacuna no nos prendía[...] Mi mamá nos bañaba todos los días en el patio y nos hacía refresco de tamarindo, delicioso, y no sé con qué fundamento prescrito como preventivo de la enfermedad. Me sobrecogía ver pasar a diario los entierros, casi todos humildes, en ataúdes primitivos, la madera sin pintar, o con el muerto enrollado como un "taco", en un petate. Yo le tenía pánico a la viruela[...] yo sentía que la viruela me entraba con el aire que respiraba.

Andrés Iduarte, *Un niño en la Revolución mexicana*, p. 64.

La entrada de los constitucionalistas a las ciudades estuvo acompañada de varias epidemias. En 1918 la influenza española y el tifo mataron a cientos de miles. En Monterrey la influenza cobró en un mes más de 100 víctimas diarias. Guadalajara fue flagelada por el tifo y la viruela. Por lo tanto, se cerraron lugares concurridos como cines, teatros, billares, casinos, escuelas, templos así como la Biblioteca Pública. En Tabasco la viruela se extendía implacable. La enfermedad y la Revolución también hacían huir a las familias que peregrinaban de un lugar a otro buscando nuevos trabajos o maneras de ganarse la vida y llevando consigo los contagios.

En gran cantidad de poblaciones las autoridades emprendieron verdaderas batallas contra dueños de animales de carga y vendedores ambulantes que dejaban desechos en la calle, y buscaron acabar con los encharcamientos de aguas negras, los gallineros y la cría de aves dentro de las casas que atraían chinches. En las colonias más pobres, mercados, plazas y jardines se establecieron baños públicos y peluquerías y se proporcionaron gratuitamente servicios de aseo. A finales de 1915 Venustiano Carranza ordenó la creación de dormitorios para niños y adultos y centros educativos para huérfanos. La creación del Departamento de Salubridad en 1918 buscó aliviar la situación mediante

inspecciones mensuales a domicilios y locales donde se vendían alimentos, y con multas por infracciones al Código Sanitario.

Para fortalecerse y hacer frente a los azotes de las enfermedades, la población, por su parte, tomaba Emulsión de Scott, aceite de hígado de bacalao, de ricino, tónicos como el vino de San Germán y el de Winteresmith, y usaba parches para el dolor.

LA CALMA

La Revolución había dejado un doloroso saldo: para 1921 se estimaban las pérdidas humanas entre 1 900 000 y 3 500 000, causadas por la “desnatalidad”, las víctimas de la lucha armada, el hambre, las epidemias y la migración. En el mismo año, las ciudades con más de 20 000 habitantes en el país habían aumentado a 26, y nueve de ellas tenían más de 50 000. En la Ciudad de México, a pesar de la lucha armada, el número de hombres (425 589) sobrepasaba al de mujeres (342 930). En Puebla revivieron pronto las industrias gracias al ferrocarril, y Mérida prosperó debido a los cultivos de henequén, yuca y tabaco, y a la fabricación de artículos de cuero.

La reedificación material y espiritual

La reconstrucción del país y del Estado y la formación de un nuevo hombre, moderno, sano, moral y trabajador, ideal de Álvaro Obregón y de su sucesor Plutarco Elías Calles, se inició con una campaña nacional y un discurso nacionalista en favor de la educación popular. José Vasconcelos creó en 1921 la Secretaría de Educación Pública (SEP) con jurisdicción en todo el país para llevar la escuela al más alejado rincón y para hacer realidad el precepto constitucional de una educación laica, gratuita y obligatoria. Dos décadas más tarde, la escuela federal con su misión

civilizadora se extendía por todo el territorio. Vasconcelos promovió la alfabetización y la castellanización del pueblo, e integró la escuela a la vida cotidiana de cientos de miles de niños en todo el país. Las Misiones Culturales pretendieron elevar la vida de las comunidades imponiendo patrones urbanos. En la Ciudad de México la enseñanza escolar se enriqueció con el arte, el deporte y la lectura. El secretario emprendió, además, un ambicioso proyecto cultural para fomentar un espíritu patrio, poner al pueblo en contacto con las grandes obras literarias de la humanidad y con las más avanzadas manifestaciones artísticas, entre ellas el muralismo y la pintura al aire libre.

El Porfiriato había dado preferencia a las construcciones monumentales y las grandes residencias. Durante los años de lucha armada se respondió en primer término a las necesidades de la burocracia y de las clases medias y altas y continuó el fraccionamiento de terrenos y la expansión de la metrópoli, donde, entre 1910 y 1921, se habían desarrollado 15 colonias clasemedieras, entre ellas, San Miguel Chapultepec, la Escandón y San Pedro de los Pinos en 1921, mientras la urbanización de la Roma se aceleraba.

Los nuevos suburbios se enlazaban con el centro de la ciudad con modernas rutas de tranvías eléctricos, y había cuatro estaciones de las que salían ferrocarriles que comunicaban la metrópoli con otras ciudades y poblaciones. Para los gobiernos posrevolucionarios resolver el problema de la habitación popular era primordial y se esforzaron por ejercer un mayor control sobre las construcciones urbanas y por impulsar las edificaciones útiles para la comunidad como escuelas, campos deportivos, mercados, hospitales.

La carencia de vivienda era alarmante. En las ciudades, la inmigración de población rural y la insuficiencia de recursos habían aumentado el hacinamiento en barracas improvisadas con materiales de desecho, asentadas temporalmente en lotes abandonados, en los tiraderos públicos de basura e incluso en

colonias residenciales. Espacios reducidos albergaban a padre, madre, cuatro o cinco hijos pequeños, algún vecino sin hogar, más gallinas y perros. Los hijos mayores de 7 u 8 años eran lanzados al arroyo y durante la noche aparecían en los dormitorios públicos, en los puestos vacíos de los mercados, en los quicios de las puertas. Esas barracas constituían “colonias”, como la de La Bolsa, que en la capital presentaban altos índices de criminalidad infantil.

Las vecindades, situadas en arrabales y barrios populares, continuaron siendo el alojamiento más común para los sectores de bajos ingresos. Muchas de ellas se instalaron en viejos edificios o conventos abandonados. En la Ciudad de México había vecindades que tenían hasta 300 viviendas; la mayor parte de ellas eran cuartos con insuficiente ventilación que hacían las veces de dormitorio, comedor y cocina, y daban a pasillos por donde corrían aguas negras o a un patio central con lavaderos y excusados comunes. Entre cinco y ocho personas se apretaban en estas áreas estrechas, sin luz, con escaso mobiliario. Las viviendas carecían de agua entubada y para cocinar había que proveerse de ella en el patio central, en el mejor de los casos, o en la fuente más cercana. La privacidad era mínima, la vida cotidiana se compartía con los vecinos, en los patios y en los lavaderos, donde las mujeres, sobre todo, forjaban amistades y lazos de solidaridad, pero en los que abundaban también riñas y pleitos por servicios o espacios. Aparte de la falta de agua y de drenaje, los gallineros, corrales y basureros, donde proliferaban sabandijas y ratas, contribuían a la insalubridad del ambiente.

Además de las barracas, sobrevivieron a la Revolución tres tipos de alojamientos temporales, carentes de los exiguos visos hogareños de los anteriores: las casas de huéspedes, que ofrecían cuartos con alimentos por módicos precios y eran preferidas por personas solas, los mesones o posadas y los dormitorios públicos. Los desposeídos y muchos vendedores ambulantes,

niños y adultos de ambos sexos se hacinaban en mesones o dormitorios, galerones situados en las afueras de la ciudad, con riesgos para la salud y “la moral”. Tres centavos daban derecho a un rincón y un petate, en las peores condiciones de higiene. En el dormitorio del cuadrante de la Soledad, en la zona oriente del centro de la Ciudad de México, establecido por la Beneficencia Pública, por citar un ejemplo, niños entre 10 y 18 años, por 10 centavos, tenían cama con colchón, almohada y cobertor (los que no alcanzaban cama, recibían dos petates, uno para dormir, otro para taparse), un jarro de atole, bolillos y frijoles para cenar y... una estrecha vigilancia con un horario rígido. A estos indigentes se les atribuían la insalubridad y las epidemias, y a la promiscuidad “malsana”, la inmoralidad.

Entre 1921 y 1930 el espacio que ocupaban las ciudades se triplicó y la población se duplicó. La Ciudad de México creció 46%. A pesar de los esfuerzos gubernamentales, la vivienda siguió siendo un problema de dimensiones nacionales, aligerado sólo gracias al apoyo solidario de familiares y amigos, sobre todo en el caso de los emigrantes. A esto habría que agregar la deficiente urbanización. Muchas zonas habitadas por sectores medios o bajos eran oscuras, inseguras y antihigiénicas. Arrabales y barrios populares, y con frecuencia aun los nuevos fraccionamientos, carecían de servicios, agua potable y entubada, desagüe, cañerías, pavimento, transporte, luz eléctrica o siquiera iluminación de petróleo. La urbanización arrasó con prados y flores y árboles que saneaban el ambiente. En la metrópoli predominaban las calles llenas de basura, de barro y polvo en la época de secas y de escombros por las obras de construcción y remodelación. El incremento desmedido de automóviles, favorecido por la entrada de la Ford en el país en 1924 y la prohibición de usar coches de caballos en 1928, acrecentó el caos y el tráfico. El mismo año, los tranvías eléctricos comenzaron a ser desplazados por camiones con llantas neumáticas silenciosas. Aunque en algunos lugares los tranvías desaparecieron de ma-

nera definitiva en 1944, en Veracruz todavía eran un transporte común en los años cincuenta.

La desproporción entre el aumento de la población y los servicios públicos fue enorme. Pocas de las nuevas 26 colonias que surgieron en la capital en los años veinte cumplían con lo establecido por el Código Sanitario. En noviembre de 1922 las fallas en el servicio de provisión de agua del sistema Xochimilco provocaron un motín, y entre 1924 y 1929 se registraron numerosas quejas, como las de los vecinos de La Bolsa. En el primer cuadro, los majestuosos edificios contrastaban con la sordidez de las habitaciones y calles aledañas. El descontento se repetía en varias ciudades de la República. El caso más sonado fue el movimiento inquilinario de Veracruz producido por el crecimiento desmesurado y sin planeación de la ciudad que produjo una angustiada escasez de vivienda. El hacinamiento alcanzó proporciones alarmantes causando muchas enfermedades, entre ellas fiebre amarilla y viruela, prueba del completo abandono de la ciudad.

En la calle, en las fábricas y talleres

Una vez que las ciudades recuperaron la calma, las calles volvieron a ser tomadas por toda clase de ambulantes, vendedores, prestadores de servicios y payasos, malabaristas y acróbatas quienes prometían exhibiciones ordenadas, sanas, morales y silenciosas. La pobreza de las viviendas arrojaba a hombres y mujeres a la calle, donde pasaban la mayor parte de su día, para rematar al atardecer en la cantina o el garito. A pesar del aspecto de suciedad y desorden que daban a las ciudades, la presencia de estos “autoempleados” se toleró para no dejar sin trabajo a miles y porque representaba un ingreso importante para los municipios, tanto por los impuestos como por las multas.

Para un testigo, José Ángel Ceniceros, como para muchas otras autoridades de la época, los trabajadores callejeros eran

“vagos, improductivos, haraganes y delincuentes”. El mismo calificativo merecían los vendedores de diarios, los voceadores, niños de entre 7 y 18 años que se apostaban en paradas de tranvías, pórticos de cines y teatros. Aunque muchos eran el sustento de su familia, eran tachados de malvivientes. Los niños hacían mandados, cargaban las canastas en el mercado, limpiaban zapatos. Eran independientes desde muy pequeños y generalmente vivían lejos de su familia. Gastaban buena parte de su dinero y tiempo libre en carpas, teatros de barriada y cines, y si no hacían “un guardadito” para el mesón, se veían obligados a pasar la noche, cubiertos con periódicos, en atrios de iglesias, quicios de las puertas o puestos del mercado. El cine era uno de sus entretenimientos favoritos y le destinaban una buena parte de sus ganancias cotidianas (en varias salas las funciones costaban tres centavos, mucho menos que un kilo de tortillas: 27 centavos, o de frijol: 24 centavos, y un café: cinco), a pesar de que los cines de barriada carecían de sanitarios y en ellos proliferaban pulgas y chinches. Había pocas películas para los niños: seguramente *El chico* de Chaplin u *Oliver Twist*, pero no los distraían de su ambiente de carencias y penalidades. A finales de la década comenzaron las matinés infantiles; los dibujos animados como el Gato Félix y Popeye llegaron a principios de los años treinta, y en 1933 nacieron Mickey Mouse, el Pato Donald y Pluto. En julio de 1938 se anunciaba el estreno en el teatro Alameda de la primera película de largo metraje de Walt Disney: *Blancanieves y los siete enanos*.

La SEP se encargó de exhibir periódicamente en centros educativos, al aire libre y en comunidades rurales, películas didácticas y, en particular, las que ayudaban a combatir una enfermedad o promovían la salud. El gobierno de Elías Calles puso especial interés en proteger a los niños, inculcarles buenos hábitos y mantenerlos alejados de centros de corrupción. Durante su mandato los menores pudieron asistir a hospitales infantiles, ser juzgados por tribunales especiales y cortes juveniles

y reformar su conducta en escuelas correccionales. La Constitución señalaba la mayoría de edad a los 18 años en que adquirían la ciudadanía, pero el Código Civil para el Distrito Federal y Territorios de 1928 la estipulaba a los 21.

En la década de los veinte, más que en años anteriores, las calles se inundaron de publicidad y nuevos sonidos. Automóviles cargados de muestras gigantes de artículos diversos recorrían las vías principales, carros alegóricos promovían industrias y productos, grandes bocinas herían con sus estridencias, hombres se alquilaban para portar carteles. En la noche los anuncios luminosos daban a las ciudades brillo y un aspecto cosmopolita.

La situación de los asalariados, sujetos a un patrón arbitrario y tiránico y a condiciones de trabajo injustas, era, sin duda, peor que la de los ambulantes que al menos eran sus propios jefes, fijaban sus horarios y trabajaban al aire libre. Para finales de los veinte no había salario mínimo obligatorio. Se estimaba que por los menos \$3.25 diarios eran indispensables para adquirir lo básico: maíz, pan, frijol, arroz, carne manteca, sal, chile, café, leche, azúcar, legumbres, carbón, petróleo, jabón, pero el salario promedio de un trabajador era de \$1.50 diarios.

La vida cotidiana de los obreros se consumía en jornadas de 10 y 11 horas dentro de locales que no cumplían los mínimos requisitos de higiene ni seguridad, no obstante los derechos que la Constitución y las leyes estatales habían reconocido a los trabajadores. Los patrones a menudo se negaban a reducir los horarios, a pagar tiempo extra o seguro por enfermedad y a dar vacaciones. Los obreros se enfrentaban todos los días a una tarea extenuante, sin pausas. En 1927 se reglamentó en el Distrito Federal la jornada de trabajo en establecimientos comerciales, se fijaron horas de entrada y salida, así como el descanso al mediodía. Calles se preocupó por el establecimiento de una ley de trabajo de carácter federal que tuvo que esperar unos años más.

Los obreros no tenían la seguridad de conservar su trabajo ni su salud. Los accidentes, algunos mortales, eran cotidianos. Los mineros vivían en constante temor de derrumbes, explosiones y eran fácil presa de enfermedades respiratorias. Los trabajadores textiles de Tlaxcala, Puebla, Distrito Federal, Querétaro, Orizaba, se quejaban de malos tratos, de máquinas obsoletas, mala calidad de la materia prima, de tener que adoptar posturas que les causaban lesiones. En algunas fábricas los menores recibían apenas 25 centavos por jornadas de 10 y 12 horas. Las viviendas dentro de las fábricas, que mantenían a los obreros alejados de su familia, eran oscuras crujías sin servicios, a pesar de las altas rentas. El despido y los ceses masivos era la respuesta más común a las demandas de los trabajadores. Los panaderos eran un sector particularmente explotado. Hasta muy entrado el siglo xx la fabricación de pan conservaba su carácter artesanal; sólo unas cuantas panaderías contaban con maquinaria. Después de extenuantes jornadas de 10 horas, los panaderos pernoctaban en su lugar de trabajo para que no faltaran a su labor por embriagarse o para así poder disponer de ellos en cualquier momento. El pan se vendía en las panaderías y espacios públicos, en la calle, en paseos, portales, mercados, atrios. El joven que cargaba una cesta en la cabeza, en bicicleta, tirando un carro manual o a pie, era un espectáculo cotidiano y familiar para todos.

Los favorecidos por la Revolución

Una buena parte del país recibió con júbilo a quienes regresaron de su refugio en el extranjero. Paulatinamente, también para la burguesía la vida volvió a la normalidad. En varios estados, como Tabasco, se dispuso que lo incautado fuera devuelto a sus dueños. En muchos casos los ricos recuperaron sus mansiones, pianos, muebles, pinturas, vajillas y con ellos su vida

pasada. Los años de reconstrucción vieron el nacimiento y ascenso de una nueva burguesía “revolucionaria”. Los vencedores, generales, antiguos políticos o ex combatientes, a quienes la Revolución “hizo justicia”, habitaban en residencias lujosas con grandes jardines —a veces mal habidas—, ostentaban costosos automóviles, ricos atuendos y grandes séquitos, e intentaban incorporarse o congraciarse con la vieja aristocracia mediante bodas, amistades, negocios o empresas compartidas.

Los festejos de la consumación del Centenario de la Independencia, en 1921, fueron el signo visible de la nueva época de paz. La burguesía nacional celebró el acontecimiento en todo el país con bailes en los casinos, lonjas y clubes. La tregua permitió la reapertura de iglesias y celebración de misas y actos religiosos como el tedeum que se llevó a cabo en el templo de La Profesa en la Ciudad de México. Los capitalinos, sin distinciones, disfrutaron del desfile de aviones y carros alegóricos, de combates florales, de noches mexicanas, de espectáculos gratuitos, y del “saneamiento” del centro de la ciudad, libre de basureros, encharcamientos y vagos, vendedores y mendigos. Las clases medias y altas reanudaron su vida de ocio: carreras en el hipódromo de la Condesa, partidos de polo, charreadas. Dejaron los paseos dominicales en la Alameda para quienes no podían asistir a clubes privados y continuaron frecuentando Chapultepec, en cuyos alrededores se trazaba una nueva colonia para la élite: Chapultepec Heights, en donde políticos y gente de alcurnia podían exhibir sus automóviles Nash, Daimler o Packard o lujosos carruajes tirados por caballos. Los ricos de la capital practicaban golf, polo y tenis, cabalgaban por los parques de la ciudad, asistían a los bailes del University Club; los jóvenes bailaban *charleston*, *shimmy*, *fox trot* o el *brookly bop*, y los no tan jóvenes hacían gala de altruismo apoyando funciones de caridad en cines y teatros, haciendo colectas y agasajándose con banquetes en los que degustaban langostas, castañas, cremas de ostiones, espárragos, ostras, *foie gras*, trufas, pescados, salmo-

Las clases medias y altas aplaudían al ballet ruso en el Ideal, frecuentaban el Iris o asistían al Fábregas para lagrimear con un melodramón de Benavente o Jiménez Rueda, tararear *Carmen* o una zarzuela. Las familias podían cenar en la antigua panadería del Espíritu Santo o en El Globo, las señoras cuchichear en el Salón Montmartre, los señores beber whiskey en el British Club, los intelectuales té en Lady Baltimore, todos desayunar en Sanborns, en la Casa de los Azulejos, comer en el Casino Español, cenar en La Ópera, enfermarse en el American, morir en Gayosso y ser enterrados en el Panteón Francés. En la Ciudad de México vieron a Pablo Casals, Ana Pavlova, Garibaldi. Los intelectuales podían asistir a las clases de Altos Estudios, los conciertos de Julián Carrillo, al cine en el Salón Rojo, a las librerías de Porrúa o Botas, o al Fábregas a ver una comedia de Wilde.

Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, p. 27.

nes, quesos franceses, coñac, whisky y finos licores... todo en beneficio de los pobres. Tanto los capitalinos como los habitantes de otras grandes ciudades gozaban con las zarzuelas, y comedias, los conciertos de música clásica, el arte de Ana Pavlova, quien visitó el país por segunda vez, sufrían con los dramas de autores mexicanos y extranjeros, enriquecían sus lecturas con las novedades que llegaban a las pocas librerías del país.

El teatro Lírico continuaba siendo escenario de revistas políticas brillantes, de actualidad y acidez, en las que alternaban las tiples de moda con los cómicos más celebrados como Joaquín Pardavé o Roberto Soto. A partir de 1928 los más exigentes podían disfrutar de las representaciones de un grupo teatral vanguardista que se denominó Teatro Ulises, “piedra de toque” del teatro mexicano. En 1931 inauguraron un local, el teatro Orientación, que funcionó hasta 1938. En 1927 los capitalinos se sorprendieron con la “realización de un prodigio”, la película sonora *La última canción* estrenada en el cine Olimpia. En estos años proliferaron en el país las grandes salas cinematográficas que tenían cabida para cientos de espectadores y orquesta en vivo. En el Politeama de la capital, por ejemplo, había lugar para miles de amantes del séptimo arte.

Igual que la radio el cine promovía conductas. No sólo las películas influían en los comportamientos sociales. La vida de las estrellas que ocupaba las páginas centrales de muchas publicaciones se volvió para muchos un ejemplo a seguir. Sin duda la ligereza con que los ídolos de la pantalla grande tomaban el amor y el matrimonio y la facilidad para divorciarse una y otra vez repercutieron en la sociedad.

La moda reflejaba los aires de los tiempos, la rebeldía de *flappers* y “garzonas” y su rechazo a someterse a moldes rígidos: ahora había que llevar el pelo corto y las uñas pintadas aunque los ondulados permanentes, tinturas y manicures significaran horas de tortura en los modernos salones “*coiffure*”. No más esclavitud del corsé y las faldas largas. La nueva moda parisiense, que llegaba por barco directamente de Francia, aparecía en las revistas ilustradas o en las películas de Hollywood, dictaba atuendos atrevidos reflejo de aspiraciones todavía inalcanzables de emancipación e igualdad con el hombre: línea casi varonil, falda corta, talle largo, mangas para trajes sastres o abrigo, inexistentes en otros estilos. Exhibir los brazos desnudos y las piernas a través de medias de seda transparente era lo del día. La silueta delgada, “sin tiesuras, sobria hasta la severidad”, moderada, daba a la mujer una apariencia masculina, libre y juvenil. Las damas dejaron a un lado tónicos fortificantes a los que sus abuelas habían sido tan afectas, pastelillos y dulces, para alcanzar el nuevo prototipo de mujer esbelta y estilizada. En la noche deberían brillar con lentejuelas y cuentas. Las de clase alta eran maniqués vivientes cuya independencia se limitaba a conducir un auto o practicar deportes varoniles. Las mujeres de clase media, aunque adoptaron la nueva moda, luchaban por sacudirse la imagen de ángel del hogar reforzada por el discurso oficial y por la prensa y por un nuevo medio de comunicación: la radio. El régimen callista exaltó a la mujer como madre, pilar del hogar, única responsable del bienestar de la familia, consagrándole el 10 de mayo. Muchas mujeres

eran ya, además de maestras, dactilógrafas, enfermeras, doctoras, contables, y sostenían una lucha por lograr iguales derechos que el varón.

Las buenas conciencias mostraron por todos los medios su rechazo por la moda “indecorosa” y por los comportamientos desinhibidos de las mujeres. La Iglesia los atacó desde el púlpito y amenazó con prohibir a *flappers* y “pelonas” la entrada a los templos. Las damas católicas formaron ligas para enfrentar los desacatos de las rebeldes. La prensa se unió a este repudio que culminó con numerosas agresiones físicas y verbales de los estudiantes varones contra sus atrevidas compañeras. Incluso varias de ellas fueron rapadas por sus agresores. En la Escuela Normal de la Ciudad de México las propias “pelonas”, por su parte, cortaban el pelo de sus condiscípulas reacias al cambio. Los conflictos entre marido y mujer, por el atrevimiento de ella, fueron también frecuentes. Como toda moda, la de las garzonas tuvo una vida efímera.

Los hombres adinerados cambiaron el bombín por los *canotiers* de paja, panamás, fieltros, Stetson de vicuña o los Tardán: “De Sonora a Yucatán usan sombreros Tardán”, y las leontinas por los prácticos relojes Elgin de muñeca. Vestían trajes neoyorquinos, se rasuraban con hojas de acero Eveready, usaban cámaras fotográficas Kodak, y para mostrar su nacionalismo fumaban cigarros del Buen Tono.

Los almacenes como La Ciudad de Londres y El Palacio de Hierro, que desde el Porfiriato satisfacían los gustos de las clases altas, ofrecían muebles y adornos de estilo francés que competían con piezas de arte mexicano o popular revaloradas con la exposición montada por los pintores Roberto Montenegro y Gerardo Murillo, el Dr. Atl, en ocasión de los festejos de la consumación de la Independencia. En las casas de los burgueses, los muebles de mimbre importados, candiles de prismas, cristales biselados, pianos y tapetes se arrinconaban para dejar espacio a ajuares y enseres “proletarios” como petates, sillas de

Resumen de lo que se pensaba en México en 1920 en lo que se refiere al arte:

1. Cualquiera podía pintar y el mérito de las obras sería mayor mientras mayores fueran la ignorancia y la estupidez de los autores.
2. El arte precortesiano era la verdadera tradición que nos correspondía y llegó a hablarse del "Renacimiento del arte indígena".
3. Llegaba a su máximo el furor por la plástica del indígena actual. Fue cuando empezó a inundarse México de petates, ollas, huaraches, danzantes de Chalma, sarapes, rebozos y se iniciaba la exportación en gran escala de todo esto.
4. El arte popular en todas sus variedades aparecía con abundancia en la pintura, la escultura, el teatro, la música y la literatura.
5. El nacionalismo agudo hacía su aparición. Ya los artistas mexicanos se consideraban iguales o superiores a los extranjeros. Los temas de las obras tenían que ser necesariamente mexicanas.

José Clemente Orozco, *Autobiografía*, p. 27.

tule, ollas de barro o candeleros de hojalata. Según José Clemente Orozco, las tiendas de la avenida Madero estaban llenas de objetos de artesanía, pero "para comprar seda había que ir a la Lagunilla".

Nuevos inventos volvían cada vez más fácil para las clases medias las tareas del hogar y les brindaban comodidad e higiene, aunque el cuarto de baño de azulejos con tina y regadera y muebles de porcelana fáciles de lavar, era todavía para uso exclusivo de los privilegiados. El *water closet*, de origen inglés, resolvió la insalubridad y falta de higiene de miles de hogares. También fueron accesibles para muchos la estufa de tractolina o petróleo y, para unos cuantos, la estufa o por lo menos una parrilla eléctrica. El gas para uso doméstico empezó a generalizarse en 1926 y desplazó paulatinamente los fogones, liberando a la mujer del hollín y la ceniza. La electricidad cambió la vida doméstica de un grupo cada vez mayor. Las planchas eléctricas, cafeteras, calentadores de agua, aspiradoras pequeñas y funcionales, y una ayuda imprescindible en los hogares, la lavadora de rodillos, daban a la mujer más tiempo para dedicarlo a los hijos

o descansar, para su trabajo fuera del hogar, abrazar alguna profesión o incorporarse a alguna lucha, como la que libraban las feministas.

Una revolución pacífica

En la década de los veinte un nuevo descubrimiento, la radio, revolucionó la vida cotidiana de amplios sectores. Hubo que esperar casi dos décadas después de que Porfirio Díaz recibiera el primer mensaje transmitido en México en diciembre de 1910 para que las ondas hertzianas se escucharan en varios países y la radio se extendiera. La radio comenzó en México de manera casi artesanal gracias a la curiosidad y tenacidad de jóvenes aficionados, estudiantes y profesionistas. La primera transmisión se logró en una estación experimental al mismo tiempo que se iniciaba el jolgorio de las fiestas del Centenario. También el gobierno festejó el Centenario con receptores de radio en Chapultepec, el Palacio Legislativo y el aeródromo de Balbuena ante el asombro de cientos de visitantes. El público tardó poco en aceptar y disfrutar estos aparatos de sonido que el ingenio popular comenzó a fabricar con cajas de avena y galeno. Gracias a la propaganda, lo que era en un principio un artículo de lujo y ornato se introdujo en los hogares y se convirtió en el ingrediente indispensable para la felicidad y la unión de la familia haciendo de la sala el lugar central de la casa. Incluso las viviendas de vecindades y barriadas ostentaban antenas de alambre. El aparato de radio desplazó las tertulias, sustituyó juegos de salón, charadas, adivinanzas y charlas, descubrió a los oyentes un mundo nuevo de noticias, música, entretenimiento y consumo. Los acercó a la música de Esparza Oteo, Manuel M. Ponce, Guti Cárdenas, Joaquín Pardavé, a los clásicos y a la ópera, y los convenció de la utilidad del cepillo dental, de que la pasta Ipana era mejor para sus dientes que el bicarbonato o las cenizas y

de las bondades de los productos de higiene de Colgate Palmolive. Calles utilizó la radio en su campaña electoral y después para transmitir el ideal de hombre moderno, trabajador, diligente y sano que su gobierno aspiraba a forjar. La radio fortaleció la imagen de la mujer como ama de casa y se empeñó en enriquecer y facilitar sus tareas domésticas. La estación de la Secretaría de Educación, la CZE, sirvió como enlace con el medio rural, cuyos habitantes pudieron oír las voces ciudadanas y los ecos de la modernidad urbana. El nuevo medio acortó distancias y acercó al público a los acontecimientos nacionales. Los radioescuchas supieron de inmediato la noticia del asesinato de Obregón y siguieron paso a paso el juicio del homicida José León Toral.

Hacia los años treinta, los comercios dedicados al ramo aumentaron desproporcionadamente y los aparatos fueron cada vez más sofisticados. A finales del cardenismo, la RCA Víctor los anunciaba con tocadiscos integrados, con sintonización eléctrica y onda corta, y las casas comerciales rivalizaban por hacer el radio más pequeño, que cupiera en “el hueco de dos manos”. Al cerrar la década, el radio de baterías, “el que puede llevar con usted”, se convirtió en compañero inseparable del radioescucha. En proporción inversa al tamaño de los aparatos, crecieron la programación, el tiempo al aire y las estaciones. La XEW popularizó a Agustín Lara, a Toña la Negra, el bolero y el danzón. Y a partir de 1938, por medio de la estación oficial XEDT, el presidente Lázaro Cárdenas pretendió legitimar sus acciones, unificar a la población y enviar mensajes de contenido nacionalista creando la *Hora Nacional*.

Los vuelos “de distancia” también encogieron espacios. Un año después de que en 1927 Lindbergh cruzara el Atlántico, la Compañía Mexicana de Aviación anunciaba vuelos a Tampico, Tuxpan, Ciudad de México. Los primeros experimentos televisivos a finales de la década de los veinte prometían hacer todavía más pequeño el mundo.

Los otros perdedores: los habitantes del medio rural

Pocos habitantes del campo fueron beneficiados por la Revolución o por el tibio reparto agrario de los sonorenses. La distribución de tierras más considerable se llevó a cabo en Morelos, pero en otras regiones los peones siguieron viviendo en un estado de semisclavitud. En numerosas empresas agrícolas o haciendas, algunas de las cuales habían sido devueltas a sus dueños, los salarios eran ínfimos y continuaba el pago con vales. Los asalariados trabajaban de 12 a 14 horas casi sin interrupción y eran despedidos sin previo aviso. Para aquellos que se habían sindicalizado el trato había empeorado y los agremiados eran intimidados, despedidos, hostigados por las guardias blancas del hacendado o reducidos a prisión. Los trabajadores en su mayoría vivían en cobertizos improvisados. Sus viviendas no eran mejores que las de la ciudad: cuartos de menos de 40 metros cuadrados, sin ventanas, con una diminuta abertura para dejar pasar la luz y el aire, levantados con adobe, cal, arena, horcones, carrizos, bejuco o caña seca de maíz atada con cordeles. Estas lúgubres zahúrdas, que con frecuencia eran comparadas con animales domésticos, carecían de servicios higiénicos y agua potable pues ésta la acaparaban la hacienda o el cacique. Sus enseres se reducían a un fogón bajo sobre tres piedras, ocasionalmente en alto o sustituido por un brasero, algún catre, tablones, hamacas, petates, dependiendo de la región, uno o dos sarapes, mesa rústica, platos de peltre, ollas de barro, trasero y comal, metate, molcajete, machete, coa, tinaja, cántaro para acarrear agua, velas, cajas para guardar ropa. Los más afortunados tenían plancha de fierro y ocasionalmente máquinas de coser y molino de nixtamal.

El gobierno callista mostró un interés especial en el desarrollo y avance del campo y del trabajador rural. Calles confiaba en que una mayor productividad daría independencia económica al país. Irrigación, créditos y educación integraban la tri-

logía para lograr la anhelada modernización. Si bien defendía la gran propiedad e hizo poco por fraccionarla, creía en la necesidad de formar pequeños propietarios capacitados para hacer rendir sus tierras. La apertura de caminos y carreteras, la creación de sistemas de riego, sin embargo, beneficiaron a pocos. Las Misiones Culturales, las escuelas agrícolas y rurales, las brigadas sanitarias, intentaron superar las condiciones de vida de los campesinos. Las escuelas rurales tenían huertos, parcelas y talleres para mejorar la alimentación y fomentar nuevos cultivos e industrias; se alentaba a alumnos, niños y adultos a practicar deportes y a tener una vida doméstica más sana. Las Misiones y las brigadas combatían creencias nocivas para la salud, distribuían medicamentos y vacunas, construían fosas sépticas, introducían agua potable, abrían caminos de brecha, luchaban por erradicar vicios. Una de sus tareas más importantes era organizar a los habitantes de las comunidades rurales en cooperativas para defenderse de acaparadores y comerciantes.

No obstante, para finales de la década se había avanzado poco en la modernización del campo. Un análisis de Frank Tannenbaum realizado en 1930, sobre una muestra de 3 500 pueblos con un promedio de 520 habitantes, mostraba las carencias.

Carencias de la población

	Porcentaje		Porcentaje
Tractores	96.5	Abogados	99.2
Ingenieros	98.9	Teléfonos	88.4
Boticarios	97.0	Telégrafos	95.8
Correos	80.9	Médicos	97.8
Parteras	65.4	Sacerdotes	93.7
Arados de acero	54.3	Fontaneros	96.3
Ferrocarriles	93.1	Mercados	93.1

Fuente: Frank Tannenbaum, citado por James W. Wilkie, *La Revolución mexicana, gasto federal y cambio social*, pp. 39 y 250.

Un mosaico de pobladores

En estos años era difícil determinar con exactitud, entre los habitantes del medio rural, quiénes eran indígenas, pues los criterios para distinguirlos no eran muy precisos. Indígenas o no, los campesinos compartían patrones de vida semejantes: habitaban en pequeñas poblaciones aisladas y vivían de industrias de autoconsumo con instrumentos de trabajo rudimentarios: azadón, coa y arado de madera. El índice de mortalidad infantil era muy alto, entre los tojolabales, por ejemplo, 50% de los niños morían en la primera infancia por deficiencias alimentarias, y entre yaquis y tarahumaras sólo dos de cada 10 sobrevivían. Un alto porcentaje de estos pobladores era analfabeta y poseía viviendas, humildes y rudimentarias, que eran al mismo tiempo corral, pocilga y gallinero. Padres e hijos trabajaban en conjunto y los géneros estaban bien definidos aunque las mujeres también laboraban en el campo. Era usual que el padre o esposo fuera autoritario e incluso violento. Todos los niños colaboraban en las tareas domésticas: estaban a cargo de los más pequeños, cuidaban a los animales de corral o aves, ayudaban a sus padres en el pastoreo, y los más grandecitos participaban en la siembra y en la cosecha.

Los habitantes del campo tenían una alimentación precaria, rica en carbohidratos (el maíz y la tortilla eran los elementos

Desde pequeño me llevaba mi padre a quebrar tierra para la siembra; me colocaban en medio de ellos cuando padre y madre trabajaban juntos en la milpa. Era yo tan tierno que apenas podía con el azadón; estaba tan seca y tan dura la tierra que mis canillas se doblaban y no podía yo romper los terrenos; esto embravecía a mi padre y me golpeaba con el cañón de su azadón y me decía: ¡Cabrón, hasta cuándo te vas a enseñar a trabajar! Algunas veces mi madre me defendía, pero a ella también le pegaba[...] Casi siempre me llevaba al monte a traer leña, y siempre que iba con él me pegaba, tal vez porque no podía yo cortar los palos con el machete. Tanto y tanto me pegaba, que pensé salir huido de mi casa.

Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil*, p. 15.

básicos) y pobre en proteínas, frutas y legumbres; usaban huachas o andaban descalzos. Pocos tenían acceso a servicios de salud y se atendían con curanderos y yerberas. Para todos, la fiesta era un acontecimiento central en su vida pues rompía rutinas y daba sentido al trabajo diario.

Los grupos indígenas vivían en su propio universo, con una cosmovisión única, y costumbres, valores e idioma particulares que los aislaban del resto de la población. Imposible trazar siquiera un esbozo general de la vida cotidiana de la cincuentena de pequeñas naciones que habitaban en el territorio. Entre casi todos estos grupos la alimentación era deficiente: la carne sólo se comía excepcionalmente, las más de las veces salada para su conservación, mientras que bebían pulque en abundancia, sin duda por la carencia de agua potable. Entre los otomíes las proteínas animales representaban 6.3% de su alimentación y el pulque 34%. Los mayas, apenas consumían animales, vegetales y frutas frescas. En la dieta de todos predominaban el maíz y el frijol, el chile, quelites y algunas hortalizas, con porcentajes mínimos de azúcar, piloncillo, jitomate y café. A menudo los niños asistían a la escuela “volteados” por bebidas fermentadas.

Dos etnias cuyas vidas cotidianas transcurrían de manera casi opuesta eran los tarahumaras y los zapotecos. A finales de los años treinta sobrevivían 40 000 tarahumaras en la Sierra de Chihuahua. Las familias tarahumaras vivían diseminadas y distanciadas unas de otras; casi no se podía hablar de pueblos o ciudades. A finales de la década de los veinte eran aún seminómadas. Ellos mismos se habían dividido entre gentiles y no gentiles, según tenían relaciones con los blancos, hablaban castellano y eran católicos, al menos en apariencia. Por años, grupos religiosos y emisarios de la Secretaría de Educación Pública habían intentado “civilizarlos”, los primeros formando internados, y los segundos, Misiones de Civilización Indígena y escuelas, pero ambos enfrentaron grandes resistencias. La SEP abandonó la tarea para reanudarla en la década de los treinta. Los tarahumaras a pesar de su

bajo peso tenían una gran energía, sin duda por su constante consumo de pinole con agua, porque comían cuando les apetecía y por su alimentación vegetariana que complementaban ocasionalmente con caza y pesca. El tarahumara era ceremonioso, cortés y taciturno, indolente y apático; relacionaba los más sencillos acontecimientos con lo sobrenatural, y las ceremonias, danzas y carreras de resistencia eran parte de su vida cotidiana.

Los lazos familiares no eran muy estrechos: los padres mostraban poco afecto o cuidado por los hijos y éstos se alejaban muy jóvenes del hogar paterno. La mujer siempre tenía un lugar de inferioridad en la casa. Al hombre le correspondían el mejor sitio y la mejor comida a pesar de que ella realizaba las tareas domésticas, cuidaba a los hijos y ayudaba en las faenas del campo. Entre los tarahumaras las uniones sexuales eran tempranas, y los padres tenían poco que ver en el matrimonio de los hijos. Era la mujer quien tomaba la iniciativa en asuntos amorosos y acosaba al hombre hasta que éste la aceptaba. Después de un año de vivir juntos, el varón decidía si quería tomarla como esposa, y entonces efectuaban el matrimonio frente al gobernador, la autoridad suprema en el grupo. Algunos se casaban después por la Iglesia. Los tarahumaras eran fieles en su vida conyugal y rara vez se divorciaban, pero durante las fiestas llegaban a ser promiscuos por el exceso de bebidas embriagantes como el tesgüino, de maíz fermentado, o por intoxicación por peyote, al que atribuían facultades curativas. Adulterios, incestos o violaciones eran vistos con indiferencia entre ellos, pero si un blanco abusaba de una mujer tarahumara pagaba con su vida. Como muchos otros grupos creían en la vida después de la muerte y enterraban a los muertos con una cobija y pinole para su viaje eterno.

La vestimenta de los tarahumaras revelaba su indigencia: los hombres usaban taparrabos de lana, una faja o ceñidor y una “quemaca”, especie de frazada de lana natural; para las grandes ocasiones se ponían una camisa de manta. El atuendo

femenino consistía de un manto anudado en los extremos, una enagua larga que se enredaba alrededor de la cintura y una burda cobija para cargar a los hijos. A menudo se completaba con collares de cuentas de vidrio o de semillas de zacate pero no se usaban los aretes. Todos andaban descalzos o en huaraches de piel sin curtir. Adaptaban cuevas como vivienda, aplanando el piso y tapando la entrada, o improvisaban jacales con madera o con piedra y lodo que rodeaban de trojes para guardar leña y de corrales para animales. No usaban ni bancos ni camas, dormían en el suelo sobre piel de borrego y comían en cuclillas. Desde muy jóvenes eran diestros en el manejo del arco y la flecha, la honda, el cuchillo y el hacha de acero. Cazaban también por medio de trampas, pescaban con redes de ramas y sembraban apenas para sobrevivir. Con frecuencia eran víctimas de enfermedades respiratorias, congestión cerebral por el alcoholismo agudo, de reumatismo, paludismo y tuberculosis pulmonar.

Los zapotecos habitaban cuatro áreas del estado de Oaxaca: el istmo de Tehuantepec, el valle, la Sierra Norte y la Sierra Madre Oriental, y hablaban cinco diferentes variantes del zapoteco. Sus actividades giraban alrededor del campo, el comercio y algunas industrias artesanales. A diferencia de los tarahumaras, la familia era muy unida: las mujeres atendían la casa, confeccionaban textiles, se dedicaban al pequeño comercio, trabajaban en los campos y cuidaban su propio huerto. A pesar de que a finales de los años treinta a la esposa aún se le designaba como “mi tesorera” y se le reconocía su eficacia como administradora, estaba supeditada al hombre “en todo y por todo”. Como en la mayoría de las familias del medio rural, las niñas cuidaban a sus hermanitos y pastoreaban sus escasos animales, y los niños varones aprendían de sus padres técnicas agrícolas y los ayudaban en su trabajo aun siendo adultos. Un rasgo común también en otras etnias era el profundo respeto por los ancianos que personificaban el buen juicio y la sabiduría, respeto que mostraban besándoles la mano.

En algunos pueblos las mujeres permanecían recluidas en sus casas desde los 12 años hasta que el primer hijo les daba el derecho de salir solas. Antes sólo lo hacían acompañadas de una parienta de edad madura y en pocas ocasiones. Contrariamente a la costumbre tarahumara, el casamiento se llevaba a cabo cuando lo decidían los padres y la familia extensa, entre ellos el padrino de bautizo de la futura desposada, y después de un largo y tradicional proceso o negociación: raptó, trueque, compra, donación de objetos o compensación, prestación de servicios por parte del joven que iba a casarse. Una doncella que no llegaba virgen al matrimonio era devuelta a sus padres, quienes a su vez deberían devolver el importe de los gastos de la ceremonia. Las mujeres apenas eran consideradas para la herencia, pero las viudas gozaban de ciertas prerrogativas. A finales de los años treinta la ley de obediencia a los padres comenzaba a romperse y en muchos casos ya no se obligaba a los hijos a casarse contra su voluntad.

En contraste con los tarahumaras que llevaban una vida solitaria, entre los zapotecos los miembros de una misma comunidad se trataban de hermanos y se ayudaban de diversas formas: por medio del *gun*, dádiva en especie con motivo de alguna celebración, y la *gozona*, colaboración o apoyo monetario que se daban amigos, parientes o compadres durante las actividades agrícolas o fiestas religiosas y defunciones. Dar y recibir era un derecho y una obligación. Como en otros muchos pueblos, los despilfarros por funerales, matrimonios y bautizos eran comunes. El antropólogo Julio de la Fuente lamentaba que en vez de que la *gozona* sirviera a los recién casados para comenzar su vida con bases sólidas, sólo los hacía adquirir deudas para que el fandango fuera lucido.

Los pueblos zapotecos estaban formados por barrios. Los varones eran contribuyentes desde los 16 años y debían empezar a prestar sus servicios o tequio en el municipio, trabajo para el que algunos pudientes pagaban a sustitutos. Los barrios te-

nían sus mayordomos que sufragaban los gastos de la fiesta del santo patrón del lugar. A finales de los años treinta el pueblo zapoteco comenzaba a desprenderse de algunas de sus antiguas costumbres, mientras se aferraba a otras: el jacal era desplazado por la casa de piedra; cada vez con más frecuencia usaban la cama alta de tablas y las hornillas; se abandonaban el petate y el fogón; las velas eran reemplazadas con lámparas de petróleo, y los animales ya no vivían dentro de las casas. Los zapotecos más educados y ricos poseían enseres como mesas, sillas, vajillas, máquina de coser, escribir y radio, y sustituían el traje de manta o el huipil y rebozo blanco por vestidos de una prenda o por camisa y pantalón, y los huaraches por zapatos. Los nativos tendían a parecerse a las gentes de la ciudad. Sin embargo conservaban la alimentación tradicional de 15 distintos preparados de maíz, carne de res, puerco y aves, pan, arroz, frutas, aguardientes y mezcal. Asimismo continuaban consultando a curanderos, parteras, sobadores, hueseros, rezanderos, y cultivando como lo hacían sus ancestros, con estaca de sembrar y gancho de madera, aunque también empleaban el arado tirado por bueyes.

En defensa de la fe

La tregua decretada por Obregón fue efímera. Cuando el país comenzaba a tener un respiro y restañar heridas, regresaron el miedo y la angustia. La huida, la clandestinidad, la resistencia y la violencia volvieron a ser cotidianos. Provocaciones, agresiones y resistencias, aunadas al rechazo a la política centralizadora del gobierno, desencadenaron en 1926 la sangrienta guerra cristera. Las acciones anticlericales de los revolucionarios habían preparado el terreno.

La religiosidad del pueblo se expresaba en actos privados: oraciones cotidianas, misas, devociones diversas, el rezo del rosario en pequeños adoratorios o en la sala, bendiciones antes de

la comida y, periódicamente, en celebraciones públicas. La vida familiar giraba alrededor de bautizos, primeras comuniones, confirmaciones y matrimonios. Después de las tradicionales “posadas”, la Nochebuena se celebraba con misa de Gallo, y el Año Nuevo se anunciaba con repique de campanas. En algunos lugares, como Veracruz, el carnaval, con su desfile de carros alegóricos, sus comparsas y combates de cascarones de huevo con confeti, anunciaba la proximidad de la Cuaresma, 40 días de penitencia, ayuno y abstinencias. No sólo se dejaba de comer carne los viernes, un buen católico renunciaba a asistir a bailes, espectáculos públicos y lugares de diversión. Cada región tenía sus peculiaridades. En Guadalajara, el Viernes de Dolores se levantaban en casas particulares altares llamados “incendios” con imágenes vivas, se obsequiaba a la concurrencia alcohol, agua fresca y se lloraba a la Virgen. La Semana Mayor era de absoluto recogimiento: en muchas familias las imágenes santas e incluso los espejos se cubrían de tela morada. El Jueves y Viernes Santos era obligada la visita a los altares de los templos, las siete casas. Para las mujeres de clase alta era una ocasión para lucir sus elegantes mantillas de encaje negro con altas peinetas de carey (antigua costumbre que comenzaba a abandonarse en esta década). Las del pueblo se cubrían con sus rebozos. El Sábado de Gloria en repique general se abría la gloria y se quemaban figuras de cartón con cohetes, los “Judas”, que representaban personajes de la época. El día de Corpus las familias se regalaban frutas, principalmente sandía, y las mulitas cargadas de fruta adornaban mercados, plazas y atrios de iglesias. Cada ciudad, pueblo o barrio festejaba en su momento a su virgen o a su santo: la virgen de Zapopan, la virgen de Guadalupe, la virgen del Carmen, con desfiles, peregrinaciones a santuarios y ferias.

Los atentados de carrancistas y obregonistas en varias zonas del país contra estas devociones, habían caldeado los ánimos. En ciudades como Guadalajara, cuya vida giraba alrededor de

los templos católicos y de las enseñanzas de la Iglesia, bastaba una chispa para encender el fuego. El ataque a fieles que salían de misa dominical provocó la creación de Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa, que se extendió a la Ciudad de México y a otras regiones. La persecución a los católicos tuvo como respuesta marchas de la población civil que, además, como protesta, dejó de utilizar tranvías y trenes y acudir a los almacenes, a los teatros, cines y restaurantes. En Guadajara un grupo de muchachas impedía la entrada a las tiendas que continuaban abiertas y tenían que ser protegidas por el ejército. El boicot incluía periódicos y escuelas. En la misma ciudad, 22 000 de los 25 000 estudiantes dejaron de asistir a clases. A su regreso a la gubernatura en 1924, José Guadalupe Zuno re-crudeció las medidas: limitó el número de sacerdotes en la entidad y cerró templos y conventos. La Iglesia respondió con la suspensión de cultos y los ciudadanos con manifestaciones sin fin. Los combates entre civiles y soldados se volvieron cotidianos. En 1926 los habitantes del campo, al grito de “¡Viva Cristo rey!”, se levantaron en armas. Tenían, además, otras cuentas que saldar con el gobierno.

El conflicto no era solamente local. Ya habían ocurrido varios enfrentamientos entre el presidente Obregón y una sociedad eminentemente católica, como la ceremonia de colocación de la primera piedra para el monumento de Cristo Rey en el Cerro del Cubilete en Guanajuato, considerada como un desafío al Estado y una violación a la Constitución y que le costó al delegado apostólico Filippo Lippi la expulsión del país. Otros incidentes de agresión a la Iglesia tolerados por Obregón atizaron el fuego. Durante el gobierno de Calles los capitalinos repudiaron la Iglesia Cismática Mexicana apoyada por el Presidente y se unieron a la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa. Calles respondió con la llamada “ley Calles”, que puso en vigor los artículos antirreligiosos de la Constitución de 1917, (3º, 27, 130). A su vez, la Iglesia suspendió el culto público al-

terando la vida de millones de católicos: no más misas, celebraciones litúrgicas, sacramentos, actos rituales y peregrinaciones, alrededor de los cuales giraba la cotidianidad de millones de creyentes. Ante la noticia de la inminente suspensión de cultos, cientos de personas se aglomeraron alrededor de las iglesias para que sus hijos recibieran los sacramentos. Por muchos meses la población vivió en zozobra, resistiéndose a renunciar a sus prácticas religiosas, asistiendo a misas clandestinas, recibiendo los sacramentos a puertas cerradas, encubriendo sus acciones piadosas. Por meses las campanas, voceros de la espiritualidad de la población, guardaron silencio. Según Aurelio de los Reyes, los servicios religiosos se transmitían por radio.

Entre 1926 y 1929 las poblaciones del centro del país vivieron con el telón de fondo de la guerra cristera. Los tapatíos se vieron particularmente afectados: el fusilamiento de cristeros se convirtió en espectáculo diario en el cuartel Colorado de Guadalajara y las descargas incesantes impedían a los vecinos conciliar el sueño. En la noche la ciudad quedaba en estado de sitio: se apagaban las luces, había toque de queda y rondas. En Durango, León, Colima y Guanajuato se padecía la misma angustia.

La Cristiada cobró la vida de cerca de 250 000 personas entre civiles y militares. La guerra, entre otras cosas, afectó la producción agrícola de la zona cerealera del centro del país donde se libró la mayor parte de la lucha. Entre 1926 y 1928 el volumen de maíz disminuyó 38%, el de frijol 50%. La migración a Estados Unidos cobró grandes dimensiones: en las mismas fechas casi medio millón de mexicanos salieron del país. En estos años, paradójicamente, crecieron de manera desmesurada algunas ciudades capitales como León y Guadalajara, y también barrios mexicanos de Los Ángeles y Chicago. En 1929, la firma de una tregua o *modus vivendi* con la Iglesia adormeció el problema, pero no lo eliminó por completo. La capital y varias poblaciones festejaron la reapertura de templos con el repicar de las campanas.

LA OLEADA RADICAL

En el mundo occidental, la década de los treinta estuvo marcada por la crisis económica de 1929 que asoló a los países capitalistas, mientras que una ola de radicalismo despertaba la conciencia sobre la precaria situación del proletariado y vaticinaba un nuevo orden social. En México, la crisis entronizó al Estado como rector de varias áreas de la vida pública. En 1930, cuando el impacto comenzó a sentirse en la vida diaria de los trabajadores, había 400 000 obreros en fábricas, talleres, minería y petróleo. Un año después había 250 000 desempleados, incluidos quienes buscaban refugio en las ciudades y 60 000 emigrantes forzados a regresar al país. En 1933 la cifra de quienes habían perdido su trabajo había aumentado a 300 000. Como resultados de las negociaciones mineras se despidieron a más de 20 000; Ferrocarriles Nacionales a 4 000 trabajadores. Las empresas cerraban sus puertas, cesaban empleados o hacían reajustes: acortaban salarios y jornada de trabajo (algunas a menos de cinco horas) o suprimían días laborales. Las colas en agencias de colocación crecían día a día. Los trabajadores de las minas, los más afectados por la baja del precio de la plata y otros minerales, así como los de empresas azucareras, textiles y cafetaleras, tuvieron una nueva tarea cotidiana: organizarse para defenderse y apoyarse. En agosto de 1933, los precios del azúcar, sal, arroz y café se dispararon, volviéndose inalcanzables para los salarios congelados. Las familias en las que todos los miembros tenían trabajo se consideraban afortunadas, aun cuando la paga no fuera equitativa. En la industria cervecera el salario para el hombre era de \$4.12, mientras que la mujer apenas recibía \$1.36; en la del vidrio, \$2.51 para los varones, 78 centavos para ellas y 58 para los niños, y así se podrían citar muchos ejemplos. Con frecuencia, ni todos juntos reunían el salario mínimo semanal. Mientras el jornal diario promedio en el Distrito Federal era de \$2.47, el de Nuevo León de \$3.13 y el

de Sonora de \$3.24, en Jalisco y Tlaxcala apenas rebasaba un peso diario. La crisis repercutió en muchos aspectos de la vida social y familiar. Por citar un ejemplo, el índice de hijos por mujer que en 1920 había descendido a 5.5 por las convulsiones del periodo, se había elevado entre 1920 y 1930, sufrió una nueva caída debajo de 6 después de la crisis de 1929.

En el campo no había salario mínimo y con frecuencia había que conformarse con 25 centavos diarios. A medida que crecía la depresión los campesinos aumentaban sus demandas, por lo que los gobiernos en turno, el de Pascual Ortiz Rubio y el de Abelardo Rodríguez, se pronunciaron por “la agricultura grande”, por considerarla más productiva, y por presión de terratenientes y empresarios dieron por terminado el tibio reparto agrario.

En 1933, un primer intento de planificar la actividad gubernamental, el Plan Sexenal, consagró la rectoría del Estado en los rubros más importantes: salud, reparto agrario, trabajo, educación. Al nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, el plan le sirvió de puntal para sus reformas.

Batalla por la salud

La preocupación por la salud y la higiene tenía lejanos antecedentes. En 1918, un año después de creado, el Departamento de Salubridad Pública, junto con la Fundación Rockefeller, inició el combate contra la fiebre amarilla que afectaba la región del Golfo. Los habitantes de Veracruz, Chiapas y Oaxaca fueron atendidos por servicios ambulantes. La SEP y la Secretaría de Agricultura contribuyeron a la lucha por mantener a la población sana. A pesar de las campañas de vacunación, de la acción de brigadas, inspectores, Misiones Culturales y escuelas, la mortandad en México a principios de los años treinta era muy alta y varias enfermedades transmisibles continuaban asolando el país. Entre 1927 y 1929 hubo más de 30 defunciones por mil

habitantes anualmente y en algunas ciudades como Querétaro y San Luis Potosí los coeficientes de mortalidad fueron superiores a 40 por cada mil, en contraste con países con servicios avanzados en que eran menores a 12 por cada mil habitantes. La mortalidad infantil era aún más aterradora: en algunas poblaciones más de 100 de cada mil niños fallecían antes de cumplir un año (en Cuernavaca, 172.11 por mil nacidos). Según las estadísticas, en 1930 el promedio de vida era de 45 años.

El paludismo era uno de los principales asesinos en el medio rural: en 1933 causó 27 243 muertes, cuando ya la vacuna de la viruela había logrado reducir sus víctimas en casi 70%. El Departamento de Salubridad luchó para acostumar a la gente de los trópicos a tomar quinina para prevenir el paludismo, usar telas metálicas y mosquiteros en sus casas y colaborar en la desecación de pantanos o aguas estancadas. Otros victimarios eran la fiebre amarilla y la unciniariasis, anemia causada por gusanos que penetraban por los pies descalzos. Si consideramos que más de la cuarta parte de la población andaba descalza y que en algunos estados, como Chiapas y Tabasco, cerca de 70% no usaba zapatos ni huaraches, tendremos una idea del problema. Se intensificaron, además, las campañas contra las enfermedades venéreas. Un enemigo más, el alcoholismo, fue combatido como uno de los males sociales “más graves y trascendentes” por medio de una Gran Campaña Nacional inaugurada en 1929 y repetida por varios años, que comprendía a niños y adultos. No hubo entidad de la República que quedara al margen de esta batalla que se libró desde las escuelas, con ejércitos de miles de niños, en el seno de los hogares, en centros de trabajo, en comunidades campesinas. La campaña incluía la prohibición de venta de licores en la proximidad de centros de trabajo y la difusión de canciones como *La borrachita* y otras que hacían alusión al alcohol.

No obstante la propaganda y las interdicciones, según Luis González, en 1934 se consumieron en el país 60 millones de

litros de pulque y 1 200 000 litros de tequila. En ello, sin duda, tuvieron la culpa aquellos hacendados y patronos que les pagaban parte de su salario a los trabajadores con alcohol.

Las campañas de higiene, los concursos, festivales y representaciones teatrales con temas alusivos rompían con la monotonía de la vida rural. Tanto el Departamento de Salubridad como los gobiernos estatales establecieron varias delegaciones sanitarias, mientras que proliferaban las unidades cooperativas en las que colaboraban estados y municipios. Además de curar, instruían a los vecinos sobre higiene y enfermedades transmisibles con la ayuda de películas e impresos. Numerosas comunidades fueron visitadas por brigadas ambulantes, integradas en buena medida por pasantes de medicina, que desde 1935 empezaron a realizar su servicio social en diversas poblaciones. También en algunas cooperativas obreras hubo unidades sanitarias.

En varios de los estados y regiones favorecidos por el reparto agrario, como Yucatán, La Laguna y el Valle del Yaqui, los organismos de salud se hicieron presentes. Los habitantes de Vícam, Sonora, por ejemplo, contaron con botica, alojamiento para enfermeras, locales para enfermos, fosa séptica y regaderas. El Departamento Autónomo de Prensa y Propaganda, creado en 1936, reforzó esta labor organizando Semanas de Higiene, transmitiendo programas de radio, publicando miles de carteles alusivos. Más y más pobladores del campo y la ciudad fueron vacunados, a pesar de sus temores y resistencias, e integraron a su vida diaria deportes como beisbol, basquetbol y voleibol, lo que se facilitaba por la creación de nuevos campos deportivos.

Como resultado, aumentó la población y descendió la mortalidad general en la República a 22 por mil en 1938, la infantil a 135 por cada mil nacidos vivos, y la mortalidad por viruela de 9 500 a 1 750, aunque, por otro lado, los casos de muerte por tifoidea aumentaron 7% en la década de los treinta.

Otra acción en favor de la salud fue impulsar la distribución de agua potable. No obstante acciones gubernamentales y priva-

das, en 1933 sólo 14% de la población urbana y 1.6% de la rural contaban con el precioso líquido. Los menos afortunados se proveían en ríos, pozos, aljibes o agua residuales, frecuentemente contaminados. En los años treinta y en particular en el sexenio cardenista, “el sexenio del agua”, cientos de miles de habitantes pudieron por primera vez abrir un grifo de agua, usar drenaje y caminar por calles pavimentadas. Tener agua cambió las rutinas. La ida al pozo o a lavar al río significaba para muchas mujeres un paseo fuera de su jacal o de su vivienda y una ocasión para charlar con sus amigas, mientras que para otras era una carga más en sus tareas domésticas. El agua facilitó la vida en muchos hogares, particularmente en los de clase media.

Los esfuerzos por proveer de agua y alcantarillado a localidades pequeñas (aun cuando las más grandes tuvieron preferencia) no estuvieron exentos de conflictos. Ante la imposibilidad del gobierno de satisfacer todos los reclamos, los vecinos pusieron de su bolsillo, organizaron kermeses, bailes, rifas, concursos. En algunas poblaciones el agua entubada llegó en 1940, lo que hizo inútil el pozo y dejó sin trabajo a los aguadores que la llevaban de casa en casa en barricas y carros de mulas. Sin embargo, años después, incluso en la Ciudad de México y en Monterrey, muchas colonias carecían de agua potable y drenaje.

La lucha por la tierra

Por varias décadas la lucha por la tierra marcó la vida diaria de muchos habitantes del campo. Los varones formaban organizaciones, asistían a frecuentes juntas y reuniones, trataban con los representantes de las autoridades, cumplían diversas comisiones. Generalmente estas reuniones las efectuaban después de su larga jornada de trabajo, pero con frecuencia tenían que ser sustituidos en sus labores por las mujeres. Organizar un sindicato o una cooperativa era un medio para obtener créditos y

apoyos y, para muchos, un aliciente para aprender a leer y a escribir, para conocer la legislación y sus derechos y obligaciones. Los analfabetas necesitaban del maestro de escuela, de un empleado del gobierno, de un mediador o incluso de sus hijos. Los mayorcitos agregaron a sus labores la de leer o escribir documentos para sus padres y crecieron siendo testigos de sus luchas, de acciones violentas y enfrentamientos.

Entre 1934 y 1940 el gobierno cardenista repartió 20 millones de hectáreas y 11 000 posesiones de ejidos a más de un millón de campesinos. El reparto no siempre estabilizó el campo, ni hubo invariablemente una alianza entre campesinos y Estado, ni tampoco en todos los casos se destruyó una estructura arcaica o se dio oportunidad a nuevos actores o propietarios; tampoco arruinó a todos los hacendados. Muchos de ellos invirtieron en industria y comercio y otros resultaron favorecidos con el proceso. En el caso de Yucatán, por ejemplo, Cárdenas no tocó las máquinas desfibradoras de henequén, lo que a la postre resultó en beneficio de los antiguos propietarios y en perjuicio de los trabajadores. Pero el reparto dio armas a los campesinos para presionar al Estado, y obligó a algunos terratenientes a hacer concesiones.

Para muchos de los beneficiados por la reforma agraria, la vida cambió para bien, como en el caso de La Laguna, donde se repartieron 128 000 hectáreas de grandes propiedades y se formaron 1 875 ejidos colectivos. Durante los años veinte las solicitudes de tierra en La Laguna habían sido rechazadas, sobre todo por la productividad de las haciendas algodoneras. Entre 1929 y 1933, los incesantes conflictos entre propietarios y trabajadores presagiaban un enfrentamiento de peligrosas dimensiones. Debido al deterioro de la vida y al desempleo, los trabajadores suspendieron labores, se organizaron en sindicatos (desde los años veinte) y en cooperativas, y se familiarizaron con la Ley Federal del Trabajo. Las escuelas promovieron escritorios públicos y correos.

En 1935 el reparto trajo consigo un nuevo plan de desarrollo integral: crédito agrícola, aperos y maquinaria, organizaciones juveniles y femeninas y programas de bienestar social para las mujeres. Los nuevos poblados ejidales generalmente contaban con escuela, molino de nixtamal, cooperativa de consumo, toma de agua potable y campos deportivos. Con frecuencia, la reforma agraria iba aparejada con el incremento de deportes, actividades culturales, campañas sociales y festivales patrióticos. En muchos poblados, la carga doméstica femenina se aligeró con el establecimiento de uno o varios molinos de nixtamal. Sin embargo, en algunas regiones los nuevos propietarios no recibieron beneficios a corto plazo. Por el contrario, muchos vieron disminuir sus ingresos, tuvieron que arrendar sus parcelas o alquilarse como jornaleros.

Para Luis González, el reparto estuvo acompañado de un incremento del costo de la vida: en unos cuantos días el precio del kilo de harina de maíz subió de 7 a 10 centavos, el de tortillas de 18 a 24 , el de azúcar de 27 a 32, el de los huevos de 7 a 10 centavos, el del arroz de segunda de 24 a 30 centavos.

La lucha por las conciencias

Pocos acontecimientos alteraron tanto la vida cotidiana como la reforma del artículo tercero de la Constitución que estableció la educación socialista, por la oposición que despertó tanto en el medio rural como en el urbano, cuando las heridas causadas por la guerra cristera no habían aún cicatrizado. En las ciudades, las organizaciones de padres de familia y la Iglesia misma se pusieron en pie de lucha. Los fieles enfrentaron el proyecto cultural oficial por medio de demostraciones callejeras, boicots, revueltas y violentas agresiones físicas. Miles de padres dejaron de enviar a sus hijos a la escuela oficial ante la amenaza de excomuniación de la Iglesia, que en algunas regiones significaba la

muerte civil y la pérdida del trabajo y amistades. Maestros y niños asistían con temor a las escuelas clandestinas que reemplazaban a las del gobierno. En las oficiales, mientras algunos maestros se esforzaban en fomentar el servicio a la comunidad y a propagar ideas de justicia, solidaridad e igualdad, otros, malinterpretando el término socialista, hacían ondear una bandera rojinegra, obligaban a los alumnos a cantar *La Internacional*, consideraban su deber desmentir las enseñanzas de los padres de familia; predicar contra la religión en el aula; transformar iglesias en escuelas, centros culturales o salones de baile; quemar imágenes; encabezar persecuciones de los curas, y sustituir las fiestas religiosas con ceremonias cívicas. Estos atropellos, unidos a su participación en la organización y concientización de los trabajadores y su defensa de los agraristas, les ganaron la enemistad de sectores de poder y grupos retardatarios. Bajo amenazas, esta vez de los patrones, muchos campesinos también se abstuvieron de llevar a sus hijos a las escuelas. Cárdenas hubo de proporcionar armas a un buen número de maestros para que se defendieran de sus agresores. Pero también tuvo que ceder y contemporizar. El camino conciliador iniciado por el mismo presidente Cárdenas condujo a una nueva reforma constitucional en 1945.

La lucha por el trabajo

Otro espectáculo frecuente fue el aumento sin precedente de las huelgas, que mostraban la incesante batalla de casi 3 000 sindicatos con medio millón de trabajadores por mejorar sus condiciones laborales y poner coto a las ambiciones de los empresarios. En los primeros meses de 1935 las huelgas fueron constantes; se efectuaban casi dos diarias, a diferencia de años anteriores cuando el promedio fue de una huelga por mes. El desfile de miles de obreros lo mismo que los mítines, concentraciones, dis-

Huelgas y huelguistas

Años	Huelgas	Huelguistas
1920	173	88 536
1921	310	100 380
1928	7	498
1934	202	14 685
1935	642	145 212
1936	674	113 885
1939	303	14 486
1940	357	19 784

Fuente: James W. Wilkie, *La Revolución mexicana, gasto federal y cambio social*, p. 216.

cursos y arengas en la vía pública se volvieron actos habituales en varios estados de la República. Los conflictos estallaron entre los trabajadores de las fábricas textiles de Puebla y Tlaxcala, los mineros de Coahuila y Guanajuato, los empleados de las fundidoras de Monterrey, entre otros. Algunas huelgas como las de tranviarios y choferes afectaron directamente la vida diaria de los ciudadanos. El descontento de los obreros llegó a su clímax con una huelga en la que tomaron parte casi 150 000 inconformes y que paralizó el país durante meses.

La lucha no fue en vano: los trabajadores lograron mejorar sus condiciones y limitar las arbitrariedades de los empresarios mediante contratos colectivos en algunas ramas de la industria. La reforma a la Ley Federal del Trabajo les concedió el pago de días festivos y un incremento de 16.6% a los salarios.

La vida de la población también se alteró con la expropiación petrolera, pero esta vez, la reforma cardenista unificó a todo México. Lugares como Minatitlán, Veracruz, se habían transformado con la industria petrolera. Sus habitantes vieron crecer un mundo asombroso con nuevas colonias, luz eléctrica y agua, edificios de madera y lámina, comercios, fondas, tabernas, mercados y campamentos improvisados. Algunos trabajadores se habían comenzado a organizar desde años antes con

reivindicaciones varias. Además de sus precarias condiciones de trabajo, les irritaba el despotismo y la actitud de superioridad de sus patrones extranjeros.

En los campos petroleros en manos de compañías como El Águila y la Huasteca Petroleum Company, la diferencia entre las condiciones de vida de los trabajadores mexicanos y los norteamericanos era abismal. Mientras que éstos vivían en confortables *chalets* y *bungalows*, con espaciosos jardines rodeados de escuelas, hospitales, campos deportivos (en algunos casos hasta canchas de tenis y alberca), los mexicanos habitaban en campamentos insalubres, como El Ébano, en Poza Rica, en jacales de lámina, en los que se apilaban entre 10 y 12 trabajadores en un solo e inmundo cuarto. En estas aglomeraciones no había servicios de agua potable o luz eléctrica y apenas se contaba con un médico para 12 000 personas, a pesar de que proliferaban la malaria y tifoidea. El rechazo a las peticiones de los trabajadores detonó el conflicto.

En el momento de la expropiación se cosechó el arduo trabajo previo de propaganda oficial, respaldada por maestros y organizaciones de trabajadores. La capital fue escenario de tumultuosas manifestaciones de apoyo y de emotivas colectas: más de 300 000 personas salieron a las calles de la Ciudad de México, y enormes filas de donantes llegaron al Zócalo para contribuir a pagar la deuda nacional con alcancías, pollos, objetos diversos e incluso joyas. Olvidando momentáneamente

En las zonas petroleras les llama la atención (a los jefes militares) la condensación territorial de la injusticia entre el capital y trabajo, entre jefes extranjeros y obreros mexicanos, barrios diferentes: la "colina" y "etiopía", uno al lado del otro sin nada intermedio entre ambos: atención médica desigual, caminos privados de las empresas, cuidado y comodidad de un lado, fealdad y descuido del otro; más las habituales excrecencias de la fiesta en los campamentos, tan distinta de la fiesta campesina: las cantinas, los burdeles de mala muerte, las calles lodosas, oscuras y peligrosas.

Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, p. 231.

conflictos y querellas, y al tiempo que la lucha contra la educación socialista estaba en su cenit, la Iglesia exhortó desde el púlpito a los católicos a contribuir.

El cambio no fue inmediato. Con la expropiación se alteró poco la situación de los trabajadores y como en el caso del reparto agrario, algunos salieron perdiendo. Muchos obreros asumieron puestos directivos y todos sentían un gran compromiso con la nación. Tardaron en darse cuenta de que tenían un nuevo patrón, el Estado, y que la industria petrolera no les pertenecía. La sociedad en general resultó afectada pues pocos meses después de la expropiación, el dólar subió de 3.60 a 6.00 pesos.

La lucha de las mujeres

Las mujeres habían logrado paulatinamente mayores espacios en la sociedad desde la Ley de Relaciones Familiares de 1917. Habían conquistado derechos y tenían deberes como cualquier ciudadano: personalidad jurídica para firmar contratos y llevar sus propios negocios y bienes, derechos iguales a los del padre para asumir la patria potestad de los hijos y la misma autoridad que éste en el hogar. Los hijos nacidos fuera de matrimonio ya no eran considerados ilegítimos, y concubinas y quienes vivían en amasiato gozaban de los mismos derechos que las casadas legalmente. Para hombres y mujeres las causales de divorcio eran las mismas. Las mujeres habían conquistado normas que las protegían en el mundo laboral e igual remuneración que el varón por igual trabajo. Sin embargo, no obstante los congresos feministas como el de 1923 y la tibia modificación de la ley de 1917 por Calles en 1928 para aumentar derechos y capacidades legales, el voto les siguió vedado. Cárdenas simpatizó con la organización femenina y apoyó el Frente Único Pro Derechos de la Mujer, integrado por 50 000 mujeres de todas las clases sociales, en el que enarbolaban, entre otras reivindicaciones,

prestaciones sociales para mejorar su situación. En el ideal cardenista sobre la familia, sus miembros deberían compartir las actividades domésticas para que las mujeres pudieran desempeñar nuevas funciones y participar en la organización social y en el desarrollo económico con iguales derechos. El Presidente se empeñó en aligerarles las cargas domésticas, en liberarlas de la esclavitud del metate dotando de molinos de nixtamal a miles de comunidades. Sin embargo, no fue más allá y el voto femenino siguió siendo una promesa.

Las relaciones familiares se modificaron poco en estas décadas. El matrimonio civil encontró grandes resistencias y a principios de los años treinta el número de matrimonios religiosos rebasaba al de los civiles por lo que a partir de 1929, el matrimonio civil se hizo obligatorio para que después pudiera celebrarse el religioso. En 1930 casi 18% de los hombres mayores de 16 años estaban unidos solamente por el vínculo religioso y las uniones libres representaban 48% del total. Entre los años treinta y cuarenta se legalizaron muchas de ellas, y de ahí en adelante la nupcialidad legal en México fue en aumento, en detrimento de las uniones libres. La tasa de cinco por millar en 1929 se elevó a siete por millar en 1939.

Consumos y ocios

La vida doméstica de los habitantes de las ciudades seguía enriqueciéndose con nuevos productos e inventos. La campaña nacionalista emprendida por el gobierno aconsejaba beber Sidral Mundet, usar loza del Ánfora, consumir chicles Cupido, Pan Ideal, caramelos Larín, chocolate Morelia Presidencial de La Azteca y jugar a la Lotería Nacional. La campaña incluía la adopción del sistema métrico decimal y el cambio del uso de libras a kilos. No obstante la promoción de artículos nacionales, quienes tenían poder adquisitivo preferían descansar en un *studio*

couch o en un *beauty rest*, de la fábrica Simmons de Dallas, y adornar su casa con persianas venecianas Venetian Blinds de México. A contracorriente de la propaganda oficial, el mercado se inundaba con nuevas importaciones. Las mujeres de clase media podían facilitar sus tareas con una batidora eléctrica Sunbeam que “como si tuviera veinte manos”, rallaba, mezclaba, picaba, abría latas, molía café; con lavadoras que ya no tenían rodillos, o con planchadoras eléctricas. Los tostadores y *wafleras* Toastmaster permitían dar variedad a los alimentos y, sobre todo, comer como en el vecino país del norte. General Electric lanzó al mercado refrigeradores con congeladores *freezer cold* integrados. Las novedosas máquinas de coser eléctricas Singer facilitaron el trabajo a algunas mujeres, pero la generalidad siguió usando la de pedales por décadas. La ropa sucia ya no tenía que lavarse y plancharse en casa: la tintorería American Sanitary y otros establecimientos semejantes ofrecían encargarse de tan ardua tarea.

Siguiendo los dictados de Hollywood, las señoras de sociedad se perfumaban con Chanel número 5 y se maquillaban con productos de Elena Rubinstein, Elizabeth Arden, Mirurgia, Cutex; los pañuelos desechables Kleenex las ayudaban en estas tareas. Las de menos recursos usaban crema Nivea que era muy barata, 50 centavos, y un buen número tomaba el compuesto vegetal de Lydia Pinkham, cuyo anuncio rezaba: “para que la señora no se convierta en doctora Hyde”. Las damas aspiraban a parecerse a sus artistas favoritas, copiando sus atuendos. La moda se volvió más femenina pero sin perder su aire deportivo: hombreras, cintura marcada, faldas amplias a media pierna, estilizados zapatos de tacón o plataforma, elaborados sombreros y peinados con rizos. Las mujeres mostraban las piernas en atrevidos pantaloncitos cortos, vestían pantalones y conjuntos masculinos, “trajes de caballero”, y no salían a la calle sin sombrero, guantes y bolso. Los varones, por su parte, usaban rasuradoras eléctricas Phillips y máquinas de escribir Remington.

Los nuevos proyectores de cine portátiles Kodak permitían reunir a la familia para ver en su propio hogar películas de Betty Boop, Popeye, Chaplin, Tom Mix o Buster Keaton. Pronto los aficionados pudieron grabar y exhibir, también en familia, sus propias películas. Los domingos, las tertulias con cine en casa fueron una diversión favorita por muchos años.

Los viajes se volvieron más comunes con la apertura de carreteras y los nuevos transportes. Las clases medias llegaban a Puebla, Tehuacán, Fortín de las Flores, México, Cuernavaca e incluso al nuevo paraíso, Acapulco, en la línea Fecha Roja o en el Autoservicio Pullman “con potentes y flamantes carros” y precios moderados: México-Morelia, 15 pesos; México-Acapulco, 14.50 pesos y 12 horas de trayecto. Para ir a Veracruz era preferible el ferrocarril. Los adinerados viajaban en sus propios automóviles marcas Ford, Chrysler, Plymouth, Studebaker, Packard, Pontiac, Buick, Chevrolet, Hudson, Mercury, Lincoln, equipados con radio de onda corta y llantas Firestone importadas y usaban Mexolina y lubricantes de Petróleos Mexicanos. Podían también disfrutar de travesías a Europa en los suntuosos trasatlánticos de la Hamburg- Amerika Line. La aviación comercial se incrementó considerablemente. Francisco Sarabia llegó a Nueva York, desde la Ciudad de México, en 10 horas 53 minutos. Encontró la muerte en el viaje de regreso, pero su hazaña abrió la puerta a los vuelos al extranjero.

En 1938 se anunciaba la flamante construcción de un edificio de departamentos en Niza e Insurgentes como “la mejor forma de aprovechar el espacio”. Este nuevo tipo de vivienda cambió la cotidianidad no sólo de quienes ocupaban los pisos, sino de quienes se alojaban en los cuartos de azotea, una nueva zahúrda para el servicio doméstico o para gente de escasos recursos. La azotea reprodujo el papel de los patios de vecindad: un espacio donde las mujeres, en particular, trabajaban y socializaban.

El encanto por el cine aumentaba. El nacional mostraba a los espectadores una realidad estereotipada e idealizada de la vida

del campo, sin mencionar la lucha agraria o las miserias. *Allá en el Rancho Grande* de Fernando de Fuentes marcó al cine nacional e inspiró multitud de cintas. Otras del mismo director, como *¡Vámonos con Pancho Villa!* o *El compadre Mendoza* resucitaron la lucha revolucionaria. Mientras, el cine norteamericano hacía gozar a su creciente público con Fred Astaire y Ginger Rogers, lo sorprendía con los magníficos escenarios de *Lo que el viento se llevó* o lo conmovía con la melosa y precoz Shirley Temple.

Un grupo selecto escuchaba la Orquesta Sinfónica de México dirigida por Carlos Chávez, ya fuera en Bellas Artes o transmitida por la XEW. La ejecución de las sinfonías de Beethoven seguía siendo “un suceso de la mayor importancia”. A la par que el tango argentino ganaba terreno, las clase media y popular entonaban canciones sobre el reparto agrario, como *El barzón* o *Cuatro milpas*, románticas con el trío Calaveras, boleros o la música arrabalera de Agustín Lara, desaprobada por la gente bien. Las élites se divertían en cabarets y centros nocturnos de postín, y las jóvenes privilegiadas festejaban sus 15 años en el Castillo de Chapultepec, mientras un amplio grupo frecuentaba el salón México.

Para los niños, los títeres seguían a la cabeza: personajes como Comino, Guiñol, Nahual, Periquito, gozaban del favor de la SEP. El público infantil también disfrutaba de las versiones cinematográficas de *Pinocho* de Walt Disney y *Gulliver en el país de los enanos*, de Maria Fleischer. Fernsworth, anunciaba por primera vez en el mundo entero el radio-televisión, como una promesa próxima a cumplirse.

Estas diversiones no lograban desviar totalmente la atención de la catástrofe mundial que se avecinaba. La radio, los noticieros cinematográficos, las revistas ilustradas y los periódicos tenían al público al tanto de acontecimientos internacionales, la guerra civil en España, las coaliciones en Europa, los personajes que dominaban la escena europea como Hitler, Mussolini, Franco. La anexión de Austria por Alemania y el estallido

de la segunda guerra mundial en septiembre de 1939 conmovieron a todas las clases sociales, aunque todavía no imaginaban los alcances de la hecatombe.

BALANCE DE POBREZA

La década terminó con alarmantes índices de pobreza: a pesar de reformas, expropiaciones y conquistas populares, en 1940 más de la cuarta parte de la población en México andaba descalza y 23% usaba regularmente huaraches, 54.9% comía tortillas en lugar de pan de trigo y 86% no tenía acceso a drenaje y alcantarillado. En 1940, 31.5% de la población del norte del país vivía en extrema pobreza, mientras que en la región del sur el índice de pobreza iba más allá de 60 por ciento.

Si bien algunas ciudades habían crecido de manera espectacular, sólo seis tenían más de 100 000 habitantes, y únicamente la Ciudad de México rebasaba el millón de habitantes. El grueso de la población seguía habitando en pequeñas congregaciones aisladas. El abismo entre aquellos para quienes la vida material era un cuerno de la abundancia y los que nada tenían había disminuido desde los tiempos de Porfirio Díaz, pero aún continuaba siendo muy profundo. México todavía era un país de contrastes y la vida cotidiana un caleidoscopio de formas y colores.

Crecimiento de las ciudades

	1910	1920	1930	1940
Monterrey	78 528	88 479	134 202	190 128
Puebla	96 121	95 535	114 793	138 491
Torreón	34 271	50 902	66 001	101 354
Tampico	16 528	44 882	89 847	110 550
Guadalajara	119 468	143 376	179 556	240 721
Ciudad de México	471 066	661 708	1 048 970	1 559 782

Fuente: Gustavo Garza, *La urbanización de México en el siglo xx*, cuadros A1, A2 y A3.

EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO (1940-1980)

CECILIA GREAVES LAINÉ
El Colegio de México

EL ENTORNO

Un país de grandes contrastes

Para principios de los años cuarenta, la imagen del México revolucionario había quedado atrás. De la época de caciques, asonadas, revueltas y radicalismo de las reformas cardenistas se daba paso a una nueva etapa, la de la “unidad nacional”, que pregonaba la conciliación como principio y el desarrollo económico como consigna para construir el México del siglo xx.

México, un país de grandes diferencias y contrastes, de culturas, tradiciones y lenguas diversas, mantenía sus fronteras y división territorial. Era un país relativamente poco poblado. Contaba, por entonces, con una población que se aproximaba a los 20 millones de habitantes distribuida, como en el pasado, de manera por demás irregular: una extensa zona norte escasamente poblada, que abarcaba un área equivalente a 62% del territorio nacional y concentraba 26% de la población; una zona centro, cuya superficie alcanzaba tan sólo 14% del área total, era habitada por 48% de la población, y la zona sur y sureste, donde residía 26% de la población en un área que representaba 24% del territorio nacional. El México de aquellos años seguía siendo predominantemente rural con agudos contrastes. Uno

de cada cinco habitantes vivía en una de las 55 ciudades de las cuales sólo seis superaban los 100 000 pobladores, mientras que el resto vivía en decenas de miles de pequeñas localidades menores a los mil habitantes dispersas en todo el territorio nacional. (Se consideran “ciudades” las poblaciones de 15 000 habitantes; la cifra de 2 500 habitantes se ha utilizado como criterio para distinguir las localidades urbanas de las rurales.)

El reparto agrario había destruido el antiguo sistema de haciendas y el campesino había logrado un mínimo de libertad y una parcela para trabajar; sin embargo, era poco lo obtenido en el sentido de aumentar el bienestar de la población rural. Más de 75% de la tierra en los ejidos era pobre y de temporal, por lo que la mayor parte de las cosechas se reservaban para el consumo propio aunque no siempre eran suficientes para cubrir las más básicas necesidades. Quienes lograban algún excedente aprovechaban para vender en pueblos y localidades cercanas. Cultivaban principalmente maíz, frijol, trigo, arroz, caña de azúcar, cebada, café, algodón y henequén. La minería continuaba siendo la fuente principal de ingresos con la extracción de metales preciosos, especialmente plata, en los yacimientos de Taxco, Pachuca, Guanajuato y Zacatecas, además de cobre, plomo y zinc, mientras que los esfuerzos de industrialización de la década de los treinta empezaban a despegar.

Fue también una época en que la estructura social se transformó. La movilización de la población se incrementó en buena medida debido al auge económico que propició la segunda guerra mundial. Grandes contingentes de migrantes, no sólo rurales sino también urbanos, atraídos por el creciente proceso de industrialización, se dirigieron a los principales centros urbanos en busca de mejores oportunidades de trabajo. Las ciudades, cada día más numerosas, se expandieron con rapidez, en especial la Ciudad de México, seguida por Guadalajara, Monterrey y Puebla. El movimiento hacia el norte fue igualmente constante aunque más diluido a los estados fronterizos de Baja

California, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas, por la cercanía de oportunidades comerciales con el vecino del norte. El desarrollo de la región del Golfo se vio favorecido por la explotación del petróleo, poderosa fuente de riqueza, y las costas del Pacífico norte por el desarrollo agrícola-industrial, mientras que en el sur, no obstante sus riquezas naturales, se mantenía el rezago ya milenario en relación con el resto del país.

Los desplazamientos de población no fueron tan sólo internos. Las grandes ciudades ubicadas a lo largo de la frontera norte operaban como una especie de antesala para el creciente número de trabajadores mexicanos que intentaban cruzar la frontera hacia Estados Unidos en busca de empleo. Muchos lo hacían de forma temporal y repetidas veces; otros, emigraban definitivamente.

En medio de esta búsqueda por alcanzar el progreso, la imagen de “muchos Méxicos” seguía presente. La sociedad mexicana plural y heterogénea estaba representada por medio centenar de grupos étnicos que sumaban cerca de tres millones de habitantes, la mitad monolingües, y se distinguían por sus características culturales: lengua, religión, organización social, etc. Esta pluralidad cultural implicaba similitudes y rasgos comunes pero también marcadas diferencias: grupos indígenas que vivían cerca de centros urbanos iban asimilándose de manera paulatina a la cultura dominante, incorporando formas de vida distintas a las propias, mientras que otros, aislados en recónditos lugares, en sus “regiones de refugio”, desafiaban el progreso mostrando una gran capacidad de resistencia al mantener sus estructuras sociales, cultura y tradiciones ancestrales.

Frente a una creciente explosión demográfica

El crecimiento demográfico cobró fuerza a partir de los años cuarenta, alcanzando una tasa superior a 3% anual, una de las

más altas del mundo. En el mundo urbano, las edades para contraer matrimonio poco habían variado. En general, los hombres contraían nupcias a los 24 años y las mujeres poco antes de los 22, mientras que entre las familias campesinas el cortejo empezó a reemplazar a los matrimonios arreglados, manteniéndose las edades tempranas para el matrimonio, en promedio, entre los 14 y 18 años para las mujeres y los 16 y 20 años para los varones. La proporción de personas solteras, casi un tercio de la población, no sufrió grandes cambios hasta 1970. Pero sí destacó la disminución del porcentaje de matrimonios sólo religiosos o en unión libre en comparación con quienes decidían contraer nupcias tanto por la ley civil como por la religiosa. Entre la población marginada predominaba la unión libre y el rapto de la novia seguía siendo común sobre todo en las áreas rurales. Como era ya costumbre, casi todas las parejas jóvenes eran protegidas y ayudadas por la familia de uno de los cónyuges habitando en el mismo hogar hasta que las circunstancias lo permitieran.

Los altos índices de natalidad de años atrás se mantenían prácticamente inalterados: alrededor de 44 nacimientos por cada mil habitantes. El México de los años cuarenta era, más que nunca, un país de jóvenes: 41% de la población era menor de 15 años. Pero el crecimiento poblacional obedecía, en buena medida, a la sensible disminución de la mortalidad, especialmente la infantil. De 124 defunciones de menores de un año por mil nacidos vivos en 1940, bajó a 67 en 1970. Los avances de la medicina moderna, el uso de nuevos fármacos y antibióticos como la penicilina, junto con la ampliación de servicios médicos contribuyeron al crecimiento poblacional. Los problemas de higiene pública se volvieron prioritarios para las autoridades ya que muchas de las enfermedades intestinales eran provocadas por el agua escasa y de mala calidad. Las campañas se intensificaron, fueran de vacunación contra la viruela, el paludismo, la difteria, el tétanos, la tosferina y la poliomielitis, o contra la fiebre aftosa. Se construyeron nuevos hospitales, clínicas y puestos periféricos.

Con ello, los partos en las zonas urbanas pudieron atenderse con mayor frecuencia en los hospitales que en las casas. No siempre estas medidas fueron aceptadas. Un caso fue el de los chamulas de los Altos de Chiapas quienes, apegados a sus tradiciones, se opusieron al establecimiento de la primera clínica médica en la región por representar la incursión de extraños en su territorio.

Los diferentes sistemas de seguridad social para los trabajadores industriales y empleados se ampliaron, otorgándoles el derecho a servicios médicos para ellos y sus familias al crearse el Instituto Mexicano del Seguro Social. Los resultados de este esfuerzo no tardaron en aparecer y, en tan sólo tres décadas, la esperanza de vida se incrementó de 41 a 62 años. Sin embargo, la gran desigualdad social no podía ocultarse: mientras el territorio de Baja California y los estados de Durango y Nuevo León tenían una expectativa de vida de alrededor de 67 años, en Oaxaca, Puebla y Tlaxcala era, respectivamente, de 52, 54 y 56 años.

EL MUNDO COTIDIANO

La ciudad

El vertiginoso crecimiento demográfico de principios de los cuarenta fue modificando la fisonomía de las ciudades que se expandían sin plan ni previsión, en especial la Ciudad de México, convertida en albergue de cientos de miles de migrantes provenientes de toda la República. Este crecimiento fue acompañado por una oleada de urbanización: los ríos se entubaron, las calles asfaltadas se multiplicaron y nuevas avenidas las cruzaron. Los tranvías facilitaban viajar en la mayoría de las grandes ciudades. Poco después llegaron los trolebuses, modernos transportes eléctricos, y junto con los camiones de 20 centavos, numerosos taxis y cada vez mayor número de automóviles particulares, cerca de 100 000, de diversas marcas y modelos aten-

dían a una creciente población urbana. Funcionaban los primeros semáforos en un intento por regular el tránsito.

La expansión de los servicios de electricidad y del sistema de abastecimiento de agua potable y alcantarillado propició cambios fundamentales en los hogares, las oficinas y las fábricas. La red de alumbrado público se extendió. En las ciudades, los faroles instalados en cada esquina iluminaban parcialmente calles y avenidas; en lugares más pequeños había “luz de ocho” por disponer del servicio tan sólo ocho horas por la noche. Además, la electrificación permitió reducir los incendios ya que era demasiado fácil perder el control de una flama a la intemperie. El suministro de agua también se incrementó. Contar con agua entubada dentro de los hogares y con alcantarillado fue uno de los rasgos principales del modelo de vivienda urbana que cambió prácticas y hábitos domésticos: simplemente del tambo a la llave de agua la diferencia era significativa. Pero nuevamente su distribución no dejaba de mostrar la desigualdad social. Mientras que en los asentamientos en el Valle de Chalco y Ecatepec se consumían menos de 50 litros diarios por persona, en la colonia de las Lomas de Chapultepec el consumo variaba entre 500 y 600 litros.

En el México de aquellos años predominaban las misceláneas, pequeñas tiendas poco provistas de artículos, que muchas veces eran prolongación de la calle por el ambiente familiar que se creaba entre los clientes. Y los diminutos negocios conocidos como changarros, heredados de generación en generación, donde se cambiaban suelas, se subían bastillas, se cortaban trajes a la medida, se arreglaban licuadoras. No faltaban las antiguas boticas en las que el boticario preparaba todo tipo de compuestos. Y la costurera que accionaba con sus pies el pedal de la máquina Singer o quien remendaba las medias de seda o hacía zurcidos invisibles. Y el paso de los carritos ofreciendo nieves, raspados, helados y paletas, o los pregoneros en las esquinas con sus bandejas ofreciendo pirulís, trompadas, charamuscas,

alegrías, muéganos, cocadas, calabazates, camotes, o de los repartidores de pan que hacían malabares en su bicicleta llevando un enorme cesto en la cabeza. En las esquinas estaban también los puestos de tamales y atole, de pepitas y de elotes asados; circulaban afiladores, ropavejeros, compradores de periódicos o fierros viejos. Eran también los años en que en las calles los niños se divertían brincando el avión, jugando a las canicas, a las escondidas, al burro; no faltaba la tradicional cascarita o fútbol callejero con dos piedras simulando la portería, mientras que otros, los que podían, circulaban en patines y bicicletas.

El desarrollo económico se manifestó en el nivel de vida de las clases acomodadas, especialmente en la Ciudad de México. Fue el auge de los fraccionamientos como Lomas de Chapultepec, Anzures, Polanco, colonia del Valle, y cuando los antiguos pueblos periféricos como San Ángel y Coyoacán se transformaron en exclusivas zonas residenciales. Surgieron nuevas y exclusivas colonias como Jardines del Pedregal, con grandes mansiones de uno o dos pisos, tres o cuatro recámaras y extensos jardines, con gran lujo y confort, junto con otros amplios fraccionamientos de casas más pequeñas para una incipiente pero creciente clase media, como Ciudad Satélite o la colonia Lindavista que ofrecía lotes “sin enganche y sin intereses” con pagos de sólo 200 pesos mensuales. Las formas de construcción cambiaron considerablemente con una arquitectura moderna, funcionalista. Estructuras de acero y concreto permitieron la construcción de edificios de apartamentos más altos, de tres o más pisos, al igual que los destinados a comercios y oficinas. Fue la época en que se iniciaron programas gubernamentales de construcción de vivienda a gran escala, de los primeros multifamiliares, modernas unidades habitacionales que pretendían ser una solución al creciente déficit de vivienda como el conjunto Miguel Alemán, “el más grande de su género en el mundo”, con 1 080 departamentos distribuidos en nueve edificios de 13 pisos y seis edificios más de tres pisos cada uno, para albergar alrededor de 5 000 personas.

Pero junto a esta visión de progreso, los contrastes se manifestaban por doquier. De las 5 200 000 viviendas censadas en 1950, 60% eran de un solo cuarto y 25% de dos; 70% de todas las casas eran de adobe, madera, estacas y varas o piedras, y únicamente 18% de ladrillo y mampostería. Miles de hogares carecían del servicio de agua, ni entubada, ni de pozo, ni de aljibe. Una estimación general en 1947 calculaba que sólo 23% de la población disponía de estos servicios. En las ciudades, la vivienda se había vuelto prácticamente inaccesible para la mayor parte de los pobladores por lo que cerca de la mitad de la población vivía en casas rentadas, y más aún en la Ciudad de México donde 79% de los ocupantes eran inquilinos.

A la sombra del progreso

A la sombra del crecimiento urbano, millares de habitantes se instalaron en viejas vecindades cuyo tipo y tamaño variaba enormemente. Algunas, situadas en el corazón de las ciudades, obedecían al cambio de uso y al deterioro de las antiguas casas que tiempo atrás habían servido de alojamiento a familias de medianos y elevados ingresos y ahora se encontraban en deplorables condiciones por las rentas congeladas, como sucedía en algunos barrios de la Ciudad de México: Tepito, La Merced, La Lagunilla, Jamaica, Guerrero, Peralvillo.

Nuevas colonias populares surgieron ante el constante arribo de migrantes y con ellas los “cinturones de miseria”, las ciudades perdidas, que crecieron debido a la angustia cotidiana de no contar con un techo para el resguardo familiar. Ubicadas en zonas periféricas, en barrancas o en terrenos de antiguas minas, en terrenos ejidales o comunales, desprovistas de agua y drenaje, miles de personas vivían en condiciones sumamente precarias y en continuo peligro de desalojo ante el rápido crecimiento de la mancha urbana. Vecindades que albergaban decenas o

centenares de familias, viviendas de una sola planta, con piso de cemento o de tierra, de uno o dos cuartos, construidas de tabique o de adobe, o simplemente de madera; con techos de asbesto, lámina o cartón ondulado, alineadas en torno a un patio común en el que se ubicaban los servicios también comunes: baños, tomas de agua, lavaderos, espacios para jugar o trabajar, entorno que favorecía las relaciones entre los habitantes de la vecindad. En medio de calles de tierra polvorienta o lodosa según la estación y una red enmarañada de hilos que en forma clandestina llevaban electricidad a los hogares, tendedores llenos de ropa, jaulas de pollos, palomares y macetas con flores, algunas antenas de televisión eran parte del escenario común en infinidad de sitios por toda la República.

En estos tugurios había quienes eran dueños del terreno que ocupaban y construían su propia casa con el apoyo de familiares o vecinos al ritmo de sus necesidades y posibilidades. Otros arrendaban casa y piso o sólo piso para igualmente levantar una casa, la cual, en un momento dado, cuando decidieran mudarse, desarmaban y se llevaban tabiques y demás materiales que pudieran utilizar. En la Ciudad de México las condiciones no eran mejores: cerca de la mitad de la población vivía en casas de vecindad. En cerrada del Cóndor, uno de los vecindarios al poniente de la capital, alrededor de 85% de los jefes de familia tenían ingresos inferiores al salario mínimo (de \$32.50 en 1970) y pagaban entre 30 y 120 pesos mensuales sólo por el alquiler del terreno, mientras que la renta de la vivienda, dependiendo de su tamaño (uno o más cuartos) variaba entre 110 y 280 pesos mensuales, o un poco más, cuando disponían de un pequeñísimo patio cercado que utilizaban para lavar, tender ropa, encerrar guajolotes, gallinas, conejos y uno que otro cerdo.

Familias numerosas vivían hacinadas en reducidos espacios. En cerrada del Cóndor, como en otras vecindades, alrededor de 50% tenían un solo cuarto que se usaba sólo para dormir o para protegerse de la lluvia, alojando en promedio entre

cinco y seis personas. En otras, de dos cuartos, vivían familias extensas que igualmente carecían de espacio para satisfacer sus más mínimas necesidades.

Los cambios materiales

A la par que las ciudades crecían, la vida interna, privada, de los hogares experimentaba grandes cambios. La revolución tecnológica fue abriendo las puertas a la modernización, a nuevos horizontes en los que las necesidades y aspiraciones de la población no sólo se multiplicaron sino que se volvieron diferentes dando lugar a un cambio de valores y actitudes.

El anhelo de modernidad en el que tanto insistía el gobierno permeó la vida cotidiana sobre todo en las zonas urbanas, una modernidad que en muchos sentidos se identificó y construyó a partir del modelo norteamericano. Los hogares se fueron llenando de aparatos eléctricos y de toda clase de artículos anunciados en diarios y revistas y que podían adquirirse a plazos semanales o mensuales. Si bien los primeros aparatos y utensilios modernos empezaron a circular desde principios del siglo xx —calentadores de agua, estufas, planchas, cafeteras— fue en los años cuarenta cuando comenzaron a formar parte indispensable del menaje de las clases alta y media. Contar con corriente eléctrica en el hogar vino a revolucionar la vida cotidiana. Las labores de la casa se transformaron y simplificaron con el uso de nuevos aparatos electrodomésticos. Con el refrigerador, que sustituyó los antiguos que enfriaban con bloques de hielo, ya no fue necesario ir al mercado cada día. Las lavadoras y las aspiradoras redujeron el trabajo enormemente. En la forma de hacer la comida también hubo un gran cambio. La licuadora ocupó el lugar del metate y el molcajete y los extractores de jugos, los tostadores de pan y los hornos eléctricos facilitaron la preparación de alimentos.

Pero más allá de los cambios que podían conllevar los nuevos objetos por sí mismos, estaba el significado que traía consigo su posesión. Los anuncios que difundían los medios de comunicación en gran escala tenían un decidido sabor estadounidense. Tanto la publicidad en revistas y diarios, apoyada en fotografías en sepia o a colores, como los estilos de vida representados en el cine y más adelante en la televisión mostraban el camino hacia la vida moderna, más práctica, con mayor confort. Los artículos que se ofrecían prometían simplicidad, elegancia y eficacia, ahorraban tiempo a las amas de casa y las hacían olvidar la “esclavitud” de las labores domésticas.

No fueron sólo los electrodomésticos. Las formas de abasto en los hogares también sufrieron modificaciones con la aparición de las modernas tiendas de autoservicio, los supermercados, que ahorraban tiempo y brindaban comodidad. Primero fue Sumesa, cadena que a mediados de los cuarenta abrió los cinco primeros locales en la Ciudad de México en colonias como Anzures, Polanco y la del Valle. Poco después y ante la aceptación de estas nuevas formas de adquisición, se sumarían otras grandes cadenas: Aurrerá, Comercial Mexicana y Gigante abrieron sus puertas y pusieron a la venta todo tipo de mercancías, combinando la venta de víveres con la de ropa, calzado, farmacia, ferretería y artículos diversos para el hogar. Y no sólo se establecieron en las colonias acomodadas de la capital sino en algunas ciudades de provincia para satisfacer un creciente mercado.

Un referente concreto de este cambio de vida fueron los alimentos. En los nuevos supermercados además de verduras, carnes, pescados, embutidos y abarrotes podía adquirirse comida procesada, enlatada o en polvo, lo que traía consigo la sensación de ingresar en la vida moderna. El tradicional regateo en el mercado contrastaba con los precios fijos marcados en las etiquetas de los alimentos empaquetados. Tampoco estos productos dejaron de ser objeto de la publicidad. Se comparaban por ejemplo los atributos de Superman con los del cereal Corn

Flakes, y el peso gallo Raúl Ratón Macías, ídolo del box, recomendaba la avena Quaker como alimento de los campeones.

Otros productos introducidos en el mercado mexicano eran una muestra más de la aceptación de las formas de vida estadounidense. Los anuncios de lencería, de productos de belleza y modas en general desempeñaron un papel fundamental en la transformación no sólo de la moda sino de los mismos cuerpos e incluso de la sexualidad, al ir imponiendo, por medio de estereotipos de belleza ligados al parámetro hollywoodense, la necesidad de incorporar a la vida diaria una serie de objetos como cremas, cosméticos, ropa interior y vestidos que contribuían a lograr la identificación con los modelos impuestos de antemano.

El establecimiento del horario corrido en fábricas, oficinas y tiendas a mediados de los cuarenta condujo a la popularización del almuerzo rápido, eliminando la comida del mediodía en el hogar, así como la tradicional siesta que sólo se conservó en las pequeñas poblaciones. Algunos platillos norteamericanos se volvieron populares. Los hot dogs, las hamburguesas, los sándwiches, la Coca Cola se hicieron parte del consumo cotidiano. Lo mismo sucedió con el desayuno al estilo norteamericano —jugo de fruta, cereal, huevos con jamón y café— que fue desplazando a los frijoles tradicionales con salsa picante y tortillas. La costumbre de comer pavo relleno en la Navidad se fue generalizando entre familias de clase media. El mismo giro se observaba en la sustitución de los nacimientos por el árbol de Navidad, y los regalos el 25 de diciembre en lugar del 6 de enero, fiesta de los reyes magos.

Valores y normas

En el ámbito urbano de los años cuarenta, la mujer de clase media y alta actuaba conforme a concepciones y pautas tradicionales. La autoridad de los padres no se discutía, se les respe-

taba y obedecía. Era común el acuerdo tácito de que la mujer “tal y como debe ser, ha de estar bajo la autoridad del marido”. Con el impacto de las nuevas tendencias la citadina clase media empezó a asumir valores y prácticas liberales. Se cuestionaron los valores y normas tradicionales, las pautas de conducta, en particular, la obediencia y la sumisión. Empezó a cuestionarse también la autoridad, disminuyó la rigidez del horario familiar, y de la consigna dictatorial se pasó a la recomendación. Hubo tolerancia, respeto a la diversidad, más libertad en la forma de pensar, de vestir, de actuar aunque ello no significó que dejaran de existir conflictos entre padres e hijos adolescentes que llevaban al distanciamiento y a la ruptura de los lazos familiares.

Los cambios se reflejaron también en la forma de vestir. La mujer de clase alta dejó atrás los dictados de la moda de los años cuarenta: la gran variedad de sombreros, los vestidos largos con mucha tela que llegaban debajo de la rodilla y blusas abotonadas hasta el cuello se cambiaron por prendas que ofrecían mayor comodidad y simplicidad: el uso del pantalón se generalizó junto con las atrevidas minifaldas y los escotes pronunciados. Los hombres dejaron de vestir con sombrero, los pantalones ya no tenían pliegues, los sacos ya no eran cruzados sino abiertos, las corbatas se angostaron al igual que las solapas.

LA SOCIEDAD

El México rural

Para los años cincuenta, 65% de la población vivía en áreas rurales y las localidades de menos de mil habitantes sumaban 90 000. La Revolución había restituido algunas tierras comunales pero para muchos la vida diaria parecía muy poco alterada. Subsistían regiones de difícil acceso, miles de comunidades aisladas, a donde difícilmente podían llegar los beneficios de la

vida moderna. La vida cotidiana mostraba un ritmo distinto en estos asentamientos en los que el tiempo parecía haberse detenido. Para sus pobladores, sólo existían los pueblos vecinos y cada región era un universo en sí mismo. Los caminos eran brechas difíciles y las fuentes de luz eran pocas: fogatas al aire libre, lámparas de petróleo y velas. No había gas, la gente andaba a caballo, en carreta, en burro o a pie. Las viviendas se agrupaban en barrios pequeños situados a largo de caminos de terracería. Eran viviendas sencillas y pocas las pertenencias que guardaban en ollas de barro. Habitualmente las paredes eran de adobe o de una combinación de lodo, varas y zacate, con techo de teja o de paja, los pisos de tierra apisonados, sin agua corriente. Dormían en petates, con sarapes y rebozos como única protección, aunque algunos, los más prósperos, habían adquirido camas. El número de ocupantes por vivienda de uno o dos cuartos, variaba entre cinco, seis o más personas. Ante la falta de servicios médicos era común recurrir a yerberos, hueseros y comadronas.

El comercio era la función principal de los poblados, y también el día de mercado era el centro de la vida social. Bajo los toldos de lienzo blanco se instalaban los puestos, en su mayoría sobre el mismo suelo. No sólo se conseguían alimentos: frutas, verduras, carne, abarrotes, sino mercancías de todo tipo como telas y ropa barata, zapatos, herramientas simples, artesanías. No faltaban los puestos de yerberos con remedios para toda clase de males y amuletos para prevenir los daños, como tampoco los de comida que ofrecían tortillas, sopes, picadas, tostadas, chalupas, tlacoyos, salsas hechas en molcajete con chile, tomate verde o jitomate, cilantro, cebolla y el tradicional pulque que el campesino fabricaba para el consumo doméstico o para venderlo en el tianguis.

Las respuestas a la expansión de servicios fue siempre diversa. Cuando la electricidad llegó a los pueblos indígenas de la sierra tarasca, Michoacán, en los años sesenta, las familias siguieron usando el quinqué de petróleo o las velas al no disponer de dine-

ro para pagar la luz. En cambio utilizaron el sonido de tocadiscos y altoparlante con distintos fines. Podía ser para felicitar a un amigo o un pariente o dedicar una canción “nada más por gusto, para que se escuchara en todo el pueblo”, o para anunciar la venta de pan, fruta, carne, chicharrón; también para llamar la atención de los comuneros que no habían cumplido con su faena, para citar a junta en la escuela a los padres de familia y comunicar avisos de tipo religioso. Las tarifas variaban: si se trataba de dedicar canciones era de 1.50 pesos por dos canciones, mientras que por anuncios de mercancías se cobraba entre 2 y 2.50 pesos.

Las oportunidades de trabajo se concentraron en los centros urbanos, mientras que las poblaciones dedicadas a las actividades agrícolas quedaban en el abandono con una economía de subsistencia, de autoconsumo y de dependencia frente a la ciudad.

La población rural seguía creciendo y la producción agrícola no era suficiente: parcelas pequeñas, degradadas y expuestas a la sequía. Obligado a buscar opciones que iban en su detrimento, el campesino quedaba sujeto a la explotación. No dejaba de aparecer el comerciante acaparador de granos ante quien, sin alternativa de comercialización viable, sucumbía. O bien se endrogaba comprando abono y si la lluvia no venía a tiempo, las siembras se perdían. Rentar la propia tierra fue una fórmula frecuente del agricultor para tener ganancias, mientras que otros vivían de trabajos eventuales como jornaleros o peones. A la par que el hombre, la mujer se incorporaba al trabajo colectivo junto con sus hijos que desde temprana edad participaban en las faenas del campo.

Los ejidos, ranchos y pueblos fueron incapaces de asimilar la creciente población. Y las actividades productivas no agrícolas, como los trabajos artesanales, tampoco ofrecían alternativas sustanciales. En el Valle de Mezquital como en otros muchos lugares trabajaban las fibras duras (esencialmente el ixtle) en forma por demás rudimentaria y peor remunerada para elaborar tejidos burdos, cuerdas, redes, morrales y reatas. En otros casos eran los

¿Cómo hacerle para el trabajo?

Durante años, Andrés y su familia han trabajado mucho en el campo para lograr las cosechas. Han invertido, han asistido a reuniones ejidales, etc. Los resultados, sin embargo, no han sido los esperados y ellos siguen pasando hambre. En los largos periodos entre cosecha-siembra-cosecha no hay donde trabajar para ganar unos quintos[...] Además, ha habido ya muchos años en que a pesar de darle duro a la tierra, e incluso, de endrogarse comprando abonos, nada; la lluvia no viene a tiempo. Andrés recurrió entonces al Banco Ejidal, pero por eso mismo los años buenos no rinden pues todo hay que darlo al Banco para cubrir las deudas pasadas que nunca se acaban. Por eso siempre anda rondando el run-run de "escaparse p'a la ciudad". Claro que la tomadera es también un escape y muy a la mano: "Pos no hay diotra".

Luis Leñero Otero y Manuel Zubillaga, *Representaciones de la vida cotidiana en México*, pp. 80-81.

sombreros de palma trenzada, los tejidos de lana, mejor pagados, trabajos de madera y sobre todo vajillas y objetos de cerámica.

Ante la ausencia de otra fuerza de trabajo y el creciente deterioro de sus condiciones de vida, muchos campesinos optaron por probar suerte en la ciudad para "ganar unos quintos", porque "el campo ya no deja" y "ya no alcanza para mantener a la familia". Y las tierras comenzaron a venderse.

Del campo a la ciudad

Para muchos, especialmente los migrantes, la ciudad representaba el progreso y la pluralidad de oportunidades, tan contrastantes con la vida rural marcada por la pobreza, apegada a las prácticas agrícolas y a la vida comunitaria. Ciertamente la urbanización ofrecía mayores servicios y posibilidades de trabajo pero a un costo muy alto.

Aquellos que emigraban lo hacían, por lo general, por medio de la red familiar o de amigos del mismo pueblo, quienes

les facilitaban el primer contacto con la ciudad y la búsqueda de trabajo. Con esfuerzo e ingenio lograban adaptarse a un entorno hostil o al menos ajeno y sobrevivir. Una vez establecidos, buscaban la forma de reunir en torno suyo al resto de la familia, padres o hijos casados y parientes colaterales ya que para muchos “aquí la vida es más cómoda y desahogada”. Era éste un escenario frecuente en las principales ciudades.

La familia extensa era común entre las población marginada, pues compartía con otras el techo y muchas veces el gasto. El apoyo de parientes y vecinos se extendía a todos los aspectos de la vida, desde las múltiples funciones domésticas, el cuidado de niños y enfermos, el préstamo de dinero, de utensilios, hasta componer techos, acarrear objetos pesados o construir un cuartito.

La mayor parte de las actividades diarias tenían lugar en el patio del solar. Allí se preparaban los alimentos, se comía, se lavaban los trastes y la ropa, se platicaba, los niños jugaban. Escenas cotidianas eran las de las mujeres en un fogón de leña haciendo kilos y kilos de tortillas, de los niños esperando su turno para llenar sus cubetas en las llaves de agua públicas, de los aguadores, que por unos pesos llevaban el agua a las casas de aquellos que podían pagarla, de las niñas ayudando en el quehacer doméstico y en el cuidado de los hermanos menores, de los vendedores que entraban y salían anunciando sus mercancías.

Las mujeres preparaban los alimentos para todos los que compartían el solar y los gastos. Quienes trabajaban cooperaban con dinero para la comida; no había cuota, tampoco había horas establecidas para comer; cada cual pasaba a servirse a la improvisada cocina a cualquier hora; siempre había tortillas, frijoles, chile y sal; el resto de los alimentos dependía del ingreso familiar. Las tortillas servían de cuchara y los líquidos se bebían en los platos.

Los recuerdos vestían las paredes de las viviendas. Ofrendas florales y cirios rodeaban las estatuillas o imágenes de santos, junto con otros objetos religiosos, retratos familiares, fotografías

de ídolos del cine o de la canción. No faltaban las riñas y las borracheras, pleitos entre vecinos y agresiones, pero finalmente no había mucho de dónde escoger, un cambio de domicilio representaba un esfuerzo que difícilmente estaba a su alcance.

Las ciudades crecían a pasos agigantados ante el constante arribo de migrantes y sin embargo no se creaban empleos al mismo ritmo. En la Ciudad de México, en 1960, sólo 55% de sus habitantes había nacido en la capital lo que propició al igual que en otras grandes ciudades un ejército de desempleados y subempleados. Sin herramientas para enfrentar la competencia e ingresar al sector moderno de la economía cada vez más especializado, sus expectativas quedaban limitadas a un mercado de trabajo reducido, inestable y mal remunerado. La marginalidad fue el resultado. Muchos recién llegados vivían del comercio ambulante y de la venta de alimentos. Había quienes establecían pequeños tendajones o puestos en el zaguán de su vecindad en los que vendían productos como pan, galletas, dulces, refrescos, sardinas, frutas y verduras, chile, cerveza y cepillos, o bien se instalaban en cualquier esquina con su anafre, comal, masa y demás ingredientes para elaborar quesadillas, tostadas, sopes, pambazos, chalupas, acompañados de aguas de limón, tamarindo, jamaica u horchata. Los vendedores ambulantes recorrían las calles ofreciendo un sinfín de mercancías: raspados, gelatinas, helados, fruta, pan, ropa en abonos, sillas rústicas y artesanías, entre otras. Estaban también los trabajadores calificados que ejercían por cuenta propia algún oficio en condiciones poco favorables como albañiles, plomeros, carpinteros, herreros, electricistas y mecánicos. Otros se insertaban en la economía urbana mediante servicios prestados principalmente a la clase media, como era el caso de choferes, jardineros, meseros, mozos, cocineros, veladores y el servicio doméstico, una de las principales ocupaciones para la mujer. Los trabajadores no calificados eventuales laboraban por jornada o a trato según la demanda con un salario apenas mayor al mínimo. Mal remunerado y sin seguridad social, el de peón era uno de los pocos empleos accesi-

bles al nuevo migrante que ofrecía la creciente industria de la construcción. Otros trabajos marginales eran los de mensajero, vigilante de vehículos, lavacoches, bolero, vendedor de periódicos, de billetes de lotería, de bebidas, de cigarros.

El alto costo de la vida en las ciudades y la inestabilidad de sus fuentes de ingreso hicieron necesario el apoyo de otros miembros de la familia en la economía del hogar. La participación de las mujeres se incrementó al verse presionadas a salir al mercado de trabajo, al igual que los hijos quienes se incorporaban al trabajo a temprana edad. El espacio laboral en las ciudades era muy diferente al del ámbito rural. Las más de las veces, las mujeres se desempeñaban como empleadas domésticas, lavanderas, afanadoras, meseras, con muy baja remuneración. Otras debían conformarse siendo tortilleras o vendedoras ambulantes; muchas de ellas, sentadas en las aceras de las calles, ofrecían frutas y verduras. El ingreso familiar se complementaba con el trabajo infantil. Los niños trabajaban donde y cuando podían. Si asistían a la escuela, hacían toda clase de pequeños servicios en sus horas libres, fuera boleando zapatos, vendiendo chicles o ayudando a cuidar animales. La situación económica los obligaba a abandonar la escuela a temprana edad. Un niño que vendía periódicos por las mañanas obtenía 10 pesos diarios, quienes cuidaban automóviles conseguían cinco pesos diarios y aquellos que trabajaban de “cerillos” en el supermercado, empacando y acarreando bolsas hasta los coches a cambio de propinas obtenían entre 10 y 20 pesos diarios, mientras que un albañil ganaba 50 pesos diarios.

Del taller a la fábrica

La industrialización se convirtió en prioridad nacional en los años cuarenta. Los tiempos modernos habían llegado y el progreso de México requería la multiplicación de fábricas, técnicos y obreros.

El conflicto bélico mundial fue factor decisivo para el desarrollo. Los empresarios empezaron por montar fábricas para sustituir la importación de mercancías. Cada vez con mayor rapidez, el trabajo manual fue cediendo el paso a la máquina, y el taller a la fábrica. Ante el crecimiento y diversificación de la gran industria, los pequeños y medianos establecimientos, artesanos o manufactureros, que por décadas habían ocupado un lugar central en la producción local, libraban una difícil batalla ante la eficiencia de la fábrica. En esas pequeñas empresas el mundo del trabajo no se diferenciaba del mundo del hogar, laboraban en casa, sin espacios u horarios determinados y empleaban la fuerza manual. Su producción era baja y, por lo tanto, los rendimientos eran limitados.

El desarrollo industrial, a partir de mediados de los cuarenta, fue espectacular y la producción nacional aumentó considerablemente. El mundo laboral se modificó. Los empleados por las nuevas industrias enfrentaban un mundo diferente, difícil, en condiciones muchas veces inseguras: un horario que no siempre se cumplía, condiciones de trabajo precarias, muchas veces insalubres, bajos salarios. El trabajo en casa fue cada vez menos común, mientras que el número de trabajadores en las fábricas se multiplicaba. Se trataba de una fuerza de trabajo heterogénea, especializada, y de nuevas formas de producción. Las grandes empresas introducían tecnologías avanzadas, la maquinaria aumentaba su capacidad productiva a escalas nunca vistas y en el menor tiempo posible. La revolución tecnológica permitió reducir la mano de obra. En la cervecera Cruz Blanca en la ciudad de Chihuahua, por ejemplo, la mayor parte del proceso se hacía por medio de maquinaria, interviniendo los obreros sólo para vigilar su funcionamiento por lo que los riesgos a que estaban expuestos eran menores.

El comercio creció al igual que las exportaciones al vecino del norte. Mucho se habló del “milagro mexicano”. Los principales periódicos informaban diariamente de sus logros y anun-

ciaban con orgullo las abundantes reservas de oro en el tesoro nacional, pero ocultaban que ese progreso de ninguna manera era uniforme y los contrastes entre riqueza y pobreza eran cada vez mayores.

Un sinnúmero de industrias aparecieron. Las zonas del centro y del norte del país fueron las más favorecidas por la producción de bienes de uso y de consumo. La actividad manufacturera acaparó la mayor parte del empleo asalariado. En la zona fronteriza del norte destacó la industria maquiladora; en Atlixco, Aguascalientes y San Luis Potosí, las fábricas de textiles, y en Chihuahua, la siderúrgica. La industria automotriz desempeñó un papel central. Autos y camiones de las compañías Ford Motor Company, General Motors, Chrysler, Volkswagen, así como de Packard, Nash, Studebaker se armaban en México.

Los reflejos de la modernidad

La invasión de aparatos, máquinas y demás productos modernos era cada vez más rápida y abrumadora. Los llamamientos incesantes al consumo de artículos que ofrecían los anuncios en los principales diarios reforzaban los negocios de los grandes almacenes y cadenas de supermercados en detrimento de los pequeños comerciantes que veían afectadas sus ventas. Lo mismo sucedía con el comercio de mayoreo. Había establecimientos en los principales centros urbanos que promocionaban la compra a crédito de muebles, aparatos domésticos e incluso ropa, sistema que el comercio de menudeo tradicional de las ciudades pequeñas era incapaz de ofrecer. Cambió también el tipo del consumo al aumentar la tendencia hacia un uso mayor de bienes de la industria manufacturera. Las ventas al menudeo de tejidos fueron sustituidas por las de ropa de fábrica, y las telas de algodón por las de fibras sintéticas que no requerían tanto cuidado. Ropa y zapatos de hechura norteamericana se

vendían en las tiendas más caras. Incluso los clásicos juguetes mexicanos de madera como el trompo iban dejando el paso a un mercado de sofisticados juguetes, en su mayoría de plástico, provenientes de Estados Unidos.

Ciertas zonas rurales no fueron ajenas a las transformaciones que se operaban en el medio urbano. Los hábitos entre los pobladores del campo también cambiaron. Las chozas de carrizos empezaron a ser reemplazadas por las casas de cemento y block o ladrillo. Iba aumentando el número de quienes dormían en camas en lugar de hacerlo en petates echados en el suelo, usaban zapatos en lugar de huaraches o en vez de ir descalzos, usaban pantalones comprados en la tienda en lugar de los calzones blancos de hechura hogareña, comían pan además de tortillas, molían su maíz en el molino en vez de hacerlo a mano, bebían cerveza y no pulque, utilizaban médicos en vez de curanderos y viajaban en autobús o en tren en lugar de hacerlo a pie o en burro. El molino de nixtamal iba desplazando casi por doquier el trabajo femenino y el metate, y la fabricación de las tortillas de manera mecánica era una práctica urbana que se generalizaba. Los cambios también se extendían al uso de ollas de aluminio o peltre en vez de las de barro, a cocinar con gas en lugar de carbón, a utilizar cubiertos para comer y no hacerlo con tortillas de maíz, al uso de vajillas. Los aparatos de radio se encontraban casi en todas partes, incluso algunos hogares contaban con aparatos de televisión y uno que otro aparato electrodoméstico.

La vida cotidiana mostraba la diversidad de las grandes urbes. Los contrastes salían al paso por doquier. Los restaurantes de alcurnia, con sus elaborados platillos a elevados precios, eran el Ambassadeurs, el San Ángel Inn, el Centro Gallego, el Prendes o el Bellinghausen, convertidos en escenarios de la negociación política y acuerdos empresariales; otros más accesibles eran la Fonda Santa Anita y Las Cazuelas. Estaban también los restaurantes de cadenas como Sanborns, Vips y Dennys, que ofrecían comidas corridas a precios razonables, o las fondas modestas en las que se

Un rincón a la europea. Los albores de la Zona Rosa

Despuntó primero el Hotel Geneve que supo atraer miles de turistas. A su lado se adhirieron platerías y tiendas de curiosidades. Las casas porfirianas se asomaron tímidamente a ver lo que estaba pasando, y los sobrevivientes —viejitas melancólicas— se plantearon toda clase de problemas de conciencia. Hasta que una de ellas, la más osada, se atrevió a romper sus ventanitas y a instalar en la planta baja su aparador de cristal. El sótano francés se convirtió en una tienda de lujo discreta y suntuosa. Dentro de esas casas de muy buena facha las tiendas también resultaron altivas. Las señoritas porfirianas bajaron del segundo piso por la crujiante escalera de madera y abrieron su librería, su tienda de arte religioso. La seguridad de que les venderían a gente decente dispuso todos sus temores.

Elena Poniatowska, *Todo empezó el domingo*, pp. 225-226.

servía “comida corrida” con sopa aguada, sopa seca, huevo al gusto, guisado, calabacitas, frijoles, postre y café, un peldaño arriba de los puestos instalados en las calles con su anafre y comal para ofrecer quesadillas, sopes, tacos y tostadas, que convivían con las cadenas de comida rápida norteamericana: Burger King, Kentucky Fried Chicken y, más tarde, McDonald’s.

Con el rápido crecimiento urbano, el tradicional “centro” de la ciudad dejó de ser el espacio único de comercio y negocios para expandirse a zonas contiguas. Los antiguos almacenes de gran prestigio como El Palacio de Hierro y El Puerto de Liverpool y las nuevas cadenas de capital norteamericano, Sears Roebuck y Woolworth, abrieron sucursales en varias zonas del área metropolitana junto con otros muchos comercios de consumo popular. Tanto en los grandes aparadores de los principales almacenes y tiendas más conocidas como en los comercios de los barrios populares atendidos por sirio-libaneses y judíos, se ofrecían mercancías de todo tipo que claramente mostraban una invasión de formas de vida norteamericana: ropa, electrodomésticos, muebles, blancos, televisores, artículos deportivos y para el hogar. Otras novedades eran las llantas “sellomáticas”, los aparatos de alta fidelidad, las plumas atómicas o bolígrafos. Las mar-

cas extranjeras no dejaban de anunciar en los periódicos y revistas sus productos: Colgate, Coca Cola, Parker, Esterbrook, Bourgeois, High Life, Barbara Gould, Lucky Strike, Raleigh.

Las imágenes del acontecer cotidiano de principios de los cuarenta iban desvaneciéndose ante los avances de la vida moderna. El desorbitado crecimiento de las ciudades, en especial la Ciudad de México que de un millón y medio de habitantes en 1940 había pasado a cuatro millones en 1957, provocó aumentos espectaculares en el valor del terreno en zonas céntricas. Las rentas se elevaron. Los pequeños negocios, las misceláneas y los changarros iban cerrando para dar paso a los grandes almacenes y tiendas de autoservicio que día a día se apropiaban de más espacios. Lo mismo sucedía con quienes por décadas habían habitado en las zonas céntricas de las ciudades y ahora se veían obligados a mudarse ante el incremento del uso del suelo. La construcción de nuevos edificios de departamentos se disparó. Con la nueva arquitectura, la vida privada en los grandes centros urbanos se fue modificando y lo comunitario se convirtió en aislamiento de personas y familias en el conjunto habitacional. El creciente progreso, reflejo del mundo moderno, fue acabando con las grandes pequeñas cosas cotidianas, tradicionales de la sociedad mexicana.

La urbanización galopante

Para principios de los años setenta la situación demográfica era otra y por ella, el país mismo. El progreso le había dado una nueva fisonomía. El número de ciudades se había triplicado y en tan sólo tres décadas, sumaban 178. La capital había dejado atrás su aspecto provinciano y se expandía hacia el Estado de México, albergando a una población de alrededor de 8 500 000 que equivalían a 22% del total del país. Guadalajara (1 480 000) y Monterrey (1 242 000) continuaban como principales cen-

tros de desarrollo, seguidos por las ciudades de Puebla, León y Tampico, y las de la zona fronteriza, especialmente Torreón, Ciudad Juárez, Tijuana, Chihuahua, cada una con una población que superaba los 250 000 habitantes.

En corto tiempo México experimentó un cambio espectacular en sus niveles de urbanización. Las vías de comunicación se multiplicaron y extendieron por todo el territorio. De tan sólo de 1 426 kilómetros de carreteras en 1930 se había pasado a 22 455 en 1950, de los cuales 13 595 eran pavimentados, 6 836 revestidos y 2 024 de terracería. Aumentaron las facilidades de transporte entre los pueblos, haciendas y ranchos. Se abrieron caminos vecinales, se construyeron carreteras y otras se ampliaron. Una red de autopistas permitió comunicaciones rápidas entre las principales ciudades y líneas de comunicación de costa a costa. La carretera Panamericana, en su tramo del centro a la frontera norte, se convirtió en la espina dorsal del país. Las vías férreas continuaron comunicando los principales centros de consumo aunque perdían terreno frente al creciente uso de automóviles y camiones.

El inusitado crecimiento demográfico obligó a la construcción de obras de infraestructura, como grandes obras hidráulicas, presas y sistemas de regadío, que permitieron ampliar las zonas de cultivo. Los distritos de riego fueron teatro de grandes innovaciones: se empleó maquinaria, fertilizantes, semillas mejoradas, técnicas avanzadas. Simplemente los tractores representaban un universo diferente. Entre 1940 y 1958 cerca de millón y medio de hectáreas se habían incorporado a la irrigación y el área total de las cosechas había aumentado alrededor de 60%. Los beneficios recayeron en zonas antes escasamente pobladas, convertidas ahora en polos de desarrollo regional en el norte y noroeste. Los beneficiados fueron en su mayor parte un número reducido de agricultores privados, mientras que la gran masa de campesinos continuaba trabajando sus escasas tierras para subsistir con métodos tradicionales.

La construcción de obras portuarias, de oleoductos y gasoductos y de aeropuertos vino a reforzar el desarrollo. La red de agua potable y alcantarillado creció a pasos acelerados, al igual que el sistema de electrificación aunque esta expansión era a todas luces insuficiente: siguió fluyendo hacia las ciudades más grandes e importantes profundizando el contraste con el ámbito rural: para 1970, 38% de la población urbana contaba con servicios de agua potable y 41% de alcantarillado, mientras que en el campo apenas 2% de las viviendas contaba con agua entubada, drenaje y electricidad. Satisfacer la demanda de una población urbana que en tan sólo tres décadas había aumentado de 5 000 000 a 21 500 000 parecía una meta inalcanzable.

El auge se manifestaba de muy diversas formas. Las grandes ciudades crecían hacia arriba, en edificios espectacularmente más altos, en condominios, símbolo de progreso y de modernidad. También proliferaron los edificios de interés social para trabajadores, construidos por el Infonavit, los hospitales y las clínicas de maternidad. Las antiguas boticas se habían convertido en modernas farmacias, se construyeron nuevos mercados y los antiguos se remodelaron respetando las normas de higiene.

Con el paso del tiempo, el número de automóviles, de taxis y peseros, de autobuses, trolebuses y microbuses obligó a la construcción de vías rápidas, de ejes viales, de pasos a desnivel. Se construyó el viaducto, “primera obra moderna”. En 1958, la línea de trolebuses de la Villa de Guadalupe a la Ciudad Universitaria recorría la distancia más grande que cualquier línea de comunicación urbana. Poco después, en los sesenta, se inauguraba la primera línea del Metro en la Ciudad de México, sin duda la mejor opción para satisfacer la creciente demanda de transporte. Asimismo, las avenidas iluminadas en la noche con anuncios espectaculares y antenas parabólicas, daban una imagen del México urbano, moderno, que contrastaba con los cinturones de miseria olvidados del proyecto modernizador.

EL ÁMBITO CULTURAL

Vida cultural

La vida cultural se nutría de publicaciones y revistas, que se podían adquirir en las librerías Porrúa, Robredo, De Cristal (primera cadena nacional con 48 sucursales) y poco después en Gandhi y Librerías del Sótano. Las editoriales Fondo de Cultura Económica, Botas y Espasa-Calpe publicaban libros de poesía, narrativa y novela a todo vapor, mientras que Trillas y Patria se centraban en la producción de textos escolares. Los nuevos escritores ya no recreaban las imágenes revolucionarias, más bien les interesaba reflejar las vivencias de la sociedad urbana, como Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, Agustín Yáñez en *Al filo del agua* y, poco después, Carlos Fuentes en *La región más transparente*.

Circulaban numerosas publicaciones periódicas de distintos tipos. Diarios y revistas semanales, quincenales o mensuales tenían tirajes antes inconcebibles, aunque de cualquier manera no correspondían al tamaño de la población urbana. Las caricaturas de Abel Quezada, Rafael Freyre y Alberto Isaac ilustraban los principales diarios. En 1954, *Excelsior* con 116 277 ejemplares diarios y *El Universal* con 110 038 eran los de mayor circulación, seguidos por *Novedades*, *El Nacional*, el periódico oficial, y *La Prensa*. Años más tarde hicieron su aparición *Unomásuno* y *La Jornada*. Fue la época de suplementos y revistas ilustradas con reportajes de política, economía, arte, deportes, modas o temas cotidianos entre las que se encontraban *Hoy*, *Mañana*, *Tiempo*, *Así*, *Impacto* y *Siempre!*, a las que se añadieron *Proceso* y *Plural*. Circulaban las revistas femeninas como *La Familia*, *Kena*, *Claudia de México* con artículos sobre decoración, modas, consejos para la salud y belleza, recetas de cocina, etc. También había revistas deportivas para hombres. Y *Alarma* que con crudeza informaba sobre la violencia y crímenes en el país.

No faltaron las publicaciones religiosas y tampoco las historietas y comics que por millones circulaban por todo el país, especialmente las estadounidenses: *El Pato Donald*, *La Pequeña Lulú*, *Lorenzo y Pepita*, más los cuentos de Walt Disney y las historietas de *El Conejo de la Suerte*, *El Pájaro Loco*, además de *Superman* y *Batman*. La historieta mexicana estaba presente en *Chamaco*, *Pepín*, *Memín Pinguín* y *La Familia Burrón* en la que aparecía una familia de escasos recursos y en cuyas tramas abundaban las críticas a las autoridades. En los cincuenta llegaron a México revistas norteamericanas como *Life en español*, con noticias internacionales, el *National Geographic* con excelentes fotografías y *Selecciones del Reader's Digest* que tuvo gran aceptación entre las clases medias mexicanas.

La Ciudad de México siguió concentrando las oportunidades culturales, sobre todo el Palacio de Bellas. Nuevos teatros, salas de conciertos, museos y cines ofrecían espectáculos de gran calidad, funciones de ópera y de ballet. Las galerías de arte se multiplicaron y exponían obras de Diego Rivera, Rufino Tamayo, David Alfaro Siqueiros, Raúl Anguiano, Juan Soriano, Frida Kahlo y Miguel Covarrubias, entre otros. El muralismo identificado con las etapas activas de la Revolución empezó a declinar y en su lugar despuntaban tendencias más cosmopolitas.

La influencia de los medios de comunicación masiva, la radio, el cine y más tarde la televisión fue contundente. Los aparatos de radio se colaron por dondequiera que llegara la electricidad, y las radiodifusoras del interior surgían por todas partes. Para quienes vivían en zonas marginadas, especialmente para las mujeres, representaba el contacto con el mundo externo. Después de la XEQ, la estación más poderosa, la XEW pronto alcanzó una cobertura nacional. Actores, músicos, periodistas y cómicos establecieron una estrecha relación con los micrófonos de la radiodifusora que transmitía canciones, información, concursos, entrevistas y las ya muy populares radiono-

velas diarias que iban desde las aventuras hasta el terror, dramas pasionales y algunos clásicos de la literatura universal como *El conde de Montecristo*. También estaban las obras que insistían en la divulgación de valores morales cristianos como la virginidad, el amor a la madre, el amor filial, la devoción católica o la caridad. Los abundantes comerciales invitaban al uso de toda clase de productos.

A principios de los cuarenta el cine mexicano, una de las grandes atracciones primero en las ciudades y después en los pueblos de provincia, estaba en plena expansión. El inicio de la segunda guerra mundial favoreció las condiciones de la industria cinematográfica nacional, convirtiendo al cine mexicano prácticamente en dueño de un inmenso mercado al encontrarse sin su competidor más poderoso y con una reducida presencia del cine europeo. En esos tiempos de auge, Julio Bracho, Emilio Fernández e Ismael Rodríguez destacaron como directores; Gabriel Figueroa en la fotografía, y entre los actores de moda se encontraban Pedro Infante, Jorge Negrete, María Félix, Dolores del Río, Pedro Armendáriz, Arturo de Córdova, los hermanos Soler, Joaquín Pardavé, Sara García y el popular y carismático Cantinflas, entre otros. La temática siguió siendo la misma: motivos campiranos, comedias rancheras y melodramas ciudadanos, además de los temas nacionalistas que habrían de ser los que tendrían mayor aceptación en el extranjero. Fue la edad de oro de los noticieros que antecedian la proyección de las películas en las principales salas cinematográficas. Permitían al espectador asomarse al acontecer cotidiano tanto de México como del extranjero, presentando un panorama de actualidad con el afán de mostrar a todas luces que el país se dirigía sin tropiezos hacia el progreso, manejando siempre la idea de relacionar lo moderno con lo urbano y lo tradicional con lo rural.

María Candelaria consolidó el prestigio de Emilio Fernández, mientras que Luis Buñuel, empezó a destacar con *Una familia de tantas*, *Los olvidados* y *La ilusión viaja en tranvía*.

Pero cuando el éxito comenzaba a llegar al cine mexicano y se habían construido los Estudios Churubusco, “los mas grandes de America Latina”, hizo su aparición, en los años cincuenta, la imposición avasalladora de Hollywood y sus estereotipos. El cine norteamericano se fue apoderando de las salas cinematográficas de México que se multiplicaron ofreciendo en cartelera una diversidad de opciones a la misma tarifa de cuatro pesos en grandes pantallas. Los opulentos decorados de las salas construidas en los cuarenta llamaban la atención: el cine Alameda con su techo pintado de azul y el Ópera con sus candiles de bronce y cristal y muros de espejo. El cine Chapultepec fue el primero en construirse sobre el Paseo de la Reforma y el Roble, uno de los más elegantes de la ciudad, fue sede de las muestras internacionales de cine.

En 1970 se exhibieron 24 063 películas: las mexicanas y las norteamericanas iban a la par en número, seguidas por las italianas, inglesas, francesas, españolas y rusas. Ya para entonces había desaparecido la rigidez de la censura cinematográfica que la Legión Mexicana de la Decencia pretendió imponer a las películas en cartelera.

La televisión por su condición preponderantemente urbana y por el tipo de público al que llegaba despertó mayor inquietud. El hechizo de esta innovación impuso un nuevo ritmo a la vida familiar: la reclusión en casa. No sólo eliminó las veladas familiares sino impuso otras secuencias domésticas. El diálogo obligatorio de las familias decayó ante el aparato, como había ocurrido en los primeros años de la radio. En la medida en que iban surgiendo nuevos canales y la programación ofrecía mayor variedad, se crearon primero grupos de audiencia divididos por edades, géneros y condición socioeconómica, y luego para distintos estilos de vida, al grado que había programas especializados en finanzas, cocina, viajes, etc. Noticiarios y programas de entretenimiento nacionales compartían horarios con series, dibujos animados y películas, sobre todo de ficción, norteameri-

canos. Los programas más importantes estaban patrocinados por compañías extranjeras: Nestlé, General Motors, Procter and Gamble, Colgate.

Entre diversiones y pasatiempos

Conforme las ciudades crecían hubo mayor diversidad de atracciones. La vida cotidiana se enriquecía con cines, teatros, restaurantes, bares y estadios deportivos. Proliferaban los centros nocturnos y cabarets para los más diversos gustos, elegantes bares en las zonas más exclusivas y cantinas y pulquerías en los barrios populares a las que también asistían mujeres.

Los cuarenta fueron los años de la música popular, de la canción romántica interpretada por tríos y solistas entre los que destacaban Agustín Lara y Pedro Vargas; de la canción ranchera con Jorge Negrete, Pedro Infante, José Alfredo Jiménez y Lola Beltrán, entre muchos más. Los años cincuenta fueron los del apogeo del mambo, el auge de la música tropical. En la siguiente, el *rock and roll* causó furor. También fue la época de los Beatles y los Rolling Stones.

Los clubes de tenis estaban de moda, al igual que los de golf. En la Ciudad de México, la clase alta tenía membresía en el Club de Golf Chapultepec, el Country Club o el Club de Golf México, los más exclusivos. El Hipódromo de las Américas seguía reuniendo a los adinerados aficionados en torno a las apuestas. O bien se podía pasar un fin de semana en Cuernavaca a donde se llegaba en auto en dos horas o cuatro en tren. Las corridas de toros eran una de las atracciones favoritas en la capital y más aún al construirse la Plaza de Toros México, la más grande del mundo. Para otros gustos estaban las funciones de box y lucha libre en la Arena Coliseo. Las funciones del tradicional Circo Atayde continuaban siendo un gran atractivo para chicos y grandes. Y no faltaban los tradicionales partidos

de fútbol en los nuevos estadios deportivos que congregaban multitudes.

No todas las diversiones estaban al alcance de todos los bolsillos. Para muchas familias el paseo por el bosque de Chapultepec o por los canales de Xochimilco era lo más común. También ir de excursión. Otros simplemente disfrutaban en los parques más cercanos a sus domicilios.

Las actividades recreativas del pueblo era mínimas, poco variadas. Los miembros de la familia que habitaban en los barrios pasaban la mayor parte del tiempo libre de los fines de semana dentro de su vivienda o cuando mucho en su colonia, ante la falta de costumbre o para evitar el costo que significaban los pasajes de camión. No había dinero que alcanzara. Cada paseo podía costar el equivalente a uno o dos días de trabajo. Los adultos optaban por permanecer en casa, ver la televisión, frecuentar a familiares; sólo en ocasiones iban a parques recreativos o deportivos. Los niños de los barrios y colonias proletarias jugaban en la calle o en los llanos ante la falta de espacios amplios y limpios en las vecindades. Asistir a una función de cine no era posible ya que implicaba una cuota de entrada.

Los tiempos modernos

La forma de vida de la vecindad había cambiado durante los últimos años. Desde que se inició la televisión la gente se acostaba más tarde. Al principio los niños y las jóvenes no tenían permiso para estar fuera de sus casas después de oscurecer, y la mayor parte de las familias se acostaba a las diez de la noche; ahora, la gente ya no escuchaba los radios como antes, ni iba con tanta frecuencia al cine; los niños pasaban mayor tiempo en casa. Las niñas se arreglaban conforme a la moda y compraban mayor cantidad de cosas según el plan mensual de abonos anunciado en la televisión. La gente también tenía nuevas ideas: la hija de un vecino quería ser bailarina de ballet desde que vio a un grupo de bailarinas en la televisión.

Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza*, p. 84.

Creencias y prácticas religiosas

La sociedad mexicana seguía siendo predominantemente católica. Sólo había un bajo porcentaje de protestantes y no se veían, por el momento, signos de otras religiones.

En la década de los cuarenta, factores de índole religiosa privaban en las familias urbanas y regían el comportamiento de la vida cotidiana. Rigidez y tradicionalismo predominaban en los hogares católicos de las clases media y alta. Los hijos eran bautizados, se confirmaban y hacían la primera comunión. Cumplían con las fiestas litúrgicas y religiosas, también con las prácticas devocionales como la comunión los viernes primeros de cada mes, los ejercicios espirituales en la época de Cuaresma. Guardaban las normas y preceptos morales: asistían a misa los domingos, no comían carne los viernes de Cuaresma. Las celebraciones de la Semana Santa que culminaban por entonces con la quema de los Judas continuaban siendo parte medular de la tradición católica; se encendían veladoras, había procesiones por las calles, se bendecían las palmas. Las tradicionales posadas y la Navidad constituían un motivo para renovar los lazos de afecto entre parientes y mantener el contacto con la familia extensa. Y con la celebración del Día de Muertos se revivían antiguas costumbres con las ofrendas de comida y con flores de compasúchil sobre las tumbas de los fallecidos cercanos.

La vida en los pueblos campesinos estaba asimismo marcada por una gama de fiestas religiosas que formaban parte de su vida, costumbres y tradiciones. Las fiestas en honor de los santos patronos eran especialmente importantes. Los mayordomos, como era usual, eran los responsables de organizar la fiesta, una empresa complicada y costosa que daba una imagen de abundancia, y en la que las familias participaban de muy diversas formas. Era un momento privilegiado en el que se rompían las rutinas y se daba sentido al esfuerzo cotidiano. Bebidas, cohetes y música hacían olvidar, por un momento, las penurias de su vida.

Las ceremonias religiosas tenían características propias en las comunidades indígenas. Persistían mitos, cuentos y leyendas en los que la naturaleza figuraba como un ente vivo. Congregaban a las familias que vivían dispersas en los parajes contribuyendo así a mantener la cohesión del grupo y la continuidad de sus pautas de conducta. La mayoría de sus fiestas estaban vinculadas con las faenas del campo, en particular, con el cultivo de maíz. La “misa de milpa”, característica de la región tzeltal de Chiapas, al igual que de muchas otras, era resultado de un sincretismo religioso rodeado de formulismos, de ritos especiales y de un lenguaje extremadamente simbólico con el que los indígenas hacían una ofrenda a sus santos patronos para lograr una buena cosecha. Procesiones con velas y rezos se alternaban con música y danza, se lanzaban cohetes, se quemaba incienso y se consumían en exceso bebidas alcohólicas.

La década de los sesenta representó el periodo de mayores cambios en la vida religiosa en el México de aquellos años. La

Oración

Pues, ya venimos, Tatic.
 Aquí está tu bocado; aquí están tus velas;
 tu incienso, tus bombas y tus cohetes.
 No nos robaron; no nos quebraron las velas;
 no se rompieron los cohetes; no se perdió nada.
 No nos pasó nada. Todo salió bien.
 Aquí está tu regalo para que cuides bien las milpas.
 Que no venga el viento; que no venga el granizo;
 que no venga el chapulín; que no vengan animales dañinos.
 Que no vengan ladrones.
 Que venga bien el agua; que no sea mucha, ni sea poca.
 Que haya nubes pero también, un poco de sol.
 Que se haga bien la deshierba y se sequen las malas hierbas.
 Que venga bien el año.
 No nos vayas a abandonar. No nos vayas a dejar en la pobreza.
 Que sea así. Ya entró el bocado. Ya entró la Palabra.

Alfonso Villa Rojas, *Etnografía tzeltal de Chiapas*, pp. 577-578.

familia católica fue entrando progresivamente a una nueva etapa caracterizada por el alejamiento de las prácticas tradicionales. Los principios y normas religiosas aprendidas en la escuela comenzaron a abandonarse aunque aparentemente quedaban en la memoria. En tanto, las prácticas devocionales, guardar las normas y preceptos morales iban sufriendo un proceso de cambio inadvertido de secularización.

CONCLUSIONES

Los grandes cambios en las postrimerías del siglo xx

Comparado con el de 1940, con 20 millones de habitantes y en los inicios de un nuevo proyecto nacional, el México de los años ochenta sorprendía con un impresionante crecimiento demográfico que alcanzaba los 70 millones y mostraba avanzados procesos de modernización e industrialización. La esperanza de vida ascendió a 64 años. Las enfermedades infecciosas y parasitarias se habían reducido 50%, y de 23 defunciones por cada mil habitantes en 1940 se había pasado a 9.2 en 1970. La redistribución de la población, particularmente en ciertas zonas, remodeló su perfil: dejó de ser el México rural de los años cuarenta para convertirse en un país mayoritariamente urbano. Sobresalía sin duda la Ciudad de México y su zona metropolitana, con una población de 13 millones de habitantes, lo que significaba que uno de cada cinco mexicanos vivía en ella. Las desigualdades territoriales de antaño no pudieron superarse. Y junto a una de las urbes más pobladas del mundo existían 95 000 localidades menores de 2 500 habitantes.

Los programas de planificación familiar, iniciadas en forma abierta a principios de los setenta empezaron a dar frutos a finales de la década. El control de la natalidad fue ganando terreno sobre todo en el medio urbano con el uso de anticonceptivos,

especialmente la polémica píldora. A través de la radio, la televisión y el cine se procuró crear un ambiente favorable y propicio a las decisiones individuales respecto al número de hijos de cada pareja, dejando atrás el eco de los premios establecidos en los años cincuenta para enaltecer a las mujeres más prolíficas, siempre dispuestas a recibir “los hijos que Dios mande”.

Las familias fueron reduciendo su tamaño y los jóvenes contraían matrimonio a una edad mayor que antes. No fue un proceso homogéneo en la estructura social ni simultáneo en todo el país: además de las diferencias entre áreas rurales y urbanas se mantenían las de los niveles de posición socioeconómica. El objetivo de la vida de hombres y mujeres jóvenes ya no era formar una familia numerosa sino buscar en lo personal su propio desarrollo. “La familia pequeña vive mejor” fue el eslogan que repetidamente aparecía en todos los medios de comunicación.

La familia mexicana se vio afectada en otro sentido. La nueva moral sexual provocó transformaciones importantes dentro de los hogares que rompían con el patrón de vida tradicional. Las separaciones conyugales aumentaron. La desintegración familiar provocada por el abandono del marido fue un hecho cada vez más frecuente en los años setenta. Eran cada vez menos las mujeres que se resignaban a sufrir vejaciones e injusticias, por lo que con mayor frecuencia denunciaban la agresividad de su esposo o su infidelidad y solicitaban, ante las autoridades, el divorcio. Las uniones libres se incrementaron. La secularización de la vida familiar avanzaba, hubo más libertades, las diferencias de criterio eran más aceptadas y la tolerancia se hizo un requisito para la convivencia.

Para la década de los ochenta el papel de la mujer era muy diferente al de los años cuarenta. Las mujeres se encontraban ya en los más diversos ámbitos laborales y educativos. Muchas mujeres de clase media se vieron en la necesidad de trabajar, otras más lo hicieron para superarse, lograr independencia económica y realización personal. De cualquier manera su inser-

ción en el mercado de trabajo les permitió conocer nuevas formas de vida y dejarse influir por códigos culturales y sociales diferentes. En la medida en que iban teniendo mayor acceso al mundo laboral, hubo menos conexión con la familia. Enfrentaron nuevas situaciones y desafíos. El contacto estrecho con una cultura y un mundo ajenos iba dejando huella: experimentaron varios cambios en sus patrones de consumo, se transformaron sus expectativas, aspiraciones, hábitos y conductas. El modelo tradicional de familia se modificó. Surgió un nuevo modelo en el que ambos cónyuges eran proveedores del hogar o incluso fue la mujer quien pasó a ser la proveedora del hogar.

Tampoco los jóvenes eran los de ayer. La secuela del movimiento del 68 fue manifiesta al inicio de la nueva década. Se rechazó abiertamente el orden establecido lo que se reflejó de manera especial en la conducta de los adolescentes que demandaban libertad, libertad en todas sus formas. Esta postura se manifestó de muchas maneras: en actitudes y comportamientos, en la forma de vestir, de actuar, de divertirse. Las pandillas proliferaron, la música cambió. Se iba imponiendo así una nueva visión más acorde con los tiempos.

Junto al auge y crecimiento estaban los graves problemas del desarrollo. Una fuerte dosis de frustración trajo aparejados diversos vicios como válvulas de escape. La drogadicción, el alcoholismo y la prostitución eran consecuencias del acelerado crecimiento urbano. La corrupción desenfrenada estaba presente tanto en los altos niveles del gobierno y de los negocios como en la “mordida” o la “propina” para los servidores públicos y empleados menores.

El México de 1980 reflejaba un mundo que se transformaba aceleradamente, con altos niveles de progreso y adelanto, pero las consecuencias se dejaban sentir. El ritmo de vida se aceleró. Las grandes ciudades se expandieron, las distancias entre el hogar, la escuela y la oficina eran cada vez mayores. Difícilmente se podía llegar a pie a ciertos lugares y cada vez se requerían más

medios de transporte. En la Ciudad de México se ampliaron las líneas del Metro y para 1978 transportaba 2 300 000 pasajeros diarios. Ríos de automóviles inundaban calles y avenidas provocando serios problemas de circulación vial y de contaminación ambiental. Al mismo tiempo, la convivencia de antaño se despersonalizaba. Las medidas de seguridad iban acrecentándose en las colonias habitadas por la clase alta y media, las bardas se levantaban y los niños dejaron las calles. La vida en los multifamiliares, tan en boga años atrás, borró la tradicional convivencia de quienes antes habitaban en las vecindades. Se fomentaron así la individualidad y la independencia personal.

A lo largo de cuatro décadas se había definido un rumbo nuevo, distinto, de la vida cotidiana, un modo de ser diferente que trajo consigo un cambio de aspiraciones, valores y actitudes, una forma de vivir que no había logrado superar las diferencias, mientras ofrecía la imagen de un mundo opulento e inalcanzable para muchos.

EPÍLOGO: LOS ÚLTIMOS AÑOS

VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO

Instituto Mora

En las últimas décadas hemos vivido cambios significativos en el terreno de la política y la economía en el plano nacional y en el internacional que han modificado nuestras relaciones sociales, nuestras costumbres, nuestra ideología y sobre todo trastocado nuestra vida cotidiana. La caída del muro de Berlín, el fin del monopolio del partido oficial en el poder en México y el levantamiento zapatista, la guerra del Golfo Pérsico, los ataques terroristas, el combate al narcotráfico, son hechos que han ocupado los medios de difusión hasta la saciedad y por tanto la atención, tiempo y energía de las discusiones familiares, de amigos y adversarios. A esta retahíla de noticias podríamos sumar las relacionadas con la nacionalización de la banca, las devaluaciones, el “efecto tequila”, el tratado de libre comercio, el surgimiento de la Unión Europea y la crisis mundial desatada recientemente, la polarización de la riqueza y la pobreza.

Este espacio sería insuficiente para analizar las consecuencias que estos cambios han tenido para la vida cotidiana. Si bien es cierto que ésta es cuna de permanencias, no se puede pasar por alto que experimenta cambios y avanza a su propio ritmo, en función de los protagonistas, los espacios y los más variados acontecimientos. En las páginas de este libro, hemos apreciado largos periodos con cambios no siempre perceptibles a primera vista, mientras que también nos hemos percatado de las carac-

terísticas de algunos momentos vertiginosos. A diferencia del famoso tango, es imposible decir que los últimos treinta años no son nada y menos cuando nos referimos a los más recientes. Los periodos de aceleración pueden tener, al menos, dos efectos: destruir las prácticas o comportamientos, o reforzar algunos de sus aspectos y tender puentes con la más profunda raíz histórica. En las siguientes líneas queremos esbozar un cuadro de la vida cotidiana en el México reciente, elaborado con gruesas pinceladas, en el que esperamos queden demostradas algunas de las diversas y cambiantes facetas de nuestro acontecer diario.

El escenario de la vida cotidiana abarca lugares abiertos y cerrados, urbanos y rurales, densamente poblados o con escasa población. México se ha transformado considerablemente en lo relativo a la distribución espacial que ha dado origen a megalópolis, corredores de población, parques industriales y ciudades-dormitorio dejando grandes extensiones despobladas. Cerca de la mitad de la población del país habita en áreas metropolitanas, mientras que existen localidades casi fantasmagóricas como resultado del movimiento migratorio, sobre todo hacia el vecino país del norte. Pero a pesar de ello continuamos siendo un país rural.

El vasto territorio mexicano, comparado en algún momento con el “cuerno de la abundancia”, con sus costas, montañas, selvas, ríos de amplio potencial de riqueza, registra alarmantes niveles de pobreza, estancamiento y marginación. Los tratados comerciales han provocado una competencia desfavorable para los productos mexicanos en el mercado internacional y pocos han logrado sobrevivir a este embate. Por más esfuerzos realizados, los pobladores de las zonas rurales han emprendido el camino hacia el norte, trastocando la cotidianidad al dejar en el pueblo a niños y viejos que dependen económicamente de los que se fueron, que no sólo aportan dinero sino que contribuyen a la aculturación y la transformación de espacios apegados a la tradición que no siempre aceptan el cambio. Dicha situación ha

generado un tipo de familia virtual, que sólo convive a través de medios electrónicos.

En los centros de población, la distribución también se ha modificado con extensiones que rebasan las mojoneras que antes los delimitaron, el abandono y posterior rescate de los centros geográficos y políticos y el tipo de viviendas. Las casas de interés social, que cubren el paisaje de lo que antes eran campos de sembradío, han pasado a ser los nuevos “multifamiliares” en los que hay un tipo de convivencia ocasional y a la vez una escasa privacidad. La nueva morfología también ha dado paso a la construcción de imponentes residencias de los ricos del pueblo, al lado de las viviendas frágiles o temporales de los menos afortunados. En las grandes ciudades, las antiguas colonias residenciales se han convertido en exclusivas zonas comerciales que aprovechan del prestigio de sus antiguos moradores para imprimirle una mayor alcurnia social. Grandes edificios y torres se dibujan como rascacielos, a semejanza de las grandes urbes, como muestra de la tan esperada modernidad, y el espacio aéreo es invadido por diversas aeronaves que cruzan particularmente la Ciudad de México que ha dejado de ser la más transparente por los altos índices de contaminación.

Unas cifras pueden apoyar nuestro boceto: en el más reciente Censo de Población y Vivienda, efectuado en 2005, México tenía una población superior a los 103 millones; a mediados de 2010 se realizará el correspondiente censo en el que se estima la población llegará a 112 millones. El ritmo de crecimiento no ha sido permanente sino que se han registrado periodos de explosión demográfica seguidos de etapas de natalidad controlada. De cualquier manera, tan elevado número de habitantes forzosamente implica satisfacer sus necesidades, otorgarles medios para subsistir, espacios de sociabilidad y servicios públicos. Otro dato que revela esos enormes cambios es el que se refiere a la esperanza de vida: en 1930 era de sólo 34 años y actualmente es de 75, lo que ocasiona una prolongación

en cada una de las etapas que constituyen la vida. Según la última pirámide de edades (2005), casi la mitad de los pobladores son menores de 25 años y sus expectativas de incorporarse al mercado laboral son muy escasas. Por si fuera poco, muchos de ellos se encuentran fuera del sistema educativo, el cual ha demostrado su incapacidad para absorber a la población en edad escolar, además de su ineficacia para capacitarla desde el nivel escolar más elemental.

Las familias tradicionales mexicanas, retratadas hasta el cansancio en cine y televisión, continúan en el melodrama y han sufrido una profunda transformación. La indisolubilidad del vínculo matrimonial ha disminuido en forma considerable, y con la separación de los padres y el establecimiento de nuevas relaciones, los hijos conviven en dos hogares, donde manifiestan afectos y desafectos. La familia nuclear y la extensa son sólo dos formas de asociaciones que se complementan con la monoparental y la homoparental. En el Distrito Federal, las minorías han conseguido una conquista histórica con la legalización del matrimonio gay y su posibilidad de adoptar. Incluso el concepto “familia” hace referencia a asociaciones sin parentesco de consanguinidad, sino basadas sobre todo en sentimientos de convivencia y solidaridad que han llegado a manifestaciones violentas en defensa de sus cotos de acción y poder.

Las agresiones ligadas al narcotráfico se han vuelto atterradoramente cotidianas y han trastocado la paz y la tranquilidad en vastos territorios. En este mundo moderno, de violencia y peligro, han proliferado también las nuevas formas de religiosidad ligadas a advocaciones y personajes fuera de las iglesias tradicionales, que son el refugio de algunos que han traspasado la ilegalidad y han encontrado ahí el apoyo espiritual tan anhelado. Quienes en algún momento fuimos parte de ese México siempre fiel a Juan Pablo II, cuyas visitas trastocaron la cotidianidad de millones de hogares, también hemos presenciado la crisis por la que está atravesando la Iglesia católica, cuyas con-

secuencias se palpan con cada vez mayor frecuencia en sus innumerables escándalos.

Por otro lado, la sobrepoblación ha llevado a una expulsión de habitantes que abandonan sus lugares de origen en busca de mejores condiciones de vida y de trabajo. Si bien es cierto que la migración no es un fenómeno nuevo, en los últimos años encontramos que es cada vez mayor la inestabilidad. Los tradicionales movimientos migratorios del campo a la ciudad son actualmente tan cotidianos como los que llevan a nuestros paisanos allende las fronteras, primero los hombres, seguidos después por grandes contingentes de mujeres y niños. Hay ahora un nuevo tipo de migración: en 2009 México ocupó el cuarto lugar mundial en expulsión de profesionales. Es casi imposible impedir esta fuga de cerebros, a pesar de que algunos mexicanos de distintos niveles sociales y educativos son víctimas de discriminación en el vecino país del norte, sobre todo en aquellos lugares donde hay leyes racistas, como en Arizona.

Sin embargo, los mexicanos que han salido del territorio nacional no han perdido el vínculo ni con sus lugares de origen ni con sus familias. Los avances tecnológicos han permitido aprovechar al máximo y de manera más eficaz la comunicación mundial. Internet, con sus distintas opciones y modalidades, es parte de la cotidianidad de un buen número de personas que se comunican por medio del correo electrónico, el *chat*, el *skype*, y se han establecido redes sociales a través de *twitter*, *facebook*, etc. A este fenómeno hay que agregar la multiplicación de la telefonía celular que, entre otras cosas, ha permitido enlazar poblaciones antes incomunicadas, mantener en contacto permanente a las personas, particularmente a los jóvenes, e incluso les ha proporcionado herramientas de diversión y esparcimiento al contar los nuevos teléfonos con juegos y cámaras fotográficas con las que los poseedores de estos novedosos aparatos atrapan las imágenes instantáneas de la vida diaria sin mayor dificultad.

Esta permanente comunicación ha contribuido a un fenómeno también extendido y que influye sobre nuestra vida cotidiana: la globalización. La gran fluidez de información crea interdependencia, homogeneización de mercados, formas de sociabilidad y prácticas culturales comunes en amplios sectores sociales. La identidad multicultural se enfrenta a la posibilidad de una cultura tan ampliamente difundida que no es fácil identificar su origen y sí es posible percatarse de su extensión. Marcas de ropa, música, alimentos, bienes de consumo y estilos de vida son iguales en prácticamente los cinco continentes no sólo en su sentido original sino a través de la “clonación” y el pirateo. Los tianguis se ven invadidos por productos elaborados en nuestro país, pero la gran mayoría proviene de las maquiladoras de Asia. Las elegantes y exclusivas marcas de ropa y accesorios han sido imitadas y difundidas en forma incontrolada. La aparición de nuevas fibras sintéticas contrasta con el gusto de antaño por los hilos naturales como el algodón y el lino, que hoy sólo están al alcance de los grandes bolsillos. En términos de moda, la globalización también ha llevado a una recuperación del pasado con la ropa de estilo “retro”, que se combina con una falta de imaginación para crear nuevas opciones.

La moda retro llega incluso a los *remakes* o *covers* de viejas canciones y películas. La música reproducida en los nuevos aparatos y formatos es prácticamente la misma aquí y en China, aunque no deja de haber exponentes locales de gran aceptación popular que han rescatado piezas tradicionales y con ello se han abierto las puertas del mercado internacional de vigencia efímera. Como parte de esa cotidianidad globalizada, jóvenes y algunos no tanto, caminan con audífonos incrustados en los oídos por las calles, transportes públicos, oficinas e incluso el hogar, y pasan parte de su tiempo alimentando su reproductor con las últimas y globalizadas canciones. Atrás quedaron los tiempos en que las conversaciones eran lo común, frente a frente o lado a lado, ya que ahora está de por medio el teléfono celular.

Como parte de la globalización está la transformación de los espacios de sociabilidad, cada vez más inmersos en el lema “hoy consumo, mañana existo”. Los parques y calles han ido perdiendo terreno ante los centros y plazas comerciales, recorridos en busca de esparcimiento, de ofertas, o simplemente como espacio al que acuden las familias los fines de semana y días de asueto. Carriolas que chocan y atropellan a los portadores de bastones o a los simples transeúntes son más comunes que las bicicletas, patines y patinetas en jardines y parques.

Los espacios al aire libre tienen otro público: desde la que pasea a su perro hasta quien quiere conservar la figura haciendo ejercicio. Resulta llamativo que, según las estadísticas, nuestros niños se destaquen por su obesidad, mientras que algunas jovencitas, con alto poder adquisitivo, rondan la talla cero. Contrastante es el consumo de comida chatarra frente al creciente interés por los productos orgánicos, como también la desnutrición frente a la bulimia y la anorexia. O al menos eso sucede en algunos sectores de la población y grupos de edad, ya que la ingesta alimentaria es muy variada. No se ha perdido del todo el consumo de tacos, tostadas, tamales, tortas, que en realidad constituyen la variante mexicana de lo que en el mundo se conoce como *fast food* y que incluye comida norteamericana, italiana e incluso árabe. Pero también es cada vez más común encontrar una oferta variada de otras culturas. Los restaurantes chinos se pueden ver con mayor frecuencia que antes, las barras de sushi forman parte de algunas cadenas de tiendas de autoservicio, la carne del Cono Sur se ofrece en cada vez mayor número de establecimientos, los restaurantes italianos con su oferta de carbohidratos conviven metro a metro con las fondas, las marisquerías, los comedores regionales y todo este arcoíris también invade los hábitos de consumo de las familias. La *nouvelle cuisine mexicaine*, como se le conoce elegantemente, ha colocado nuestros “exóticos” productos en el mercado mundial y es común encontrarlos junto con bebidas muy tradicionales

como tequila y mezcal consumidos en las más finas y elegantes mesas del mundo.

También nos hemos insertado en la globalización en el campo del arte, el quehacer cultural, los deportes de alto rendimiento y los espectáculos fastuosos. Basta que alguno de nuestros connacionales destaque en alguno de esos ámbitos, para que lo asumamos en nuestra cotidianidad y participemos de manera indirecta en los eventos deportivos, festivales cinematográficos, publicaciones, exposiciones, premios. Incluso hemos sido anfitriones de gestas deportivas como la copa mundial de fútbol México 86, efectuada cuando la capital del país aún no se reponía del desastroso terremoto de meses antes. Pero en sentido inverso, también vemos desfilar por escenarios convencionales y polémicos a personajes de reconocimiento mundial, hacemos largas filas para entrar a museos y ver exposiciones de renombre.

Es un hecho irrefutable que la cotidianidad a menudo se ve interrumpida por desastres naturales que acarrear consecuencias económicas, sociales, políticas e incluso ecológicas de largo alcance: temblores, huracanes, inundaciones, deslaves, sequía. Y aunque se han implementado planes para ayudar a la población a salir adelante, han resultado insuficientes al tener que combatir en otros frentes enfermedades y epidemias como el sida, el cáncer y la influenza AH1N1 que trastornó la vida del país.

México no es ajeno a estos fenómenos mundiales, pero las consecuencias que tienen sobre nuestra cotidianidad se ven a menudo relativizadas cuando entra en juego esa solidaridad que nos caracteriza, cuando nos olvidamos del desastre y brota el humor aun en las peores circunstancias, cuando mantenemos la fuerza a pesar de la adversidad.

BIBLIOGRAFIA BÁSICA

- ABOITES, Luis, “La ilusión del poder nacional. Provisión de agua y alcantarillado en México, 1930-1990”, en Carlos Lira Vázquez y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo xx. Siete estudios históricos*. México: El Colegio de México, 2010.
- ADLER DE LOMNITZ, Larissa, *Cómo sobreviven los mexicanos*. México: Siglo XXI Editores, 1975.
- AGOSTONI, Claudia, y Elisa SPECKMAN (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad: la Ciudad de México en el cambio de siglo XIX-XX*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *La población negra de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972 (primera edición, 1946).
- ALAMÁN, Lucas, *Historia de Méjico*. México: Jus, 1942.
- ALBA, Francisco, *La población de México: evolución y dilemas*. México: El Colegio de México, 1989.
- ALBERRO, Solange, *Del gachupín al criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo*. México: El Colegio de México, 1992.
- ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. México: I. Cumplido, 1852 (edición facsimilar: México, Instituto Mora, 1997).
- ANÓNIMO, “Discurso sobre la policía de México. Reflexiones y apuntes sobre varios asuntos que interesan a la salud pública y la política particular de esta ciudad de México, si se adoptasen las providencias o remedios correspondientes, 1788”, en Sonia Lombardo de Ruiz, *Antología de textos sobre la Ciudad de México en el periodo de la Ilustración (1788-1792)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.
- ARMELLA DE ASPE, Virginia, “Vestido y evolución de la moda en Michoacán”, en Rafael Diego-Fernández (ed.), *Herencia española en la cultura ma-*

- terial de las regiones de México. *Casa, vestido y sustento*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993.
- AUGURIOS y *abusiones de los antiguos nahuas* (textos de los informantes de Sahagún), versión de Alfredo López Austin. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.
- ÁVILA, Felipe, *Los orígenes del zapatismo en México*. México: El Colegio de México, 2001.
- BALBUENA, Bernardo de, *Grandeza mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- BARBOSA, Mario, *El trabajo en la calle. Subsistencia y negociación política en la Ciudad de México a comienzos del siglo xx*. México: El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, 2008.
- BASAURI, Carlos, *Monografía de los tarahumaras*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1929.
- BATAILLON, Claude, *La ciudad y el campo en el México central*. México: Siglo XXI Editores, 1972.
- BENAVENTE, Toribio de (Motolinía), *Historia de los indios de la Nueva España*, edición, estudio crítico, apéndices y notas de Edmundo O'Gorman. México: Porrúa, 1984.
- BENAVENTE, Toribio de (Motolinía), *Memoriales*, edición crítica de Nancy Joe Dyer. México: El Colegio de México, 1996.
- BERMÚDEZ, María Elvira, *La vida familiar de los mexicanos*. México: Antigua Librería de Robredo, 1955.
- BLANCO, José Joaquín, "La cultura social a mediados de siglo", *Diario de Campo*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conaculta, mayo de 2006.
- CACHO, Raúl, "La vivienda en México", en *México, cincuenta años de Revolución. II. La vida social*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- CALDERÓN, Miguel Ángel, *El impacto de la crisis de 1929 en México*. México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1982.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Frances, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, dos tomos. México: Porrúa, 1959.
- CARRILLO, Ana María, "Salud pública y poder en México durante el cardenismo, 1934-1940", *Dynamis*, 25, 2005.
- CENICEROS, José Ángel, *El problema de la insalubridad*. México: Botas, 1935.

- El cocinero mexicano*. México: Imprenta de Galván, 1831 (México: Conaculta, 2000, tomo II).
- Código Mendocino*, edición de José Ignacio Echegaray. México: San Ángel Ediciones, 1979.
- COOK, Sherburne F, y Woodrow W. BORAH, *El pasado de México. Aspectos sociodemográficos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- CÓRDOBA, Pedro de, *Doctrina cristiana, para instrucción y información de los indios: por manera de historia*. Ciudad Trujillo: Editorial Montalvo, 1945 (primera edición: Ciudad de México, 1544).
- DE LA FUENTE, Julio, "Organización social y política de los zapotecos", en *Relaciones interétnicas*. México: Instituto Nacional Indigenista-Conaculta, 1990.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *Los cafés en la ciudad de México en el siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- DIEGO-FERNÁNDEZ, Rafael (ed.), *Herencia española en la cultura material de las regiones de México. Casa, vestido y sustento*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993.
- Discurso sobre el lujo de las señoras y proyecto de un traje nacional, de orden superior*. Madrid: Imprenta Real, 1788.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, introducción y notas de Rosa Camelo y José Rubén Romero, 2 vols. México: Conaculta, 1995.
- ESCALANTE GONZALBO, Pablo (coord.), *Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, tomo I de *Historia de la vida cotidiana en México*, México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2004.
- ESCALANTE GONZALBO, Pablo, "Insultos y saludos de los antiguos nahuas. Folklore e historia social", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 61. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, pp. 29-46.
- ESCOBAR, Antonio (coord.), *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993.
- "Estadística del Departamento de México formada por la comisión nombrada por el Ministerio de Fomento, y presidida por el Sr. D. Joaquín Noriega, de septiembre de 1853, en que comenzó sus trabajos, a fe-

- brero de 1854 en que los concluyó". México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1980 (edición facsimilar de la de 1854).
- FALCÓN, Romana, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí*. México: El Colegio de México, 1984.
- GARCÍA CUBAS, Antonio, *El libro de mis recuerdos*. México: Editorial Patria, 1950.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, *El desarrollo regional y la organización del espacio, siglos XVI al XX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Océano, 2004.
- GARZA GUSTAVO, *La urbanización en México en el siglo XX*. México: El Colegio de México, 2005.
- GILLY, Adolfo, *El cardenismo, una utopía mexicana*. México: Cal y Arena, 1994.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*. México: El Colegio de México, 2009.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.), *El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, tomo III de *Historia de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2005.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, "Las cargas del matrimonio. Dotes y vida familiar en la Nueva España", en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Cecilia Rabell Romero (coords.), *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 207-226.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, vol. 15 de *Historia de la Revolución mexicana*. México: El Colegio de México, 1985.
- IDUARTE, Andrés, *Un niño en la Revolución mexicana*. México, Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1985.
- JUÁREZ, Benito, *Apuntes para mis hijos*. México: Partido Revolucionario Institucional, 1987.
- LEÑERO OTERO, Luis, y Manuel ZUBILLAGA, *Representaciones de la vida cotidiana en México*. México: Instituto Mexicano de Estudios Sociales, 1982.
- LERDO DE TEJADA, Miguel, *México en 1856. El comercio exterior desde la conquista*. Puebla: Universidad Veracruzana, 1985.
- LEWIS, Oscar, *Antropología de la pobreza*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Libro de Chilam Balam de Chumayel*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.

- LIRA, Carlos, y Ariel RODRÍGUEZ KURI (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*. México: El Colegio de México, 2010.
- LOMBARDO DE RUIZ, Sonia, *Antología de textos sobre la Ciudad de México en el periodo de la Ilustración (1788-1792)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.
- MARTÍNEZ DE LA PARRA, Juan, *Luz de verdades católicas*, 3 vols. México: Librería Editorial San Ignacio, 1948.
- MATTHEI, Mauro, *Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros en Hispanoamérica*. Santiago: Universidad Católica de Chile, 1969.
- Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres*. México: Murguía, 1854 (edición facsimilar: México, Condumex, 1989).
- MOLINA, Alonso de, *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana*, 1569, reproducido en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. 7, 124 ff., enero-junio de 1972.
- MONSIVAIS, Carlos, *Apocalipstick*. México: Debate, 2009.
- MORA, José María Luis, *Obras completas*, cuatro tomos. México: Instituto Mora-Secretaría de Educación Pública, 1986-1987.
- MORALES, Alfonso, *Los inicios del México contemporáneo*. México: Conaculta, 1997.
- MUÑOZ GARCÍA, Humberto, *Población y sociedad en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Porrúa, 1992.
- NAVARRO Y NORIEGA, Francisco, "Discurso sobre la población del reino de Nueva España, escrita por Don Fernando Navarro y Noriega, contador general de los ramos de arbitrios de este reino, 1810", *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, vol. 1, 1869, pp. 281-291.
- NIBLO, Stephen, *México en los cuarenta. Modernidad y corrupción*. México: Océano, 2008.
- NOVO, Salvador, *Nueva grandeza mexicana. Ensayo sobre la Ciudad de México y sus alrededores*. México: Conaculta, 1992.
- NOVO, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*. México, Empresas Editoriales, 1964.
- OROZCO, José Clemente, *Autobiografía*. México: Editorial Occidente, 1945.
- ORTIZ DE AYALA, Simón Tadeo, *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- ORTIZ GAITÁN, Julieta, *Imágenes del deseo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

- O'SHAUGHNESSY, Edith Louise (Coues), *La esposa de un diplomático en México*. México: Océano, 2005.
- PASTOR, Rodolfo, *Campesinos y reformas: la Mixteca, 1700-1856*, México, El Colegio de México, 1987.
- PONIATOWSKA, Elena, *Todo empezó el domingo*. México: Océano, 1998.
- POZAS, Ricardo, *Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil*. México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1984.
- QUILODRÁN, Julieta, *Un siglo de matrimonio en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- RABELL ROMERO, Cecilia, *La población*. México: Nostra Ediciones, 2010.
- RAMOS SMITH, Maya, *El ballet en México en el siglo XIX: de la Independencia al segundo imperio 1825-1867*. México: Alianza, 1991.
- REYES, Aurelio de los (coord.), *Siglo XX. Campo y ciudad*, tomo v, en dos volúmenes, de *Historia de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2006.
- REYES, Aurelio de los, *Cine y sociedad en México. Vivir de sueños. 1926-1930*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Cineteca Nacional, 1981.
- ROS ROMERO, María del Consuelo, *Bilingüismo y educación. Un estudio en Michoacán*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1981.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio (coord.), *La ciudad barroca*, tomo II de *Historia de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2005.
- SAHAGÚN, Bernardino, *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México: Conaculta, 1989.
- SALAZAR CRUZ, Clara Eugenia, *Espacio y vida cotidiana en la ciudad de México*. México: El Colegio de México, 1999.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo, "Mulas, atajos y arrieros en Michoacán en el siglo XIX", *Relaciones*, vol. 5, núm. 17, 1984, pp. 41-53.
- SHERIDAN, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- SOSENSKI CORREA, Susana, "Diversiones malsanas, el cine y la infancia en la Ciudad de México en la década de 1920", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. México: Instituto Mora, sep.-dic. de 2006, pp.37 -67.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- STAPLES, Anne (coord.), *Bienes y vivencias. El siglo XIX*, tomo IV de *Historia*

- de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2005.
- STERN, Steve, *La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- TORRES SÁNCHEZ, Rafael, *Revolución y vida cotidiana en Guadalajara, 1914-1934*. Guadalajara: Galileo, 2001.
- VALDÉS SILVA, María Candelaria, "Educación socialista y reparto agrario en la Laguna", en Susana Quintanilla y May Kay Vaughn, *Escuela y sociedad en el periodo cardenista*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- VELÁZQUEZ ESTRADA, Rosalía, "La radiodifusión mexicana: un encuentro con su pasado", en prensa. Trabajo presentado en el seminario "En busca de una nación liberal: sociedad, democracia y educación", México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- VERA, Héctor, *A peso el kilo. Historia del sistema métrico decimal en México*. México: Libros del Escarabajo, 2007.
- Vida social y cotidiana en la historia regional de México*, selección de Graziella Altamirano et al. México: Instituto Mora, 2001.
- VILLA ROJAS, Alfonso, *Etnografía tzeltal de Chiapas*. México: Gobierno del Estado de Chiapas, 1990.
- WILKIE, James W., *La Revolución mexicana, gasto federal y cambio social*. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- ZAVALA, Eleazar, *Mi pueblo durante la Revolución*. México: Dirección General de Culturas Populares-Consejo Nacional de Fomento Educativo-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.

Historia mínima de la vida cotidiana en México
se terminó de imprimir en septiembre de 2010
en los talleres de
Editores e Impresores Profesionales, EDIMPRO, S.A. de C.V.,
Tiziano 144, Col. Alfonso XIII, 01460 México, D.F.
Portada de Irma Eugenia Alva Valencia.
Tipografía y formación: Patricia Zepeda,
en Redacta, S.A. de C.V.
La edición estuvo al cuidado
de Eugenia Huerta.

Comer, vestir y descansar, amar y odiar, sufrir y gozar, son actividades y sentimientos propios de todos los seres humanos que satisfacen sus necesidades materiales y expresan sus emociones. Cada pueblo y cada época lo ha hecho de distintos modos, porque a lo largo de la historia ha cambiado el entorno y han cambiado los sistemas de creencias y la forma de expresar los afectos. Nuestra historia ha pasado de las fogatas al horno de microondas, de los granos de cacao al dinero de plástico o de las cuevas como refugio a los edificios inteligentes. Y esos cambios se relacionan con nuestra historia y han quedado impresos en nuestra identidad.

Compendiada en pocas páginas, esta historia de la vida cotidiana en México habla de todos nosotros, los que vivimos hoy y los que vivieron ayer, y nos muestra aquellos aspectos de nuestro pasado en el que somos protagonistas y del que no nos habían hablado antes.